

PEDRO VALDÉS NAVARRO

# El compromiso internacionalista

El Ejército de Liberación Nacional.

Los *elenos* chilenos, 1966-1971. Formación e identidad





PEDRO VALDÉS NAVARRO

# El compromiso internacionalista

El Ejército de Liberación Nacional.

Los *elenos* chilenos, 1966-1971. Formación e identidad





# El compromiso internacionalista

El Ejército de Liberación Nacional.  
Los *elenos* chilenos, 1966-1971. Formación e identidad

Pedro Valdés Navarro



# Índice

[Presentación](#)

[Capítulo 1 El complejo y decisivo escenario](#)

[Capítulo 2 La edificación del proyecto: desde el Che hasta el PS chileno](#)

[Capítulo 3 La formación de los elenos chilenos](#)

[Epílogo](#)

[Anexos](#)

[Bibliografía](#)

© 2018, LOM ediciones.

Primera reimpresión, 2018

Primera edición en Chile, mayo 2018

Impreso en 1.000 ejemplares

ISBN Impreso: 9789560010551

ISBN digital: 9789560011572

RPI: 289.901

Las publicaciones del área de  
Ciencias Sociales y Humanas de LOM ediciones  
han sido sometidas a referato externo.

EDICIÓN Y MAQUETACIÓN

LOM ediciones. Concha y Toro 23, Santiago

TELÉFONO: (56-2) 2860 68 00

[lom@lom.cl](mailto:lom@lom.cl) | [www.lom.cl](http://www.lom.cl)

Tipografía: Karmina

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LOM

Miguel de Atero 2888, Quinta Normal

*Impreso en Santiago de Chile*

## Presentación

El año 1997 se cumplían treinta años de la muerte, en Bolivia, de Ernesto Che Guevara. Y no solamente la intención del gobierno cubano por darle una sepultura digna, y por ende, encontrar sus restos mortales, estaban dentro de las acciones conmemorativas. Recuerdo una serie de recitales, seminarios, charlas internacionales y una infinidad de encuentros en diversos países que buscaban realizar una relectura más acabada sobre el alcance del pensamiento del Che. En esta línea surgieron nuevas investigaciones históricas, reediciones de libros clásicos, testimonios ocultos de sus cercanos colaboradores y entrevistas a familiares desconocidos. En este marco, parecía atractivo para la revista Cosas, preocupada, por cierto, de otros temas, anunciar en su portada de marzo de 1997: «Habla Félix Huerta, sobreviviente de la guerrilla del Che en Bolivia», entrevista realizada por la periodista Mónica González. Para ese entonces yo tenía una vaga información de lo sucedido. Para ayudar a esclarecer el tema, el mismo año en cuestión, la editorial LOM publicaba la reedición del Diario del Che en Bolivia. No obstante, el tema de chilenos involucrados en dicha experiencia no aparecía en el mentado diario de campaña. Muchos años más tarde, por primera vez me aparecía el nombre de eilenos, miembros chilenos del Ejército de Liberación Nacional.

Esta inicial duda, que es la que me parece se hace todo investigador, decantó en una profundización más sistematizada y rigurosa sobre el tema. Descubrí, bajo la guía del historiador Igor Goicovic y dentro del programa de Magíster de Historia de la USACH, que no había habido chilenos peleando en Bolivia con el Che y que, por lo tanto, las portadas de revistas o las entrevistas que aparecían con títulos espectaculares buscaban impactar al lector y crear una falsa imagen con propósitos publicitarios. No obstante, había un tema poco desarrollado que requería mayor detención. Las escasas investigaciones que existían sobre el ELN chileno se circunscribían a recoger las experiencias militantes de los sobrevivientes y mostrarlas como parte de una historia acabada sobre el fenómeno. Estas historias, a juicio del autor, aparecían desligadas de un sentido de tiempo, de un nexo comprensivo que uniera las experiencias inéditas que surgieron a fines de los sesenta, con la trayectoria nacional e internacional que se



venía acumulando desde principios de siglo. La experiencia militante todavía se mostraba como un acto de voluntarismo político que se comportaba en forma unísona con otros compañeros, que estaban en sintonía con el contexto más inmediato. Un acto descolgado y a veces incomprendido, que no tenía vínculo con un pasado más complejo, pero necesario de entender. En este sentido, el investigador que primeramente incursionó en dicha historia fue Cristián Pérez, con su trabajo del año 2000 sobre el dispositivo de seguridad de Allende, GAP, y luego, el año 2003, abordó la trayectoria del ELN después del fracaso del foco de Ñancahuazú, hasta la victoria de Allende y la transformación, como él menciona, de los elenos en colaboradores del nuevo presidente. Más adelante, el año 2006, el historiador boliviano Gustavo Rodríguez Ostria publicó una extensa investigación sobre la guerrilla de Teoponte, donde recogió la participación de los chilenos revolucionarios en dicho acontecimiento.

Fue este el puntapié inicial del libro que el lector tiene entre sus manos, un problema histórico y que tras algunos ajustes se convirtió en el texto definitivo. No obstante, no era el único estímulo que envolvía a quien suscribe estas líneas. Había, además, una empatía con un fenómeno de revitalización historiográfica.

Y claro está, para quien revise las vitrinas de las librerías o indague en las recientes investigaciones de tesis de las distintas casas universitarias, o examine las jornadas académicas que están en preparación, observará que hay una revitalización de la historia política. La conmemoración de los cuarenta años del golpe militar en Chile fue uno de los alicientes, no el único, para que nuevamente y con mayor energía que en los anteriores recuerdos del Once, existiera una apertura hacia temáticas antes vetadas o aisladas de los focos investigativos. Hubo un aumento en las publicaciones cuyas temáticas trataban como eje central la trayectoria de la izquierda nacional y su rol en la coyuntura crítica que representó el fin de la Unidad Popular. Dentro de esta oleada de lanzamientos bibliográficos apareció con frecuencia el rescate de la militancia que había ejercido un papel protagónico en la defensa del gobierno popular, ya fuera en La Moneda como en otros focos de desequilibrada autodefensa. La resignificación de la militancia al alero de una puesta en escena para las nuevas generaciones, pareció ser un deber de la memoria colectiva que buscaba complejizar más el panorama de la historia política chilena.

Como señala Jean-François Sirinelli, creemos que es preciso reorientar el enfoque de una Historia Política que se edificaba hacia el estudio de las estructuras de poder institucionalizadas y alojadas en tiempos pretéritos y de

cuyas conclusiones no incomodaban los intereses presentes, hacia otras intenciones, metodologías y, finalmente, otras miradas en torno a la sociedad y a la utilidad de la Historia. Las nuevas miradas en construcción, de las cuales nos hacemos parte, observan, primeramente, la investigación de la Historia Política como un cúmulo variado y multidisciplinario de visiones sobre un fenómeno encuadrado en la esfera política. Así ocurre en este caso, un acercamiento hacia las estructuras informales de lo político: la cultura militante, la simbología política, las vivencias partidarias, la reformulación ideológica, entre otros. Con esta apuesta nueva se edifica una oportunidad para comprender los problemas políticos, de la formación de una militancia, por ejemplo, no sólo en relación al problema del poder, sino que además desde la identidad que va configurando el grupo y que tiene sus orígenes en procesos de largo alcance. «La cultura política es, a la vez, una especie de código y un conjunto de referentes formalizados en el seno de un partido o modelo más ampliamente difundido en el seno de una familia o de una tradición»<sup>1</sup>. No sólo importa la discusión partidaria en torno al problema de la revolución, por ejemplo, también cobra sentido el valor del compañerismo, el simbolismo del compromiso con la causa política o la entereza del militante responsable con su núcleo.

En segundo término, esta resignificación nos induce a conectar los tiempos de los fenómenos políticos, en medidas más amplias de duración. Dejar de lado el aislamiento de los acontecimientos ligados al poder, y sumirlos en las estructuras históricas que lo sostienen nos dará un marco de comprensión más global y menos parcelado. En ese sentido, la comprensión de la acción militante dejará de estar dentro de una lógica de subjetividad política y se circunscribirá al entendimiento de procesos estructurales, generalmente insertos en el largo alcance. Asumimos la vieja frase de que los hombres y las mujeres son hijas de su tiempo. Cobra sentido, para lo que el lector emprenda a partir de ahora, comenzar el análisis de Ejército de Liberación Nacional sección chilena, indagando el tiempo histórico que vio nacer a este contingente de militantes.

Esta nueva Historia Política, o nuevo enfoque, debía utilizar nuevos preceptos para adentrarse en el estudio de una Nueva Izquierda. No sólo bastaban los antecedentes del estudio de una izquierda tradicional, debíamos incorporar la ruptura que representaba la irrupción de una izquierda que se mostraba crítica del accionar pasado de los sectores herederos del socialismo. Así, esta nueva generación se caracterizaba por la heterodoxia en la formación del pensamiento, por generar un ambiente turbulento, como plantea Hobsbawm, cubierto por confusión, la pasión, pero la fuerte esperanza de un cambio trascendental, no

sólo en lo político, sino también en lo cultural<sup>2</sup>. Esto, entre otras cosas, implicaba nuevas visiones sobre la ideología militante y el partido.

En este sentido, cobra vital importancia el poder observar la agrupación colectiva política desde un enfoque múltiple, siendo estos espacios de:

...articulación entre la sociabilidad cotidiana y la dimensión política, lugares de formación, lugares de reflexión, lugares de protesta combativa, lugar, en fin, de concentración conmemorativa y de presión respecto al poder, constituyen un observatorio de predilección para delimitar el estado de la vida política<sup>3</sup>.

Con esta lógica operativa, nos separamos de la tradicional forma de acercarse a lo político, donde cobraban notoriedad las guerras, episodios épicos y vidas nobles, y nos conectamos con un fenómeno histórico circunscrito a la izquierda revolucionaria que realizó una lectura del proceso revolucionario, y que cobró vida posibilitado por dos patrones: la expansión de la Revolución Cubana y las características del Partido Socialista.

El ELN, los elenos chilenos, respondieron a una coyuntura externa, donde el objetivo del régimen cubano de Fidel Castro, para las primeras décadas luego del triunfo sobre Fulgencio Batista, era exportar la revolución al resto del continente. Esto se edificó en base a una categorización teórica conocida como castro-guevarismo, que contaba entre sus pilares con la idea de la revolución internacional. El peso simbólico y el nexo que se estableció entre los socialistas y la continentalización de la lucha promovida por el régimen cubano, permitió la pervivencia del guevarismo dentro de una organización con trayectoria política, como era el PS, lo que posibilitó la conformación de un contingente de chilenos internacionalistas.

Internamente, el PS vivió desde mediados de la década de los cincuenta un giro hacia la izquierda, luego de un profundo proceso de replanteamiento de sus ejes políticos, precedido de una de sus mayores crisis y cismas orgánicos. Esto generó en la colectividad la adopción de un discurso radical y antisistémico. Las características del PS permitieron el anidamiento de un sector del partido que se declaró abiertamente heredero del mítico comandante y que convivió con un panorama político de lucha institucional.

Entendiendo que esta es nuestra ruta, fue necesario contextualizar el momento histórico en el cual se desarrollaba esta historia. No hay que olvidar que la compleja década de los sesenta se circunscribe a un tiempo de mediana duración con rasgos particulares, como fue la denominada Guerra Fría. Así, es fácil reconocer que el teatro de operaciones de los elenos está envuelto en un escenario propio de las novelas de espías, de las intrigas y secretos propios del tiempo. Aunque este libro se circunscribe en la investigación histórica, con un poco de imaginación el lector podrá fácilmente recrear un teatro de operaciones cargado de nombres en clave, contraseñas, asesinatos encubiertos, delaciones, siglas de los aparatos de inteligencia cubana, soviética y norteamericana, entre otros.

Si bien el contexto pudo dar luces sobre el ánimo de los protagonistas de estas líneas, no es menor el escollo metodológico a la hora de profundizar sobre estas orgánicas revolucionarias. En este sentido, el trabajo de fuentes es un desafío mayor al momento de trabajar con las izquierdas revolucionarias. En primer término, no todas las organizaciones elaboraron documentos escritos sobre sus experiencias. En algunas ocasiones, esto se debió a que estos grupos menospreciaban el excesivo verbalismo y la abultada atención hacia la elaboración teórica. «Somos un ejército y no un partido», llegó a decir Inti Peredo. Esta lógica argumentativa era un resabio de la vieja izquierda, y ahora esta nueva generación de revolucionarios estaba dedicada a la acción más que a la palabra. En segundo lugar, por la dinámica revolucionaria de las mismas organizaciones, muchas de las que sí elaboraron material escrito sufrieron del rigor de la represión de las dictaduras que se instalaron entre mediados de la década del sesenta y mediados de los setenta. Así, numerosos documentos se encuentran extraviados o fueron destruidos. Bajo esta misma lógica, los testimonios que podían aportar a la reconstrucción histórica, engrosaron las filas de detenidos desaparecidos, fueron fusilados o los exiliaron a distintos países del mundo. Finalmente, los pocos que permanecen vivos, en algunas ocasiones se muestran reticentes a hablar sobre el tema.

Con este panorama adverso, decidimos de igual forma adentrarnos en un tema que mantenía enormes desafíos. Y esto porque, entre otras razones, se debía a que existían documentos, cartas y comunicados del ELN que no habían sido analizados o profundizados. En su mayoría eran textos que la revista Punto Final había decidido publicar en la época. Además, antiguos militantes del PS se habían empeñado en resguardar la memoria histórica del partido, rescatando numerosos materiales, archivos, comunicados y textos de estudio que estaban

disponibles, y desde donde se podía realizar una lectura explicativa de la formación del ELN chileno. A todo lo anterior se sumaron los testimonios de los protagonistas directos e indirectos de esta historia. Es, sin lugar a dudas, uno de los materiales más valiosos con los que cuenta un investigador, pero, además, uno de los más complejos para analizar. No solamente hay un relato histórico, sino que hay una intromisión en un mundo privado que se convirtió en un recuerdo doloroso y combativo. Agradezco el tiempo e interés de aquellos y aquellas que decidieron colaborar con esta reconstrucción. En distintas instancias y de diferentes formas entregaron su testimonio Patricio Quiroga, que además de militante es uno de los que han investigado el tema, publicando los alcances de su testimonio; Renato Moreau, militante socialista, que se une al ELN en 1969 y participa en las acciones de defensa de la UP durante el golpe militar; Celsa Parrau, militante socialista, viuda de Arnoldo Camú, que participó en distintas tareas del ELN, destacándose en las acciones de resistencia durante el golpe militar en la zona sur de Santiago; María Elena Carrera, militante socialista, senadora por Colchagua y O'Higgins desde 1967 y hasta 1973; fue electa miembro del Comité Central del partido el año 1971; Nicolás García Moreno, militante socialista, regidor por Chillán a fines de los sesenta, miembro del Comité Central del partido y de la Comisión Política, entre 1971 y 1973; Carlos Gómez, militante socialista y miembro del Comité Central del partido, que participó en el rescate de Inti Peredo y Darío, David Adriazola y durante el gobierno de Salvador Allende se desempeñó en cargos públicos en la zona norte; Félix Huerta, militante socialista, que participó en el rescate de los sobrevivientes cubanos de la guerrilla del Che; durante el gobierno de la UP trabajó junto con otros profesionales en la CENOP; Hernán Coloma, militante socialista y miembro del Comité Central del partido durante 1971; Esteban Bucat, miembro del Comité Central del PS de 1971, que nos entregó su visión sobre la correlación de fuerzas de dicho certamen; Luis González, Nelson Aramburú y Fermín Montes, que fueron parte de un intento por mantener las acciones del ELN luego de que el grueso de los militantes que operaban al interior del PS decidiera colaborar íntegramente con el gobierno de la UP; Enrique O'Farrill, hijo de Jaime Barrios Meza, que nos entregó detalles sobre la vinculación política de su padre; Charles Romeo, que nos aclaró varios puntos sobre este núcleo inicial de chilenos que partieron a Cuba a colaborar con el inicio de la Revolución y a participar en la construcción del nuevo Estado Socialista de América.

El presente libro está ordenado de acuerdo a los niveles de profundización del tema. En un primer capítulo se realiza un esbozo del contexto que acompañó el

proceso de formación del ELN chileno, tanto a nivel local como internacional, engranaje inseparable tomando en cuenta las repercusiones de los sucesos mundiales y la consecuente reacción de los actores sociales frente a estos. Es relevante poder entender que la formación de este grupo respondió a un proceso histórico de maduración y no fue, como se ha representado en algunas ocasiones, un mero acto de voluntarismo propio del álgido contexto de fines de los años sesenta. Este sello, creemos, le otorga un peso histórico al fenómeno, desprendiéndolo de las lógicas aventureras que en ocasiones se les ha querido enmarcar a las organizaciones de izquierda.

El segundo capítulo se ocupa de analizar las matrices que le dan el sustento teórico y militante a los elenos. En este apartado nos enfocamos someramente en las principales tesis que produjo la Revolución Cubana y la edificación conceptual que desarrolló fundamentalmente el Che Guevara, lo que impulsó la fase expansiva de la misma revolución. Sin lugar a dudas el vínculo de esta temática con la militancia chilena daría para una revisión más amplia. Aunque hay investigaciones y publicaciones sobre el tema, queda todavía pendiente una revisión más detallada y extensa en el tiempo sobre un fenómeno de largo alcance y con ribetes todavía desconocidos. En esa lógica, la segunda matriz de la que se ocupa el segundo capítulo, nos interesamos en la revisión de las características identitarias del PS chileno durante la década de los sesenta, un período de complejas decisiones para la colectividad. Para hablar de los elenos hay que hablar primero de los socialistas chilenos; de lo contrario, la inédita experiencia quedaría como un ejemplo aislado sin vínculo orgánico. El PS fue una organización que presentó profundas transformaciones y que se perfiló como una de las principales fuerzas de la izquierda nacional, pero que convivió con un fuerte ímpetu rupturista y revolucionario al interior de sus filas. Este espacio alojó, colaboró y fomentó la existencia de un contingente de militantes internacionalistas que tuvo una influencia y pervivencia sostenida dentro de la historia del PS, y como se verá en las últimas páginas de este libro, mantuvieron redes de colaboración y alcanzaron un protagonismo en uno de los momentos más decisivos del siglo XX chileno. Todo esto lo lograron sin representar un número significativo de militantes dentro del partido.

Finalmente, el tercer capítulo, indaga en el lento camino de formación del ELN chileno, cuáles fueron sus orígenes, los primeros pasos, la construcción política y militante, así como también los rasgos esenciales de la organización, tanto a nivel teórico como político. En este espacio, los elenos cobran vida, son personas de carne y hueso, habitantes del Chile actual. Ellos y ellas han querido

dar su visión de un complejo fenómeno político. En la mayoría de los casos, tienen nombres políticos que han sido mantenidos por el autor; en otras ocasiones sólo conocemos la cara política de una vida clandestina. Es muy probable que sólo hayamos abarcado una dimensión parcial de esta orgánica revolucionaria; intentamos reconstruir, en el epílogo de este libro, parte de las acciones y los caminos que el ELN asumió después de 1971. Dibujamos tangencialmente las distintas orgánicas y núcleos militantes que se enarbolaron bajo los colores del ELN, tanto en la disputa por la conducción del movimiento popular como en la defensa del gobierno de Allende, durante las horas posteriores al 11 de septiembre. Es aún un nicho abierto para futuras investigaciones.

Hemos adjuntado dos documentos testimoniales del período, que se transforman en los mejores exponentes del pensamiento de los elenos chilenos. El primero de ellos es la carta póstuma de Elmo Catalán, Ricardo, el principal jefe del ELN en Chile. Nos parece interesante reproducir completamente el documento, para entender a cabalidad la motivación y el sustento ideológico detrás de esta red organizativa. El segundo es también una carta de uno de los elenos muertos en la guerrilla de Teoponte. Tirso Montiel, Pablo, les escribe a sus familiares más cercanos y a los amigos, en medio de la lucha que por ese entonces se está librando en las montañas bolivianas. Al igual que la carta anterior, refleja el ideal latinoamericanista, que es parte de un camino de liberación continental iniciado por Bolívar, continuado por el Che y representado ahora por esta gran familia de elenos. Se anexan, además, tres documentos de la época, que evidencian el apoyo transversal que tuvo el segundo intento de foco revolucionario en Bolivia, en la zona de Teoponte, ayuda solidaria que se tradujo en venta de discos musicales y bonos de dinero. Además, insertamos la carta de agradecimiento del ELN hacia el comité de ayuda que se estableció en Chile para dicha guerrilla.

Quedo agradecido de quienes colaboraron con este trabajo. En primer lugar, para Igor Goicovic, que bajo el marco de una tesis de magíster, supo guiar los primeros indicios de una inquietud histórica para fortalecerla en su metodología y visión crítica. También prestó importante colaboración Patricio Quiroga, quien además de investigar sobre el tema es un sobreviviente de esta historia, una historia que tenía protagonistas que él ayudó a contactar. En ese mismo plano, les doy las gracias a Jorge Arrate, Patricio Figueroa y Ana María Lagos, quienes aportaron en la búsqueda de testimonios de militantes. Importantes fueron las aclaraciones y datos, siempre oportunos, del historiador boliviano Gustavo Rodríguez Ostria. En la misma línea, agradezco la oportuna entrega de material

inexistente en Chile y editado recientemente en Bolivia sobre documentos del ELN, y facilitados desinteresadamente por Javier Larraín y Héctor Umaña.

Quedo en deuda por el espacio, acogida, tiempo y confianza para todos los entrevistados y entrevistadas, y los que accedieron a conversar de distintas formas sobre una compleja época; con mis amigos y familiares, con mi madre, que indirecta e inconscientemente colaboraron con textos, libros, datos y una serie de recursos para construir este relato.

Este trabajo es para mi Violeta y mi pequeño Santiago, que aunque hoy no entienda de estas líneas, conocerá en un futuro cercano las vivencias de la tierra que lo vio nacer y las increíbles historias de valor de hombres y mujeres en un Chile lejano y comprometido.

Viña del Mar, verano de 2018.

---

<sup>1</sup> [Jean-François Sirinelli, «El retorno de lo político», Revista de Historia Contemporánea, N° 9, Universidad del País Vasco. En <www.historiacontemporanea.ehu.es>, p. 30.](#)

<sup>2</sup> [Ver Eric Hobsbawm, Revolucionarios \(Barcelona: Crítica, 2000\).](#)

<sup>3</sup> [Guy Bourdé y Hervé Martin, Las Escuelas Históricas \(Madrid: Akal, 1992\), 260.](#)



# Capítulo 1

## El complejo y decisivo escenario

*Esta es la relación de cómo todo estaba en suspenso, todo en calma, en silencio; todo inmóvil, callado, y vacía la extensión del cielo.*

*Esta es la primera relación, el primer discurso. No había todavía un hombre, ni un animal, pájaros, peces, cangrejos, árboles, piedras, cuevas, barrancas, hierbas ni bosques: sólo el cielo existía.*

*No se manifestaba la faz de la tierra. Sólo estaban el mar en calma y el cielo en toda su extensión.*

Popol Vuh

## La larga década de los sesenta

Las soluciones planteadas por las naciones americanas desde la década del treinta y hasta la década de los sesenta al problema del desarrollo económico, no vendrían a solucionar de manera visible los grandes conflictos sociales del continente. Así, tras la gran debacle de 1929, la caída de la bolsa y el desmoronamiento del proyecto oligárquico decimonónico, surgieron los proyectos nacional-populares, que buscaban precisamente un nuevo enfoque de progreso para las altas demandas populares. No obstante, como es sabido, el estallido de la Segunda Guerra Mundial y la consecuente modelación de la esfera política en un espacio de enfrentamiento entre dos bloques ideológicos, el

capitalismo y el comunismo, vino a poner mayor urgencia al planteamiento y acción de los giros estructurales. El acelerado ritmo de crecimiento del capitalismo occidental buscaba enérgicamente la demanda de mejoras de los mercados exportadores de materias primas. Esa lentitud y desajuste generaba enormes distorsiones en las precarias y dependientes economías latinoamericanas. Las soluciones se hacían imperiosas.

Por una parte, la CEPAL ofrecía un paquete de medidas tendientes a desarrollar –y no transformar– las economías antes descritas. Con un plan de industrialización, sustituyendo las importaciones por un desarrollo local, tomando como eje al Estado en su rol de impulsor de este diseño, se diversificarían las exportaciones y se aplicaría una reforma agraria tendiente a dinamizar la modorra del sector agrícola, un escenario colonial dentro de un continente ligado a las decisiones de la economía mundial ya globalizada.

No obstante, para una parte de la izquierda, este plan de salvataje no contemplaba cuestionar la estructura económica en la cual el modelo funcionaba y, por ende, los partidos más radicales de la izquierda latinoamericana, que venían impulsando y cuestionando el orden social desde fines del siglo XIX, verán en este paquete de medidas un voladero de luces infructuoso. La marcha ascendente aunque dispar de los movimientos sociales de mediados del siglo, no sólo venía a discutir este plan de desarrollo económico, sino que se manifestó también crítica a los efectos sociales de la política oligárquica: hacinamiento en las viviendas, baja inclusión en el sistema escolar, cobertura de agua potable y alcantarillado, problemas de desnutrición, entre otros.

Pero no solamente el cuestionamiento al sistema político se producía debido a las problemáticas sociales, también la crítica surgió en torno a qué tipo de democracia se debía implementar en nombre de las álgidas masas cada vez más empoderadas. Así, la democracia elitista de fines del siglo XIX vino a ser seriamente apuntada como un privilegio de unos pocos más que como el beneficio de muchos. Las mujeres, los campesinos analfabetos, los jóvenes urbanos, veían pocas opciones de participación, opinión e inclusión política.

Por otra parte, la creciente politización de la sociedad vino a ensanchar la conciencia de dicho problema. El camino era la gran reforma o la inevitable revolución. Así, entonces, como señala el historiador argentino Tulio Halperin Donghi:

...iba a parecer cada vez más claro a muchos que sería imposible superar la amenaza del estancamiento sin quebrar el marco del sistema político y económico internacional en que hasta entonces había debido desenvolverse Latinoamérica<sup>4</sup>.

Y es precisamente en ese marco de referencia, o mejor dicho producto de esa tensión existente, en donde irrumpe la Revolución Cubana, dando un giro y marcando una ruptura trascendental en la historia del continente. Se inaugura una nueva era, una nueva década que trastocó todos los débiles cimientos de la sociedad latinoamericana.

Esta nueva década, que podemos encajar entre el período que va desde 1959 hasta 1973/1976 en algunos casos, tuvo un hilo conductor que más o menos en el continente americano se presentó con cierta uniformidad. Está atravesado por lo que Claudia Gilman plantea como la valorización de la política y la expectativa revolucionaria<sup>5</sup>. Es en este lapso de tiempo donde la revolución como fenómeno histórico y como verdad irrefutable se deja caer en los valles, montañas, calles y selvas del continente. Entre los años señalados, esta esfera del planeta se va a conectar con la larga tradición de desestructuraciones políticas del orden social para imponer, o intentar hacer, lo que ya se había gestado en Europa. El cariz que adoptan los intentos, las repercusiones, los debates, la tragedia, hacen de este momento un período central del siglo XX. Tiene una espesura específica, en palabras de Gilman, que lo distancia del anterior espacio temporal, la década de los cincuenta, y que lo va a ligar inexorablemente con las transformaciones autoritarias de la década de los setenta. A juicio de Alan Angell, la revolución marcó el destino de los actores sociales, ya sea porque estos estuvieron a favor de embarcarse en la gran rebelión continental o, por el contrario, buscaron alianzas para impedir precisamente la gran sublevación del pueblo. Fue así que:

El triunfo de la revolución cubana quitó validez a la pretensión de los partidos comunistas ortodoxos de ser la única fuente de legitimidad marxista y, por ende, revolucionaria...La mayoría de los aspirantes a imitar a Castro abogaban por la guerra de guerrillas, pero incluso los que no opinaban igual eran partidarios de

un radicalismo político que derribase las estructuras existentes<sup>6</sup>.

Después de la instalación, declaración y consolidación de la revolución en suelo americano, ya nada podía volver a ser como antes. Indudablemente esto afectó las políticas internas de los países del entorno, la correlación de fuerzas, el discurso de los partidos de izquierda y el nivel de vínculo entre los EE.UU. y los gobiernos de turno.

En el Chile de mediados de los cincuenta las dicotomías eran evidentes y visibles. Las enfermedades, las condiciones precarias de habitabilidad, la falta de expectativas laborales para sectores menos calificados, mantendrán un constante foco de tensión social. Llegaba la hora de las definiciones. En distintos grados, y con miradas políticas muy disímiles, los gobiernos de Jorge Alessandri, Eduardo Frei Montalva y Salvador Allende debían resolver el problema del desarrollo, procurando cumplir las expectativas de los sectores populares y no incomodar o desajustar a las cada vez más débiles élites. La solución al problema económico, que generaba altas distorsiones sociales, estaba en el plano de la decisión política. Encuadrar la fórmula ideal desde un plano político no fue una tarea fácil para los gobiernos de turno.

Las medidas adoptadas tuvieron efectos mínimos a los ojos de los sujetos populares. Así, las reformas implementadas por los gobiernos de turno no daban el ancho bajo la óptica revolucionaria de los actores involucrados. Este fue uno de los contextos vividos por el gobierno de Jorge Alessandri, luego de su triunfo electoral, cuando las reformas adoptadas comenzaron a dar frutos indeseados<sup>7</sup>.

El horizonte se veía desafiante para las intenciones del proyecto de Eduardo Frei Montalva. El enfoque de la Democracia Cristiana estaba orientado a realizar grandes transformaciones que iban en el camino de dejar de lado las pequeñas reformas, y entrar así a modificar los patrones de estancamiento o, por lo menos, había que evidenciar, en el discurso de campaña, el verbo revolucionario que se hacía cada vez más presente en la política nacional. Si esto ocurría, los cambios estructurales, era imposible no mover las piezas de los intereses en juego. El contexto mundial de la Guerra Fría y la política de alianzas, entre otros factores, restringían las absolutas libertades de acción, agradando a unos y desagradando a otros.

Una de estas decisiones era la implementación de la reforma agraria. La división de los grandes latifundios no sólo fue un cambio métrico en las dimensiones de la tierra, o un traspaso de un propietario a otro, sino que además representó una alteración significativa en los lazos de poder e influencia de un sector de la élite gobernante para con los campesinos e inquilinos de los todavía amplios sectores rurales. El ensanchamiento de la política, rasgo distintivo del siglo XX, trastrocaba la tradicional parsimonia del espacio rural. Acostumbrados a ejercer una participación política desde el clientelismo paternal, los campesinos comenzaron a ejercer su derecho a la organización sindical, insertándose en el escenario de las grandes decisiones. Esta inclusión fue acompañada por los partidos políticos a través de la estructuración de federaciones campesinas: Ranquil, Triunfo Campesino y Libertad, entre otras.

Sin embargo, el diseño democratacristiano no contempló la posibilidad de que estos nuevos actores, los campesinos y trabajadores organizados, ocuparan estos espacios. Eran una masa social empoderada y expectante, que estaba acompañada por la acelerada acción de los partidos políticos de izquierda. Bajo esta lógica, la aparición de un cuerpo legal que enmarcaba la Reforma Agraria de 1967 como un proceso aún más radical que el anterior, permitió la entrada de estos nuevos sujetos en un escenario inédito hasta entonces, en donde el incremento del gasto social y otras medidas, «...redundaron no sólo en la incorporación masiva de sujetos hasta ese entonces ajenos a la participación política, sino también en un notable incremento de las expectativas y demandas de estos nuevos sectores»<sup>8</sup>.

Fruto de la modernización de las ciudades, los espacios urbanos sufrieron también cambios significativos. El surgimiento expansivo de poblaciones marginales, al alero de la migración masiva de mediados de siglo, reconfiguró los espacios de poder y participación política. Estos nuevos sujetos fueron objeto de atención por parte del proyecto democratacristiano. No obstante, la disfuncionalidad de este tutelaje estaba en la concepción generada por la DC en cuanto se vislumbraba que esta política era necesaria debido a que dichos nichos carecían de capacidad organizativa, eran sujetos pasivos, retraídos y dóciles, «... una masa que debía ser integrada a los planes nacionales de desarrollo diseñado desde la cúpula estatal. Dichos planes se llevaron a cabo con un espíritu paternalista y cálculo político»<sup>9</sup>. Así, la mirada que desde el gobierno se hacía del fenómeno de las poblaciones y los pobladores, estaba lejos de la realidad del Chile de fines de los años sesenta. Contrariamente a la lectura de la DC, amplios sectores de la marginalidad urbana se plegaron con proyectos propios y sin

límites a crear una nueva situación social, con o sin el Estado. El momento de desarrollo del ELN chileno coincide con una marea de movilización marginal en las poblaciones del país, muchas de ellas avivadas por sectores del MIR a través del Movimiento de Pobladores Revolucionarios y sus dirigentes más visibles, Víctor Toro y Herminia Concha, pero también con el rol activo de sectores del PS, que encontraron allí nuevos adherentes para el ELN.

## **La Revolución Cubana y sus efectos**

La visión revolucionaria de Fidel Castro y los integrantes del Movimiento 26 de julio, comprendió inicialmente un llamado nacionalista para erradicar la intervención imperialista de la isla. Coordinaron astutamente a los opositores al régimen batistiano, para luego, tras el triunfo político, iniciar las reformas precisas para sacar al país del atraso y terminar con la injusticia social. La irrupción del M26 mutará desde un propósito antiimperialista y martiano, para convertirse en una revolución socialista e internacionalista.

Esta adaptación puede entenderse por varios factores. El primer elemento se relaciona con el proceso de creación de los bloques de influencia de la Guerra Fría. Cuba representaba una zona estratégica que podía insertarse rápidamente en la alianza de la esfera comunista soviética. La configuración de este eje, Cuba-URSS, fue una decisión práctica-política más que teórico-ideológica. Un segundo punto se vincula con la formación de un grupo de países No Alineados, diferenciados de las potencias capitalistas y del comunismo soviético, y que buscaba ser una alternativa coherente con el llamado antiimperialista de los países coloniales y semicoloniales. La creación de esta asociación fue un momento oportuno para que Cuba se mostrara cercana con las luchas por la liberación de los países del Tercer Mundo, siendo el único país participante de América Latina, en calidad de miembro en la primera Conferencia Cumbre del Movimiento de Países No Alineados, celebrada en Belgrado en septiembre de 1961. Pero, por sobre todo, fueron actitudes que edificaron un liderazgo antiimperialista en la zona. En tercer lugar, esta revolución se fue constituyendo en la medida en que se logró la fusión de las distintas orgánicas que participaron en el derrocamiento de Batista. La habilidad y visión de Castro permitieron al M26 encausar las múltiples miradas en torno al camino a seguir y convertir el

proceso antidictatorial en un proyecto socialista<sup>10</sup>. Había que delinear el sentido futuro y proyectivo de la victoria recién lograda. El primer paso para esta ruta de definición ideológica se produjo una vez que Fidel Castro explicitó el carácter de la revolución, los propósitos de ésta y la base constitutiva para construir la nueva sociedad. Dos discursos pronunciados en La Habana en 1961 son los que dibujaron la mirada socialista latinoamericana. En ellos, Castro entró en sintonía directa con el contexto político, el escenario mundial que se estaba construyendo y la necesidad de darle un cuerpo a la revolución en marcha. En el primer discurso de estos, Fidel Castro expone:

Compañeros obreros y campesinos, esta es la revolución socialista y democrática de los humildes, con los humildes y para los humildes. Y por esta revolución de los humildes, y por los humildes y para los humildes, estamos dispuestos a dar la vida<sup>11</sup>.

Su alusión a los humildes hace referencia directa a los proletarios de las fábricas de tabaco, a los guajiros de la empobrecida Sierra Maestra, a los que no tienen nada que perder y mucho que ganar. Fue la conformación de una línea argumentativa que recoge la génesis de la lucha de clases como elemento presente en la constitución de la sociedad, no sólo europea, sino también latinoamericana.

Ocho meses más tarde, en diciembre de 1961, Castro utilizó el marxismo como teoría general incorporando así a la Cuba revolucionaria en la larga cadena de revoluciones construidas en base a leyes de la historia. A este lado del continente se abría un nuevo eslabón en la larga marcha de liberación final del espíritu humano. Por otra parte, la adopción de esta red conceptual tendrá una amplia sintonía entre un sector de la intelectualidad europea, lo que podía mover fácilmente los apoyos para esta nueva utopía. Entonces, en palabras de Fidel:

La lucha guerrillera se convirtió en un factor que movilizó a las masas, que agudizó la lucha, la represión, agudizó las contradicciones del régimen, y sencillamente, toma el poder el pueblo; se toma el poder por las masas... Se puede liquidar la fuerza, el aparato militar, la maquinaria que había sostenido al

régimen. Es decir, que se fueron cumpliendo una serie de leyes revolucionarias; primero, la conquista del poder por las masas y segundo, la liquidación del aparato, la maquinaria militar que sostenía todo aquel régimen de privilegio<sup>12</sup>.

La existencia en las apreciaciones de Castro de elementos de una mayor solidez, dieron al régimen cubano la imagen de una revolución que dejaba rápidamente los resabios de una supuesta rebelión de pequeños idealistas y soñadores barbudos, para pasar a crear la iconografía de una gesta que empezó a madurar, realizando una reflexión más profunda y estructural de las razones del éxito revolucionario, argumentando la existencia, por sobre las voluntades humanas, de códigos en la historia, la gran Historia que ahora estaba insertando a los cubanos en las esferas de una verdad irrefutable, y que proyectaba sí o sí el éxito de la gesta. Solamente bastaba el compromiso de hombres y mujeres para quedar escrito en el panteón de los vencedores.

Un elemento central de esta discusión fue la identificación de la toma del poder del Estado a través de la lucha en contra del ejército. La maquinaria militar que sostiene el régimen, argumenta Castro, deberá ser enfrentada con la creación de un contingente de revolucionarios preparados en las armas. El castrismo aportó en la configuración de esta teoría general de la Revolución, la inclinación por entender este fenómeno como un problema militar antes que político. Sin bien la coyuntura histórica de la Revolución Cubana fue más que esto, el propio régimen de Castro no evitó caer en estos encasillamientos y más bien fomentó, a través del apoyo militar y de la reproducción teórica, mediante la edición de artículos, creación de revistas y publicación de libros, ese perfil revolucionario.

Por último, la adscripción de Fidel Castro al marxismo y con ello la nueva Cuba, dejaba tras de sí importantes flancos abiertos que generaron fisuras dentro de la izquierda latinoamericana. El marxismo era, al igual que en la mayoría de los regímenes que adoptaron esta ideología, una verdad absoluta, sin posibilidades de segundas lecturas. Se era revolucionario o no se era. Los disensos provocaron en el régimen notorios quiebres en una dirigencia que compartía similares sueños de liberación. Por otra parte, Castro criticaba profundamente la inmovilidad de las generaciones pasadas de las organizaciones de izquierda, generalmente adscritas a los Partidos Comunistas de la región. La vieja izquierda no había adoptado un camino revolucionario; por el contrario, había empantanado las energías, dejando en el letargo a numerosas generaciones de



valientes luchadores que no concretaron sus propósitos de rebeldía. Fidel Castro no sólo reordenó el mapa político de Latinoamérica, sino que, además, reconfiguró al Partido Comunista Cubano y lo que se entiende por socialismo. Con la adopción de una teoría científica, no quedaron posibilidades a segundas interpretaciones: había que hacer la revolución. Y las posibilidades de éxito ya estaban escritas en la historia. El líder guerrillero lo expresó de la siguiente manera:

Y el socialismo. ¿Cuál es el socialismo que debíamos aplicar? ¿El socialismo utópico? Teníamos, sencillamente, que aplicar el socialismo científico. Por eso les empecé diciendo con toda franqueza que creíamos en el marxismo, que creíamos que es la teoría más correcta, más científica, la única teoría verdadera, única teoría revolucionaria verdadera. Lo digo aquí con entera satisfacción, y con entera confianza: soy marxista-leninista, y seré marxista-leninista hasta el último día de mi vida<sup>13</sup>.

Sin embargo, el documento que cautivó con mayor notoriedad al mundo expectante de los avances y definiciones de esta nueva Revolución, fue la Segunda Declaración de La Habana de febrero de 1962.

Entre 1959 y 1962, Cuba presenció una acelerada modificación del escenario político en el cual había vivido tras los primeros meses del triunfo sobre Batista.

Desde el intento de invasión financiado por EE.UU. hasta el inicio oficial de las relaciones con la URSS, el gobierno cubano debió resolver diversas problemáticas que se estaban constituyendo en una verdadera barrera para su futuro. Una de estas fue la expulsión de Cuba de la OEA debido a su cercanía con el marxismo y el significado que esto tenía en plena Guerra Fría. La conferencia celebrada en Uruguay, en enero de 1962, había definido que esta nueva situación del gobierno cubano iba en contra de los principios interamericanos, y por lo tanto se propició la votación para su expulsión. Semanas más tarde, apareció la Segunda Declaración de La Habana, que fue considerada un verdadero manifiesto del comunismo latinoamericano. Echó las raíces fundantes del castro-guevarismo<sup>14</sup>.

En primer término, la espina dorsal de la Segunda Declaración de La Habana es

la lucha de clases como motor que hace rodar a la historia humana. Hay una referencia constante, aludiendo tangencialmente al marxismo como herramienta de comprensión social, a la génesis de la estructuración del modelo dominante a lo largo de la humanidad. Se utilizó la interpretación del desarrollo a través de la conformación de la esclavitud en el mundo antiguo, la configuración de la sociedad feudal y el aparecimiento de una clase burguesa comerciante, que luego se transformó en motor de las transformaciones económico-productivas de los siglos XVIII y XIX, edificando, de esta manera, un nuevo modelo dominante: el capitalismo.

El castrismo adoptó también las tesis leninistas en torno a la concepción del imperialismo como fase superior del capitalismo e identificó el panorama de imposición de la fuerza que esta fase dominante y expansiva ha tenido en los últimos dos siglos. Luego del fortalecimiento del capitalismo debido al asentamiento de la Revolución Industrial, las potencias europeas, en un primer momento, iniciaron la ocupación por la fuerza de los continentes más desvalidos, África y Asia, para extender el control de la economía mundial, depositando en estos espacios geográficos una vez más el rol dependiente y obediente. Es este el contexto en el cual se hace más necesaria la adopción de políticas revolucionarias continentales, ante la visualización de la dominación como un problema supranacional. Pero no sólo fue una situación de convencimiento militante. El castrismo observó en medio de este análisis que las fuerzas endógenas fueron las que empujaron el curso de la historia, y por ende, hubo un alejamiento del voluntarismo como factor gatillante. Son las leyes de la historia las que entregan la certeza de la posición y decisión a adoptar; hay fuerzas científicas que no pueden detenerse ni negarse, están establecidas por las condiciones materiales de vida, e impulsan a la humanidad, como dice Castro, al anhelo de: «...metas superiores de bienestar y libertad, que surgen cuando el progreso del hombre en el campo de la ciencia, de la técnica y de la cultura lo hacen posible, son superiores a la voluntad y al terror que desatan las oligarquías dominantes»<sup>15</sup>.

La Segunda Declaración de La Habana situó como elemento potente, y peligroso para las vidas de los militantes que se internaron en las montañas, el factor subjetivo en las condiciones presentes para el éxito de la empresa rebelde. El escenario político, la situación prerrevolucionaria, los elementos objetivos, son posibles de modificar, volcando el contexto hacia una oportunidad latente de revolución. No importó mayormente la observación analítica de las adversidades, estas se transformaron en oportunidades, dados los cimientos que

sostienen las verdades absolutas de triunfo. La participación humana debe sumarse al engranaje que deberá hacer andar la máquina de la revolución... Queda expresado de la siguiente manera:

Las condiciones subjetivas de cada país –es decir, el factor conciencia, organización, dirección– pueden acelerar o retrasar la revolución según su mayor o menor grado de desarrollo; pero tarde o temprano, en cada época histórica, cuando las condiciones objetivas maduran, la conciencia se adquiere, la organización se logra, la dirección surge y la revolución se produce<sup>16</sup>.

Entendiendo cómo funcionan las leyes de la historia, y por ende la inevitabilidad del conflicto y su inherencia al accionar humano, cabe preguntarse de qué forma se llevará a cabo la revolución, ¿cómo se hace esta revolución?

En la lectura cubana, la situación revolucionaria se provocó por una acumulación de factores que generalmente estuvieron alojados en contextos de fuerte represión, amplia explotación por parte de las clases dominantes y toda la maquinaria de opresión desplegada en contra del movimiento de masas. Así, pese a los esfuerzos del imperialismo y su alianza con las clases dominantes, fue este el nicho ideal que generó las condiciones para el levantamiento revolucionario y no la existencia previa de un gran movimiento de masas organizadas; es la acumulación de atropellos la que finalmente hará levantar al pueblo.

Recién iniciado el tránsito hacia el socialismo, el panorama de organización de las masas oprimidas no será uniforme. Existirán situaciones de fuerte represión, de colaboración con el Estado capitalista, o de ausencia de un movimiento fuerte de masas. Lo que sí observó la dirigencia cubana era la situación de usurpación de los derechos fundamentales de la población por parte de los poderosos, factor estimulante para iniciar el levantamiento. El empujón final lo dará la maquinaria cubana en pos del internacionalismo revolucionario.

Este aventón estuvo dirigido no sólo a los proletarios urbanos y capas medias e intelectuales más comprometidas, sino también iba en dirección al grueso de la población rural del continente. En la Segunda Declaración de La Habana, la agresión imperialista sobre el continente americano tocaba a todos los débiles

por igual: mestizos, niños, negros, indígenas y campesinos. A ellos se deben los verdaderos revolucionarios. En su discurso frente a la multitud de la Plaza de la Revolución, Castro mostró con cifras el panorama sombrío de un continente empujado hacia la modernidad capitalista, pero que no se hacía cargo de los efectos sociales de esta entrada en el mundo del progreso. Ya cuarenta años antes, José Carlos Mariátegui había posicionado a los indígenas y campesinos como motor central de la transformación social; ahora los cubanos les entregaban la historia en sus manos. En la Sierra Maestra, los guajiros cumplieron un papel relevante en la lucha antidictatorial. Junto con retornar al empuje clásico del marxismo-leninismo por hacer la revolución, Castro estará evocando la identidad latinoamericana, y con ello entregándoles un rol activo a los sectores rurales en la acción emancipadora. Estos, por cierto, deben estar guiados y dirigidos por obreros e intelectuales, quienes identifican el potencial revolucionario de sujetos que viven en condiciones subhumanas. Estos, los campesinos, son decisivos en la lucha por la liberación nacional.

En la otra vereda, el análisis sobre las burguesías continentales se traducía en la incapacidad para oponerse al dominio extranjero, lo que las llevó a aliarse con los intereses foráneos, fusionándose y compartiendo un mismo sitio de defensa. Por eso, no representan una clase que pretenda avanzar en la realización de las transformaciones sociales y económicas que posibiliten el salto de una economía atrasada hacia el progreso capitalista con amplia cobertura. Les basta ocupar ciertos espacios de las economías nacionales en una alianza con el capital extranjero para beneficiarse de las ganancias de un imperialismo focalizado en América Latina.

Sólo podrán ejercer un rol colaborativo ciertos sectores de la pequeña burguesía o algunas capas más progresistas, prosigue Castro; estos serán un aliado en la lucha antiimperialista en una primera fase y caminarán en conjunto para construir el socialismo latinoamericano. Sin embargo, las pretensiones discursivas cubanas quedaron sólo como un llamado retórico, cubierto por un contexto político que buscaba afirmaciones en el espacio verbal. En términos cuantitativos, lo que logró exportar la Revolución Cubana fueron pequeñas organizaciones político-militares que iniciaron el proceso revolucionario siguiendo los postulados, y contando en algunas ocasiones con el apoyo directo de La Habana. Estas expresiones fueron el ejemplo visible del cisma en la izquierda provocado por el triunfo de La Habana. Para las antiguas organizaciones de la izquierda latinoamericana, la Revolución estaba en un horizonte lejano que había que acercar, pero siempre esperando las condiciones

objetivas que le dieran la seguridad del triunfo. Así, los partidos tradicionales de la izquierda habían adormecido a las masas, recreando situaciones adversas de correlación de fuerzas, de inexistencia de una real conciencia en las masas obreras, etc. Lo que vino a revertir la Revolución Cubana fue el llamado a hacer la revolución. Se entiende entonces que: «El deber de todo revolucionario es hacer la revolución. Se sabe que en América y en el mundo la revolución vencerá, pero no es de revolucionarios sentarse en la puerta de su casa para ver pasar el cadáver del imperialismo»<sup>17</sup>.

La clara alusión a los viejos cuadros que se habían adaptado y acomodado a la situación existente creó una fisura no sólo política, sino que también generacional. Con esta revolución se inició un nuevo tipo de revoluciones e intentos por concretarla, que alimentaron las historias de las próximas tres décadas. Fidel Castro será enfático al respecto: «Frente a la acusación de que Cuba quiere exportar su revolución, respondemos: las revoluciones no se exportan, las hacen los pueblos. Lo que Cuba puede dar a los pueblos, y ha dado ya, es su ejemplo»<sup>18</sup>.

## **La consolidación de una izquierda revolucionaria**

La izquierda nacida bajo el alero de la Revolución Cubana no trabajó profusamente en definir una línea de acción depurada y compleja, un análisis cabal y acabado del contexto y de la correlación de fuerzas. Por el contrario, encendió rápidamente los motores de la insurrección sin profundizar en las particularidades de la victoria cubana. Las ideas recogidas por las izquierdas castristas se basaban en mínimos preceptos: el carácter internacional de la lucha, la uniformidad de las realidades locales y la lucha armada como mecanismo de triunfo. Todo este proceso era liderado por jóvenes pertenecientes a las clases medias avanzadas, parte de la pequeña burguesía consciente y progresista y, en algunos casos, por excepcionales líderes campesinos y obreros. Estos debían lograr la alianza con los verdaderos sectores revolucionarios, con aquellos sectores afectados por el modelo económico-social. La vanguardia debía ser capaz de aunar a obreros y campesinos en un solo plan de liberación socialista.

Hechas estas definiciones, los sectores de la izquierda latinoamericana

claramente iban a disentir, evaluar y criticar el actuar de los partidos comunistas en su accionar por alcanzar el socialismo. Esta organización era vista como un aliado incondicional de la URSS y un actor obediente del PCUS, para lo cual había desplegado sus energías en obtener ciertas reformas sectorizadas y lograr cuotas de poder institucional, retardando y desviando la transformación social. No sólo era el tiempo y la oportunidad para las otras izquierdas, sino que debían continuar el camino de la ola revolucionaria emprendida por Cuba.

Teniendo como eje central a la Revolución Cubana, algunos estudios han considerado a las luchas previas a dicho fenómeno como parte de una línea de continuidad organizativa que buscaba obtener el poder a través de las armas, ya fuera a través de una revuelta social campesina, una rebelión popular o una insurrección proletaria de viejos cuadros anarquistas. Los cubanos estaban en el centro del liderazgo de la revolución social del Tercer Mundo, no sólo por una cuestión estratégica y política, sino que había una convicción moral de apoyo y acompañamiento que se desprendía de sus propias vivencias personales. Se veía que: «Si Fidel, el Che y Raúl habían derrocado a la dictadura de Batista gracias a la acción armada de un grupo de militantes audaces inicialmente minúsculo, la reproducción del intento era posible y hasta inevitable»<sup>19</sup>. La larga década que estaba por comenzar tendrá luces y sombras.

Es posible identificar una primera etapa de estas luchas que va desde el triunfo de la Revolución Cubana hasta la muerte del Che y la fundación de OLAS. Esta primera fase está caracterizada por la reflexión que se hizo sobre la nueva revolución, la configuración de la teoría castro-guevarista, Debray y La guerra de guerrillas del Che<sup>20</sup>. Tras la derrota militar del Che, que coincide con la agudización de la crítica al socialismo real, la crisis de las expectativas de la juventud rebelde de los sesenta, el mayo francés y la invasión soviética a Praga, se comenzaron a formar nuevas orgánicas revolucionarias, distintas a las surgidas tras el triunfo en La Habana, que evaluaron la experiencia pasada. Como hemos referenciado en este primer capítulo, hubo una relectura de Guevara, una resignificación de su pensamiento. Estas orgánicas entendieron, por una parte, la importancia de la gesta cubana, pero por otro lado debían tomar en cuenta las realidades locales y el necesario trabajo político para estructurar organizaciones político-militares. Este segundo momento de esta clasificación finaliza con el triunfo de la revolución sandinista en Nicaragua, el que abrirá, por cierto, un nuevo ciclo de discusión y de lucha guerrillera<sup>21</sup>.

Un tercer período estuvo marcado por el derrumbe de la órbita socialista, que

comenzó a mediados de los años ochenta y que se extendió hasta la mitad de la década siguiente. En este momento podemos identificar la aparición del EZLN en México, los resabios posmodernos de guerrillas todavía vigentes, como son las FARC y el ELN de Colombia, y Sendero Luminoso en Perú. Es importante tomar en cuenta esta identificación histórica para lograr diferenciar las acciones de la izquierda revolucionaria con posterioridad al triunfo en La Habana para poder matizar un fenómeno que pareciera aparecer monótono y uniforme.

El objeto de estudio que estamos desgranando se movió entre el impulso generado por la inyección del fenómeno cubano, periodo 1959-1962, con los rasgos antes mencionados. Sus líderes crecieron bajo la mirada de esta ebullición de rebeldía. Sin embargo, el comienzo de su vida como grupo operativo debió asimilar el fracaso guerrillero de Ñancahuazú y el triunfo electoral de Salvador Allende en 1970.

Si bien el socialismo chileno deambulaba en un péndulo que recogía las clásicas tradiciones de los partidos de la izquierda, no era menos cierto que, para muchos militantes de la década de los sesenta, la vereda del frente, la revolución en ciernes, representaba la verdadera izquierda, la identidad lógica de acción política<sup>22</sup>. El nacimiento, desarrollo y adaptación del Ejército de Liberación Nacional chileno presenció este cambio sustancial en el paradigma revolucionario. Fue testigo y ejecutor del fin de un ciclo. Concibieron el hacer la revolución no sólo desde la implementación de un foco rural, sino que se plantearon también defender el proceso revolucionario chileno. En distintos grados de profundización, el ELN chileno participó en la elaboración y análisis de todo un problema conceptual: el significado de la revolución socialista.

---

<sup>4</sup> [Tulio Halperin Donghi, Historia contemporánea de América Latina \(Madrid: Alianza Editorial, 2005\), 536.](#)

<sup>5</sup> [Claudia Gilman, Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina \(Buenos Aires: Siglo XXI, 2003\).](#)

<sup>6</sup> [Alan Angell, «La izquierda en América Latina desde comienzos de 1920», en Historia de América Latina. Política y sociedad desde 1930, Tomo 12, ed. Leslie Bethell \(Barcelona, España: Crítica, 1997\), 101.](#)

<sup>7</sup> [Es manifiesta el alza de acciones y manifestaciones de distintos actores sociales](#)

en contra del gobierno de Alessandri, sobre todo a partir del segundo-tercer año (1960-1961) situación que irá aumentando hasta que termine su mandato en 1964. Si bien es cierto provocó efervescencia el triunfo de la DC, a medida que el ciclo de protesta y manifestación social vuelvan a ser retomados, las evidencias sociales de malestar en contra del gobierno de Frei Montalva volverán a ser altas, sobre todo a partir de 1967. Gabriel Salazar, La violencia política popular en las Grandes Alamedas (Santiago de Chile: LOM ediciones, 2006). Por otra parte, el problema de la alta inflación fue un síntoma constante del modelo adoptado, y de las superficiales soluciones. Para el gobierno de Alessandri: «La inflación alcanzó un 28% en 1962, un 45% en 1963 y un 40% en 1964». Simon Collier y William Sater, Historia de Chile, 1808-1994 (Madrid: Cambridge University Press, 1999), 247.

<sup>8</sup> Sofía Correa (et al.) Historia del siglo XX chileno (Santiago: Editorial Sudamericana, 2001), 254.

<sup>9</sup> Gabriel Salazar y Julio Pinto. Historia contemporánea de Chile II. Actores, identidad y movimiento (Santiago: LOM ediciones, 1999), 100.

<sup>10</sup> De entre las orgánicas policlasistas que lograron actuar en forma coordinada para derrotar al gobierno de Fulgencio Batista se encontraban: la Acción Libertadora, la Acción Revolucionaria Nacional, el Directorio Revolucionario, la Organización Auténtica y el Movimiento Nacionalista Revolucionario. La política del Movimiento 26 de julio fue precisamente buscar propósitos comunes. Ver Luis Vitale, De Martí a Chiapas (Santiago: Ed. Síntesis-CELA, 1995), 170.

<sup>11</sup> Fidel Castro, Revolución socialista y democrática en Cuba. En Michael Löwy, El marxismo en América Latina (Santiago: LOM ediciones, 2007), 280.

<sup>12</sup> Fidel Castro, De Martí a Marx. En, Michael Löwy, El marxismo... op. cit., p. 285.

<sup>13</sup> Ibíd., 291.

<sup>14</sup> «Segunda Declaración de La Habana», febrero de 1962, en <[www.segundadeclaracion.net](http://www.segundadeclaracion.net)>.

<sup>15</sup> Ibíd., 6.



<sup>16</sup> Ibíd.

<sup>17</sup> Ibíd., 17.

<sup>18</sup> Ibíd., 15.

<sup>19</sup> Jorge Castañeda, La utopía desarmada (México: Editorial Joaquín Mortiz, 1993), 89.

<sup>20</sup> Para esta revisión hemos considerado los siguientes textos que realizan una periodización sobre el tema; Jorge Castañeda, La utopía... ob cit. Gabriel Gaspar, Guerrillas en América Latina (Santiago de Chile: FLACSO-Chile, 1997). Pablo Pozzi y Claudio Pérez, (ed.) Historia oral e Historia política. Izquierda y lucha armada en América Latina, 1960-1990 (Santiago: LOM ediciones, 2012). Julio Santucho, Los últimos guevaristas. La guerrilla marxista en la Argentina (Buenos Aires: Ediciones B, 2011).

<sup>21</sup> El trabajo de Gabriel Gaspar considera la irrupción de la guerrilla urbana como una fase distinta al surgimiento de las OPM, siendo este eslabón un paso entre la fase foquista y las guerrillas de la década de los setenta.

<sup>22</sup> Quizás la organización de mediados de los años sesenta que represente mejor la identidad de la nueva izquierda es el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR. Nacido al alero de una larga tradición de convergencia de distintas tradiciones de la izquierda revolucionaria, se convirtió en el mejor espacio de recepción de la influencia guevarista, y además compartió la incorporación de las nuevas tesis en torno al marxismo, inicialmente en un clima interno de enriquecedora discusión teórica. Ver Pedro Valdés Navarro, «Elementos teóricos en la formación y desarrollo del MIR durante el período 1965-1970» (Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad de Valparaíso, 2006.

## Capítulo 2

### La edificación del proyecto: desde el Che hasta el PS chileno

*Pero ni la violencia ni el cambio pueden servir para describir el fenómeno de la revolución;*

*sólo cuando el cambio se produce en el sentido de un nuevo origen,*

*cuando la violencia es utilizada para construir una forma completamente diferente de gobierno,*

*para dar lugar a la formación de un cuerpo político nuevo,*

*cuando la liberación de la opresión conduce, al menos, a la constitución de la libertad,*

*sólo entonces podemos hablar de revolución.*

Hannah Arendt, Sobre la revolución.

La aparición del ELN al interior de las filas del PS representa la continuidad del guevarismo dentro de uno de los partidos más importantes de la izquierda chilena. Este elemento que pareciera ser algo evidente, cobra sentido sólo si enunciamos algunos elementos claves del pensamiento guevarista. En estas piezas está, en su mayoría, el engranaje teórico de los elenos. Por cuestiones de tiempo y quizás de interés para el lector, sólo es posible realizar un esbozo de las líneas centrales del pensamiento del Che, que nos permitirán entender los motivos y cuáles son los ejes centrales de la organización que se nucleó en Chile. No obstante, no será el guevarismo la única pieza identitaria del ELN chileno, y es por esa razón que proponemos una segunda detención en observar las

cualidades, las definiciones y caminos que adoptó el Partido Socialista, los que permitieron la incubación de este sector. No había, a mediados y fines de los sesenta, otra organización que pudiera acoger, permitir y enlazar redes de apoyo como los socialistas. Eso era vital para permitir el nacimiento de los elenos.

## **El pensamiento guevarista**

Tras la instalación en el poder de los barbudos cubanos, se fueron configurando los roles de los distintos protagonistas de esta hazaña. Así aparece un Fidel Castro estadista, hábil manejador de los tiempos políticos, y un Ernesto Guevara dedicado a fortalecer una teoría explicativa de lo acontecido. El Che edificó, en base a su experiencia combativa, diversas hipótesis sobre el triunfo revolucionario: analizó el papel del ejército enemigo, la importancia de los aliados políticos, la preponderancia de los EEUU, la función del guerrillero, entre otros. Con posterioridad, inició un camino de elaboración de un proyecto revolucionario que comprendió otros escenarios geográficos, se alimentó de otras fuentes teóricas y fue configurando una serie de consideraciones conceptuales que más tarde serían tomadas por un grupo no menor de militantes latinoamericanos, en lo que podemos denominar la continuación del guevarismo.

Como ejercicio recurrente, el Che escribió en sus diarios de ruta sus experiencias de viaje, relatando no sólo sus vivencias, sino que además analizando con un ojo agudo el devenir histórico. Con motivo de su participación como médico en la expedición del «Granma», Pasajes de la guerra revolucionaria apareció como la primera proyección guevarista de una nueva revolución<sup>23</sup>. Cobran interés, en dicho diario, la comparación entre la precariedad de los primeros momentos, el desembarco del «Granma» con doce hombres embarrados y desarmados, para finalmente, tras dos años de lucha, vencer y tomar el poder político de una nación. Recobran valor y significación el rol de las fuerzas urbanas en la lucha en contra del gobierno de Fulgencio Batista: Frank País, Armando Hart y Haydeé Santamaría, entre otros, encabezaron el amplio movimiento que acompañó el asalto final contra el régimen. Fue entonces, bajo los ojos del recién nombrado comandante Guevara, la unión de los distintos frentes antidictatoriales los que marcaron el triunfo, y no la sola existencia de un grupo de combatientes encerrados en la montaña.

Para que todo lo anterior funcionara debía existir un eficiente sistema de comunicación y planificación entre la ciudad y el campo. Esto posibilitó la compenetración social entre el ejército rebelde, los distintos frentes, aliados y los campesinos, a fin de no aparecer como un grupo aislado y ajeno a la realidad<sup>24</sup>. Guevara subraya el éxito del M26 porque pudo recepcionar el sentir de los trabajadores del campo, hacerse parte de una simple lucha por la tierra, por un plan de reforma agraria que terminara con generaciones de postergados. Esta recepción es posible si se cuenta con un eficiente nexo entre el guerrillero y las bases, entre el fusil y la política; hay una mixtura estratégica entre el campesinado y la guerrilla, que en su actuar serán uno solo. Guevara realiza una lectura remozada del rol del campesinado, como antes Fidel Castro, otorgándoles un lugar central a la hora de forjar la ideología revolucionaria<sup>25</sup>.

Un eje central en este entramado conceptual es la edificación filosófica por la cual se sostiene el proyecto político. En el Che, era esencial el fortalecimiento moral de los revolucionarios, ya que ellos se transformarían, con posterioridad al triunfo político, en conductores del proyecto social. Un combatiente que se ha forjado en la cruda realidad de la lucha contra el régimen de Batista, pero que ha surgido como un nuevo hombre, posee un bagaje no sólo militar, sino que humano, integral. Serán ellos los que con su ejemplo eduquen y formen la nueva sociedad. Son los apóstoles de la sociedad nueva. En este sentido, hubo siempre una intención de hablar con la verdad sin importar el resultado de las acciones militares. Bajo la lógica guevarista se entiende que «...se trataba de infundir en los compañeros el respeto profundo por ella (la verdad) y el sentido de lo necesario que era anteponerla a cualquier ventaja transitoria»<sup>26</sup>.

Comenzaba a vislumbrarse el ideal del hombre nuevo, génesis del real cambio social, que más allá de dominar las técnicas bélicas, propenderá a servir de sostén ético, la unión del modelo y del luchador social. Volveremos más adelante sobre este punto.

No obstante y por diversas razones, estas ideas centrales en el pensamiento revolucionario del Che fueron desplazadas por el interés en las enseñanzas militares que la Revolución Cubana dejó. Los procesos revolucionarios se simplificaron para iniciar un camino acelerado de construcción del socialismo, tomando en cuenta escasos elementos del contexto social. Las organizaciones y grupos de izquierda que se adhirieron oficialmente a la línea buscaron el apoyo urgente de La Habana para comenzar la implementación de diferentes focos en el territorio latinoamericano. A esto, por cierto, contribuyó el propio Guevara y

un cercano estudiante francés de filosofía, Régis Debray. Con el Che y sin este, se fue construyendo una serie de principios conceptuales en nombre del Che y sobre él, que caminaron divulgados y adoptados por una numerosa militancia latinoamericana y mundial en lo que se denomina con poca precisión guevarismo<sup>27</sup>.

Michael Löwy ha logrado evidenciar una relación simétrica entre los diferentes postulados que el Che enunció, encontrando el nudo central que sirve de referencia para el resto de la red de conceptos contruidos. Este grupo de ideas se asienta en lo que Löwy denomina: «un conjunto coherente, construido sobre las premisas fundamentales del marxismo-leninismo... una vuelta atrás a las fuentes vivas del comunismo revolucionario»<sup>28</sup>. Para luego, señala, dar un salto hacia adelante en la formulación de nuevos temas, rebatiendo fuertemente los postulados reformistas del comunismo soviético y recogiendo las distintas tradiciones revolucionarias que ya estaban emergiendo con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial.

Este giro revolucionario versó sobre «La significación humana del comunismo. La economía política de los regímenes de transición al socialismo, y la estrategia político-militar de la revolución del tercer mundo»<sup>29</sup>. Estos elementos, separados de un análisis más detallado, pueden considerarse como fundantes de un guevarismo que delineó trazos independientes de las formulaciones de la Revolución Cubana y del castrismo, pero que emergió desde el seno de este fenómeno. No obstante, la realidad política del contexto de la Guerra Fría congeló los amplios postulados guevaristas, encendiendo sólo aquellos que fueron útiles para prender la chispa de la revolución. Quedaron en la retina y memoria frágil los pasajes literarios de un Guevara ideando la estrategia militar y política, en ese orden de importancia.

Este vuelco guevarista se expresa en tres dimensiones posibles de analizar: filosófico, económico y político. Esta tríada se edificó, como hemos señalado, en base a las experiencias que primero un joven estudiante de medicina recogió en sus viajes por el continente, y que culminaron con el médico a cargo de la expedición a bordo del «Granma».

Previo a su participación fortuita en este episodio, Ernesto Guevara comenzó a compaginar sus ideas con las lecturas juveniles enmarcadas en un escenario familiar de estímulo constante. Ya desde muy temprana edad, el joven Ernesto se interesó por el conocimiento filosófico y en general por aquellas materias

distantes de su dominio disciplinar en el área de la salud. Recordemos la edición de un Diccionario Filosófico, con notas escritas entre 1946 y 1957 que lo motivaron a adentrarse en los clásicos griegos y sobre todo en Karl Marx, a quien en ocasiones nombraba como San Carlos. Y por cierto, las aventuras americanistas que lo llevaron a trepar por el continente fueron las que le permitieron vivenciar las vertientes de una raíz continental. Es con el doctor comunista peruano Hugo Pesci que comprendió una realidad identitaria, el sujeto indoamericano, posible actor de la transformación social. El galeno le mostró las obras de un olvidado José Carlos Mariátegui, pieza clave en el descubrimiento de una matriz propia de la izquierda latinoamericana. Más tarde, y a través de Hilda Gadea, su pareja peruana que conoció en Guatemala a mediados de los cincuenta, el joven Guevara inició un sistemático estudio del socialismo de Marx, puntapié inicial de un continuo estudio en diferentes momentos que lo hicieron poseedor de un conocimiento más acabado del marxismo-leninismo<sup>30</sup>. Estas instancias fueron un fiel reflejo de la plataforma de aprendizaje a través de la teoría y la praxis. El estudio consciente de los textos, más las vivencias aprehendidas de un continente en ebullición, conformaron la matriz de una filosofía humanista del Che<sup>31</sup>.

De esta filosofía crítica recogió las primeras luces de un antimaterialismo y antideterminismo mariateguista y lo fundió con las nacientes expresiones de choque contra el reformismo europeo. Una vez producida la consolidación de la URSS como Estado Socialista y de la hegemonía de Josep Stalin como regente, el PCUS comenzó un lineamiento estratégico político en torno a la consolidación del socialismo en un solo país. Para la implementación de esta lógica, Moscú se esforzó por difundir una monolítica mirada en torno al marxismo, reduciendo las posibilidades de observar las realidades locales cada día más convulsionadas y, por consiguiente, atacando enérgicamente a aquellos opositores. Esta embestida por cierto no fue sólo en términos literales, sino también se tradujo en la desaparición física de los detractores. Para contribuir a este plan, la URSS implementó una masiva edición de reflexiones desde dentro del establishment soviético de diversos manuales para entender el socialismo real, edificando una lectura sin discusión de lo que es el marxismo y lo que no es.

Es importante entender este contexto político, ya que una de las críticas de sectores del socialismo chileno con la política del PC, radica precisamente en su adhesión a los planes de Moscú antes descritos. Y en la otra vereda aparece el Che en la búsqueda de un nuevo socialismo ajeno a las tutelas de las grandes potencias. El compromiso de Ernesto Guevara sobre este punto quedó plasmado

en la intención de cooperar en el redescubrimiento de la obra de Mariátegui. Fue la revista Tricontinental la que publicó, probablemente por insistencia de Guevara, un ensayo del fundador del PC peruano denominado Ética del socialismo. La inquietud del Che, estimulado por Mariátegui, estuvo en la convicción de que la lucha, el accionar revolucionario, y no necesariamente la relación del proletariado con los medios de producción, serían los que permitirían la formación de una moral verdadera. Una ética que se sustenta en la valoración de la humanidad como objetivo infinito de lucha. Es la totalidad de la sociedad, el conjunto de hombres y mujeres, el que trasciende y el que cobra sentido para el que muere por otros, este es el real interés del revolucionario; aquel que se conecta a través de un sentimiento de amor generoso hacia el prójimo. Un tejido trabajado a través del accionar revolucionario<sup>32</sup>.

Esta conexión superior hacia los otros tiene expresiones visibles a través de la fundamentación real de la lucha armada. El propósito violentista está en lograr una paz superior para los más pobres, un estado de calma interior que le permita al hombre la libertad esperada tras siglos de enajenación. Este es el motor que finalmente mueve a las masas armadas, la pretensión de perpetuar un estado de contemplación y goce de la vida simple. No se alzan en armas por un impulso militarista, es la obligación de todo aquel que sienta en el fondo que los problemas de la humanidad son problemas propios. Es necesario:

Respetar profundamente la vida y estar dispuesto a tomar las armas y, si es preciso, a dar la vida, no es contradictorio más que a los ojos del humanismo cristiano o pacifista. Para el humanismo revolucionario, para el Che, la guerra del pueblo es la respuesta necesaria, la única posible, de los explotados y de los oprimidos a los crímenes y a la violencia institucionalizada de los opresores<sup>33</sup>.

No sólo se considera al hombre y a la mujer emancipados, sino que la lucha será también por crear condiciones dignas, en concomitancia con la valoración que del propio humano se tiene. Una de las fuentes desde donde proviene este enfoque se constituye a partir de los viajes que el Che realizó donde observó la pobreza de los campesinos y obreros de Chile, Perú, Bolivia, Venezuela, Guatemala y la Sierra Maestra. Aquí, por ejemplo, el ejército rebelde implementó diversas reformas para mejorar la alicaída situación social: creación

de escuelas, pequeños hospitales para la atención de la población local, entre otros. Lectura preferida entre los combatientes del M26 por iniciativa de Guevara, fue Don Quijote de la Mancha, y una de las primeras ediciones masivas del nuevo gobierno revolucionario de Cuba, a cargo del Instituto Nacional del Libro<sup>34</sup>. Lo anterior no es sino una de las señales del interés del Che en enfocar su trabajo político con fuertes enseñanzas éticas, la creencia de un revolucionario como reformador social que proyecta sólidos valores humanos y que no solamente es un combatiente que empuña las armas y que conoce las materias militares.

Esa fuente de inspiración para el revolucionario deberá ser fomentada con la apertura de sus conocimientos. El abanico teórico-cultural se amplía, recogiendo a los clásicos y revalorizando a los contemporáneos. Aníbal Ponce, treinta años antes, había planteado esta temática, ya discutida por Lenin en ¿Qué hacer? Ponce influenció a Guevara en la lógica de la construcción de un nuevo humanismo, un humanismo colectivo y no individual como el liberal burgués; un humanismo libre que requiere de las más amplias fuentes del conocimiento, sin dogmas y con el anhelo total de emancipación. En el pensamiento de Aníbal Ponce se rescata:

Pero en el mismo instante en que la tragedia de esa clase se anunciaba, otra clase surgía para tomar sobre sus hombros la pesada herencia... Para su gloria le ha tocado la misión heroica de liberar al hombre, y de inaugurar de verdad el humanismo pleno. En extensión y en profundidad, ella es la única que puede invocar sin mentira a los valores absolutos porque ella es la única que tiene derecho a hablar «sub specie generis humani». Cuanto ella dice del hombre, es del Hombre en su totalidad a lo que alude; del Hombre que no necesita para vivir el sufrimiento de un monstruo con muchos pies y sin cabeza<sup>35</sup>.

A diferencia de cómo se produjo este aprendizaje teórico, enfocado en resolver ciertos problemas morales y un esclarecimiento de la filosofía del ser, las circunstancias históricas y algunos factores exógenos empujaron a Ernesto Guevara a adoptar definiciones en materia económica. Las responsabilidades que el Che asumió en el gobierno revolucionario le hicieron adentrarse rápidamente en un conocimiento sobre economía marxista, a fin de delinear ciertas medidas



para la naciente industria cubana. Este proceso de formación estuvo guiado por un aprendizaje técnico y disciplinar y por el ambiente de discusión económica que se dio a comienzos de los sesenta.

En primer término, a diferencia de su bagaje, dominio y difusión de una teoría y praxis revolucionaria a través de las vivencias ya revisadas, el Che no era un experto en temas económicos o de índole administrativa. Por ende, los desafíos que tuvo que enfrentar como director del Banco Nacional de Cuba y luego como ministro de Industrias resultaron de una mayor complejidad. A fin de encontrar a los expertos idóneos, el gobierno cubano extendió numerosas invitaciones y movió sus influencias en los más diversos países para encontrar el apoyo necesario. En materia económica, llegó a Cuba, en los primeros años de la década, una serie de intelectuales europeos y latinoamericanos que se sumaron a los cubanos que más conocían sobre la materia, con el fin de orientar a Guevara en tan delicado desafío<sup>36</sup>. Además, se formaron talleres de lectura y estudio de El Capital, donde el Che asistió como un alumno regular dentro del grupo.

En segundo lugar, existió un creciente interés internacional hacia el fenómeno cubano, lo que generó desde 1961 y con fuerza entre 1963-1964 un fuerte debate económico sobre la construcción del socialismo en Cuba y sobre cuáles serían las definiciones que sobre el problema de edificación se darían. Este debate, afirma Löwy, estuvo caracterizado por la más cordial apertura epistemológica, democrática y pluralista. En él tomaron voz y parte Charles Bettelheim, Ernest Mandel y los distintos ministros de Hacienda, Comercio Exterior, el presidente del Banco Nacional, así como también Fidel Castro<sup>37</sup>. En este contexto, la defensa que el Che hacía no estuvo marcada por detalles técnicos o sobre alguna ley de valor o comercio exterior, Ernesto Guevara fue definiendo premisas generales más que puntualizar en torno a áreas específicas. Así observaba y entendía la realidad no como cajones separados y encasillados de forma individual: sus apreciaciones apuntaban críticamente al modelo soviético y su burocratización económica como columna vertebral. La URSS había definido, para el resto de los países, el modelo a seguir no sólo de la organización de la revolución, sino que también el axioma de los modelos de desarrollo económico del resto de los países subdesarrollados. Los caracterizaba en una fase todavía primitiva de desarrollo de los medios de producción, lo que retrasaría el fortalecimiento del proletariado en pos de la revolución mundial. Este análisis y afirmación estancaba el desarrollo de futuras revoluciones en el resto de los continentes, enfocando la discusión hacia la identificación de modelos de desarrollo donde las burguesías nacionales debían empujar a las sociedades hacia

la consolidación del capitalismo como posibilidad de impulso de un proletariado maduro. Se llegaba a la conclusión de la revolución por etapas y la existencia en concreto de la revolución en un solo país. De ahí que la discusión de Guevara sea fundamentalmente una crítica de izquierda a los postulados mayoritariamente del modelo soviético.

Al imponer Moscú una mirada sobre el avance del socialismo, estaba coartando las posibilidades teóricas de la existencia de ciertas particularidades que no obedecían a los cánones ideados por el PCUS. Por ejemplo, el Che identificaba la existencia de un proceso de transición entre el nivel de desarrollo de los países latinoamericanos (semicolonial, colonial con focos de desarrollo capitalista, semifeudal) y el avance hacia el socialismo. En dicha etapa de transición podía existir un desfase entre el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas-atrasadas y el nivel de las relaciones de producción-adelantadas. Esta existencia era criticada por la visión mecanicista y cerrada del PCUS y, por consiguiente, había un desconocimiento de las realidades locales latinoamericanas, donde el nivel de atraso de las fuerzas productivas podía de igual forma dar un salto hacia el socialismo, sin esperar la nivelación de ambas fuerzas.

Finalmente, el Che criticó la existencia del estímulo material acompañado del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. Esta visión, desarrollada con mayor profundidad en uno de sus últimos escritos, *El Socialismo y el hombre en Cuba*, estuvo determinada por la convicción de Guevara de que estos resabios del modelo antiguo generaron castas privilegiadas dentro de sectores burócratas industriales, elementos que atentan contra el desarrollo del ser social integral comunista.

Los resabios del antiguo régimen no desaparecen solos en la medida en que aumentan los bienes de consumo de las clases bajas, la construcción del socialismo no pasa sólo por mejoras de nivel económico, es una construcción paralela de un hombre nuevo, es un espacio de desempeño valórico intangible. Este hombre debe convivir con las viejas tradiciones de la sociedad aplastada, pero la incitación material tiene que estar relacionada con el provecho social, buscando un beneficio colectivo, grupal y no individual.

¿Qué ocurriría con las definiciones del Che sobre estas disyuntivas? Aún cuando el debate fuese enriquecedor, Ernesto Guevara, para fines de 1964, ya tenía otros planes en mente para proyectar la revolución. Y es que, como plantean algunos de sus biógrafos, para ese entonces existían fuertes contradicciones al interior de

los planes de desarrollo cubano, en los cuales el Che estaba abiertamente en disonancia. En materia internacional, la crisis de los misiles de octubre de 1962 había erosionado fuertemente las confianzas en los liderazgos al interior de la dirigencia cubana. En ese marco de acción, los proyectos de revolución continental versus el ordenamiento global propio de la Guerra Fría terminó por acelerar la distancia del mítico comandante con la isla. Como señala Castañeda: «La derrota del Che se deberá precisamente a su insistencia en plantear las disyuntivas de manera global y ruda, de convertir cada pequeño desacuerdo en la expresión puntual de una divergencia de fondo, general y omnímoda»<sup>38</sup>. De ahí que sus próximas discusiones se dieron en los planos en que Ernesto Guevara dominaba y en los cuales se sentía más cómodo. Sus definiciones políticas tuvieron un sustento ético y se materializaron en acciones organizativas para un nuevo escenario militar.

Esta construcción teórica tiene directa conexión con nuestro objeto de estudio. Fueron los estudios y las reflexiones político-militares de Guevara las que tuvieron más eco, difusión, repercusión y evaluación posterior en los círculos militantes de las siguientes décadas. Dentro de este intercambio de ideas, una constante que se mantuvo en un peligroso equilibrio fue la concepción en torno a la preparación de la revolución y la consiguiente puesta en marcha de esta.

Por una parte, existió la presunción de la necesidad de un trabajo a cargo de una organización política de masas que intentara ligarse con los distintos actores políticos provenientes, en lo ideal, de las capas más pobres de la sociedad, y que fuera este el que dirigiera el camino de la liberación. Y por otro lado, podía visualizarse el problema de la revolución como una discusión militar, donde se abre una etapa que guía el camino político en su construcción y maduración. La eclosión que representó la Revolución Cubana y su fase de exportación a través del Che Guevara, que incluían también los planteamientos de Régis Debray, se sumaron a las acciones armadas iniciadas prontamente en suelo venezolano, colombiano y guatemalteco. Fueron los síntomas de una concepción de revolución ya declarada y ejecutada, signos acelerados de una nueva forma de hacer la revolución, influenciados por el Che, pero no guiados por él. Un guevarismo más allá de Guevara.

En particular, la crítica del Che apuntaba en las siguientes direcciones: el inmovilismo en que cayeron los partidos de la izquierda tradicional latinoamericana en pos de alcanzar el socialismo, los llevó a realizar una caricatura de revolución; un cambio político sin alterar los intereses de los

poderosos. Por otra parte, el análisis crítico observa la inexistencia de una burguesía local progresista antiimperialista, lo que genera una falsa espera en avanzar al desarrollo y sacar al continente del estancamiento. Paralelo a esto, la interpretación de las realidades locales como economías subdesarrolladas, semif feudales, dominadas por el imperialismo y donde han primado, por parte de la pequeña burguesía, algunos avances democráticos, han aquietado la agitación de la clase obrera, que además, se muestra inmadura para dar el salto necesario y dejar de depender de las prebendas del Estado burgués. Sumada a estas condicionantes, el Che observa en la actitud de los partidos comunistas de la zona un aislamiento como vanguardia de las luchas. No pueden, sostiene Guevara, desvincularse de la política del PCUS, que miraba, entre otros elementos, con desconfianza el rol del mundo campesino, sector tachado de tradicional, antirrevolucionario y conservador, lo que lo hacía ser incapaz de potenciar las fuerzas revolucionarias.

Frente a esta situación política es que el Che elabora sus premisas, combatiendo desde el plano teórico y práctico el estancamiento ortodoxo de la izquierda tradicional. Una de las experiencias que influyeron en esta crítica visión, tuvo relación con el golpe militar en contra de Jacobo Arbenz en la Guatemala de 1954. El Che observó en primera persona la caída del militar nacionalista, que en sus planes desarrollistas se encontró con la oposición de los EE.UU., quien gestionó y financió su caída. En su salida de Guatemala, Guevara conoció en México a los exiliados cubanos del M26, quienes ya comenzaban a preparar la expedición guerrillera.

Fue un ex militar español republicano, Alberto Bayó, quien colaboró con el grupo ayudándolos en su entrenamiento, mencionando al joven Che como un excelente combatiente y con muy buenas condiciones físicas<sup>39</sup>. Es interesante detenerse brevemente en una discusión teórica que se dio en las vísperas del inicio de la Revolución Cubana. La visión del veterano español en torno al concepto de guerrilla difería de las iniciales propuestas del Che. La guerrilla moderna aplicada en la España decimonónica en la lucha contra la invasión napoleónica, y luego contra los franquistas, tomó la forma de una guerra pequeña, asumiendo la identidad militar de una lucha contra el enemigo en escala reducida. La visión que fue alimentando el Che en torno a lo que ocurrió en Cuba, a la lucha del pueblo vietnamita y a sus definiciones recogidas del marxismo-leninismo (aunque mayormente de Lenin) comprendieron el fenómeno como una expresión política de lucha, que se estructura como parte de una Guerra Revolucionaria de largo alcance, de dimensiones temporales

extensas, con componentes de arraigo social, donde una de las fases se compone de esta guerra de guerrillas moderna. En este sentido, y como plantea Eric Hobsbawm, las guerrillas posguevaristas debieron considerar, para su éxito, no sólo elementos técnicos y militares, sino que además uno de sus principales ejes de apoyo:

Los recursos militares de las guerrillas, como de los bandidos, son los que cabe esperar: un armamento elemental reforzado por un conocimiento detallado del terreno más difícil e inaccesible, la movilidad, una resistencia física superior a la de los perseguidores y, por encima de todo, la negativa a luchar en condiciones favorables al enemigo... Pero la principal reserva de la guerrilla no es militar, y sin ella esta indefensa: debe tener la simpatía y el apoyo, activos y pasivos, de la población local<sup>40</sup>.

Rápidamente estas directrices fueron condensadas por Guevara, reforzando la tesis de una lucha guerrillera moderna, donde los objetivos son políticos, a gran escala, con metas estructurales y sobre todo continentales. Estas aparecieron editadas en 1960 bajo el título de La guerra de guerrillas primero, y luego el artículo «Guerra de guerrillas: un método» de 1963. La guerra de guerrillas, dedicado a Camilo Cienfuegos, mostró la cara más técnica del pensamiento de Guevara, en donde sobresalen el carácter militar de la guerra revolucionaria, resaltando las especificidades por sobre el análisis político más general<sup>41</sup>. En cuatro capítulos, el Che le dedicó atención privilegiada a la preparación material, organizativa, estratégica y táctica de la columna guerrillera. Resaltan los aspectos secundarios, pero necesarios para la sobrevivencia de la guerrilla, como lo son el abastecimiento, la sanidad al interior del ejército rebelde, la propaganda, el rol de la mujer, entre otros. Con esto, los barbudos de Fidel ofrecieron un segundo modelo al servicio de la liberación final del hombre. De ahí que es conducente pensar que el Che, en su calidad de Comandante de uno de los frentes revolucionarios, se convirtiera en un experto idóneo para explicitar cuáles fueron las enseñanzas militares de la revolución triunfante, volviéndose en un modelo refundante de la teoría revolucionaria.

En concreto, la descripción del triunfo, el ejemplo a seguir, debía contemplar las etapas experimentadas por los rebeldes de verde olivo. En un primer momento la

columna guerrillera vivió una fase nómada, deambulando por distintos parajes, buscando el momento propicio para dar un golpe al ejército batistiano. Sólo era posible en un comienzo iniciar este tipo de acciones, dada la precariedad de las fuerzas que por ese entonces mantenían los rebeldes. Cuando se ha fortalecido el ejército guerrillero con los contingentes venidos de las organizaciones urbanas y sobre todo con los campesinos de la Sierra Maestra, la columna estaba en condiciones de operar en una zona fija. Es en este momento que alcanzan mayores dimensiones y pueden convertirse en un ejército localizado, sedentario, dominando un territorio libre.

Para eso es vital la creación de un frente interno, que dispondrá de distintos tipos de organizaciones civiles para emprender diferentes tareas en pos de fortalecer no sólo la coordinación entre los actores involucrados, sino que también propagar el objetivo final de liberación. Ya que:

Dada la importancia de las relaciones campesinas, hay que crear organizaciones que las canalicen y las reglamenten; organizaciones que, no solamente estarán dentro del área liberada, sino también tendrán conexiones con las áreas adyacentes y, precisamente a través de ellas, se podrá ir permeabilizando la zona para una futura ampliación del frente guerrillero<sup>42</sup>.

En la primera afirmación de La guerra de guerrillas, «las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército», el Che lanza una respuesta de convicción ante la supuesta debilidad en el papel de los más desposeídos<sup>43</sup>. Esta contienda es una lucha de masas, una disputa que puede inclinar la balanza hacia ese precario equilibrio de su pensamiento en donde lo político guía a lo militar. Será una confrontación contra el órgano institucional que está al servicio del Estado opresor; es la lucha por el control del poder, a la usanza leninista, en donde se fraguará la guerra revolucionaria. Pero no será solamente un ejército irregular que se enfrenta a uno profesional, será el pueblo organizado, será la réplica de la Revolución Cubana la que, a través del amplio trabajo de las distintas organizaciones políticas, logre desestabilizar al régimen.

No obstante, en su segunda afirmación, el Che aventura que la guía de este proceso es el foco insurreccional, ya que: «No siempre hay que esperar a que se

den todas las condiciones para la revolución»: la chispa puede crear las condiciones. A lo largo del conocimiento de la vida que ha recorrido Ernesto Guevara, un elemento que resaltan algunos de sus biógrafos es la presencia constante, sobre todo en su niñez y adolescencia, de una fuerte lucha en contra de un asma endémico que lo inmovilizó en numerosas ocasiones y que lo acompañó hasta sus últimos días en las montañas bolivianas. Si observáramos las cualidades del pequeño Ernesto a los diez años de vida, sería muy difícil proyectar la imagen de un revolucionario a tiempo completo veinte años más adelante. Tenemos entonces como primer elemento propiamente guevarista la presencia de una fuerte voluntad para quebrar todos los augurios negativos sobre el futuro de cualquier empresa que los hombres puedan plantearse<sup>44</sup>.

Pero no sólo hay una lectura introspectiva de este análisis político, el Che ha realizado una mirada al contexto histórico de quietud de las fuerzas de izquierda amparadas en una visión de la revolución por etapas, de la cual hemos señalado anteriormente que les impide saltarse las fases necesarias para implementar la lucha. No se podía ir en contra de la lectura científica del marxismo, de la verdad. Entonces, la alternativa guevarista plantea, en este punto, la superposición de las condiciones subjetivas para la transformación social. Es preciso romper el cerco también autoimpuesto por las masas obreras y demandar cambios más profundos. Es la ruptura de los dogmas, planteando nuevas normas en la historia revolucionaria.

La tercera reflexión está dada inicialmente por una cuestión estratégica, pero que abarca no sólo aspectos del ordenamiento de las fuerzas en un terreno específico de acción. El Che afirma: «En la América subdesarrollada el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo»<sup>45</sup>. En primer término, hay una sencilla identificación del nivel de desarrollo de Latinoamérica que sobrepasa las discusiones teóricas de los intelectuales de los partidos comunistas, que describieron las características de nuestro continente dentro de una fase feudal y semifeudal, con focos de desarrollo capitalista, lo que implicaba avanzar en una revolución democrático-popular, enfocando los esfuerzos en la burguesía nacionalista como motor de modernización de los sectores más atrasados. Como el Che representa una parte del pensamiento de renovación de estas tesis, el subdesarrollo estuvo concebido como parte del mismo desarrollo de la esfera capitalista imperialista, es decir, como una pieza más de esta estructura dominante, pero que actúa en el mismo engranaje. Es parte de una sola maquinaria. Estaba en la cabeza de Guevara no sólo demostrar los errados vaticinios de la izquierda petrificada, sino el papel central que podían cumplir las

masas empobrecidas del campo, embestir con un rol revolucionario a los sectores rurales de la sociedad latinoamericana, y volviendo a Mariátegui, emprender la emancipación con sujetos antes postergados, desprovistos de una función revolucionaria. El empoderamiento político de los indígenas americanos fue una de las lecturas más potentes del guevarismo.

Sin embargo, aún cuando estos ejes centrales permanezcan como propias leyes para los guevaristas, y La guerra de guerrillas sea visto como un manual más que como una reflexión, lo cierto es que la complejidad del pensamiento político del Che permitió también reforzar las tesis políticas por sobre las militares con el fin de sublevar el real aporte de este personaje, y por ende, entender la enorme influencia política en las organizaciones que siguieron su rumbo.

Para 1963, ya ha sucedido una serie de eventos relevantes para la estructuración y enriquecimiento del pensamiento guevarista. Por una parte, Cuba ha enfrentado militarmente la oposición de sus detractores, desbaratando el intento de invasión en Bahía Cochinos; también ha estado en medio de una conflagración mundial entre las dos potencias mundiales, los EE.UU. y la URSS, cuyo foco ha sido la instalación de misiles soviéticos. Esto trajo como consecuencia la implementación de un plan norteamericano ofensivo en contra de Cuba denominado Alianza para el Progreso, que buscó evitar futuros brotes rebeldes. El poder del gobierno cubano recae virtualmente en Fidel Castro, quien ha definido el curso de la Revolución Cubana hacia la construcción socialista, y una de sus primeras decisiones ha sido el establecimiento de nexos reales entre la isla y los aliados del Tercer Mundo asiático y africano, así como también la búsqueda de un apoyo económico con Moscú y Pekín. Para esta misión, el escogido ha sido el Che. A estas nuevas circunstancias, hay que sumar la implementación temprana en Latinoamérica de focos guerrilleros imitando el modelo cubano.

Este es el momento en el cual escribió Guerra de guerrillas: un método, en donde recogió las críticas aparecidas por parte de la izquierda tradicional, fundamentalmente de los partidos comunistas, en torno a la simplificación en que cayeron los teóricos cubanos cuando menoscabaron el rol de estos mismos en la revolución, transformando la lucha política de masas en una lucha militar.

En este pequeño artículo, Guevara expone las diversas circunstancias en que ha existido la lucha de guerrillas en contra de un ejército regular, intentando demostrar que el ejemplo cubano solamente fue un eslabón dentro de la lucha de



largo aliento por la verdadera independencia, o la segunda, como algunos la llaman. La segunda disputa teórica que da el Che es la de rebatir la idea de la guerrilla como un evento de aventurerismo infantil, aislado del contexto de lucha general de un pueblo contra un régimen o sistema opresor. Esta defensa fue extensa y no terminó con la muerte del Che en 1967.

Como argumentos, el Che replicó:

Por el camino de la polémica, suele criticarse a aquellos que quieren hacer la guerra de guerrillas, aduciendo que se olvidan de la lucha de masas, casi como si fueran métodos contrapuestos. Nosotros rechazamos el concepto que encierra esa posición; la guerra de guerrillas es una guerra del pueblo, es una lucha de masas. Pretender realizar este tipo de guerra sin el apoyo de la población, es el preludio de un desastre inevitable<sup>46</sup>.

La justificación de la elección de la guerra de guerrillas estuvo dada por la lectura de la variación de la correlación de fuerzas del contexto latinoamericano. En la visión guevarista, se observa la imposibilidad de contar entre las fuerzas de liberación con las burguesías nacionales, dada su colaboración con los intereses imperialistas, o la debilidad como motor para liderar un proceso emancipatorio<sup>47</sup>. Este método, entonces, acelerará la tensión existente entre las dictaduras oligárquicas presentes en el continente y el auge de la presión popular, obviando el rol de avanzada de los sectores burgueses en este proceso. Sin embargo, desconocer las características específicas de cada sociedad sería un suicidio, como lo plantea Guevara, pero el método guerrillero puede encender y cooperar en la agudización del conflicto latente: colabora con la lucha social, no la enciende.

En otro de sus escritos sobre el tema, y en plena crisis de los misiles, Táctica y estrategia de la revolución latinoamericana, busca explicitar el uso de la fuerza militar para defender la revolución socialista, pero también como estrategia ofensiva contra el enemigo. En variadas ocasiones se acusó al pensamiento guevarista como excesivamente militarista y a sus adherentes como simples encendedores de focos sin sustento. La estrategia guerrillera no nace como idea abstracta y suspendida en el aire, está tomada con un amplio criterio de realidad

política antes que verificación militar. En esta lucha sistémica entre el capitalismo y el socialismo, el primero no dejará que sus privilegios sean arrebatados. De ahí surge la necesidad de la derrota militar del enemigo para resolver un problema político. Los argumentos que entrega el propio Guevara se basan en la defensa que el enemigo hará de su posición de poder. Este resguardo será militar, y con un ejército profesional defenderá sus privilegios. El caso particular de América Latina, como dice Guevara, radica en la alianza del poder económico con el militar. Es que en este escenario, y distinto a los ejemplos históricos europeos, existe la necesidad de contar con un contingente militar: «... para destruirlo hay que oponerle un ejército popular en frente... En todos los países en que la opresión llega a niveles insostenibles, debe alzarse la bandera de la rebelión y esta bandera tendrá, por necesidad histórica, características continentales»<sup>48</sup>.

En resumen, la estructuración de los postulados y definiciones del Che en este plano, la elaboración de una teoría de la guerra de guerrillas, responde más que a un capricho o apego vivencial, a una constatación práctica primero y luego teórica del funcionamiento de las fuerzas políticas en el continente. Como no existe esta punta de lanza, las transformaciones sociales hay que realizarlas y no esperar el avance de las etapas ya sentenciadas. Los gobiernos oligárquicos defenderán militarmente sus ventajas; de ahí deriva la necesidad, vista como un callejón sin salida, de la implementación de una guerrilla, de la salida a la situación a través de la estrategia militar. Esta, según el Che, es un catalizador no sólo de las tensiones existentes dentro de la sociedad en disputa, sino que también puede convertirse en un motor que acelere las disputas continentales, encendiendo otros espacios de lucha. Esta lucha que se inicia debe ser en una escala ascendente y debe ser un proceso constante, o de lo contrario estará condenada al fracaso.

Al final de sus días, Guevara desarrolló uno de sus últimos planteamientos teóricos, donde condensó lo anteriormente expuesto. Se funden la filosofía humanista, la reflexión económica y el pensamiento político-militar. Estos dos ensayos, considerados la esencia del guevarismo, están escritos ya cuando se ha dispuesto por él y la jefatura cubana el desarrollo de otros proyectos de revolución continental: el Congo y Bolivia. Nos referimos a *El socialismo y el hombre en Cuba* y *Mensaje a la Tricontinental*, escritos en 1965 y 1967, respectivamente.

*El socialismo y el hombre en Cuba está marcado por definiciones relevantes*

*para el destino de la isla y del propio Che. Jorge Castañeda comenta, en su biografía, que Guevara ya había comenzado a experimentar ciertas disputas políticas con Fidel, marcadas por el viraje o camino que estaba tomando Cuba en su cercanía con la URSS, por la implementación del estímulo material para los trabajos voluntarios y por el matiz económico de la política castrista<sup>49</sup>. Junto con eso, el Che ya ha puesto sus esfuerzos en expandir la revolución y ha dispuesto a sus mejores hombres para la lucha en África. Para eso, y como una operación sin retorno es que la inteligencia cubana acondiciona todo un dispositivo de seguridad con el fin de ocultar los preparativos de la próxima misión. La desaparición de Guevara por unos meses se romperá con la publicación de El socialismo y el hombre en Cuba.*

En dicho análisis, Guevara refuerza sus tesis guerrilleras en torno a considerar la lucha de masas como una máquina que funciona con dos motores, con dos fuerzas que empujan a la sociedad a las transformaciones sociales. Por una parte, el pueblo, y por otra, la vanguardia. Ambas están abrazadas por el sueño de liberación, pero será la guerrilla la que guíe, estimule y cree las condiciones subjetivas necesarias para la lucha. Se vuelca en esta oportunidad en la convicción de la utilización de la fuerza, de la voluntad de la columna para tutelar y motivar al pueblo. No la invisibiliza, pero sí les da en ocasiones un rol pasivo a las masas.

Tienen los trabajadores un rol activo en la edificación de la nueva sociedad, en la cimentación del socialismo. Esta construcción asume ribetes éticos y se desarrolla no sólo en las decisiones de la estructura institucional, sino también en la adquisición de la conciencia de clase, en el trabajo. Es ahí donde:

El hombre, en el socialismo, a pesar de su aparente estandarización, es más completo; a pesar de la falta del mecanismo perfecto para ello, su posibilidad de expresarse y hacerse sentir en el aparato social es infinitamente mayor... Esto se traducirá concretamente en la reapropiación de su naturaleza a través del trabajo liberado... Para que se desarrolle en la primera, el trabajo debe adquirir una condición nueva; la mercancía hombre cesa de existir y se instala un sistema que otorga una cuota por el cumplimiento del deber social. Los medios de producción pertenecen a la sociedad y la máquina es sólo la trinchera donde se cumple el deber. El hombre comienza a liberar su pensamiento del hecho enojoso que suponía la necesidad de satisfacer sus necesidades animales

mediante el trabajo. Empieza a verse retratado en su obra y a comprender su magnitud humana a través del objeto creado, del trabajo realizado<sup>50</sup>.

Casi como presagiando el final de su influencia política y cortando con los amarres burocráticos con Cuba, el pensamiento del Che adquiere un matiz más íntimo que el desarrollo técnico de la enseñanza militar. Fueron los estímulos morales, el aprendizaje de una nueva forma de entender el crecimiento y la formación lo que se rescata en estos pasajes. La conversión del hombre nuevo, el nuevo sujeto revolucionario que se estaba formando en Cuba, el que está encarnado en el revolucionario, que no sólo, como hemos dicho, maneja con precisión el tiro, sino que se transforma en un ejemplo para la sociedad. Es, en síntesis, un educador de la nueva palabra, o si se quiere, un evangelizador en terreno adverso, encargado de misionar frente a los obstáculos de los que pregonan los antivalores. Para esto, el partido se transforma en un verdadero motor que impulsa la construcción del comunismo, una escuela formadora.

Antes de conocerse el paradero final del Che, envía su Mensaje a la tricontinental, instancia gestionada entre otros por el mismo Guevara, para conformar un bloque activo de impulso del socialismo, en la llamada Conferencia Tricontinental de los Pueblos, donde se forma la Organización de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina, la OSPAAAL, en enero de 1966.

Esta reflexión podría considerarse el testamento político de Guevara, dadas las circunstancias en que fue escrito. Ya se encontraba clandestino en Bolivia y a punto por reseñar el nudo conceptual que sirvió para unir todos los niveles del pensamiento guevarista, la proyección que permitió la supervivencia y el triunfo: el internacionalismo.

El análisis comienza con una lectura suspicaz por los logros alcanzados luego del fin de la Segunda Guerra Mundial. La aparente paz no es tal y nos encontramos frente a un período de constante tensión provocada por el reparto del mundo por los poderosos, las potencias imperialistas: una capitalista y la otra comunista.

Si bien la génesis del discurso se inaugura con una mirada pesimista por la correlación dispar de fuerzas, Guevara plantea la necesidad de tomar el ejemplo

de lucha del pueblo vietnamita para continuar y propiciar una reunión de fuerzas antiimperialistas. El ejemplo de seguidores de Ho Chi Min, que el Che seguirá muy de cerca, es el foco viviente de demostración de que la lucha es a nivel continental. La visión ya madura de Guevara plantea la estrategia general a través de la lucha armada como mecanismo de enfrentamiento, pero con el objetivo de una liberación más allá de las fronteras nacionales, la expresión del humanismo, del hombre nuevo que se siente afectado por cualquier situación de injusticia a nivel planetario, ya sea porque esta se da en Vietnam, Bolivia o el Congo.

El llamado a la Tricontinental, es una constatación geopolítica de la situación mundial y de ahí la urgencia de crear una estrategia global para luchar contra el enemigo, una suerte de rememoración de las antiguas ideas internacionalistas del siglo XIX, que tomarán otro uniforme en la segunda mitad del siglo XX. Hay, entonces, un interés latente por formar una organización revolucionaria que agrupe a las fuerzas combatientes para conjugar el proyecto en curso. Recordemos que Guevara se encuentra en Bolivia coordinando el foco de Ñancahuazú, conviviendo con bolivianos, peruanos, cubanos, un argentino, un francés y una alemana. Para el Che, la lógica por la cual esto se implementa se traduce en: «Es el camino que seguirá América, con la característica especial de que los grupos en armas pudieran formar algo así como juntas de coordinación para hacer más difícil la tarea represiva del imperialismo yanqui y facilitar la propia causa»<sup>51</sup>.

Jorge Castañeda plantea una constante en el pensamiento del Che a lo largo de su vida, no sólo pública y política, sino también de sus años menos conocidos de infancia y juventud. Si bien el llamado a la revolución continental podría haber tenido éxitos masivos con la explosión continental del foco guerrillero boliviano y la concreción de nuevos ejemplos como el cubano, lo cierto es que la situación de apoyo en que se encontraron Guevara y el ELN con la ausencia del PC boliviano, precipitó el destino trágico de la guerrilla guevarista. Aquel especial diseño de la personalidad de Guevara fue llevado hasta el último momento de sus días, y tomando las tesis de Castañeda, existe la convicción de que, más allá del triunfo real de la guerrilla, esta servirá de ejemplo para futuros levantamientos: el sacrificio como semilla que germinará<sup>52</sup>. Esta premisa implícita apareció como decálogo de los seguidores del pensamiento guevarista: la exaltación del foco guerrillero como catalizador de futuras sublevaciones, independientemente de su éxito inmediato. Hay que recordar la afirmación guevarista en torno a que, como primer objetivo, el guerrillero debe sobrevivir;

luego el foco, la propaganda a tiros, actuará de forma autónoma. Pero la lucha hay que darla: «los combates que se ganan o se pierden pero se dan contra los enemigos». Como veremos más adelante, este conjunto de preceptos valóricos, militares, en definitiva políticos, están presentes de una u otra forma en la militancia del ELN chileno. Este ethos es transmitido de forma acelerada en una década que precipitó de manera vigorosa los principios revolucionarios como máximas alcanzables, la posibilidad cierta de insertarse en la gran historia y cambiar el rumbo de la misma.

## **La izquierda chilena**

Nuestro segundo foco de atención en este capítulo, debe estar puesto en comprender los factores internos que posibilitaron la germinación, dentro del PS chileno, de un proyecto de revolución continental y de un grupo, en su mayoría socialista, que se vinculó orgánicamente con este propósito. No obstante, el lector podría preguntarse, en base a lo leído, ¿cuál fue el rol en toda esta historia del PC chileno, y por qué no fue este el que se relacionó de manera importante con un proyecto de revolución continental? Nos parece una inquietud válida y una interrogante que brevemente intentaremos esclarecer.

En primera instancia hay que reconocer en el Partido Comunista el rol jugado como eje representativo entre el mundo obrero, sus demandas, el papel fundamental del adoctrinamiento teórico, la constante solidaridad de clase, y el intento por canalizar, en determinadas ocasiones, todo este número de peticiones y reclamos válidos, la mayoría de las veces, a través la institucionalidad estatal. Los trabajadores vieron en esta colectividad a un grupo de militantes que tenían un sustento organizativo, operativo, una estructura política que permitía adherirse a un proyecto con posibilidades ciertas de disputar los espacios de poder. Estos rasgos fueron conformándose en parte por el lazo prematuro entre los comunistas chilenos y el comunismo soviético.

Las definiciones estratégicas del PC, las líneas programáticas, la concepción de la toma del poder, así como también la política de alianzas sociales, estuvieron enmarcadas en estas dos situaciones: el creciente apoyo social que posibilitó la existencia aún en los momentos más difíciles de la organización, de un número

importante de militantes y adherentes, y por otro lado, las influencias externas que empujaban y orientaban a la dirigencia nacional, y que se expresaban en las decisiones internas del conglomerado. En este sentido, tal como señala Alan Angell, es válido pensar que: «El Partido Comunista tiene derecho especial a que se reconozca su importancia histórica debido a la universalidad de sus reivindicaciones, a su existencia en casi todos los países latinoamericanos y a sus vínculos internacionales con la Unión Soviética»<sup>53</sup>. Conseguir un equilibrio entre estos dos intereses no fue fácil para el PC. La política zigzagueante y dubitativa generó desconfianza en un movimiento social que acumulaba fuerzas y demandaba acciones. Pero, por otro lado, la radicalidad del discurso, podía alejarlos del apoyo electoral necesario para estar en primera línea y además generar roces incómodos con Moscú.

Bajo esta lógica, el PC, a mediados de los años treinta, desplazaba su política inicial de Frente Único Proletario hacia una alianza de Frente Popular. La primera estrategia buscó la implementación de una revolución socialista, generando una fricción social a través de la lucha de clases como motor ideológico. Esa lógica, según los comunistas, no nuclearía a todas las fuerzas necesarias para hacer frente al fascismo. De ahí que el Frente Popular se impuso como maniobra que abrió otras posibilidades de convocatoria y de triunfo. Como señala Alan Angell, el PC chileno se desenvolvió de mejor forma y cómodamente cuando trabajó para estos fines: «Tuvo mucho más éxito y resultó más hábil para aplicar las tácticas del Frente Popular, que cuando intentó poner en práctica las anteriores tácticas ultraizquierdistas»<sup>54</sup>.

Una vez sorteada la persecución con Ibáñez a fines de los años veinte, y luego con González Videla veinte años más tarde, el PC logró recoger un apoyo fiel del electorado, mostrando cohesión interna y orden. Para estos fines, los comunistas necesitaron de una virtud muy destacada y reconocida con el tiempo; «El partido tiene una idea muy estricta de lo que debe ser la disciplina y la jerarquía. No tolera las desviaciones y exige a sus intelectuales que se sometan»<sup>55</sup>. El férreo respeto a la norma interior del partido, más allá de las críticas por su conducta, estaba entrelazada con la adscripción a una organización internacional que dirigía los destinos de la revolución mundial. En ese marco, no podían existir dudas del éxito, había un norte y un centro del saber científico marxista al que había que ceñirse. «Los comunistas chilenos siempre han insistido en su independencia respecto a la Comintern, pero nunca se han negado a obedecer sus consignas...»<sup>56</sup>.

La orientación adoptada por los comunistas bajo el marco de la Guerra Fría, y que se mantuvo por las próximas décadas, estaba en moldear una estrategia hacia el poder por la vía pacífica. El PC de fines de los cincuenta, y a diferencia de lo que comenzó a germinar su socio socialista, apuntó sus energías en desarrollar un discurso que potenció los espacios institucionales para lograr las grandes transformaciones. Eso sí:

...no se entiende la vía pacífica y su versión parlamentaria sin «el desarrollo de un gran movimiento de masas dirigido por la clase obrera y que aglutine a todas las fuerzas interesadas en la liberación nacional». La posibilidad de realizar transformaciones revolucionarias por vía pacífica tiene un fuerte énfasis, y en esto se insiste mucho, en consolidar y fortalecer el movimiento de masas a tal punto que se puedan «perfeccionar aquellas instituciones existentes que puedan ser en manos del pueblo, instrumentos de transformaciones de fondo»<sup>57</sup>.

Con una opción clara y una decidida política de inserción institucional, los comunistas buscaron los espacios indicados, tocaron las puertas de sus socios estratégicos, midieron los discursos incendiarios, y prepararon con cautela los planes de las sucesivas elecciones democráticas. Si bien sus aliados socialistas comenzaban a demostrar los primeros indicios de radicalización, había sectores cada vez más diferenciados dentro del PS que tomaron posturas encontradas. Este ambiente «...vivido por el socialismo chileno no afectó de la misma manera a todos los sectores. Un sector importante, liderado por Allende, mantuvo la orientación legalista y la idea de que la mejor manera de transformar el Estado era desde el gobierno»<sup>58</sup>.

Ante este panorama, no tardaron en expresarse las disidencias internas. Vinieron las expulsiones de aquellos que dentro de una posición de izquierda dentro del PC fueron vistos como una línea divisionista y en ocasiones aventureras<sup>59</sup>. A esta fricción, se sumó la fuerte crítica que los comunistas hicieron hacia los sectores más revolucionarios que comenzaron a surgir en la escena política chilena a mediados de los sesenta. Si bien el discurso del PC fue virulento para con estas orgánicas, existió, quizás por una empatía generacional, la intencionalidad de inclinarlos hacia las alianzas que promovían los comunistas. Por una parte, como señala Carmelo Furci, el PC se trenzó durante largos años en una cruzada en



contra de aquellos sectores que apostaban por una política aventurera y pequeñoburguesa, haciendo un favor a los sectores reaccionarios. Pero también es cierto que no descartaban la posibilidad de acercarlos al partido en la medida que el contexto internacional y nacional así lo fuera delineando. Al respecto, señala Furci, «... Corvalán declaró que: “incluso dentro de nuestro Partido, nos enseñan que muchos de ellos pueden progresar hacia posiciones más aceptables (de acuerdo a la línea del PCCh), asimilando, de este modo, la ideología del proletariado, convirtiéndose en revolucionarios”»<sup>60</sup>. Verdaderos, habría que agregar.

Esta lógica de superponer la táctica a la ideología ha convertido al partido en una organización con una estructura eficiente, operativa, que pone en práctica, sin grandes trabas discursivas, los pasos a seguir por sobre las consideraciones del contexto social, una política pragmática que busca la unificación de las fuerzas para conseguir el objetivo final. Alan Angell señala que uno de los elementos distintivos entre el PC y el PS para el contexto histórico en cuestión radica en este punto. Para los primeros, es más relevante perpetuar los espacios de poder, edificando una estrategia de acumulación de fuerzas. Así, en la otra esquina, la conducta de los socialistas aparece menos rígida, privilegiando la necesidad del cambio antes que la unidad. Junto con este rasgo, existió una serie de elementos identitarios que los separaron de sus socios comunistas, lo que permitió la anidación de un proyecto internacionalista guevarista.

## **La configuración de los socialistas chilenos**

Formado a principios de la década del treinta y tras vivir el país una de las crisis económicas más fuertes, un grupo de militantes de izquierda pertenecientes a diversas orgánicas resuelve agruparse en una sola colectividad. Esta decisión de unidad estuvo también condicionada por el juicio negativo en relación al actuar que en ese entonces protagonizaba el PC. Nació el Partido Socialista, como una crítica de izquierda a la subordinación de sus camaradas comunistas a la línea soviética. Esta defensa de un camino independiente, de una marcada autonomía, posibilitó el desarrollo de influyentes personalidades al interior del partido, las que intentaron cohesionar a un grupo de militantes que sentía representar a un conjunto de trabajadores manuales e intelectuales, clase obrera y campesina, así

como pequeñoburgueses y ex militares, un heterogéneo conjunto de decididos partidarios dispuestos a la acción y reacios a la estructuración de una abultada burocracia dirigencial que, según ellos, frenaba la praxis revolucionaria en pos de una ideología abstracta y despegada de nuestra realidad nacional.

Si caminamos mucho más adelante de este evento fundacional, debemos reconocer que el fenómeno cubano representó un momento de decisión para las fuerzas políticas de izquierda. Trotskistas, anarquistas, comunistas, socialistas radicales y socialdemócratas se vieron obligados a pronunciar su posición frente a la victoria de Fidel Castro. No obstante, como señala el historiador Luis Ortega, las raíces de la radicalización del PS chileno se encuentran presentes ya a fines de la década de los cuarenta y formaron parte de una línea continua de expresión dentro de la colectividad que empatizó fuertemente con la apuesta discursiva de lo que más adelante sería el discurso rupturista del castrismo<sup>61</sup>.

Con un rápido crecimiento durante mediados de los años treinta, para finales de dicho decenio y comenzando los años cuarenta, los socialistas chilenos se acercaron al centro político de la esfera nacional, facilitando la elección de tres presidentes radicales, incorporándose al gabinete tan sólo unos pocos años después de su nacimiento. El avance hacia la conquista de espacios de poder fue galopante. Este éxito temprano generó fuertes críticas al interior de la colectividad, desde donde surgieron acusaciones de desviación ideológica y oportunismo político, agudizándose estas cuando el gobierno de Gabriel González Videla declaró ilegal al PC. Esta medida fue apoyada por un sector del PS, lo que aumentó exponencialmente las divisiones entre los socialistas. A fines de la década de los cuarenta el PS era un partido fragmentado, desorientado y fuertemente cuestionado por las bases sociales<sup>62</sup>.

A esta situación interna le acompañó el drástico cambio del escenario externo. Luego del fin de la Segunda Guerra Mundial y del reordenamiento de las fuerzas políticas a nivel planetario, las decisiones a tomar eran otras. La posibilidad de la coexistencia pacífica entre ambas órbitas de influencia, el dibujo de un empate técnico que dejaba a estas potencias el dominio pactado de zonas de predominio, fue visto por los socialistas, ahora denominado PSP y conducido por Raúl Ampuero, como un acto de abandono de la URSS del legado heroico de los bolcheviques, de la lucha de la Revolución de Octubre y de la implementación del socialismo como modelo antagónico del capitalismo. Quedó marcado el reformismo y la necesidad de buscar líneas propias y faros de la revolución en otras costas.

Entre las posibilidades para posicionarse, estuvieron las luchas de liberación que comenzaron a gestarse a partir de la segunda mitad del siglo. Sin manifestarse todavía abiertamente proclives a la lucha armada, los socialistas de fines de los cincuenta abrazaron, con empatía y solidaridad, el proceso de descolonización en Asia y África, evento que en la mayoría de los casos ocurrió tras violentos enfrentamientos del pueblo colonial en contra de la potencia imperialista. La decisión del socialismo chileno era conectarse con las luchas de liberación nacional del Tercer Mundo, reivindicando su identidad antiimperialista, reconociendo el nivel de ascenso de estas luchas y su inclinación hacia el socialismo. Había un reconocimiento de que: «Son los países sub-desarrollados del mundo, los que caminan más aceleradamente hacia la revolución socialista y en los viejos continentes de África y Asia penetra en todos los rincones el viento de la nueva era ...»<sup>63</sup>.

Esta seguridad en torno a la visión internacional, no se condecía con la complejidad interna de mediados de los cincuenta. Luego de la fracasada participación en el gobierno de Carlos Ibáñez del Campo, parecía que el PS había perdido el rumbo. Divididos y confundidos, estaban alejados de un norte claro. No había posibilidad de apuntar a un nacionalismo revolucionario. Tenían serias diferencias con el PC y se encontraban separados en dos partidos con visiones opuestas. Atrás quedaban los intentos malogrados por fundir un programa antifeudal y antiimperialista, y la lógica de alianzas con sectores del centro político. De esta forma, el intento por definir una política clara, a costa de sufrir por esto severas críticas y posibles cismas, estuvo enmarcado en la definición de una estrategia conocida como el Frente de Trabajadores.

El origen de esta decisión programática puede indagarse en ciertos núcleos dentro del partido que no sucumbieron a la desorientación ibañista, sectores revolucionarios que hacían suya la tesis de un gobierno obrero, del programa hacia la revolución socialista y de la formación de un frente de lucha con tintes de corte clasista. Estos sectores, probablemente muchos cercanos al trotskismo, comenzaron a influenciar las decisiones del PS. Era urgente, para estos grupos, plantear lo dañino de la política de alianza de clases con sectores de la burguesía. Este factor, junto con otros de corte personalista, no contribuyó en consolidar el socialismo revolucionario; al contrario, confundieron a las masas y al propio partido. El proceso de unificación estaba precedido por la definición urgente que debía hacer la colectividad, una definición que ya para el XVI Congreso General de 1955, jugaba un rol relevante en los sectores marxista-leninistas, quienes defendían la consolidación de un polo combativo y coherente con la posición de

clase. Debían quedar atrás las rencillas y trabas ideológicas, y volcar al partido en el fortalecimiento del «...camino hacia la restauración de la unidad... todo aconseja, pues, proceder con audacia en la tarea de reagrupar a los socialistas dispersos, manteniendo –indiscutiblemente– la estructura y el pensamiento básicos del PSP»<sup>64</sup>.

La inclinación izquierdista o leninista, según señala Tomás Moulian, fue una reacción para revertir la debacle política, más que como una apuesta real de transformación social<sup>65</sup>. El partido no desarrolló una praxis revolucionaria. Lo que sí estructuró y asimiló fuertemente fue un soporte discursivo, una tribuna que permitió la germinación de sectores abiertamente rupturistas, proclives a la unidad de clase, en desmedro de la asociación con frentes pluriclasistas, estrategia que había desorientado al partido y que había servido a aquellos intereses opuestos a las masas empobrecidas. Lo que estaba en juego, entonces, era la clara definición de un frente revolucionario que estuviese acorde con los anhelos de la clase trabajadora, una alianza consecuente con la clase: «... únicamente un frente de partidos obreros y la CUT, un Frente de Trabajadores, podía conducir adelante, sin claudicaciones, una política de clase, bajo la consigna de “Revolución o Miseria”, proclamada en el XVI Congreso General del PSP (Valparaíso, 1955)»<sup>66</sup>.

Dos años más tarde, se celebraba el XVII Congreso del partido en Santiago los días 5, 6 y 7 de julio de 1957. Este fue reconocido como el Congreso de Unidad donde quedó zanjado el reencuentro del Partido Socialista Popular y el Partido Socialista de Chile. La confluencia entre estos dos sectores fue importante en la medida en que el resultado de esta fusión dibujó, en el discurso, un Partido Socialista antisistémico, vinculado ahora más que antes con las luchas sociales, que reflejaban la constante crisis de legitimidad del modelo de desarrollo. Optaron por una línea de alianza de clase denominada Frente de Trabajadores, distante de la lógica de colaboración de clases de los comunistas, y planteaban la rápida transformación del Estado burgués.

La edificación de este discurso se entroncó con los sucesos acaecidos en Cuba en el verano de 1959. El triunfo de esta gesta permitió que las lógicas de pensamiento del PS fueran acordes con los nuevos tiempos, posibilitó que el partido entrara en sintonía con la ola revolucionaria y que se discutiera abiertamente sobre el problema político de la revolución. Como observaremos durante el transcurso de estas líneas, esto no se tradujo abiertamente en definiciones más claras y precisas sobre este punto.

Así, en medio de un clímax de rebeldía continental, el partido debió enfrentar la pérdida, otra vez, de las elecciones presidenciales, esta vez observando el triunfo de la DC y de Eduardo Frei Montalva. Este fue el escenario de la crítica de izquierda que ciertos sectores levantaron en contra de la dirección del partido. Señalaban las incongruencias del partido frente al desafío que presentaba el contexto de la década. El PS no daba el ancho a la hora de liderar los verdaderos procesos revolucionarios y solamente se enredaba, decían, en disputas dirigenciales de poder, insistiendo en el camino institucional para elevar una plataforma revolucionaria, soporte que a la luz de los resultados electorales había fracasado nuevamente. El tenor del ataque era en estos términos:

Los Comités Regionales Santiago Norte-y Santiago Sur de la Federación Juvenil Socialista, llaman a todos los militantes, organismos seccionales y regionales del país a defender de la manera más enérgica la integridad del socialismo revolucionario. Camaradas: declaremos el estado de emergencia revolucionaria, dentro de nuestro Partido. Exijamos el enjuiciamiento político de la actual dirección partidaria. Exijamos un balance honesto, franco y revolucionario de lo ocurrido. Exijamos una política que abra realmente las vías de la conquista del poder por los trabajadores. Exijamos un Congreso Nacional Extraordinario al más breve plazo<sup>67</sup>.

¿Por qué se hacían constantes las reprimendas en contra de las líneas adoptadas por el partido, siendo que este cada vez más se inclinaba discursivamente hacia posiciones rupturistas? Como hemos referenciado en el primer capítulo, la existencia de procesos revolucionarios abrió nuevas posibilidades de transformación social, pero también esta apertura no dejó espacios para la concreción de ciertas definiciones. O mejor dicho, permitió una lectura amplia y heterodoxa en relación al problema de la revolución. Esta situación no escapó al PS de fines de los cincuenta y mediados de los sesenta. El problema de la revolución no se resolvía con la declaración programática, hacían falta líneas de acción que fuesen acordes con esa premisa. Este nexo era lo que estaba ausente todavía para los sectores rupturistas que al interior del partido existían.

Importante rol en este dibujo fino tiene la dirigencia del PS, que guió los caminos durante el período en cuestión. Primero Salomón Corbalán, entre 1957

y 1961, y luego Raúl Ampuero entre 1961 y 1965. Estos relevantes dirigentes delinearon el camino de un partido que se movía dicotómicamente entre la acción y el discurso.

Para el primero, era importante mostrarse empático con la Revolución Cubana, pero de la misma forma había que fortalecer otras líneas programáticas conducentes hacia la toma del poder. Salomón Corbalán planteó que si bien la primera tarea de todo partido es la configuración de estrategias que permitan la conquista del poder, por otro lado es cuidadoso a la hora, y tomando en cuenta el contexto, de adoptar un camino claro y concreto en esa línea. En relación al accionar revolucionario del partido, Corbalán plantea: «Eso es imposible... y sería un esquematismo contrario a las leyes elementales del marxismo, que nos señalan la necesidad de valorar en cada instante las condiciones objetivas que se presentan para esa lucha»<sup>68</sup>.

Por otra parte, para Raúl Ampuero, la agudización discursiva del partido no potenciaba sus fuerzas electorales; por ende, la construcción exclusiva de una vía insurreccional para tomar el poder estaba fuera de discusión. Lo que había que construir hábilmente era una fusión entre la dinámica efervescente del momento, abiertamente rupturista y antisistémica, con las tonalidades gradualistas que convivían al interior de la colectividad. Esto con el fin de impedir futuras fisiones y albergar a una creciente inquietud juvenil que demandaba del partido más acción y menos discurso. Juan Carlos Gómez Leyton señala que Ampuero jugó sus cartas a favor de la puesta en marcha de un proceso revolucionario que surgiese desde las masas trabajadoras y no que apareciese de manera artificial como una imposición aventurera. Recalcaba que no había condiciones en Chile para un proceso insurreccional, pero que, sin embargo, el partido debería tener la lucidez y la sapiencia para alterar sus metas preestablecidas si el escenario cambiaba. El PS debía discutir en torno al significado de la violencia; «... para no incurrir en la idealización de los instrumentos electorales (planteaba Ampuero). La violencia revolucionaria en Chile sólo va a darse como resultado de la actitud asumida por la clase dominante tras el triunfo de las fuerzas populares»<sup>69</sup>. Todo esto implicaba no sólo una posición ambigua y que esperaba la madurez de los procesos, sino que también adormecía el espíritu rebelde de los sesenta. Las posiciones gradualistas, con Ampuero, mantuvieron un eje articulador al interior del partido, generando, entre otras cosas, la salida de sectores que venían trabajando al interior del partido en la elaboración de tesis insurreccionales y de un importante núcleo juvenil y estudiantil, que a comienzos de los sesenta se sintieron cercanos a otros proyectos revolucionarios,

como el MIR.

Como señala Gómez Leyton, la conformación de un sector ampuerista que se transformó en hegemónico durante la primera mitad de la década de los sesenta, supo instalar en el discurso del partido la necesidad de luchar por la construcción del socialismo sin adueñarse, en boca del partido, de la exclusividad de la violencia revolucionaria como camino a seguir. El partido, entonces: «... mantuvo su discurso semi radicalizado, pero se conservó el apoyo a la vía político-institucional. Sólo después de la gran derrota allendista de 1964...» los sectores rupturistas fueron ganando espacios de poder partidista, ratificando la línea del Frente de Trabajadores, y logrando instalar, como parte de las premisas del partido, la inevitabilidad del conflicto armado<sup>70</sup>. Estos episodios generaron ruido y fricción. La dirección de Salomón Corbalán expulsó dentro de su seno a la oposición de izquierda, los denominados troskos. La salida de Óscar Waiss y Joel Sánchez Otárola, en 1961, la suspensión del periódico La Calle y de Ediciones Socialistas, fue el primer evento visible de la separación desde dentro del partido de una llamada disidencia.

La visión en torno a lo debía ser el partido, a la línea oficial, comenzó a ser más visible y persistente a lo largo de la década. Luego les tocó el turno a aquellos que se identificaban con el Che, y la crítica al inmovilismo de la vieja dirigencia. Por esto, parte de la militancia los trató como extremistas de izquierda, románticos guerrilleros, aventureros pequeñoburgueses y hasta colaboradores al servicio del imperialismo. Estos adjetivos acompañaron a toda aquella militancia que, cohesionados y desperdigados, con influencia y cautela, propendían a realizar un quiebre dentro de la izquierda, entre los cuales se encontraban miembros del ELN chileno. Determinados dirigentes socialistas fueron categóricos a la hora de criticar su accionar inquieto y acelerado, enfrentándolos duramente por su ímpetu pseudo revolucionario. El calor de la crítica era en contra de «...los extremistas que se autodenominan marxistas-leninistas por el sólo hecho de que al no haber triunfado en las urnas el 4 de septiembre (1964), creen que el único camino que debe seguir el pueblo chileno es el de la revolución armada»<sup>71</sup>. La necesidad de convertirse en un partido disciplinado, rígido orgánicamente y ordenado, los condujo a adoptar medidas de expulsión si las circunstancias así lo ameritaban. Aún cuando las visiones disidentes podían expresarse, había una fina línea de aceptación que implicaba no actuar de forma divisionista y expresar, por otra parte, legítimamente sus diferencias con la dirección. Ni los más destacados e históricos militantes socialistas estuvieron ajenos a estas fricciones. Carlos Altamirano recuerda años más tarde que Raúl

Ampuero tuvo que abandonar las filas del partido, siendo expulsado por su amigo Aniceto Rodríguez porque Ampuero se negaba «...a asumir el carácter “leninista” del partido. Raúl afirmaba taxativamente que convertir el Partido Socialista al leninismo era una demencia, porque si había un partido no-leninista en el mundo, ese era el Socialista»<sup>72</sup>.

Con la necesidad de ordenar al partido, de cohesionar su accionar y discurso ante el desafío de buscar la dirección del movimiento de masas y además empatizar con los cambios álgidos de la década del sesenta, el PS tuvo que hacer frente el enorme estímulo de la Revolución Cubana. El vínculo entre esta colectividad y la eclosión caribeña es materia de un análisis un poco más detallado.

## **Los socialistas y la Revolución Cubana**

Es interesante poder recoger el ambiente generado por dicho fenómeno, y el efecto desencadenado transversalmente en gran parte de la izquierda militante del continente. Al respecto, Eric Hobsbawm, reconoce que:

La revolución cubana lo tenía todo: espíritu romántico, heroísmo en las montañas, antiguos líderes estudiantiles con la desinteresada generosidad de su juventud...un pueblo jubiloso en un paraíso turístico tropical que latía a ritmo de rumba... El ejemplo de Fidel inspiró a los intelectuales militantes de toda América Latina...<sup>73</sup>.

La Habana se transformó, durante los primeros años, en un polo de atracción para todos aquellos que deseaban conocer el primer país latinoamericano en desprenderse del imperialismo norteamericano y caminar hacia la construcción del socialismo. Cuba fue la inspiración de literatos, cineastas, músicos, filósofos, pintores, y una serie de otros intelectuales y políticos que quisieron plasmar y representar desde sus disciplinas el nacimiento de la cuna de la nueva sociedad proletaria. Entre ellos, Jean Paul Sartre, Ernest Hemingway y Gabriel García



Márquez fueron parte del cúmulo de líderes progresistas que atravesaron los mares para conocer de primera fuente lo sucedido. Para el caso chileno, uno de los intereses del gobierno cubano era lograr la empatía de ciertos sectores influyentes del continente, tomando en cuenta sobre todo la posición geopolítica de la isla. Se cursaron invitaciones a distintas personalidades provenientes de diversas áreas del conocimiento. Se contaron, entre otros, al rector de la Universidad de Chile Juan Gómez Millas y la escritora Matilde Ladrón de Guevara<sup>74</sup>.

Esta primera esfera de cercanía no implicaba necesariamente compromisos políticos, ni tampoco un vínculo orgánico directo que permitiera trazar una línea entre cierta militancia chilena y las políticas expansivas revolucionarias cubanas. Fueron, en cambio, las distintas organizaciones políticas del país las que lograron en mayor o menor medida un espacio de confianza y afinidad en los círculos de influencia cubanos.

Entre quienes disfrutaron del cobijo caribeño, encontramos a Clotario Blest, quien asistió en la isla al Congreso Latinoamericano de Juventudes en 1961. Desde ese momento, Blest fue un fiel seguidor de La Habana, organizando distintos comités de defensa de la revolución, que tenían, entre otras funciones, la de coordinar acciones en el territorio nacional para ir en ayuda del naciente proyecto. En la misma línea, algunos trotskistas chilenos presenciaron desde cerca la edificación de la patria socialista. Fue el caso de Enrique Sepúlveda, médico y primer secretario general del MIR, que a través de distintos viajes a Cuba, estableció vínculos, estrechó confianzas y difundió el pensamiento castrista a través del periódico El Rebelde<sup>75</sup>.

En un plano más orgánico y formal, los partidos de la izquierda tradicional generaron lazos más estables y directos con la dirigencia cubana, existiendo profundas diferencias entre el PC y el PS sobre cómo se debían establecer las comunicaciones con la dirigencia de Fidel<sup>76</sup>. En el caso del Partido Comunista, liderado de manera continua por Luis Corvalán Lepe, la actitud estuvo caracterizada en dos planos. En un primer foco, había una intención por parte del PC de crear una imagen pública de celebración positiva de la experiencia cubana. Quizás como parte de la contaminación que generó entre las izquierdas del continente el triunfo de Castro. Los comunistas chilenos formaron parte del contingente de militantes que viajaron a la isla y se entrevistaron con sus más altos dirigentes. Luis Corvalán, Óscar Astudillo, Jaime Barros Pérez-Cotapos y María Maluenda aterrizaron en suelo cubano en 1961 y se empaparon de las

transformaciones sociales y económicas que los revolucionarios estaban desarrollando. Corvalán señaló años más tarde que:

Fue una revolución consecuente, que atacó de raíz las causas de la miseria y el atraso y emprendió rumbo al socialismo por la soberana voluntad de su pueblo. Bajo su influencia se incorporaron a la lucha inconmensurables masas populares y alcanzaron un mayor desarrollo los movimientos antiimperialistas de América Latina y de otros continentes<sup>77</sup>.

No obstante, los comunistas chilenos, como hemos observado, se sintieron más cercanos a la inspiración de Moscú, y por ende, más allá de las muestras de cercanía, las relaciones políticas entre Santiago y La Habana estuvieron mediadas en relación a lo que el PCUS debía plantear para el caso cubano.

En segundo lugar, si bien Fidel Castro selló un importante acuerdo con la URSS en términos de colaboración económica, Cuba, durante largos tramos de la década de los sesenta, animó profusamente la lucha guerrillera, apoyando estratégica, económica y políticamente a diversas organizaciones latinoamericanas. Este camino era ciertamente rechazado por el PCUS y en consecuencia por los comunistas chilenos. Joaquín Fermandois plantea lo siguiente: «Para el PC, Cuba era un paradigma, pero que era mediatizado por otro paradigma obligado hasta el extremo, la Unión Soviética»<sup>78</sup>.

A mediados de los sesenta, como relata Corvalán, las relaciones estuvieron a punto de cortarse, entre otras razones, porque determinados dirigentes comunistas, como Orlando Millas por ejemplo, no veían con buenos ojos el rol que estaba jugando Cuba en el escenario político del continente. Si bien el PC podía sentirse identificado con la experiencia cubana y cooperar en todos los sentidos con la tarea del Che, Camilo y Fidel, lo cierto es que en términos de relaciones políticas estas estaban condicionadas al lugar que Cuba ocupara en la órbita internacional, y con ello las decisiones a asumir por uno y por otro. Quienes no detentaban ese problema eran los socialistas chilenos, donde las relaciones más estrechas o no con el régimen de Fidel, pasaron más por los personalismos y carisma de los militantes que por un norte impulsado por el partido. Como hemos observado, es importante recalcar que el PS chileno tenía

una política más independiente, orientada hacia la identidad latinoamericana. Por otra parte, la existencia de distintas corrientes al interior de la colectividad hicieron que las cercanías con el régimen cubano y los lazos formales e informales también variaran, dependiendo de qué sector buscara el apoyo. Desde Salvador Allende, Adonis Sepúlveda, Aniceto Rodríguez, Raúl Ampuero hasta Carlos Altamirano, en distintas ocasiones y grados, la militancia socialista mostró interés por estrechar relaciones con la isla. Prosigue Fernandois: «Internacionalmente el PS no estaba ligado a una ortodoxia específica, de modo que pudo girar desde un titoísmo enemigo de los bloques hacia un castrismo ultrarrevolucionario»<sup>79</sup>, situación que, a juicio de este último académico, también arrastraría a Allende, debido a que: «ve en la defensa de la revolución cubana una tarea a realizarse en Chile, ya sea empujando al gobierno a una actitud de neutralismo favorable a Cuba, o mediante un activismo interno que influya sobre la actitud del mismo gobierno...»<sup>80</sup>. Según nuestra hipótesis, el rol de Salvador Allende en la defensa de Cuba, la cercanía con el régimen de Castro y la simpatía hacia los cubanos, tuvo como sustento el ícono que representó en ese momento el proyecto de Fidel en torno a la defensa de las luchas antiimperialistas, el anidamiento de una utopía socialista a kilómetros de EE.UU. No obstante, como hábil y experimentado político, Allende cuidó el lenguaje a la hora de evidenciar simpatías notorias con los proyectos revolucionarios armados, pese a que, como veremos más adelante, colaboró de distintas maneras con el desarrollo del ELN.

En concomitancia con lo anterior, a Salvador Allende le correspondió recibir a los primeros dirigentes de la triunfante revolución, en marzo de 1959, cuando aún la derrota sobre Batista no implicaba una conversión al marxismo revolucionario. Estos primeros encuentros, junto con los que vinieron, estrecharon la confianza que le tendrá La Habana al PS chileno. La explicación casi urgente de los socialistas de emparentarse con el régimen cubano, puede encontrarse desde la reestructuración interna que el partido estaba desarrollando tras el proceso de unificación ocurrido en 1957. Así, la aparición de una revolución, a espaldas del comunismo ortodoxo y que comenzaba a caminar de frente con la bandera libre de influencias europeas, fue un atractivo y calce perfecto para las pretensiones de los socialistas en su tarea de liderar el proceso revolucionario en Chile. El castrismo le permitió al PS renovar su doctrina y reacomodarla al escenario continental<sup>81</sup>. Casi como una doble necesidad, la gesta cubana se presentaba para los socialistas de los sesenta como parte del engranaje que faltaba en la construcción identitaria, y además les ofreció las posibilidades de conexión real con la acción revolucionaria, pieza faltante en el proceso de

radicalización retórica que ya estaban encarnando.

Esta adhesión se expresó, además, en la promoción casi constante en los medios de comunicación socialista: el diario Las Noticias de Última Hora aplaudió los avances del gobierno castrista; las ideas de lo que empezaba a edificarse como el castro-guevarismo eran difundidas en la revista Arauco, fundada en 1959, que llegó a cubrir el grave déficit en la formación de una moderna conciencia socialista.

En un plano orgánico, la celebración del XIX Congreso del partido, en Los Andes, en diciembre de 1961, fue el espacio escogido para la defensa cabal de la gesta cubana. Los socialistas creían que «... (Cuba) rompió viejos tabúes y en las propias barbas del imperialismo ha iniciado la construcción del gobierno popular y socialista»<sup>82</sup>.

Acercándonos a planos de decisión más relevantes, y en un círculo aún más fino de poderes, es posible pesquisar nexos puntuales entre la militancia socialista y el proyecto de revolución guevarista que comenzaba a fraguarse a mediados de los sesenta. Y es que, tras producida la derrota de Fulgencio Batista, el nuevo régimen debió comenzar, entre otras tareas, la edificación de una nueva sociedad, para lo cual requirió urgentemente de una cantidad no menor de especialistas en distintas áreas del conocimiento que se pusieran a disposición de la nueva isla que se estaba creando. Este llamado caló hondo en las sensibilidades de los latinoamericanos, quienes vieron en esta tarea una verdadera obra épica de construcción del nuevo amanecer. María Elena Carrera, senadora socialista y viuda de Salomón Corbalán, recuerda: «Yo sentía enorme admiración por la Revolución Cubana, por el Che... había estado en Cuba con una delegación de profesionales chilenos, estuvimos casi un mes... había realizaciones que eran una maravilla... ahí conocimos a los líderes de la Revolución Cubana».<sup>83</sup>

El primero que envió un contingente de técnicos, la mayoría especialistas en economía, planificación financiera y materias afines, fue el PC chileno, que tenía, por ese entonces, una serie de cuadros preparados para colaborar en lo requerido. Fue así como, a mediados de 1959, llegaban a la isla Raúl Maldonado, Eduardo Meneses, Sergio Aranda y Jaime Barrios Meza. Este último había sido recomendado por Charles Romeo, chileno que ya se encontraba en Cuba desde marzo trabajando para el INRA<sup>84</sup>. Meses más tarde se sumaron Alban Lataste, Alberto Martínez y Aníbal Suárez, y en los siguientes

años, Ciro Oyarzún y Juan Jiles, entre otros.

Al declarar oficialmente el régimen cubano a Cuba como país socialista, los partidos comunista y socialista acrecentaron el envío de militantes a la isla a partir de 1962. Estos chilenos que colaboraron con las instituciones gubernamentales cubanas no sólo trabajaron en sus tareas específicas, sino que se conectaron, además, con los propósitos de expansión de la Revolución Cubana. A través de la década y en distintos viajes a Chile, se acercaron a los grupos que dentro del PS simpatizaron con las ideas de Castro y Guevara, concretando finalmente los propósitos del proyecto de revolución. Los contactos ya estaban hechos, solamente había que confiar las tareas necesarias para la realización del gran plan de emancipación continental.

## **El Congreso de Chillán de 1967**

La relevancia del XXII Congreso del PS estuvo no solamente en los acuerdos y resoluciones alcanzados por la colectividad, que ya tenían un amplio trasfondo rupturista en ciertos sentidos, sino en lo que significó para la experiencia triunfadora de la izquierda electoral en 1970, ya que la crisis sistémica del 73, puede encontrarse, para muchos, en lo que Chillán representó dentro de la agudización social del momento. De alguna u otra forma, el socialismo chileno debió asumir los costos de esta ambigüedad cada vez más presente entre el discurso y la acción política<sup>85</sup>. En tanto que el impacto de este evento fue utilizado por la derecha para justificar la irrupción cívico-militar en la crisis del once<sup>86</sup>.

Lo cierto es que para el curso de esta investigación y exposición, lo que se discutió y resolvió a fines de 1967 en Chillán no sólo aumentó el discurso radical, un resorte cada vez más tenso e inmanejable, sino que comenzó a edificar dentro del Partido y con la colaboración tácita de este, a un sector que se unió desde distintos planos en la continuación de un proyecto de revolución continental. Después de Chillán, los sectores que adhieren a las ideas guevaristas dejan de actuar tras las penumbras, se mueven con libertad y se apoyan en lo resuelto por el mentado congreso. Dejaron de callar «...voluntariamente sus críticas en pos de facilitar la labor sistémica»<sup>87</sup>. Independientemente de los

movimientos pro eleccionarios del partido, y colaboracionistas en algunos sentidos, la militancia que deseaba convertir al PS en una organización que liderara la revolución de los trabajadores había ganado peso<sup>88</sup>. Fue desde ese entonces más notoria la aparición, visibilidad y crecimiento de determinados grupos abiertamente rupturistas.

¿Pero qué ha ocurrido en 1967 que no se haya ya producido en años anteriores dentro de esta larga década? ¿Qué instancia llegó madura tras un largo proceso de incubación? ¿Qué elementos fueron accidentales, que estructuraron esta serie de conclusiones y resoluciones, y que dispararon un abanico de consecuencias insospechadas?

A nivel internacional, la agresividad del capitalismo norteamericano, en su incursión y pretensión de dominación mundial, se hacía cada vez más evidente. La presencia y agresión de los EE.UU. en Centroamérica y Vietnam eran un punto de inflexión para la izquierda chilena, y sobre todo para los socialistas chilenos. Esta asonada imperialista venía a impedir los focos revolucionarios que por entonces se hacían cada vez más evidentes y numerosos. El Congreso de Chillán se produce un mes y medio después de la muerte del Che en Bolivia, lo que condicionó los ánimos y el sentido de realidad del momento. Como recuerda Carlos Altamirano, la desaparición del mítico comandante:

...impactó profundamente a los socialistas en general. Y no es porque el partido estuviese «guevarizado», como dijo Gonzalo Vial, sino que, a medida que el partido se radicalizaba, el ejemplo cubano fue siendo una fuente –no mecánica– de inspiración, desde antes de que el Che se alzara como una figura paralela y más simbólica que Fidel Castro <sup>89</sup>.

En el plano local, como ya hemos mencionado, el gobierno de Eduardo Frei era, a ojos de la izquierda, un títere del imperialismo norteamericano que implementaba una política de suaves reformas que sólo maquillaban la crítica realidad social. Entonces se hacían más urgentes, claras definiciones para contrarrestar la hegemonía social de la DC. Una de las tareas de la izquierda debía ser la agudización del conflicto, de modo de posicionarse como vanguardia que dirigiera la fuerza del movimiento social. Un día antes de la realización del

Congreso de Chillán, la CUT convocó a un paro nacional en protesta por las políticas económicas de Frei Montalva. La respuesta del gobierno fue altamente represiva con los manifestantes; siete personas murieron, entre las que se encontraban un menor de 8 años. La conducta del grupo móvil de Carabineros y de las Fuerzas Armadas en esta acción encendió el tono de la discusión en el Congreso del PS.

Para la izquierda y para el PS, era el momento de grandes decisiones e importantes cambios de rumbo. Hacía tres años habían perdido nuevamente la elección presidencial y los resultados en las elecciones parlamentarias de 1965 no fueron los esperados. Es por esto que, para muchos analistas, el Congreso de Chillán se prestaba para, tomando los antecedentes previos, girar radicalmente el accionar del PS, dejando de lado la conducta sistémica y legalista.

A nuestro juicio, lo que sucedió en el XXII Congreso del partido puede resumirse en tres aspectos: los dos primeros demuestran líneas de cierta consolidación política, la continuidad de una posición partidaria dentro del PS, siendo sólo el tercero de ellos un rasgo de quiebre y fisura, estimulado por el particular contexto del año 1967.

El primero de ellos es el vínculo de las resoluciones de Chillán con el tono y las notas de rupturismo, ya presentes en los anteriores congresos. Puede decirse a ciencia cierta que las resoluciones del Congreso de Chillán no fueron un evento aislado de descontrol verbal de un grupo de militantes, sino que, más bien, representaron la madurez de un camino que ya se había comenzado a trazar abiertamente en las anteriores citas de la colectividad. Fuertemente influenciado por las revoluciones del Tercer Mundo, incluyendo la cubana, el PS, a lo largo de los anteriores eventos (Los Andes de 1961, Concepción de 1964, Linares de 1965 y Chillán de 1967), empatizó abiertamente con las luchas por la liberación y adoptó decisiones claras para vincularse con estos fenómenos planetarios. El corolario de esto, por ejemplo, fue la participación de miembros del Comité Central del PS de 1965 en la ejecución de la organización de la Conferencia Tricontinental y la preparación de la Organización Latinoamericana de Solidaridad, OLAS.<sup>90</sup> Bajo este mismo nudo de discusión, ya durante el Congreso de Linares se produce, a juicio de Juan Carlos Gómez Leyton, una apertura ideológica de los sectores más radicalizados, sobre todo influenciados por lo ocurrido en Cuba<sup>91</sup>. Estos grupos fueron desplazando en los sucesivos congresos a los sectores vinculados a la socialdemocracia del partido, a la militancia gradualista, y buscaron apoyo y simpatía en la izquierda socialista,

que para fines de los años sesenta estaba nucleada en torno al trotskismo chileno.

Estas orgánicas venían expresando fuertemente sus discrepancias con la política dirigencial del partido. Como hemos observado, existieron comités regionales que lentamente incubaron una postura radical, antisistémica y decidida a romper con los lineamientos colaboracionistas del PS. El regional Santiago Sur, por ejemplo, consideró que:

El PS defiende la independencia del Frente de Trabajadores, rechaza terminantemente la alianza con la burguesía nacional y con sus expresiones políticas... El anterior rechazo no significa sectarismo ni debilitar la alianza de los explotados. Grupos minoritarios del PR o del PDC pueden coincidir en acciones comunes con nosotros. Esos partidos son pluriclasistas, aunque tienen una dirección burguesa consubstancial con la existencia del radicalismo y la democracia cristiana... La violencia revolucionaria es también más amplia que la lucha armada. Son formas de la violencia revolucionaria todas aquellas tácticas que atropellen la legalidad reaccionaria<sup>92</sup>.

El segundo elemento de continuidad era parte de la identidad socialista desde la unificación de 1957 y la búsqueda de un camino propio, hasta la crisis de 1973, y estuvo configurado como un rasgo constante: la dicotomía entre el discurso partidista y la acción política, para el caso del PS, cada vez más peligrosamente disociados. En este sentido, al igual que las anteriores coyunturas congresales, el PS había demarcado desde el discurso cada vez más un camino de radicalización política, una visión crítica y confrontacional con el sistema capitalista y su aplicación en Chile. No obstante, paralelamente a la incubación de esta lógica rebelde, los socialistas, durante toda la década de los sesenta, adhirieron a la candidatura de Salvador Allende para las elecciones presidenciales de 1958, 1964 y 1970. Elevaron, por otra parte, opciones políticas en las sucesivas elecciones parlamentarias del período. Esta decisión tenía una justificación desde la misma trinchera de los sectores rupturistas, al apoyarse en los teóricos del marxismo-leninismo, quienes no desechaban ningún espacio político desde el cual se pudiese elevar una posición en defensa del socialismo. Argumentaban también con el Che, quien señalaba que «sería un error imperdonable desestimar el provecho que puede obtener el programa revolucionario de un proceso



electoral dado»<sup>93</sup>. Y en ese sentido, les acomodaba también, a estos sectores críticos con el sistema, mantenerse dentro de él y desde allí generar acciones y ganar los espacios de poder. El parlamento, aseguraban, era un nicho también del programa global de lucha revolucionaria. Carlos Altamirano lo manifestaba de la siguiente manera: «La acción parlamentaria y la vía electoral sólo pueden presentar una utilidad en la medida que logren insertarse en una estrategia general revolucionaria de toma del poder»<sup>94</sup>.

Esta ya tradicional discusión era parte de un problema de mayor calibre entre las izquierdas de la década y se relacionaba con la gradualidad de las formas de lucha, definición que los acerca –o aleja– de posiciones más revolucionarias o más reformistas. Ya el PS había sufrido una fuerte crítica el año 1964 con la salida de un sector que más adelante colaboró en la formación del MIR. Se abría el espacio a la interpretación, subjetivismo socialista, y como pieza central de nuestra discusión, a la iniciativa propia –o grupal– para implementar ese llamado, tan alejado de la acción política coyuntural.

Los socialistas más radicalizados, representados en el Congreso de Chillán, intentaron acercar al partido hacia las posiciones que en el pasado habían costado rupturas y divisiones. No obstante el haber consolidado, en la teoría, una estrategia radical no aseguró un camino menos zigzagueante. El giro de 1967 hacia la izquierda, plantea Paul Drake: «...no resolvía las antiguas contradicciones de los socialistas. En cambio, ensanchaba principalmente la brecha entre sus doctrinas revolucionarias y sus acciones reformistas democráticas»<sup>95</sup>. Ante este complejo panorama, el PS optó por la unidad interna, a sabiendas de que las posiciones más rupturistas adoptadas en Chillán no eran compartidas por toda la militancia. El Comité Central intentó contener los roces que tarde o temprano iban a generar tan polémicas resoluciones, dado que se afirmaba, entre otros aspectos, una identidad contradictoria del PS. No obstante, como recalca Altamirano, años más tarde, el partido no tomó estas conclusiones como una normativa interna a seguir al pie de la letra. Recuerda: «Ella quedó siempre como una declaración retórica, verbalista, pues no se implementó nunca, como tarea de partido, la creación de grupos armados»<sup>96</sup>, por ejemplo.

Un aspecto notorio de esta ambigüedad quedó reflejado en la combinación disonante entre la elección del secretario general Aniceto Rodríguez y las resoluciones del evento, que apuntaban a la violencia revolucionaria como acción legítima e inevitable. Esto porque Aniceto Rodríguez era más bien representante del sector moderado del partido, los peyorativamente llamados

guatones, y no daban cuenta del prisma que Chillán estaba delineando. Juan Carlos Gómez Leyton plantea que la elección de Aniceto Rodríguez no necesariamente significaba el respaldo a la línea sistémica del partido, más bien fue un elemento simbólico-paradójico más que un delineamiento del tono del debate<sup>97</sup>. Carlos Altamirano y Clodomiro Almeyda declinaron ser candidatos y el sector de izquierda no votó mayoritariamente por el senador Alejandro Chelén Rojas, representante de la izquierda socialista. No obstante, las tres mayores votaciones del Comité Central recayeron en Carlos Altamirano, Rolando Calderón y Clodomiro Almeyda, quienes a su vez integraron la Comisión Política del partido junto al secretario general Aniceto Rodríguez, y Adonis Sepúlveda, Luis Jerez y Albino Barra<sup>98</sup>. El allendismo fue uno de los grandes derrotados de este congreso, por lo menos en la correlación de fuerzas.

Los dos primeros elementos expuestos en Chillán, y que representan más bien aspectos de continuidad del socialismo chileno, quedarían relegados a un segundo plano cuando se tratara de evaluar los efectos del Congreso de 1967. El ingrediente rupturista fue la adopción de una estrategia partidista que se posicionaba desde el marxismo-leninismo como motor central del partido, y desde allí como punto de partida para observar la realidad sociopolítica, denotando, con esto, que la única forma de avanzar hacia la transformación real de las condiciones sociales es a través de la violencia revolucionaria. Siguiendo la línea, la aplicación de esta violencia se justifica por la opresión de la clase dominante a través del Estado y sus instituciones; es por esto que la historia de la humanidad avanza en una oposición dialéctica entre las clases antagónicas. No quedaba más alternativa que el quiebre con la historia presente, marcado, desde la lógica marxista, por el avance hacia la historia. Los socialistas criollos giraban su centro heterogéneo de tradiciones, dentro del amplio espectro del socialismo, hacia una reconversión que tomaba la reivindicación pura del marxismo-leninismo, diferenciándose de las fuerzas reformistas. Las recordadas resoluciones del Congreso de Chillán manifestaban, entre otras cosas, que:

- 1.- El Partido Socialista, como organización marxista-leninista, plantea la toma del poder como objetivo estratégico a cumplir por esta generación, para instaurar un Estado Revolucionario que libere a Chile de la dependencia y del retraso económico y cultural e inicie la construcción del Socialismo.

2.- La violencia revolucionaria es inevitable y legítima. Resulta necesariamente del carácter represivo y armado del estado de clase. Constituye la única vía que conduce a la toma del poder político y económico y a su ulterior defensa y fortalecimiento. Sólo destruyendo el aparato burocrático y militar del estado burgués, puede consolidarse la revolución socialista.

3.- Las formas pacíficas o legales de lucha (reivindicativas, ideológicas, electorales, etc.) no conducen por sí mismas al poder. El Partido Socialista las considera como instrumentos limitados de acción, incorporados al proceso político que nos lleva a la lucha armada.

Consecuentemente, las alianzas que el partido establezca sólo se justifican en la medida en que contribuyen a la realización de los objetivos estratégicos ya precisados<sup>99</sup>.

Esta inédita resolución fue vista para ciertos ojos como un apresuramiento embriagado por la emotividad del contexto, la muerte del Che y el paro nacional de la CUT. La visión que compartimos se inscribe en definir el evento como el momento de maduración de un discurso antagónico de una colectividad de masas, que se apartó de la lógica tradicional de los partidos de izquierda. En ese sentido, la incorporación del leninismo, no sólo fue el triunfo de los sectores trotskistas internos, sino que, además, fue una apuesta para terminar con los caudillismos y personalismos propios de la organización, a fin de ordenar las filas y comenzar con un proceso de estructuración orgánica del partido, tendiente, entre otros, a profesionalizar la militancia<sup>100</sup>. La idea era dejar de lado esa concepción asambleísta y poco disciplinada, con el objetivo de enfrentar los nuevos desafíos que le deparaba la gran historia. Juan Carlos Gómez Leyton lo plantea de la siguiente manera: «Es cierto que la práctica de la violencia política, por parte de sus militantes, fue mucho menor que la del MIR. Pero también es cierto que su discurso político y actuaciones lo asemejan a aquel, más que al antiguo Partido Socialista»<sup>101</sup>. En este sentido, el PS debía encontrar apoyo no en la centro-izquierda, sino más bien en aquellos sectores identificados con posiciones más radicales, que para esa época eran el MIR, VRM, Espartaco o el

Movimiento Camilo Torres.

Aunque el partido selló una alianza con sectores reformistas y ligados a la pequeña burguesía, como el Partido Radical en la Unidad Popular, el espacio para la acción, dentro del partido, y muchas veces con recursos del partido, caminó hacia acciones tendientes a friccionar la lucha de clases más que a atenuarlas. Si bien el partido no gestionó oficialmente la implementación de estas premisas rupturistas, el quiebre con la tradición ideológica y el posicionamiento de parte de su militancia hacia una visión abiertamente antisistémica permitió que dentro de la organización se formara un grupo con importantes nexos en las cúpulas de poder (disponibilidad de recursos e influencias, por ejemplo) que les facilitó la operatividad en las tareas que la discreta organización se comenzaba a plantear. Entre ellos, Walterio Fierro y Eduardo Paredes, miembros del Comité Central de 1967, unos de los primeros elenos dentro de la dirección del partido.

Mientras la dirigencia, y sobre todo Altamirano, defendía públicamente la posición revolucionaria que había adoptado el partido en Chillán, las alianzas con los sectores reformistas de la izquierda se concretaban en la medida que se acercaban las próximas elecciones presidenciales y cundía en el PS la necesidad de ampliar las fuerzas electorales. La confusión hacía presa de la militancia socialista al adoptar el partido el camino legalista e institucional, en colaboración abierta con organizaciones más reformistas.

Sin embargo, un pequeño núcleo de militantes ya había decidido incorporarse a un proyecto de revolución continental. ¿Por qué el camino no debía ser este, si el partido que los cobijaba había determinado que la violencia revolucionaria era legítima y necesaria? ¿Formaban parte de una disidencia si la organización había resuelto hacer suyos los acuerdos de OLAS como máxima coordinadora de la revolución latinoamericana? ¿Por qué el llamado a hacer la revolución, como acto de todo revolucionario, debía seguir esperando las condiciones objetivas, si estas podían ser creadas por la misma revolución?

Como el escenario socialista de los últimos diez años había permitido dentro de la militancia la creencia de que la organización a la cual ellos pertenecían sí podía ser el partido de la vanguardia revolucionaria, sólo faltaban los vínculos y la relación con el motor de dicha utopía continental.

---

<sup>23</sup> Ernesto Che Guevara, Pasajes de la guerra revolucionaria, en Obra Revolucionaria. México: Editorial ERA, 1969. Las reflexiones que componen el texto citado fueron artículos recopilados que el Che había publicado en forma separada entre 1958 y 1961 en distintas revistas y diarios de Cuba y Brasil. En 1963 apareció como libro con el título antes mencionado.

<sup>24</sup> Se destaca la creación y funcionamiento de Radio Rebelde, centro infructuosamente buscado por el ejército de Batista con el fin de eliminar la conexión con el exterior, y la edición del periódico El Cubano Libre, bajo la dirección del Che, Luis Orlando Rodríguez y Carlos Franqui.

<sup>25</sup> Ernesto Che Guevara, Pasajes de la...

<sup>26</sup> Ibíd., 170.

<sup>27</sup> Luciano Bonet, realiza un intento de definición del castrismo entregando una caracterización de las particularidades de este fenómeno, encontrándose en él: una forma específica de lucha revolucionaria, un particular modelo de construcción del socialismo y un régimen político con poder carismático. Todo lo anterior implica un quiebre con la ortodoxia partidista en torno a la concepción de la revolución como proceso guiado por los partidos comunistas y como un proceso de largo aliento. El autor además incluye pasajes de Ernesto Che Guevara, para fundamentar la concepción de castrismo. Como hemos analizado, creemos que el Che por sí sólo elaborará, al alero de la Revolución Cubana, ciertos elementos particulares que lo identificarán con un camino propio de construcción conceptual. Luciano Bonet, «Definición de castrismo». En Norberto Bobbio, et al. Diccionario de Política (México: Siglo XXI editores, 2002).

<sup>28</sup> Michael Löwy, El pensamiento del Che Guevara (México: Siglo XXI Editores, 2007), 4.

<sup>29</sup> Ibidem.

<sup>30</sup> Hilda Gadea, Che Guevara: los años decisivos. México: Aguilar Editor, 1972. El libro fue reeditado en Perú en 2005 bajo el título de Mi vida con el Che. Lima: Editorial Arteidea, 2005.

<sup>31</sup> Entre diversos estudios sobre la génesis del pensamiento del Che y la Revolución Cubana se encuentra comúnmente la tesis del conocimiento más

profundo entre los combatientes del M26, sobre todo entre los tripulantes del «Granma», del marxismo que dominaba Ernesto Che Guevara. Ver, entre otros, Michael Löwy, El pensamiento... op. cit. Jorge Castañeda, La vida en rojo. Una biografía del Che Guevara (Argentina: Editora Espasa Calpe, 1997). Roberto Massari, Che Guevara, pensamiento y política de la utopía (España: Editorial Txalaparta, 2004).

<sup>32</sup> Löwy, El pensamiento...

<sup>33</sup> Ibíd., 33.

<sup>34</sup> Ibíd., 34.

<sup>35</sup> Aníbal Ponce, Humanismo burgués y humanismo proletario (Santiago: Editorial Nascimento, 1972), 174.

<sup>36</sup> De este período es el contacto del Che con dos economistas de izquierda chilenos, Albán Lataste Hoffer y Jaime Barrios Meza. El segundo cobrará importancia relevante en nuestra exposición.

<sup>37</sup> Löwy, El pensamiento..., 40.

<sup>38</sup> Castañeda, La vida en rojo..., 315.

<sup>39</sup> Sobre Alberto Bayó, ver Castañeda, La vida en rojo...; Paco Ignacio Taibo II, Ernesto Guevara, también... Si bien existe una participación de Guevara en las débiles orgánicas que se opusieron al golpe de Arbenz en Guatemala, el entrenamiento militar consistente lo tuvo en México con el M26.

<sup>40</sup> Hobsbawm, Revolucionarios..., 233..

<sup>41</sup> Ernesto Che Guevara, La guerra de guerrillas. Buenos Aires: Editorial 21, 2003.

<sup>42</sup> Guevara, La guerra..., 76.

<sup>43</sup> Ibíd., 13.

<sup>44</sup> Entre las biografías consultadas, Jorge Castañeda, La vida en rojo. Una biografía del Che Guevara. (Argentina: Editora Espasa Calpe, 1997). Paco

Ignacio Taibo II, Ernesto Guevara, también conocido como el Che. (Argentina: Planeta, 2010). Entre las aventuras juveniles del Che, podemos encontrar los viajes que emprendió con su joven amigo Alberto Granado por América, que lo llevó a recorrer más de siete mil kilómetros sólo con el ánimo y la fuerza de sus convicciones.

<sup>45</sup> Ernesto Che Guevara, La guerra de guerrillas (Buenos Aires: Editorial 21, 2003), 13.

<sup>46</sup> Ernesto Che Guevara, Guerra de guerrillas: un método. En artículos, La guerra de guerrillas (Buenos Aires: Editorial 21, 2003), 132.

<sup>47</sup> Recordemos que la singularidad de la Revolución Cubana fue una de las enseñanzas más relevantes para la política latinoamericana. Entre las fuerzas que lucharon en contra de Batista y que colaboraron con el M26, se encontraban algunos sectores de la burguesía cubana que se interesaron en derrotar al dictador y que conformaron parte del inicial gobierno revolucionario. El Che observó que esta condición no era una situación que se repetía en el resto del continente.

<sup>48</sup> Ernesto Che Guevara, «Táctica y estrategia de la revolución latinoamericana», Revista Punto Final, N° 66, martes 22 de octubre de 1968, Santiago de Chile, p. 5.

<sup>49</sup> Jorge Castañeda, La vida en rojo..., 368-369. El autor menciona también, con suspicacia, entre las muestras de constante tensión entre Castro y Guevara, la situación de no incorporación al Comité Central del recién creado PC cubano a ningún miembro cercano al Che: no hay integrantes de sus equipos económicos en el Banco ni en el Ministerio.

<sup>50</sup> Ernesto Che Guevara, El socialismo y el hombre en Cuba, Escritos revolucionarios (Madrid: Los libros de la catarata, 1999), 120.

<sup>51</sup> Ernesto Che Guevara, Mensaje a la Tricontinental, Escritos revolucionarios (Madrid: Los libros de la catarata, 1999), 149.

<sup>52</sup> Jorge Castañeda, La vida en rojo...

<sup>53</sup> Alan Angell, La Izquierda en..., 73.

<sup>54</sup> Ibíd., 103.

<sup>55</sup> Alan Angell, Partidos políticos y movimiento obrero (México: Ediciones ERA. 1974), 96.

<sup>56</sup> Ibíd., 100.

<sup>57</sup> Alonso Daire, «La política del Partido Comunista. Desde la post-guerra a la Unidad Popular». En Augusto Varas (comp.) El Partido Comunista en Chile, estudio multidisciplinario (Santiago de Chile: CESOC-FLACSO, 1988), 156.

<sup>58</sup> Jorge Vergara, «El pensamiento de la izquierda chilena en los sesenta. Notas de investigación». En Varas, El Partido..., 321.

<sup>59</sup> En el caso de las disidencias que decantaron en otras orgánicas de corte más radical, encontramos el caso de principios de la década del treinta con la salida del PC de Manuel Hidalgo, Oscar Waiss y Enrique Sepúlveda, quienes deambularon entre pequeñas organizaciones trotskistas y el PS. Producto de la política adoptada por el PC en el contexto de su persecución por el gobierno de González Videla, el secretario de organización, Luis Reinoso, planteó la necesidad de adoptar una política de rebelión armada. Esta visión le ocasionó la expulsión del partido junto con un grupo de militantes. Casi veinte años más tarde, las protestas producida en abril de 1957 provocaron una fuerte crítica al interior del partido de un grupo de militantes de las juventudes comunistas. Estos salieron de la organización en 1958 para agruparse en el Movimiento Revolucionario Antiimperialista. Otra de las disidencias notorias fue la de un grupo de militantes que se identificaron con la línea adoptada por China en relación a la dirección del movimiento comunista internacional. Estos fueron expulsados en 1963, reuniéndose en el grupo Espartaco, que tres años más tarde decantó en el Partido Comunista Revolucionario.

<sup>60</sup> Carmelo Furci, El Partido Comunista de Chile y la vía al socialismo (Santiago de Chile: Ariadna Ediciones, 2008), 157.

<sup>61</sup> Luis Ortega Martínez, «La radicalización de los socialistas de Chile en la década de 1960», Revista Universum, N° 23, Vol. 2, Universidad de Talca, 2008.

<sup>62</sup> A comienzos de la década de 1940, el PS sufrió una primera separación de un grupo de jóvenes militantes que formaron el Partido Socialista de los Trabajadores. Luego Marmaduke Grove, dejó la colectividad en 1943 para



formar el Partido Socialista Auténtico. En 1948, producto del apoyo de un sector de los socialistas en la llamada «Ley maldita», un sector se agrupó en torno a Bernardo Ibáñez en el Partido Socialista de Chile, y otro quedó bajo el liderazgo de Raúl Ampuero en el Partido Socialista Popular. En 1957 se realiza el congreso de unificación, donde se unen el PSP y el PSCH.

<sup>63</sup> «Dar a las masas las enseñanzas de la lucha revolucionaria y los principios básicos del socialismo, es la tarea actual del Partido», Revista Arauco, Año II, N° 19, Santiago de Chile, agosto de 1961, 4.

<sup>64</sup> Fernando Casanueva, Manuel Fernández, El Partido Socialista y la lucha de clases en Chile (Santiago: Quimantú, 1973), 187.

<sup>65</sup> Tomás Moulian, Democracia y socialismo en Chile. Santiago de Chile: FLACSO, 1983. El autor señala que este acercamiento con las tesis de Lenin se produjo a mediados de los sesenta producto de la derrota del FRAP en 1964, la situación tensionante entre la URSS y China y la irrupción del MIR en 1965. Sin embargo, nuestra tesis es que este vuelco ya se venía produciendo con antelación.

<sup>66</sup> Julio César Jobet, El Partido Socialista..., 22.

<sup>67</sup> «A los militantes del partido y a la Juventud Socialista», Regional Santiago Norte y Regional Santiago Sur de la FJS, Santiago de Chile, 21 de octubre de 1964, p. 3.

<sup>68</sup> Salomón Corbalán, «Las bases teóricas de la revolución chilena en la política del Frente de Trabajadores», Revista Arauco, Año III, N° 22, Santiago de Chile, noviembre de 1961, p. 10.

<sup>69</sup> Juan Carlos Gómez Leyton «La rebeldía socialista. El PS en la década de los sesenta 1959-1970». Documentos de Trabajo, FLACSO, N° 82, Santiago de Chile, Marzo 1993, p. 35.

<sup>70</sup> Ibíd., 34.

<sup>71</sup> Pedro Moreno Sánchez, «En torno a la elección presidencial», Revista Arauco, Año V, N° 58, Santiago de Chile, noviembre de 1964, p. 69.

<sup>72</sup> Gabriel Salazar, Conversaciones con Carlos Altamirano. Memorias críticas

(Santiago: Random House Mondadori, 2010), 187.

<sup>73</sup> Hobsbawm, Historia del..., 439. Situación similar ocurrió con la Revolución Rusa después del triunfo de los bolcheviques. La URSS se transformó en un foco de atracción no sólo política, sino que además cultural e intelectual. Era la imagen de un nuevo centro de proyección del saber.

<sup>74</sup> Joaquín Fernando Huerta, «Chile y la “cuestión cubana” 1959-1964». En Revista Historia N° 17, 1982, Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile.

<sup>75</sup> La posición del trotskismo latinoamericano frente al triunfo de la revolución cubana fue disímil. Un sector liderado por Nahuel Moreno se manifestó inicialmente crítico del accionar del M26. En tanto, en otras posiciones, Enrique Sepúlveda y Luis Vitale, desde el POR, apoyaron la construcción del Estado Obrero Cubano. Ver Luis Vitale, De Martí...

<sup>76</sup> Hemos dejado de lado momentáneamente, en esta revisión, el caso del MIR, ya que al momento de su fundación, en 1965, los otros partidos de la izquierda chilena, el PC y el PS, ya tenían avanzadas relaciones con Cuba. Fue durante la secretaría general de Miguel Enríquez, en 1967, cuando la organización comienza a establecer nuevos vínculos con Cuba, llegando a poseer influencias en altos círculos políticos de la isla. En ocasiones se consideró al MIR como la organización más cercana y confiable para los cubanos en Chile. Sobre este punto volveremos más adelante.

<sup>77</sup> Luis Corvalán Lepe, De lo vivido y lo peleado. Memorias (Santiago: LOM ediciones, 1997), 78.

<sup>78</sup> Fernando Huerta, «Chile y la cuestión..., 132.

<sup>79</sup> Ibíd.

<sup>80</sup> Ibíd.

<sup>81</sup> Claudio Ortiz Lazo, «Al encuentro de la ilusión, aspectos de la influencia de la revolución cubana en el PS chileno, 1959-1964», Tesis de Licenciatura en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1996, p. 102.

<sup>82</sup> Las Noticias de Última Hora, p. 2, 8 de diciembre de 1961, citado en Claudio Ortiz, «Al encuentro...», op. cit., p. 134.

<sup>83</sup> María Elena Carrera, entrevista con el autor, Santiago, 10 de enero de 2018.

<sup>84</sup> Charles Romeo había sido enviado a Cuba por la CEPAL para colaborar en planificación económica en el Ministerio de Economía. Romeo les sugirió a los cubanos la necesidad contratar a más técnicos chilenos; entre ellos, Barrios. Charles Romeo, en contacto vía correo electrónico con el autor. Otros antecedentes sobre el tema ver: Paco Ignacio Taibo II, Ernesto Guevara, también... Luis Corvalán Lepe, De lo vivido y lo... Ciro Oyarzún Águila, Del tiempo y la memoria. Santiago de Chile: Editorial USACH, 2015.

<sup>85</sup> Luis Ortega Martínez, «La radicalización...»

<sup>86</sup> Jorge Arrate y Eduardo Rojas, Memoria de la Izquierda Chilena. Tomo 1. Santiago: Ediciones B, 2003.

<sup>87</sup> Marcelo Casals Araya. El alba de una revolución. La izquierda y el proceso de construcción estratégica de la «vía chilena al socialismo» 1956-1970 (Santiago de Chile: LOM ediciones, 2012), 110. Sobre este punto es interesante poder observar que, si bien existían sectores que adherían a los cambios a través de una opción sistémica y otros a través de la vía rupturista, como plantea el autor, es notorio, además, en la lógica de cómo se establecieron las relaciones sociales al interior del partido, que estas tendencias hayan convivido con fuertes disputas programáticas, pero por otra parte hayan gozado a la vez de una fuerte camaradería y colaboración fraterna, despejando la idea de enemigos internos peleados a muerte.

<sup>88</sup> Es importante no considerar una posición dualista y simplista de aquellos dirigentes que elaboraron una crítica de izquierda al interior del PS. No serán solamente los dirigentes identificados con el trotskismo o con la influencia del guevarismo aquellos que se plantearan una crítica en torno a la línea reformista-sistémica que comenzaba a adoptar el partido. De estos dirigentes, los primeros que se manifestaron contrarios a la política colaboracionista de Raúl Ampuero fueron Hugo Zemelman Merino y, en particular, Manuel Espinoza Orellana, ¿Cuál es el camino a seguir?, Revista Arauco, Año V, N° 57, octubre de 1964.

<sup>89</sup> Gabriel Salazar, Conversaciones con..., 173.

<sup>90</sup> Como mencionan los autores, el PS adoptó en Linares, 1965, una activa posición solidaria de internacionalismo revolucionario, involucrándose en la ejecución de instancias continentales que trabajaran en pos de esto; por ejemplo,

Walterio Fierro, Clodomiro Almeyda y Salvador Allende en la Conferencia Tricontinental de 1966 en Cuba. Al año siguiente se celebró la primera conferencia de OLAS, adonde acudieron como delegados del partido: Carlos Altamirano, Clodomiro Almeyda y Julio Benítez. Fernando Casanueva y Manuel Fernández, El Partido Socialista...

<sup>91</sup> Gómez Leyton, «La rebeldía socialista...

<sup>92</sup> «Tesis aprobada en el Congreso Regional Santiago Sur» y ratificada en el Congreso General de Chillán como base de su Resolución Política, s/f, s/e, 3. En <[www.socialismo-chileno.org](http://www.socialismo-chileno.org)>.

<sup>93</sup> Citado en Julio César Jobet, El partido Socialista..., 141.

<sup>94</sup> Carlos Altamirano, «El Parlamento, tigre de papel», Revista Punto Final, N° 55, Documentos, martes 21 de mayo de 1968, Santiago de Chile, 7.

<sup>95</sup> Paul Drake, Socialismo y Populismo. Chile 1936-1973, Serie Monografías Históricas, Universidad Católica de Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 282.

<sup>96</sup> Gabriel Salazar, Conversaciones con..., 174.

<sup>97</sup> Juan Carlos Gómez Leyton, «La rebeldía socialista...

<sup>98</sup> Julio César Jobet, El Partido Socialista...

<sup>99</sup> Ibíd., 130.

<sup>100</sup> Lucila Andrea Díaz y María de los Ángeles Vargas, Del golpe a la división: Historia del PS 1973-1979, Tesis de Licenciatura en Historia, Santiago de Chile: Universidad ARCIS, 2007.

<sup>101</sup> Juan Carlos Gómez Leyton, «La rebeldía socialista..., 9.

## Capítulo 3

### La formación de los elenos chilenos

*Hay un valle en España llamado Jarama  
es un lugar que nosotros conocemos bien.*

*Fue allí donde dimos nuestra hombría  
y donde cayeron nuestros valientes camaradas.*

*Estamos orgullosos del Batallón Lincoln  
y de la lucha que hizo por Madrid.  
Allí luchamos como verdaderos hijos del pueblo  
como parte de la Quince Brigada.*

*Ahora estamos lejos de aquel valle de dolor  
pero su memoria nunca olvidaremos;*

*Así que antes de que continuemos esta reunión  
pongámonos en pie por nuestros gloriosos muertos.*

«Jarama Valley», canción de las Brigadas Internacionalistas  
durante la Guerra Civil Española

### Acercamiento al significado de los elenos

Como hemos observado hasta el momento, la posibilidad cierta de la creación de un grupo político ligado al guevarismo fue posible gracias a las características del PS chileno, y por la permanencia y potencia de un proyecto de revolución continental. Estos dos elementos nos permiten observar el proceso de formación del ELN chileno desde una perspectiva histórica. Sin embargo, pese a que son más o menos visibles los elementos constitutivos que permitieron la concreción de este grupo, y que fueron presentados en el capítulo anterior, la visibilización clara del ELN, los elenos chilenos, puede ser un ejercicio menos preciso y evidente. La complejidad radica precisamente en uno de sus rasgos identitarios.

En primer lugar, se edificó una red importante de colaboración directa e indirecta de militantes que recepcionaron el llamado del Che a expandir la revolución por la Cordillera de los Andes, la Sierra Maestra de América del Sur. Así, con diferentes matices, dependiendo de los nexos de Cuba con la militancia sudamericana, se formaron secciones del ELN en Perú, Argentina, Bolivia y Chile que actuaron bajo ciertas ideas y estrategias generales. No hubo una coordinación que permitiera poder constituir una gran organización a nivel continental. Fueron más bien iniciativas personales, con algunas coordinaciones específicas, y bajo un proyecto amplio y genérico en que diversos militantes se dieron la misión de conformar pequeños grupos dispuestos a tareas establecidas y puntuales. El decálogo que compartían los elenos estaba circunscrito a ciertos postulados guevaristas adecuados a cada situación interna.

En segundo plano, como observaremos en este capítulo, el grupo de elenos chilenos se movió en base a determinadas acciones que iban en pos de la colaboración con un proyecto más amplio. En ese sentido, cuando el norte cambió de giro, los elenos adecuaron sus prioridades y funciones. Aunque sí lograron al interior del PS ser un grupo reconocido, como veremos más adelante, su espacio de acción y permanencia fue acotada y precisa en términos temporales. La connotación de su historia está más en lo que representaron que en la posibilidad de convertirse realmente en la vanguardia revolucionaria continental de tipo guevarista. A diferencia de sus compañeros bolivianos, los elenos chilenos no buscaron constituirse en un referente político que representara, desde la realidad local, la continuidad del proyecto guevarista. De ahí que perviva, aún en la actualidad, la imagen de un grupo emblemático dentro del partido, que se movió en un contexto de alto simbolismo y que representó el largo proceso de radicalización interna del PS.

En tercer lugar, y como elemento que aparece relacionado con un examen global de las organizaciones que promueven (o promovieron) la lucha armada, estas orgánicas muchas veces se caracterizaron por la debilidad o ausencia de una elaboración de ideas. No hubo una discusión política profusa y compleja. Más bien, en su propio planteamiento o explicación, esta tarea, la de teorizar sobre la realidad nacional y el quehacer propio, era una debilidad de las organizaciones de la izquierda tradicional, muchas veces catalogadas como reformistas y anquilosadas en los escritorios de la revolución. La esencia de estas orgánicas, para cierto periodo de tiempo, era la práctica revolucionaria. La tarea de un ejército revolucionario es la acción y no la discusión, decían. Aún cuando existan diferencias y matices entre la militancia chilena y la boliviana, como veremos más adelante, lo cierto es que existió la premura por la acción más que por la discusión<sup>102</sup>.

Lo singular en este caso es que la línea que conecta a la izquierda revolucionaria, que edificó su accionar con la estrategia guerrillera, está vinculada con la conformación de una nueva izquierda política, una izquierda que no conoció tabúes doctrinarios y que recogió, para su construcción, gran parte de los paradigmas del marxismo-leninismo clásico, sin la edición soviética, y que lo fundió con una serie de renovados postulados filosóficos, sociológicos y económicos que se desarrollaron a partir de la segunda mitad del siglo XX. En el marco de este proceso, la militancia que dejó el PS para integrarse al MIR, por ejemplo, se identificó con un renovado intento por revitalizar el marxismo, integrándolo con una serie de nuevos paradigmas proveniente desde diversas disciplinas, lo que creó una amplia red de discusión teórica caracterizada por la apertura crítica y la ausencia de censura y ortodoxia.

Es en ese marco, ruptura de la joven militancia con la izquierda tradicional, el contexto de formación de un grupo de militantes del PS que se enlazó con un proyecto internacionalista. No obstante, los elenos no rompieron con el PS, pero sí fueron más allá con sus acciones políticas, traspasando la barrera de la institucionalidad para dar cuerpo a una propuesta renovada e inédita dentro de la historia política chilena; constituyeron al interior del PS un bloque cohesionado que adquirió una cultura política propia, donde se diferenciaban ciertos elementos simbólicos identitarios, reconocibles por el resto, contruidos con un enorme potencial ético<sup>103</sup>.

## Las primeras señales de la misión

Los vínculos políticos que unieron al PS chileno con las oficinas de la inteligencia cubana no sólo estuvieron en el plano estratégico. La Habana deseó, en un comienzo, una coordinación general para la exportación de la lucha guerrillera. La alta dirigencia cubana, en especial los organismos de inteligencia dirigidos por Manuel Piñeiro en la oficina América, miraban con recelo un vínculo directo con el PC chileno, quienes desechaban la implementación guerrillera como método de toma del poder. Más allá de establecer nexos fraternos, los comunistas criollos no estaban en condiciones de ser los depositarios de la confianza para posibles empresas rebeldes.

En este contexto, si existiese un proyecto revolucionario cubano (o guevarista) en América del Sur, y si se llegaban a necesitar contactos, redes, militancia o apoyo en Chile, cabía como única opción el Partido Socialista. Para que este nexo fuese aún más nítido, se recurrió a la red de confianza que se estaba gestando desde comienzos de la década con los militantes socialistas que comenzaron a visitar la isla en forma intermitente.

Una de las piezas claves en este entramado episodio es la figura de Jaime Barrios Meza. Como se señaló anteriormente, llegó a Cuba incorporándose en el recién creado INRA, a solicitud de Charles Romeo. Allí Barrios entabló amistad con Ernesto Che Guevara, compartiendo labores también en el Banco Nacional de Cuba y en el Ministerio de Industrias. Jaime Barrios viajó a Chile a fines de 1966 con la misión de incorporar a un grupo de militantes al proyecto revolucionario del Che. Creemos que esa participación tenía distintos grados de cercanía. No sólo se necesitaban combatientes que subieran al monte, se precisaba de igual forma una amplia red de apoyo en la zona fronteriza a Bolivia. Principalmente en Santiago, los socialistas chilenos, tomando en cuenta todo el proceso de radicalización que se estaba viviendo al interior de la colectividad y sumado a los nexos que ya se habían forjado entre los cubanos y la militancia del PS, es que permitieron establecer una embrionaria red que rápidamente se fue fortaleciendo y estrechando. Aún cuando las discusiones al interior de la colectividad parecían resquebrajar una vez más la unidad del partido, un grupo de sus militantes acogió el llamado internacionalista. Aquí, recuerda Manuel Cabieses: «...Jaime Barrios encontró atención a sus planteamientos. Un grupo de socialistas inició la tarea de organizarse como la



sección chilena del Ejército de Liberación Nacional (ELN)...»<sup>104</sup>.

¿Qué colectividad chilena de izquierda no hubiese girado su política en pos de colaborar con el último eslabón de la revolución latinoamericana? Aunque la respuesta pareciera indicarnos que un grupo masivo de militantes venidos del espectro más amplio de la izquierda chilena hubiese estado dichoso de luchar junto al mítico comandante, la realidad compleja de debates al interior de la izquierda chilena de mediados de los sesenta configuró un panorama más cercano a la exclusividad del compromiso que a la masividad de la adhesión. En ese sentido, Manuel Cabieses, periodista de la revista Punto Final, plantea que Jaime Barrios, en su misión a Chile, también se entrevistó con algunos comunistas y miembros del MIR. En la primera organización no habría encontrado recepción, debido al peso de ciertos militantes, Orlando Millas y Luis Guastavino, por ejemplo, que se manifestaban reacios a los proyectos armados revolucionarios. Tampoco tuvo Jaime Barrios respuesta favorable en el MIR debido a que, según el periodista, había en ese entonces una compleja situación interna de divisiones entre diferentes tendencias revolucionarias, cuyo propósito era desplazar a la antigua dirigencia fundadora de origen trotskista. Cabieses comenta que: «Recién al año siguiente (1967) el sector encabezado por Miguel Enríquez tomaría la conducción del MIR iniciando acciones de propaganda armada y expropiación de bancos»<sup>105</sup>, y que, por ende, el llamado habría llegado de forma extemporánea. Esta aseveración, realizada después de más de treinta años de ocurridos los hechos, tuvieron una rápida, pero menos difundida respuesta por parte del historiador y uno de los protagonistas de dichos episodios. Luis Vitale plantea que: «El compañero Jaime Barrios nunca se entrevistó con la dirección del MIR, hecho que puedo asegurar porque en 1966 yo era miembro de su Secretariado Ejecutivo»<sup>106</sup>. Como parte de esta réplica, el historiador menciona que en la lógica constitutiva del MIR, desde su proceso de formación, estaba el apoyo directo a las iniciativas armadas, dando muestras evidentes de solidaridad y adhesión a los proyectos revolucionarios. Esto queda expresado, según Vitale, en las características de parte de la dirección original, donde se encontraban viejos cuadros trotskistas que tenían una larga trayectoria de compromiso y acción revolucionaria; por ejemplo, Enrique Sepúlveda, su secretario general, que como hemos mencionado asistió a Cuba en varias ocasiones, donde se entrevistó con altos dirigentes.

Sin duda que la discusión no es solamente en base a un episodio concreto de si Barrios estuvo o no estuvo con ciertos militantes. Esta pequeña polémica arroja elementos de una larga disputa conceptual en torno a la adhesión por parte de

ciertos grupos, sectores o tradiciones revolucionarias, a los proyectos guerrilleros, sobre todo derivados de la proyección de la Revolución Cubana. En la lógica de construcción del imaginario del MIR, está la idea del desplazamiento de los viejos cuadros por la nueva izquierda revolucionaria. Esta afirmación, se sustenta en la necesidad de pasar de la teoría a la acción, hecho que quedó ratificado con el cambio en la dirección del MIR, ahora en manos del joven Miguel Enríquez. Tomando en cuenta los antecedentes de que disponemos, podemos elaborar una hipótesis al respecto. En primer lugar, Cabieses plantea que Barrios se entrevistó con cuadros del MIR. Cabieses manifiesta: «La reunión con el sector del MIR, que encabezaba Miguel Enríquez, quien aún no era secretario general, se hizo en mi casa, Santos Dumont 280. Yo no participé y me enteré de algunos detalles más adelante»<sup>107</sup>. El grupo de Miguel no era parte del sector al cual representaba Luis Vitale, por tanto existe la posibilidad de que Vitale, que pertenecía a la secretaría nacional, no estuviera al tanto de dicho encuentro. En segundo lugar, lo anterior se entiende solamente bajo el contexto en el cual operó el MIR durante los primeros años. Al comienzo, más que un partido político, el MIR fue una gran asamblea que convocó a diversa militancia que provenía de distintas tradiciones revolucionarias. No existían registros de la militancia; el funcionamiento inicial careció de toda estructura y rigidez. Se podía ser mirista y socialista, comunista o radical, si las circunstancias así lo permitían. En ese marco, es posible que Jaime Barrios se haya entrevistado con ciertos militantes del MIR y haya existido una distancia frente al desafío continental. Recuerda Cabieses: «El MIR estaba recién organizándose y tampoco compartía la estrategia foquista, la suya era una visión insurreccionalista de la revolución en Chile»<sup>108</sup>. Cabe la posibilidad de que Luis Vitale no haya estado al tanto de esas operaciones.

A la nebulosa anterior, se suma la característica que tomó la empresa del Che, conformada por un alto grado de secretismo. Esto posibilitó los desajustes en torno a la inicial tentativa de generar vínculos reales con las distintas orgánicas revolucionarias de Bolivia, Perú y Argentina. Fue recurrente, probablemente como parte de una idea íntima del Che, el sigilo y la vaguedad, y no solamente porque representaba una experiencia que tuviese que cubrirse de los servicios secretos norteamericanos, sino que desde la génesis del proyecto hubo disímiles interpretaciones, lo que dio paso a la ambigüedad y confusión. Paco Ignacio Taibo, uno de sus más destacados biógrafos, plantea lo siguiente:

...por lo que hoy sabemos, e interpretando las acciones de Che en los siguientes meses, el envío del capitán Martínez Tamayo a Bolivia era el inicio de un plan para darle forma a una operación guerrillera en ese país, en una lucha que se pretendía a mediano plazo continental, abarcando la cordillera de los Andes y con Argentina y Perú con escenarios compartidos. Se trataba de crear un frente madre en Bolivia que operara como un frente combatiente, pero también de entrenamiento armado<sup>109</sup>.

Por sobre las precisiones informativas, es posible concluir ciertos elementos. Más allá de algunos contactos de Jaime Barrios con el MIR o con el PC chileno, por ese entonces solamente en el PS existía una militancia con las condiciones de poder sumar una red de apoyo concreta que colaborase con el proyecto de revolución en marcha. Como se ha planteado anteriormente, estaba en camino dentro del socialismo chileno un proceso de ruptura con el accionar dubitativo de la vieja militancia que se conectaba con el contexto de polarización política, lo que hacía más atractivo para determinada militancia el involucrarse con una verdadera revolución, más allá de los costos personales. Por otra parte, el PS era una organización a escala nacional muy similar al PC, pero con una mayor red de contactos que el MIR, sobre todo en la zona norte del país. Además, era una de las fuerzas más importantes de la izquierda, lo que implicaba que cierta militancia tuviera acceso a recursos. Y como ingrediente final, ya desde el inicio de la Revolución Cubana, en 1959, diversos socialistas habían visitado la isla y tomado contacto con la dirigencia en La Habana, lo que se tradujo en una trayectoria de conocimiento y confianza en torno a los socialistas chilenos. Creemos que estos elementos inclinaron la balanza para considerar a la militancia socialista, por sobre comunistas y miristas, en la conformación de una red de contactos y confianza, todo esto a través de la figura de Jaime Barrios Meza, pese a que este economista no fuera militante del PS<sup>110</sup>.

Tres fueron los militantes que formaron un eje articulador de los iniciales elenos chilenos, los cuales comenzaron a congregarse a un grupo de confianza para las distintas tareas que se requerían. El primero de ellos es el periodista Elmo Catalán Avilés. Catalán sintió una fuerte inclinación hacia la defensa de los derechos de los trabajadores y desde su rol social como comunicador se desempeñó en distintos medios, promoviendo la lucha de los más desposeídos. Trabajó en el diario El Siglo y la revista Vistazo, el vespertino Las Noticias de Última Hora, así como también en la agencia Prensa Latina. En la reivindicación

de los derechos laborales, participó en distintas manifestaciones sociales, como las asonadas populares de abril de 1957, que significaron una importante manifestación de fuerza y de debilidad del gobierno. Ya vinculado a los sectores socialistas más radicales, trabajó como jefe de prensa de la candidatura presidencial de Salvador Allende en 1958, lazo que lo acercó a altos dirigentes de la colectividad, actuando, por ejemplo, como secretario de Carlos Altamirano. Pero una de sus tareas más influyentes fue en la Confederación de los Trabajadores del Cobre. Allí, desde la tribuna del periódico Cobre, denunció los desequilibrios del poder imperialista sobre las mineras nacionales. Esta posición de influencia de Catalán no sólo le valió el enjuiciamiento por parte de las autoridades, sino que también lo acercó al conocimiento de la zona norte precordillerana, sector donde se encuentran los yacimientos mineros y las zonas fronterizas con Bolivia<sup>111</sup>.

Los vínculos de Elmo Catalán con Cuba se iniciaron ya desde 1962, año en que visita la isla como corresponsal de Prensa Latina y donde realiza un incipiente entrenamiento militar<sup>112</sup>. Sin embargo, a diferencia de lo que plantea Cristián Pérez, no tenemos indicios concretos para asegurar que el nexo del Che en Chile haya sido Ricardo, nombre político de Catalán<sup>113</sup>. Pensamos que Jaime Barrios, directo colaborador del Che, al buscar gente en nuestro país, se contactó con Elmo Catalán para congregarse a un grupo de confianza al que se le asignaron ciertas tareas de apoyo a la guerrilla guevarista boliviana. Catalán inició el agrupamiento de cercanos que se encargaron en el futuro de un amplio espectro de sigilosas misiones.

El segundo militante que formó parte central de esta inicial red de apoyo fue Arnoldo Camú Veloso, Agustín. Camú era abogado egresado de la Universidad de Chile, miembro del PS desde joven en la federación juvenil socialista. Tras recibirse, comenzó a trabajar con diversas organizaciones sindicales, asesorándolas en temas laborales y formando dirigentes de base. Colaboró con los trabajadores de la Confederación de Trabajadores del Cobre, situación que lo acercó aún más con su compañero de militancia, Elmo Catalán.

Las cercanías y convicciones revolucionarias de Camú se iniciaron con la visita a Cuba a comienzos de los sesenta y en el estudio jurídico de otro socialista, Eduardo Long Alessandri, donde asesoraba a distintos sindicatos nacionales. Esta defensa no fue sólo en el espacio más íntimo, sino que utilizó la tribuna de los diferentes medios de izquierda para plantear sus ideas, conformándolo así en un militante con influencia y que fue ganando espacios de poder al interior del

partido. A comienzos de 1967, la revista Punto Final publicó un artículo de Camú donde responde a un planteamiento de Jaime Faivovich, en relación al rol de las huelgas en la lucha de los trabajadores y el peso que éstas deben jugar en la derrota del capitalismo. El planteamiento de Camú revela la importancia que este abogado socialista está depositando en los partidos políticos como motor vanguardista del camino revolucionario, desechando la posibilidad de la ruptura del sistema dominante sólo con la oposición de los trabajadores o con las acciones sistémicas de los partidos de izquierda. Entonces:

Queda pues destacado el aspecto político más cotidiano de la huelga, que constituye una escuela de guerra para la clase obrera, pero sin ser la guerra misma. Los grandes objetivos de los trabajadores... no pueden plantearse como fines y factores de triunfo en luchas aisladas, sino que constituyen deberes del conjunto de la clase trabajadora y de sus partidos de clase en que aquella se organiza para su liberación... Se debe pues... exigir la máxima preocupación de todos los revolucionarios por el destino de esta lucha, demandar para ella la preferencia increíble que emplean muchas veces los partidos populares en actividades parlamentarias o republicanas que en nada desarrollan la combatividad y la conciencia de las masas...<sup>114</sup>.

Desde la tribuna y formación de Camú, se estuvo repitiendo una constante en distintos militantes de izquierda: el problema de cómo encarar el desarrollo de la revolución. El partido juega un rol protagónico: éste debe liderar el proceso revolucionario; es por esto que en la mayoría de los casos los elenos chilenos se mantuvieron al interior del PS, no renunciaron a su militancia original, intentando desde allí emprender los desafíos y las tareas encomendadas. Fueron colaboradores, ayudistas e integrantes del ELN, pero también eran socialistas.

Arnoldo Camú se identificaba con el sentir de un sector socialista que buscó volver a las viejas tradiciones revolucionarias del marxismo-leninismo y romper con las líneas zigzagueantes de los partidos de izquierda tradicional, y si para eso era necesario empuñar las armas, los socialistas de los sesenta estaban preparados para esos fines. Frente a la situación de tensión vivida a mediados de 1968, donde el PC acusó la posibilidad de un golpe al gobierno de Frei Montalva, el llamado del socialismo chileno no es a defender al gobierno

democratacristiano, sino que a utilizar el momento histórico para virar la historia hacia la construcción de una sociedad de trabajadores. Camú lo plantea de la siguiente forma:

El socialismo responde que no. Ante la necesidad imperiosa de enfrentar al gorilismo, el PS señala a la movilización del pueblo objetivos superiores a la mera defensa de un régimen que no es el suyo. Frente al peligro golpista, no se debe actuar para conservar, sino para transformar lo existente, para irrumpir desde el quietismo frustrado del juego politiquero actual hacia un efectivo quehacer revolucionario<sup>115</sup>.

Esta expresión retórica de acción revolucionaria refleja el sentir de un grupo de socialistas que se formó bajo el alero de los fracasos del colaboracionismo de izquierda, de las opciones revolucionarias sistémicas y que vio caer al Che Guevara en Bolivia.

Junto con la convicción dentro del PS de que era necesario, por el contexto nacional e internacional, avanzar por un camino distinto, las empatías de Catalán y Camú los llevaron a conformar un grupo cercano de confianza para iniciar ciertas tareas de colaboración. Para estos fines, también sumaron a Beatriz Allende, hija del entonces senador Salvador Allende.

La Tati o Marcela de nombre político, al igual que varios socialistas, tomó contacto directo con la realidad cubana en varias ocasiones. El comienzo de esta historia de cercanía fue conducido por su padre Salvador. Raúl Castro y su esposa Vilma Espín estuvieron en Santiago en la casa del matrimonio Allende-Bussi a mediados de 1959, pocos meses después del triunfo sobre Fulgencio Batista. Beatriz, como comenta Marco Álvarez, era tan sólo una estudiante de secundaria que quedó encantada con el sueño revolucionario<sup>116</sup>. A los pocos meses del primer encuentro con la realidad cubana, estuvo en julio de 1960 en el Primer Congreso Latinoamericano de Juventudes, en una delegación chilena en la cual se encontraba, entre otros, Clotario Blest. Los vínculos establecidos por su padre le permitieron a Tati conocer y relacionarse con los altos dirigentes de la Revolución Cubana. Años más tarde, y con motivo del aniversario número cincuenta de la Revolución Rusa, Tati Allende acompañó a su padre a la URSS a

presenciar los festejos. No obstante, el rumbo que le interesaba más a la hija del entonces senador fue La Habana, adonde llegaron en noviembre de 1967. En Cuba conoció personalmente a Fidel Castro y a su futuro compañero y pieza clave de la inteligencia y coordinación entre Cuba y Chile, Luis Fernández Oña, alias Demid Crespo<sup>117</sup>. Beatriz se convirtió en Marcela. Recibió instrucción militar, fortaleció su convicción revolucionaria y se transformaría en pieza clave, gracias a la cercanía con importantes dirigentes de las esferas cubana y chilena, en la estructuración del proyecto armado continental guevarista. Tal como recuerda su primo Andrés Pascal Allende, alto dirigente del MIR, pese a su militancia socialista, Beatriz Allende tenía mucha cercanía con esta nueva generación de jóvenes rebeldes. «La Tati jamás iba a alejarse del lado del Chicho, tenían una relación muy estrecha. Ella estaba con su papá, con la UP, con el programa, pero su pensamiento sobre el camino revolucionario se acercaba más al MIR»<sup>118</sup>. Declararse revolucionaria, apoyar la lucha armada que están iniciando tus compañeros, y ser la hija de Salvador Allende, no era una tarea fácil para Beatriz.

Estos tres militantes socialistas formaron el motor inicial que edificó la red de apoyo chilena al proyecto continental. Esta original tríada de combatientes chilenos dio el primer salto hacia la concreción de un fenómeno local con vínculos internacionalistas concretos, heredero directo de la Revolución Cubana y de su fase de expansión<sup>119</sup>.

## **El ser eleno**

A diferencia de otras colectividades similares del continente que llevaron las siglas del ELN, los elenos chilenos no sólo estaban influenciados por el peso y la irradiación del guevarismo, se sentían parte, además, de una colectividad que era parte de su ser militante y que les permitió moverse con cierta comodidad, el PS, sino que por otro lado se entroncaron con el ascenso y triunfo de Salvador Allende, lo que representó, por cierto, moverse en un complejo escenario. Como hemos reflejado en las páginas anteriores, esto generó fuertes tensiones entre quienes pretendían hegemonizar o volcar el partido hacia las definiciones que cada sector dentro del PS estimaba conveniente.

En este contexto de rápidas definiciones, los elenos fueron adoptando un matiz y rasgo identitario que los localizó como un claro sector organizado, que tenía determinados elementos constitutivos, extraídos desde la propia historia del PS, y que se entrelazaron con los rasgos antes descritos del período vivido. A esto hay que sumarle la fusión entre un relevante número de destacados militantes que con sus rasgos personales lograron posicionar a este reducido grupo operativo en los espacios de poder del partido.

En primer término, los elenos se conformaron dentro de un espacio de acción caracterizado por el surgimiento de una nueva izquierda que vino a romper con las prácticas de los partidos tradicionales de la izquierda fundadora. Esta ruptura implicaba volcar al viejo partido hacia un proceso de construcción revolucionaria más acelerada, o romper con este y generar una nueva organización verdaderamente rupturista. Detrás de esta fuerza, como hemos visto, estaba la proliferación del pensamiento guevarista que, entre otros preceptos, llamaba a romper con el quietismo tradicional de los partidos anquilosados en el poder e iniciar rápidamente la acción. Por otra parte, como hemos descrito en las páginas anteriores, había un nuevo momento de discusión del marxismo-leninismo que tenía como base de sustento todo aquello que emanaba del renaciente Tercer Mundo; se mostraba urgente el camino de la revolución, que aparecía por todos los rincones del planeta. El retumbante llamado de Fidel Castro a hacer la revolución caló hondo en esta nueva generación de militantes, que ya comenzaba a cuestionar las bases de la vieja política.

En segundo término, es importante tener en cuenta que la militancia del ELN recogió este perfil sin desligarse del Partido Socialista. Los elenos chilenos observaron el proceso de radicalización que comenzaba a experimentar la organización de fines de los cincuenta y desde su militancia socialista participaron en la elaboración de un discurso rupturista. Sin embargo, no rompieron con el PS; al contrario, se cobijaron entre sus filas, utilizando los recursos que el partido les brindó. Bajo la mirada del elenismo era posible volcar al partido hacia posiciones más revolucionarias, poniéndolo a este como la vanguardia del proceso. Para los elenos, la militancia en el PS era vista como parte de su vida política, y a la luz de los últimos giros de la organización, era presumible pensar que era este el verdadero partido de vanguardia, o por lo menos se podía trabajar dentro de él para convertirlo en tal. Sumado a lo anterior, fue posible la convivencia y existencia de este grupo dadas las especiales características que el partido desarrolló desde sus inicios: una



organización heterogénea que en la mayoría de las ocasiones permitía la disidencia y líneas paralelas de accionar político.

El contexto fue clave al momento de entender el proceso de formación y la composición identitaria de este grupo. Como tercer elemento a mencionar, el elenismo es parte de la tradición guevarista y del camino recorrido por el allendismo. Estos rasgos fueron una visión compartida por parte de quienes participaron en las acciones del ELN, quienes condujeron la estructuración de un grupo organizado que cobró vida a fines de 1966 y que operó ligado al ELN boliviano hasta mediados de 1971. El decisivo fin de las guerrillas rurales en el continente, marcado por la muerte del Che, coincidió con el ascenso de Salvador Allende a La Moneda. Un quiebre, una fisura, una reconfiguración de las decisiones para las izquierdas en el mundo, de la cual los elenos tuvieron que hacerse parte. Esto explica, en parte, la compleja relación entre la revolución y la reforma, la herencia del Che y la fiel adhesión al proyecto de la UP. El desencaje, el desfase o, para algunos, la traición al camino revolucionario, llevó a que determinados grupos reivindicaran el elenismo y lo pusieran en práctica a través de acciones armadas implementadas durante el gobierno de Allende. Esto cobra un interés mayor si entendemos que múltiples orgánicas revolucionarias que reivindicaron la lucha armada en el contexto nacional, continuaron más allá de los espacios temporales que los vieron nacer, con las banderas, los colores y las proclamas de reivindicaciones que en muchas ocasiones aparecían como relatos desfasados y anacrónicos, y que tuvieron un complejo final demarcado por la crítica de la crítica. La izquierda contra la izquierda. El ciclo vital que dio origen a esta inédita experiencia había llegado a su fin para 1971, y la dislocación entre discurso y praxis revolucionaria se hizo más evidente para ciertos militantes que buscaron continuar con la organización en medio del gobierno de los mil días de la UP. Nelson Aramburú, militante eleno, recuerda la distancia con el presidente socialista: «Allende, nosotros lo conocíamos, no era un líder popular, un líder obrero, era un pequeñoburgués... no era un revolucionario, la política del gobierno no era revolucionaria»<sup>120</sup>.

La pregunta que nos hacemos, es ¿quiénes formaron parte de esta red de colaboración? Por las razones antes expuestas, resulta complejo elaborar una lista precisa del ELN. Antes de eso, nos parece interesante proponer un cuarto elemento identitario de esta sección chilena y que se relaciona con la adscripción al proyecto y el grado de participación de la militancia.

El Ejército de Liberación Nacional fue un amplio contingente de militantes que

participaron en las guerrillas guevaristas de Bolivia: en el primer foco de Ñancahuazú dirigido por el Che Guevara, y segundo foco de Teoponte, al mando del Chato Peredo. Para estos fines es que desde los comienzos de los sesenta se elaboró un entramado teórico, conocido como guevarismo, que justificó la elección del lugar dentro de un plan estratégico continental. Y los elenos chilenos formaron parte de una idea preconcebida en Cuba, o en la cabeza del Che, sintiéndose atraídos por ella. En este sentido, el ELN chileno fue un grupo que colaboró, se formó militarmente, la mayoría con adiestramiento en Cuba, para la realización de tareas, la concreción exitosa de misiones secretas; fue un grupo operativo que por sus características no estuvo concebido para la formulación teórica del proceso revolucionario. Se hicieron parte de algo ya pensado y reflexionado en otras fronteras, pero que irradió con encendida rapidez.

Cabe preguntarse en este punto si el ELN chileno actuó como una facción al interior del PS. La vasta literatura de la ciencia política que ha analizado el tema entiende, por un lado, que existe una diferencia entre facciones y tendencias, siendo la primera un grupo con mayor estructura organizativa y que tiene una pervivencia temporal más amplia<sup>121</sup>. En ese sentido, la tendencia estaría conformada por un grupo eventual de integrantes de una colectividad, que se asocia y reúne para ocasiones determinadas, teniendo una vida acotada y accionar restringido. No obstante, si extendemos la línea de análisis sobre este fenómeno, es posible agregar una serie de otras categorizaciones; el reconocimiento por parte de otros y la autoidentificación como miembros de un mismo sector, el compromiso con una ideología y la intención de luchar al interior de la colectividad para obtener espacios de decisión. Todo lo anterior respondía a los elementos constitutivos del ELN; no obstante, su característica organizativa y su permanencia temporal escapan al encasillamiento que a veces se hace sobre estos temas. Lo anterior puede reforzarse recordando que, en primer término, formaron parte del ELN chileno, en su mayoría, militantes socialistas, y fue en el seno del partido desde donde se ideó esta red internacionalista, pero no fueron exclusivamente socialistas los que se adscribieron: hubo miristas, socialcristianos, ex militantes comunistas y una serie de otros compañeros sin filiación partidaria. Y en segundo término, como hemos observado, si bien existió un cuerpo de ideas que los cobijó, su objetivo organizativo estuvo orientado en la colaboración con la guerrilla boliviana del Che en sus dos etapas, lo que implicó que el fracaso de estas empresas hiciera disminuir su accionar operativo. Como veremos, la intensidad histórica en la cual se movieron los protagonistas de estos relatos permitió la supervivencia de

una imagen revolucionaria al interior del PS, luego de la disolución formal del grupo operativo.

Tomando en cuenta lo anterior, se crearon esferas de vinculación con el proyecto guevarista, estructurando círculos, creemos inconscientemente, de pertenencia a la red. En un primer espacio estuvo una reducida militancia, todos socialistas, que conocieron de forma directa los planes ideados por la dirigencia cubana y más tarde por el ELN boliviano. Con estos antecedentes, se tomaron decisiones, se reclutó a ciertos militantes de confianza, generalmente conocidos con anterioridad, se gestionaron recursos y se relacionaron directamente con la dirigencia boliviana.

En un segundo círculo, estuvo un grupo de militantes, mayor en número que el anterior, que se involucró en la guerrilla de distintas maneras: en la realización de una o varias operaciones, las que iban desde el traslado de pertrechos hacia la frontera, confección de documentación falsa, hasta la participación directa en la guerrilla de Teoponte. Estos militantes en su mayoría pertenecían al PS, pero es posible detectar algunos militantes del MIR, jóvenes cristianos y algunos sin militancia política. No todos tenían formación militar acabada; algunos recibieron una precaria instrucción de cómo manejar un fusil, mientras que otros estuvieron preparándose en Cuba con altos oficiales de la revolución.

Y dentro de una última esfera, operó un número indeterminado de militantes, creemos la mayoría socialista, que colaboró indirectamente con los elenos, facilitó casas para reuniones, automóviles, dinero, documentación, planos, entre otros elementos. Este último grupo, más periférico, era identificado a veces por la opinión pública como parte de la organización, creando una falsa imagen de la red y de su real dimensión de poder<sup>122</sup>.

Un aspecto que dificulta aún más la precisión, a veces importante para el trabajo investigativo, es el secretismo empleado por la red. También como parte de la identidad, los elenos actuaron bajo estrictos parámetros de seguridad, propios de los movimientos de liberación del Tercer Mundo, o las historias de la resistencia antinazi de la Segunda Guerra Mundial. La mayoría seguía siendo militante socialista, pero paralelamente diseñaban las tareas a cumplir al margen de las directrices del partido, tareas efectuadas por compañeros sin adscripción oficial, hombres y mujeres con nombres políticos que nunca se congregaron masivamente, ni tampoco generaron documentos oficiales para ser analizados. Y claro está, como parte del puntapié inicial que los vio nacer, estaban aquí para la

concreción de tareas, la realización de acciones revolucionarias, en definitiva, había que hacer la revolución.

Cerrando esta categorización, existió dentro del amplio espectro de colaboración distintos momentos de la organización donde podemos identificar tres generaciones de la red. Hay un primer grupo de elenos de menor número y que se estructuró básicamente para el proyecto boliviano de Ñancahuazú. El espacio de acción de esta primera camada de elenos va desde el conocimiento de la guerrilla boliviana, fines de 1966 e inicios de 1967, hasta mediados de 1968 con el rescate de los sobrevivientes de este foco. La segunda generación de elenos se integró a mediados de 1968, momento en que Inti Peredo se encuentra en Chile y estrecha lazos con la organización nacional. Aquí, además de diseñar la estructura para el segundo proyecto en Teoponte y participar activamente en dicho foco, los elenos comenzaron a vincularse en la formación de escuelas de guerrilleros y a masificar una importante red de colaboración. Esto duró hasta comienzos de 1971, año en que la organización chilena mayoritariamente se disuelve para colaborar con el gobierno de Salvador Allende, fundamentalmente en los dispositivos de seguridad e inteligencia del gobierno y del partido. Un tercer grupo, que se vincula con el ELN, son aquellos militantes que continuaron colaborando con el proyecto guerrillero, esta vez al mando del Chato Peredo, en un tercer intento de foco boliviano guevarista, que finalmente nunca se llevó a cabo. La participación de estos elenos va desde el trabajo político y de reorganización en Bolivia, entre 1971 y 1972, momento en que se produce un nuevo golpe de Estado, hasta la realización en Chile, fundamentalmente en Santiago, de algunas acciones armadas: asaltos a bancos, asaltos a armerías, robos de autos, secuestros de empresarios, entre otros.

## **El ELN boliviano**

La idea preconcebida del Che de iniciar un proyecto en América del Sur puede rastrearse ya desde mediados de 1963, con la llegada a Bolivia de José María Martínez Tamayo, Papi o Ricardo, cubano y cercano colaborador del Che en distintas misiones internacionalistas, entre las que se destaca su participación en la guerrilla del Congo. Más tarde, a fines de 1964, la argentino-alemana Haydée Tamara Bunke arriba a La Paz con el fin de internarse entre los círculos del

poder político de Bolivia, para recoger de primera fuente la información necesaria sobre el ejército boliviano. Aún no está totalmente claro el objetivo preciso de la escala boliviana; sin embargo, es posible afirmar que los pasos apuntaban a poder continentalizar la revolución, expandirla, un requisito básico, una pieza clave en la supervivencia de la propia Revolución Cubana. Para estos fines es que se decide instalar una primera estación en Bolivia. ¿Primer foco guerrillero o primera escuela formadora de cuadros latinoamericanos? Pareciera ser que la lógica del Che estuvo en poder iniciar la lucha guerrillera en Argentina, pero para eso era necesario establecer una zona de adiestramiento inicial, una base embrionaria que permitiera descolgar columnas hacia otras zonas. Dariel Alarcón, combatiente cubano en Bolivia, recordará años más tarde: «Se nos planteó que nuestro objetivo inmediato era llevar la Revolución a Bolivia y que, después de establecernos allí, la lucha se extendería a Argentina, Brasil, Perú, Uruguay...»<sup>123</sup>. Es posible entender, bajo esta idea, la poca conexión que se estableció con las comunidades campesinas de la zona de Ñancahuazú, la lejanía de la zona de operaciones con los centros mineros, la elección de un contingente multinacional y el envío de operadores que permitieran establecer vínculos con otras zonas, como por ejemplo, Ciro Bustos con el norte argentino. Uno de sus biógrafos, nos explica:

Como en Cuba en el 58, vuelve a subestimar la importancia de un movimiento político amplio y sólido detrás y al lado del proyecto guerrillero. Mucho más interesante le resulta, leyendo entre líneas su diario, la urgencia de comenzar a foguear al grupo haciendo una exploración con profundidad en la zona y conectar a los argentinos en el esquema de continentalizar la guerrilla<sup>124</sup>.

Los primeros enfrentamientos de la columna guerrillera con el ejército boliviano eran parte de la intención del Che en poner en contacto al grupo con el enemigo, una especie de bautismo de sangre. Lo que no estaba al parecer entre los planes era iniciar el foco de manera apresurada en esa zona, comenzar con las acciones cuando el grupo no estaba preparado militarmente para sostener una lucha larga, como el caso cubano. Inti Peredo comenta: «Che tampoco quería que la internacionalización de la lucha trascendiera rápidamente los ámbitos bolivianos, y se conociera su presencia allí, por razones puramente tácticas»<sup>125</sup>. De esta situación se desprende una interesante discusión, que no es posible profundizar

en estas líneas, pero que se relaciona tangencialmente con nuestro tema: la composición y estructuración de la guerrilla boliviana del Che estuvo marcada por un fuerte componente militar, en el sentido de que la concepción de este proyecto, cualquiera que fuera su origen, estuvo puesto en la habilidad, fuerza y preponderancia de la guerrilla. La red urbana que operó en Bolivia era más bien débil e inmadura al momento de iniciarse las acciones el 23 de marzo de 1967. La elección de los combatientes estuvo dada, desde el lado cubano, por las habilidades, la capacidad de fuego y por la entereza moral de los combatientes; es decir, por la capacidad de sobreponerse a la adversidad. No es la concepción foquista extrema de Debray, sino más bien el llamado a que los actores políticos se sumaran a las acciones armadas, la visión de la guerrilla como una lucha de masas. Que congregara adhesiones y sumara combatientes, tal como lo vivió el Che en su lucha en la Sierra Maestra. Con este prisma, podemos entender el primer comunicado del ELN al pueblo boliviano:

Hoy hacemos un llamado a obreros, campesinos, intelectuales; a todos los que se sientan que ha llegado la hora de responder a la violencia con la violencia y de rescatar un país vendido en tajadas a los monopolios yanquis y elevar el nivel de vida de nuestro pueblo, cada día más hambreado. Ejército de Liberación Nacional de Bolivia<sup>126</sup>.

¿Qué es lo que se necesitó entonces desde nuestro país para colaborar con este proyecto? El círculo más íntimo del Che dispuso de emisarios para iniciar los vínculos con diversos países que pudieran vincularse con el proyecto ya en ciernes. Jaime Barrios Meza, que conocía los pasos del guerrillero argentino-cubano, estableció los contactos con los primeros militantes chilenos que empezaron a conocer ciertos detalles de lo que estaba ocurriendo en Bolivia. En primera instancia se necesitaba dinero, medicinas y documentación falsa para enviar a Bolivia<sup>127</sup>. Uno de los primeros contactados, militante socialista, Félix Huerta, recuerda: «Ya se sabe lo que está pasando en Bolivia, no concretamente que está el Che, pero uno intuía esa posibilidad»<sup>128</sup>. También se requirieron médicos desde suelo nacional para integrarse al proyecto, según lo relata el doctor Óscar Soto, contactado por Elmo Catalán<sup>129</sup>. No obstante, al igual de lo que ocurrió con un número no menor de militantes argentinos, uruguayos, bolivianos y peruanos, los chilenos que fueron ubicados para colaborar con la

guerrilla del Che, no alcanzaron a sumarse a dicha gesta e internarse con el mítico comandante<sup>130</sup>.

Conocido es el destino final de la guerrilla del Che en octubre de 1967. Sin embargo, el potente significado de Ernesto Guevara peleando en Bolivia, el giro cada vez más radical que estaba experimentando el PS chileno, generaron una adhesión y colaboración con los sucesos bolivianos pocas veces vista en el territorio chileno. Podemos afirmar, en consonancia con lo expuesto, que si bien no hubo participación directa de chilenos en las acciones de Ñancahuazú, ya a fines de 1966 había un funcionamiento difuso de una red de colaboración en Santiago, Valparaíso y Concepción, así como también en algunas localidades del norte fronterizo con Bolivia. Estos indicios, este germen de ejército logístico, tuvieron su prueba de fuego en la tarea de rescatar a los sobrevivientes de la guerrilla del Che, en lo que podemos señalar fue la primera gran misión de los chilenos.

## **El rescate de los sobrevivientes**

Una vez conocido el paradero del Che en Bolivia, y luego de su captura y muerte a manos del Ejército Boliviano, la noticia generó una enorme expectación y repercusión en el mundo político de la izquierda. Diversos cuestionamientos se produjeron en el seno de la izquierda militante, sobre todo en relación a la suerte de Ernesto Guevara y su guerrilla, una especie de mea culpa por el abandono de una de las figuras más, si no la más, reconocibles y admirables de la izquierda latinoamericana<sup>131</sup>. La izquierda, y no sólo la revolucionaria, debía resarcirse del desapego o la lentitud con que habían recepcionado el llamado del internacionalismo guevarista. Así, se formaron distintos frentes de ayuda y colaboración en las tareas del rescate de los sobrevivientes.

De aquel suceso, disponemos hoy de algunos testimonios de la época. La prensa poco aporta a la claridad de los relatos y la historia se va deformando en la medida que cobra notoriedad la hazaña de los protagonistas. Esta situación por cierto produce distorsión, contraste y una sobredimensión de las acciones. Hemos optado por recopilar las fuentes disponibles evaluando críticamente lo que ellas señalan, reconfigurando el rol de los actores en virtud de la línea de

argumentación que se ha venido desarrollando.

En primer término, tras la captura del Che en la Quebrada del Yuro, el grupo de sobrevivientes de la débil columna guerrillera quedó reducido a diez integrantes, divididos en dos tropas: la de los enfermos con cuatro integrantes y la tropa de Inti compuesta por seis combatientes. El primer grupo fue aniquilado por los rangers el 12 de octubre, cinco días después de la captura del Che, mientras que el contingente comandado por Inti Peredo fue el que sorteó el acorralamiento del ejército por cuatro meses más, en lo que puede denominarse una increíble odisea de salvataje<sup>132</sup>. Sólo cayó en combate Ñato, a mediados de octubre, quedando el grupo de sobrevivientes compuesto por los bolivianos Inti (Guido Peredo), Darío (David Adriazola) y los cubanos Pombo (Harry Villegas), Benigno (Dariel Alarcón) y Urbano (Leonardo Tamayo). Inti señala:

Deliberadamente nunca hemos explicado nuestra salida del monte, porque ella pone en peligro la vida de varios campesinos y sus familiares que se jugaron enteros por nosotros, así como honestos revolucionarios de la ciudad... Como breve epílogo podemos decir: Urbano y yo fuimos los primeros y organizamos la salida de Pombo, Benigno y Darío<sup>133</sup>.

El rescate de estos cinco sobrevivientes puede dividirse en dos partes: la primera, desde que el grupo empieza a romper el cerco del ejército en la zona de Ñancahuazú en octubre de 1967 hasta la llegada de estos a Oruro a comienzos de febrero de 1968, donde son recibidos por los dos bolivianos que los guían hasta la frontera con Chile. La huida de un grupo de cinco revolucionarios perseguidos por un centenar de soldados que controla la zona se transformó en una verdadera odisea. En esta colaboran algunos familiares que habitaban la zona, así como también un grupo de comunistas, algunos de la juventud del partido, que formaban dentro del PC de Bolivia un sector cercano a la guerrilla y que, tras la salida de Mario Monje de la dirección del partido, van a volcar sus energías en resguardar la seguridad de los combatientes.

Desde que logran salir de la montaña y cuando están medianamente a salvo en casas de seguridad, surgen las opciones de los próximos pasos a seguir. Una alternativa era mantenerse en Bolivia y rearmar el ELN, utilizando los resabios



de la organización anterior y volviendo a la montaña en un futuro cercano. Otra alternativa era reagruparse, salir hacia Chile e iniciar en Cuba el rearme del grupo, recibiendo el correspondiente entrenamiento, y con ello revitalizar las decaídas energías. Ante cualquiera de las dos opciones, no desaparece la promesa hecha tras conocer la muerte del Che, de que esta ha sido sólo una derrota y que la lucha se retomará con más vigor. Harry Villegas, Pombo, recuerda:

Había que mantener esa concepción de unidad y principios. Entonces dijimos: todos tenemos que salir juntos, todos tenemos que continuar la lucha. La lucha, la consigna Volveremos a las montañas, no surge después cuando la organización de Inti, surge ahí. Que había que continuar la lucha, que había que volver a las montañas. No allí mismo, sino en otro punto, en el Chapare o en el Alto Beni, que fueron los puntos que analizamos concretamente. Que había que contactar y agrupar a los compañeros que se habían reclutado en Europa, que estaban allí en Bolivia. Y nuestra idea era llegar a La Paz, reorganizarnos y volver para el monte. Esa era la idea nuestra. Fidel nos hizo meditar. Y nos dijo que después de haber estado sometidos a tanta presión... era mejor venir a descansar y reorganizarnos<sup>134</sup>.

Para poder retomar la lucha, los combatientes debían salir de Bolivia y el paso más seguro, confiable y directo era a través de la frontera chilena. Ante este inminente paso hacia Chile, es plausible preguntarse si: ¿los sobrevivientes de la guerrilla conocían la existencia de un pequeño grupo de colaboradores chilenos? ¿Estaban al tanto de las posibilidades reales de que este grupo pudiese hacerse cargo de esta importante tarea? Según los testimonios de los protagonistas, se sabía de la existencia de un contingente de compañeros que podía colaborar. Como señalan, había gente en Chile. Benigno rememora: «Pasamos un tiempo hasta que logramos mandar a Chile a un mensajero a establecer contacto con Salvador Allende. Allende le pidió a nuestro mensajero que se comunicara con el Partido para que se responsabilizara de nuestra salida de La Paz hasta la frontera chilena, en donde nos esperaría la gente de Allende»<sup>135</sup>. Como veremos más adelante, el nivel de preparación en el rescate de los dos grupos de sobrevivientes fue creciendo en número y coordinación, la madurez de los elenos chilenos se concretaba lentamente a medida que las misiones internacionalistas

iban tomando forma. Pero no sólo los primeros elenos chilenos van a estar dispuestos a participar de la misión: el revuelo de la existencia del Che en Bolivia, de su captura y muerte, generó un shock en la izquierda latinoamericana. Si bien el PC boliviano había comenzado a replantear sus visiones hacia la lucha armada, el PC chileno necesitaba realizar una especie de limpieza de su imagen pública, comenzando por colaborar en el rescate de los sobrevivientes. En concreto, el grupo de combatientes se apoyó, para la fuga, en colaboradores del ELN boliviano, del PCB, del ELN chileno, comunistas y socialistas chilenos. Como señala Pombo años más tarde, el partido boliviano era el encargado de sacarlos hasta la frontera con Chile: «... con la variante no definida de que fuera el partido o el ELN chileno el que se encargaría de nuestra seguridad y documentos»<sup>136</sup>.

Los preparativos finales para el largo camino contemplaron la división en dos grupos para la salida<sup>137</sup>: por una parte, los bolivianos Darío e Inti, quien decide quedarse en Bolivia y organizar el reagrupamiento de la red urbana para revitalizar la guerrilla; y por otro, los cubanos Pombo, Urbano y Benigno. Este último grupo fue el primero en salir y el que protagonizó toda una mediática respuesta de la prensa de la época, como también el masivo desplazamiento de ayudistas que buscaban enlazar con los sobrevivientes de la guerrilla del Che. «Llegaron ayer a Sabaya seis guerrilleros», titulaba El Diario, periódico boliviano el 15 de febrero. «Se estrecha el cerco contra los guerrilleros fugitivos», comentaba en primera plana Presencia, diario también boliviano.

El grupo de los cubanos tomó contacto en Oruro con militantes comunistas que organizaron la salida hacia Chile. Tres fueron los protagonistas de esta misión: Óscar, Estanislao Villca Colque (Tani), y Efraín Quicañez Aguilar (Negro José). Este último comenta que Moisés Arena le indicó los detalles de la misión: «...mi trabajo consistiría en entregar a los compañeros sobrevivientes a alguien que nos esperaría en una pequeña población del lado chileno, frente a la población boliviana de Pisiga»<sup>138</sup>.

El plan inicial era entregar a los sobrevivientes en determinados días acordados, utilizando una clave secreta y siguiendo ciertos señuelos. Quicañez recuerda:

En vísperas de la partida de Oruro hacia el Río Barras, Arbolito (Moisés Arena) me reveló que ese alguien que nos esperaría en el lado chileno se llamaba Arturo

Carvajal, quien estaría en una camioneta con el rótulo Comofla, una empresa acopiadora de lana. A él se le entregaría el paquete y ahí terminaría nuestra misión y retornaríamos a nuestra base, portando nuestra documentación personal<sup>139</sup>.

Arturo Carvajal, militante comunista, fue uno de los tantos dirigentes que el partido movilizó para intentar contactar al grupo de sobrevivientes. Aunque, como señala Luis Corvalán Lepe, las relaciones entre el PC chileno y el PC cubano eran tensas por ese entonces, la actitud de cierta militancia comunista fue acudir al rescate de los vestigios simbólicos de la revolución continental casi como un acto de redención ideológica. Corvalán recuerda:

Mandamos al norte a un reducido número de compañeros capaces y decididos a cumplir la tarea como sea, encabezados por Francisco Estay, ex obrero de Cemento El Melón y ex Administrador de la Empresa Barra y Cía que imprimió «EL SIGLO» en su primera época. En Iquique, Estay hizo collera con Epifanio Flores, un aymará muy inteligente, conocedor de los pasos cordilleranos y panificador de Pozo Almonte. En una camioneta que consiguieron con Elena Díaz, Alcaldesa de Arica, partieron al encuentro de los guerrilleros, de algunos de los cuales llevaban fotografías para reconocerlos más fácilmente<sup>140</sup>.

El 22 de febrero, y luego de dos semanas de caminata, Pombo, Benigno, Urbano, Tani y el Negro José, deciden entrar al pueblo chileno de Camiña y entregarse a las autoridades locales. Los supuestos contactos no se produjeron en los días y las formas acordadas, por lo tanto toman la decisión de confiar en la situación de hospitalidad chilena, que se había fortalecido con el llamado, a través de la radio, del PC chileno y de Salvador Allende de dar asilo a los refugiados. La situación de expectación en la zona era inmensa: policías, militares, militantes de izquierda y la prensa esperaban ansiosamente la aparición de los guerrilleros. El periodista chileno Luis Berenguela, quien trabajaba para el noticiero Las Últimas Noticias, reportó en la prensa de la época que fue él quien estableció el primer contacto con el grupo: «...se trataba de los cinco guerrilleros buscados hace más de una semana... Muy bien, señores, entonces yo mismo iré a entregarlos a las

autoridades chilenas y ellas dispondrán»<sup>141</sup>. Se formó espontáneamente una red de protección hacia los guerrilleros. Viajaron a la zona a entrevistarse con el grupo los comunistas Volodia Teitelboim, senador del partido; el alcalde de Arica Vicente Atencio y el diputado Hugo Robles. Además, se creó un Comité de Solidaridad con los Guerrilleros, integrado por Jorge Soria (PS), alcalde de Iquique; Arturo Carvajal (PC), Leonel Valcarce (PS), Mario Díaz (PR), Patricio Rojas (PSP) y Tomás Aceituno (PSP). En tanto, en Iquique, se realizó una concentración popular en apoyo a los guerrilleros, toda una red de protección y resguardo que simbolizaba la solidaridad e importancia de estar a la altura de las circunstancias.

Una vez en Santiago, fueron visitados por los senadores comunistas Luis Corvalán y Volodia Teitelboim, los socialistas Salvador Allende y María Elena Carrera, y el senador del PADENA Fernando Luengo, quienes realizaron gestiones al más alto nivel político para permitir el resguardo de los refugiados. Estos dejaron suelo nacional el 24 de febrero rumbo a Cuba, tras un largo periplo que contempló el paso por Isla de Pascua y Tahití y con la protección del senador Allende.

Como se ha podido observar, desde que se tuvo noticias de la presencia de un grupo de guerrilleros en la frontera chileno-boliviana fue muy dificultoso mantener el rumbo de estos combatientes en secreto, combinar las acciones de manera eficiente y poder concretar la misión como parte de una orden internacionalista del ELN chileno. ¿Cuál fue el rol de los elenos en esta gran misión? <sup>142</sup> .

En paralelo a todo lo que se ha mencionado, existió un despliegue urgente por parte de la organización chilena con el objetivo de dar con el paradero de los combatientes cubanos y bolivianos. El número y los nombres exactos son todavía una nebulosa. Dariel Alarcón, en entrevista con Cristián Pérez, sostiene que fueron cerca de cien los militantes desplegados en la zona<sup>143</sup>. Creemos que es una cifra exagerada para las dimensiones del grupo en esa época en Chile. El rompecabezas puede estructurarse de la siguiente manera. Elmo Catalán envió en misión secreta a Félix Huerta a La Paz con el propósito de establecer los primeros contactos con el ELN boliviano, para ese entonces en su mayoría militantes o ex integrantes del PC de Bolivia. Félix recuerda: «Luego de entregar la información que yo me había aprendido de memoria, vuelvo a Santiago para reunirme con Elmo. A las semanas me dice que hay que ir a buscar a los compañeros cubanos al norte. Aprenderse una contraseña y sacar a los cubanos

que vienen»<sup>144</sup>. Como hemos observado, estos no hicieron el enlace predispuesto y se entregaron a las autoridades locales. Félix Huerta le comentó a la periodista Mónica González: «El contacto no se hizo porque el boliviano que debía hacerlo –Tany Vilca, que después murió en la guerrilla– se asustó con tanta presencia militar y como Benigno y los otros estaban varados arriba del altiplano, pasaron caminando»<sup>145</sup>.

El recién inaugurado grupo de elenos comenzaba a articular una red de colaboradores que estaba en condiciones de emprender las tareas requeridas<sup>146</sup>. Una vez insertados en la idea de revolución continental, y con la sintonía antes señalada al interior del PS, emprendían la misión de reclutamiento de militantes para las futuras acciones. Esto estaba recién comenzando.

En tanto en Bolivia, Inti, antes de salir del país, empieza la tarea de reorganizar la guerrilla, partiendo por reestructurar la red urbana en las distintas ciudades del país altiplánico. La salida de Inti y Darío hacia Chile se realizó bajo completo sigilo, ingresando clandestinamente a suelo nacional entre abril y mayo de 1968. La misión del ELN chileno fue limpia y perfecta. Carlos Gómez, recuerda: «Elmo me plantea si soy capaz de cruzar la cordillera, y yo le digo que sí, aunque lo único que había hecho yo, cuando era niño, eran caminatas hacia las termas del Flaco... finalmente, se decide que vayan a Bolivia dos compañeros que ya estaban entrenados»<sup>147</sup>. Elmo Catalán le encarga la misión de cruzar la frontera a Félix Vargas, Luisito, y a Francisco Gómez, Fernando, hermano de Carlos. Ellos se contactan con otro grupo de elenos, ya en territorio nacional, que los traerían hacia el centro del país. Carlos Gómez comenta:

Elmo me señala que hay que ir al norte a cumplir una misión, a Calama. Ahí está mi hermano (Francisco) e Hilario (Ampuero)... aparecen con dos bolivianos. También estaba Arnoldo Camú. Al día siguiente nos vamos a Antofagasta. Ya en Santiago, Elmo me dice que uno de los bolivianos es el Inti. Fernando e Hilario habían ido desde el Licancabur hasta Oruro a buscarlos... Ya somos a esa altura parte de una organización disciplinada<sup>148</sup>.

Junto con los mencionados, también participan en el rescate, en distintas etapas, Beatriz Allende, Carlos Brain y Gonzalo. Esta germinal red cobijó a Inti y le dio

la seguridad correspondiente en Santiago en los meses de otoño de 1968. Francisco Gómez, relata: «Conoció en Santiago cuál era la infraestructura de que disponíamos. Los chilenos significábamos un grupo estructurado, disciplinado, medio probados y con una gran confianza de los cubanos»<sup>149</sup>.

A mediados de 1968, la permanencia de Inti en suelo nacional sirvió para edificar el nuevo proyecto revolucionario. Con una conocida confianza en Elmo Catalán, la cercanía con el ELN chileno fue cada vez más relevante. Estando acá, Inti, con la colaboración de Catalán, escribe sus experiencias sobre la guerrilla, Mi campaña junto al Che, donde ratifica la importancia del suelo boliviano para emprender la revolución continental. Este texto fue analizado, en los momentos de preparación, por los futuros chilenos miembros de esta red<sup>150</sup>.

## **Los primeros elenos**

Estas primeras misiones cerraban un ciclo inicial de formación del ELN chileno, quienes ya identificaban a determinados líderes, Arnoldo Camú y Elmo Catalán. Ellos tenían relaciones directas con la dirigencia cubana y boliviana, manejaban ciertos recursos, poseían contactos periféricos que estaban dispuestos a colaborar y, lo más importante, se identificaban con una lógica ideológica continental. Había ya un compromiso internacionalista.

Entre 1966 y 1968, el grupo de los elenos de una primera generación, entre el círculo más cercano y los periféricos, estaba constituido, entre otros, por Elmo Catalán, Arnoldo Camú, Beatriz Allende, Félix Huerta, Celsa Parrau, Carlos Gómez, Francisco Gómez, Eduardo Long Alessandri, Jaime Sotelo, Walterio Fierro, Francisco Cattani, Paulina Weber, Eduardo Paredes, Félix Vargas, Ricardo Pincheira, Carlos Brain, Eduardo Carvallo y Exequiel Ponce<sup>151</sup>.

Esta primera generación fue un círculo cercano de confianza para las labores requeridas. Es por esto que los componentes de este grupo son militantes reclutados de entre el núcleo original de Arnoldo Camú, Elmo Catalán y Beatriz Allende. Por ejemplo, Eduardo Long Alessandri fue un abogado socialista que trabajó junto con Camú en un estudio de derecho y en donde se focalizaron en la defensa y asesoría a distintos sindicatos, siendo un constante colaborador de las

diversas tareas del grupo. Cercanos a Elmo Catalán, llegaron al grupo Carlos Gómez Cerda, Francisco Gómez Cerda, Jaime Sotelo y Félix Huerta. Carlos Gómez, Eduardo, y Jaime Sotelo, Carlos, eran dirigentes sindicales de la Confederación de Trabajadores del Cobre en El Salvador. Gómez tomó contacto con Catalán a mediados de los sesenta, y fue él quien incorporó a su hermano Francisco, Fernando, para iniciar la construcción de un proyecto político que fuese coherente con sus inclinaciones revolucionarias<sup>152</sup>. Félix Huerta había estudiado Medicina en la Universidad de Chile y estaba cercano a recibirse cuando tomó contacto con Elmo Catalán, quien lo invitó a incorporarse al grupo. Félix comenta: «Habíamos formado un grupo de discusión y acción importante en la Escuela de Medicina. En ese contexto es que me contacta Elmo para hacerme una entrevista sobre el tema universitario. Al tiempo empezamos a conversar sobre la guerrilla y lo de Bolivia»<sup>153</sup>. En el círculo de estudiantes de Medicina estrecha relación con Beatriz Allende, creándose un núcleo perteneciente a la Brigada Universitaria Socialista, BUS, entre los que también se encuentran Ricardo Pincheira, Máximo, y Carlos Lorca, Sebastián.

A partir del reordenamiento del ELN, se comenzó a diseñar una estructura más formal del grupo, donde se identificaban mandos y tareas. Para esto, los elenos chilenos comenzaron a utilizar las redes internacionales con el fin de fortalecer la preparación de la organización. La participación de los cubanos se hizo menos visible y enérgica que a comienzos de la década. El panorama y la visión que tenía La Habana del éxito de nuevas empresas, cambió notoriamente. Sucedió que:

En el hemisferio no había ya grupos insurrectos. Estas derrotas y, sobre todo, la muerte del Che habían llevado a Castro a dudar de la teoría del foco... No se trata de que Castro ya no apoyara a la lucha armada. En esos mismos años, Cuba ayudó a los Tupamaros, en Uruguay, y al brazo armado del movimiento peronista –los futuros montoneros– en Argentina; este apoyo, sin embargo, fue mucho más discriminatorio y discreto de lo que había sido en los años sesenta. Castro no lanzaba ya fieros llamados a la revolución en América Latina<sup>154</sup>.

No obstante, y pese a que el flujo de apoyo disminuyó, de igual forma, entre mediados de 1968 y fines de 1970, diversos militantes viajaron a la isla a recibir

entrenamiento. Los sobrevivientes cubanos, Pombo y Benigno, se involucraron en la preparación y ejecución. Desde aquí se diseñó y planificó la operación que incluía a un contingente multinacional de combatientes que deseaban incorporarse a la segunda fase de la guerrilla del Che. El liderazgo de Inti en la confección de la estrategia lo convierte en el principal motor del proyecto. Él fue quien estableció los nexos, montó la red urbana en Bolivia y difundió públicamente a través del manuscrito «Volverán a las montañas» que la lucha continuaba, un texto que puede considerarse el manifiesto teórico del ELN.

## **La continuación del guevarismo**

Como hemos refrendado en las páginas anteriores, el proyecto revolucionario guevarista estaba ideado en la mente del Che y sus ramificaciones e intenciones específicas son más bien especulaciones que certezas. Los comunicados del ELN en Ñancahuazú nos proporcionan las intenciones que el grupo de Guevara perseguía y la concepción de la lucha que se iba a emprender. Si bien el Che redactó cinco comunicados a la opinión pública, solamente se dio a conocer el primero de ellos, quedando los cuatro restantes en las páginas de su diario de campaña.

El comunicado número uno del 25 de marzo de 1967, podría considerarse el acta de fundación del Ejército de Liberación Nacional de Bolivia. El ELN expone a la sociedad boliviana sus intenciones combativas, pero, por sobre todo, aparecen los ideales que persiguen los guerrilleros y las cualidades morales con las que van a actuar. Ante la baja o nula comprensión y conocimiento de los lugareños del propósito de la lucha, los revolucionarios emprenden, además de una disputa armada, una pelea comunicacional, elemento central ante las posibles colaboraciones de los campesinos del sector. «Frente a la mentira reaccionaria, la verdad revolucionaria», parece ser el mensaje más directo y necesario a la hora de mostrar la prístina imagen de los combatientes foráneos que vienen a liberar al país. Para el ELN, resulta vital develar la misión ética que iban a emprender: había que demostrar y comunicar sus acciones antes que el ejército los convirtiera en crueles invasores. No sólo se peleaba en el campo de batalla, sino que, además, existía una guerra comunicacional que había que enfrentar. Son, como plantea el Che, un grupo de transformadores sociales que siempre operarán



con la verdad frente a los hechos acaecidos<sup>155</sup>.

El objetivo del naciente contingente internacionalista para con el pueblo boliviano estaba en iniciar el camino de liberación, de ruptura con los denostables grupos económicos que mantienen la situación de pobreza y miseria y que han comprometido una alianza con el imperialismo norteamericano. Por eso, hay una urgencia política a la hora de actuar, y un llamado imperioso a «... obreros, campesinos, intelectuales; a todos los que sientan que ha llegado la hora de responder a la violencia con la violencia y de rescatar un país vendido a las tajadas de los monopolios yanquis y elevar el nivel de vida de nuestro pueblo, cada día más hambriento» <sup>156</sup>. La intención del Che en estos comunicados, es exponer el origen estructural de la situación social en que viven los pueblos latinoamericanos. La resignación de muchos de los campesinos en torno a su realidad era un escollo para posibilitar el alzamiento y la colaboración de estos con la revolución. De ahí que una de las tareas comunicacionales del ELN estuvo en evidenciar que el origen del orden social radicaba en una imposición de los poderosos más que en un orden natural, por lo cual no podían generarse cambios profundos.

Un año después de conocido este primer comunicado del ELN, y ya con la plataforma mejor preparada para reanudar la lucha, Inti Peredo emite un mensaje con la intención de relanzar la guerrilla; «Volveremos a las montañas». Este texto, publicado originalmente en julio de 1968 por el periódico boliviano El Diario y reproducido dos meses más tarde en la revista Cristianismo y Revolución, se estructura en tres partes. Al comienzo hace un llamado a todos los revolucionarios a sumarse a la lucha que está por comenzar, recalca y clarifica la presencia del ELN como fuerza viva y latente, y anuncia que pronto vendrán nuevos combates. En segundo término, realiza una reflexión sobre los fracasos y debilidades de la guerrilla de Ñancahuazú donde cae muerto el Che. Y en tercer lugar, que parece ser lo más determinante, realiza una confirmación de cómo entiende el ELN la lucha revolucionaria. En este sentido, se conceptualiza el foco, el rol de las ciudades y los partidos políticos, entre otros.

Era vital responder a la pregunta de qué ocurriría con la guerrilla después de la muerte del Che. Si los caminos estaban errados y los desaciertos eran mayores que las certezas, esta vía de rebeldía había llegado a su fin. Pero, por el contrario, el juramento de los sobrevivientes, la expectación que despertó en las juventudes radicales del continente que esperaban ansiosas el llamado a subir a la montaña, hizo necesario salir de las sombras y presentarle al mundo el anhelo

de continuar la lucha. La derrota era solamente un tropiezo en el camino. El texto plantea que: «La guerrilla boliviana está en plena marcha y no vacilaremos en darle como epílogo brillante el triunfo de las fuerzas revolucionarias que instaurarán el socialismo en América Latina»<sup>157</sup>. La necesidad de retomar la lucha, sin requerir ciertas consideraciones políticas para el éxito de la campaña, se relaciona con la superposición del sacrificio como valor guerrillero. Lo vivido por la campaña del Che, la evaluación de los sobrevivientes del fracaso, el proceso de reclutamiento y planificación previo a la segunda fase, enarboló entre los combatientes el sentido de la redención a través de la muerte, si esta fuese necesaria. En este sentido, las derrotas vienen a fortificar la decisión de lucha, solventan la conciencia revolucionaria y nutren moralmente a los luchadores. Es, como señala Gustavo Rodríguez, una:

Ética sacrificial, que sirvió, mucho más que acuerdos fundados en la árida teoría, de puente entre el misticismo cristiano y el guevarismo propugnado por el ELN... En ambos repertorios estaba presente la entrega sin límites, la exaltación de las vidas ejemplares, la impronta de la muerte mesiánica y la redención del juicio final, tras tomar, armas en mano, el cielo por asalto<sup>158</sup>.

En segundo término, Inti y el ELN observaron que los tropiezos sufridos en Bolivia podían ser superados si se ejecutaba una preparación más acabada y se preveían los imprevistos antes presentados. A juicio de Peredo, hubo una aceleración en el ciclo vital de la guerrilla al no poder mutar la columna desde la fase de internación entre la población hacia el arraigo con esta. ¿Era uno de los objetivos inmediatos el querer conectarse con los campesinos indígenas de la zona? Nuevamente volvemos a los entramados cruces del proyecto original del Che. Lo cierto es que tanto la guerrilla del Che como la de Inti o Chato Peredo, que fue el que la ejecutó finalmente, carecieron de componentes como para insertarse entre el mundo rural boliviano. Ingrediente importante en este engranaje es el rol que jugó el partido político. Aquí es donde Inti apunta los mayores dardos. Si bien la derrota fue responsabilidad de quienes llevaron adelante la lucha, el rol jugado por el PCB, en el sentido de colocar trabas al ejercicio combativo del ELN, contribuyó al aislamiento de la empresa guerrillera. Se señalaba que:

Ellos (PCB) contemplaron nuestra lucha desde lejos. Y es más: la aislaron totalmente, le negaron colaboración y realizaron propaganda antiguerrillera en el seno de su militancia. Luego, para salvar las apariencias «antiimperialistas» emitieron sendos comunicados de «solidaridad» con la lucha guerrillera. Pero en los hechos, esa «solidaridad» se tradujo en simple palabrería de apoyo moral obligado a un pequeño grupo de «soñadores románticos»<sup>159</sup>.

Asumiendo que los partidos de la izquierda tradicional estuvieran escépticos del resultado de la guerrilla, la concepción del ELN parte con el supuesto de la fortaleza del foco para desencadenar las fuerzas pasivas, activando las luchas en la ciudad y liderando, como la vanguardia del pueblo, la lucha de los oprimidos de dicho espacio. El tercer ingrediente del manifiesto del ELN viene a concluir la larga cadena de elaboración y discusión teórica que se dio en torno a la Revolución Cubana y su identidad como revolución conceptual. Tal como hemos discutido anteriormente en torno al significado de la gesta cubana, se construyó una serie de hipótesis, disímiles entre ellas, que buscaba dar cuenta del fenómeno a gran escala. El dominio de Castro y el M26 vino a proyectar al mundo un tipo de explicación y fórmula de cómo hacer la revolución y, por lo tanto, de repetición en cualquier rincón de Latinoamérica del modelo. El ELN boliviano tomó la esencia o simplificación de esta máxima y la convirtió en su hoja de ruta, difundiendo el propósito al resto del continente, incluyendo a Chile.

Fueron claros, o por lo menos así lo planteó Inti Peredo: no buscaban organizar un partido político. La lógica política estaba en la conformación de una fuerza armada que fuera capaz de enfrentarse y vencer al enemigo; el campo de batalla estaba en el espacio militar. El manifiesto señala que: «Tampoco seremos el brazo armado de partido político alguno... la guerrilla no constituye un instrumento auxiliar de alguna otra forma superior de lucha. Por el contrario, pensamos y la experiencia internacional nos lo demuestra, que esta forma de lucha dirigirá la emancipación de nuestros pueblos»<sup>160</sup>. La guerrilla se hizo sin la participación del partido político, fue más bien la constatación y última ratificación de que el fusil dirige a la política. Se desecharon los trabajos en los frentes de masas; en definitiva, se volvía a la discusión de la supremacía del campo, de la montaña, de la selva, sobre la ciudad. Solamente una sección urbana, compartimentada y operando en labores de inteligencia actuó como

soporte de la guerrilla. Bastaron solamente los escritos del Che y Debray para tomar las armas y hacer la revolución; los preceptos y los principios estaban más o menos claros; la lucha era internacionalista, había un enemigo claro e identificable: el imperialismo y las burguesías nacionales. No había espacio para titubeos. Había una crítica al inmovilismo y reformismo de los partidos de la izquierda tradicional. Era la hora de la acción. No había tiempo para las palabras<sup>161</sup>.

¿Los elenos chilenos se hacían parte de todo lo que disponía el ELN boliviano para sus militantes? Como miembros de una red continental de apoyo a un proyecto de renombre, comandado por el Che, el ELN chileno apprehendió ciertos preceptos irrenunciables y encarnó una de las pocas experiencias guerrilleras protagonizadas por un grupo considerable de chilenos. No obstante su pertenencia militar, los elenos poseían diferencias con sus camaradas bolivianos. Había realidades, trayectorias y concepciones que los identificaban con rasgos propios y que los llevaron a un epílogo distinto. En definitiva, había continuidad y bifurcación.

## **El compromiso internacionalista**

Al igual que la organización boliviana, el ELN chileno emitió muy pocas declaraciones. Existen escritos y documentos publicados en la época, en su mayoría por la revista Punto Final, siendo los más significativos las cartas póstumas de dos combatientes chilenos caídos en Bolivia, Elmo Catalán y Tirso Montiel. Sin embargo, con anterioridad a la aparición de estos testimonios personales, tres años antes para ser precisos, los futuros elenos ya comenzaban a expresar abiertamente cuáles eran sus convicciones frente al complejo y decisivo escenario continental.

La salida de Raúl Ampuero del PS, un dirigente histórico y respetado, generó una serie de repercusiones al interior de la colectividad. 1967 era un año complejo. A las resoluciones del Congreso de Chillán, se sumaba la noticia de la guerrilla del Che en Bolivia y su posterior muerte en combate. Este ambiente fue propicio para que Ampuero rebatiera las tesis guerrilleras que andaban rondando la discusión de la militancia socialista. El peso del histórico dirigente y sus

polémicos dichos fueron materia de cuestionamiento por un grupo de dirigentes bancarios socialistas: Pedro Soto, Carlos San Martín y Carlos Brain. Este último, integrante del Ejército de Liberación Nacional chileno.

El artículo publicado en agosto de 1967, titulado «Chile, ¿una excepción?», plantea la disyuntiva de ignorar la inevitabilidad de la lucha armada frente al contexto de agresión imperialista impulsada por los EE.UU. La manipulación de los gobiernos latinoamericanos por parte del gigante del Norte hacen imposible para un revolucionario no tomar otras medidas para contrarrestar el poder que ejerce dicho gobierno sobre las débiles democracias del continente. El texto señala: «La lucha de masas, en su forma tradicional, ha desembocado en un franco economicismo, despolitizado, lejos de la meta fundamental: la captura del poder total para los trabajadores. La lucha armada, a nuestro juicio, es el único camino seguro y definitivo para alcanzar la liberación»<sup>162</sup>. Esta decidida convicción es un elemento que está empezando a ser expresado por sectores del partido y que ocasionó, como hemos observado, grietas, fricciones y acalorados debates. Había una congruencia entre la necesidad de buscar otras opciones de lucha y la visualización de que los conflictos locales no eran más que un apéndice de los grandes problemas continentales. Ciertos sectores del socialismo, los elenos, vislumbraron y expresaron abiertamente la relación inequívoca entre la guerrilla continental y el socialismo. En ese tenor, planteaban que:

El torrente revolucionario corre impetuoso por el cauce continental, porque la lucha no es chilena: es latinoamericana. De manera que es antirrevolucionario colocar a Chile como una isla desmembrada de este vasto escenario donde se desarrolla, cruenta, la nueva guerra de liberación de nuestros pueblos<sup>163</sup>.

La lógica internacionalista se basaba en postulados teóricos avalados por un sustento de larga data, y no era parte solamente de una oleada de militantes voluntaristas. Sobre este punto nos parece necesario detenernos un momento. Es posible observar a lo largo de la historia, determinados ejemplos de colaboración y solidaridad entre distintos miembros de una mismo sector social, o sujetos pertenecientes a una comunidad étnica que van en auxilio de otros integrantes de comunidades vecinas. O la cooperación y la empatía que se genera entre grupos

que comparten un mismo rango etario a la hora de solidarizar con las demandas que despliegan sus compañeros de generación, o simplemente personas que van en auxilio o que empatizan con las luchas que están dando determinados sujetos populares en contra de un orden establecido. Como ejemplos, pueden encontrarse la rebelión de esclavos liderada por Espartaco en el siglo I a.C. en contra del poder romano, en donde se produjo la unión de los desclasados provenientes de distintas zonas de la república romana; o las sublevaciones de los campesinos pobres franceses de fines del medioevo europeo en contra del poder de los grandes señores feudales, que generó una solidaridad de sus pares de otras zonas empobrecidas. No obstante, en este sentido, estas luchas solidarias son manifestaciones premodernas de colaboración entre sujetos de una misma condición social en contra de un poder dominante. El componente político lo van a adquirir cuando estas manifestaciones sociales busquen, además, una transformación política estructural, y esa visión macro se edificó en el siglo XIX bajo el alero del socialismo.

Cabe mencionar que la mayoría de los testimonios y de las investigaciones en torno al tema en nuestro continente mencionan, como pasado épico, las luchas por la emancipación de América. Las gestas de los libertadores criollos son los antecesores de la colaboración latinoamericanista, las que aparecen como parte de la raíz, de la matriz que nutre el largo proceso por la liberación. En otro sentido, creemos que la práctica internacionalista no estuvo circunscrita exclusivamente a la tarea militar en el frente, sino que, también, fueron parte de esta lógica, de esta visión, todos aquellos y aquellas que se involucraron de distintas formas, y en variadas tareas, en el objetivo transnacional de emancipación. No es sólo el acto de empuñar las armas el que le dio cuerpo al fenómeno, sino que una amplia gama de acciones cumplidas en forma sigilosa y clandestina por los internacionalistas<sup>164</sup>.

Si bien se reconoce en el marxismo la compaginación de una argumentación que da pie al internacionalismo proletario a partir de 1848 con el Manifiesto Comunista, fueron los mismos autores de este programa los que destacaron los primeros aportes de Flora Tristán, pensadora francesa de la primera mitad del siglo XIX, que ya en 1840, en su escrito «La Unión Obrera», abogaba por la necesaria concatenación de clase. En este sentido, Tristán señala: «Yo vengo a proponeros una unión general de los obreros y obreras, sin distinción de oficios que vivan en el mismo reino; una unión que tendría por objetivo construir la clase obrera». Y más adelante agrega: «La unión obrera, procedimiento en nombre de la Unidad Universal, no debe hacer ninguna distinción entre los

obreros nacionales y los obreros y obreras pertenecientes a no importa qué nación de la Tierra»<sup>165</sup>. Esta contribución vino a condensar lo que Marx y Engels estructuraron en el Manifiesto, donde explicitan la esencia internacionalista del socialismo y condición sine qua non de su lucha política. La frase célebre de «Proletarios de todos los países uníos», va precedida de una contextualización que va más allá del corolario de una consigna. Los autores señalan: «En suma, los comunistas apoyan dondequiera todo movimiento revolucionario contra las condiciones sociales y políticas existentes. Por último, los comunistas trabajan en todas partes por la unión y el entendimiento entre los partidos democráticos de todos los países»<sup>166</sup>. Bajo esta lógica, la expansión del sistema en su fase imperialista era posible de contrarrestar a través de una lucha planetaria. De ahí que sólo cobraban interés en el suelo en donde se luchaba por una cuestión estratégica más que por una decisión de corte nacionalista.

El compromiso internacionalista de los elenos fue el cúmulo histórico de un fenómeno de largo alcance que logró su punto más álgido en la década que les tocó protagonizar. Sin embargo, es conveniente recalcar que una de las espinas dorsales del nacimiento del PS radica, precisamente, en la conformación de una identidad continental antiimperialista. Esta posición política se expresó de múltiples formas: en la intención inicial de estructurar una Internacional Latinoamericana, o en la convergencia política con partidos afines dentro del continente que permitiera hacerse parte de un entramado de redes de colaboración y solidaridad partidista. Por otra parte, como lo recuerda Carlos Altamirano, hubo una conexión discursiva hacia las raíces históricas del continente. Para los primeros socialistas, el latinoamericanismo era una piedra basal de su razón revolucionaria. Altamirano recuerda: «Nosotros adoptamos el indigenismo como parte orgánica de nuestro latinoamericanismo, aunque para nosotros eso era más retórico y literario que una identidad o un compromiso personal»<sup>167</sup>. Sin embargo, hubo militantes pertenecientes a las filas del socialismo chileno que sí adoptaron esas premisas como una tarea urgente, y siguieron el ejemplo invisible de otros compatriotas de décadas atrás.

Estas experiencias venían gestándose con potencia desde la constatación planetaria de la existencia de dos modelos sociales antagónicos y del impulso fascista por cortar el avance democrático y socialista. El mejor ejemplo de esta dinámica lo protagonizó el desarrollo de la Guerra Civil Española y la conformación de las Brigadas Internacionalistas. Como menciona Manuel Requena, en relación a las Brigadas:

Estos constituyeron un ejército internacional, único en la historia por su número y su carácter voluntario, no mercenario, que combatió como fuerza de choque en la mayoría de las batallas de la Guerra Civil Española. Procedían de más de 50 países y contribuyeron a la defensa de la Segunda República, no sólo en el aspecto militar, sino también como un ejemplo de solidaridad internacional<sup>168</sup>.

Cabe mencionar que es posible hablar de la existencia de los primeros militantes internacionalistas chilenos en esta gesta. Si bien encontramos experiencias de colaboración internacional de chilenos ya en la lucha por la independencia de Cuba, con la presencia de trece compatriotas comandados por el general Pedro Vargas Sotomayor, estos indicios no corresponden al entramado teórico que hemos venido desarrollando; a saber, la concepción internacionalista socialista. En el desarrollo de la gesta antifascista que representó la defensa de la República Española, es posible evidenciar la existencia de un representativo número de militantes socialistas, comunistas, voluntarios sin adhesión política y un sinnúmero de hijos de chilenos residentes en España al momento de estallar la guerra. También es interesante la presencia de integrantes de las fuerzas castrenses, oficiales activos o en retiro del Ejército y de la Armada chilena. Como lo señala la historiadora Olga Ulianova, esta adhesión: «...se inscribe en la atmósfera de los años cercanos a la República Socialista y otras manifestaciones de inquietudes políticas y sociales de los militares chilenos en las décadas de los '20 y '30, constituye un episodio excepcional»<sup>169</sup>.

Treinta años después de producidos estos acontecimientos, y con el proceso revolucionario en marcha en Bolivia, los preparativos para una nueva guerrilla comenzaban a ajustar los últimos detalles. En medio de esta vorágine, la mente de la militancia socialista que se involucró en este proyecto enunciaba el motivo de su compromiso internacionalista. Elmo Catalán justificaba así su accionar militante:

Ustedes se preguntarán por qué no peleo en Chile por estos ideales, Muy simple. La revolución es una sola. No se pueden liberar todos los países al mismo tiempo. Hay que concentrar todos los esfuerzos en el que reúna mejores



condiciones... Creo honestamente que no habrá revolución chilena sin que triunfe la revolución boliviana. La libertad de todos los países del cono sur depende de la libertad de Bolivia... Pensarán que estoy equivocado al combatir en un lugar que –como alguna vez me dijeron en Chile– no es mi Patria. Discrepo profundamente con los que hacen tal planteamiento. Patria tiene para mí un sentido real y profundo. Es ciertamente el territorio geográfico donde el individuo nace, pero Patria es también en toda su dimensión el suelo oprimido donde un revolucionario combate por la libertad de su pueblo o muere en defensa de sus ideales... Para nosotros «la Patria es América» como lo proclamara Bolívar en los campos de batalla. No soy extranjero en Bolivia ni seré extranjero en ningún lugar de América Latina<sup>170</sup>.

La lógica de cuestionamiento al orden existente implicó, también, dudar de la idea de nación preconcebida. En los manuales de la enseñanza del Estado burgués, se moldeó la imagen de un espacio común que tiene fronteras marcadas, espacios definidos y, por lo tanto, diferencias con el otro. Esta reducción de lo nacional había sido una construcción, una determinación de unos sobre otros. En el contexto de radicalización, era posible también contravenir el orden establecido en este punto. Tal como hemos planteado, había un sustento argumental que se desprendía de los viejos teóricos del socialismo y que llegaba a su punto de madurez en un contexto marcado por la colaboración de clase a todo nivel.

Otro combatiente eleno que se unió a la columna lo declara de la siguiente forma:

Como miembro del Ejército de Liberación Nacional de Bolivia, siento una alegría infinita de compartir todo esto. Tengo el privilegio de sentirme tan boliviano como cualquiera que haya nacido en estas tierras. El cariño y compañerismo es algo maravilloso: tengo muy buenos e incomparables compañeros: somos una gran familia los ELENOS, parte de la gran familia latinoamericana. Algún día alcanzaremos nuestros objetivos para así formar una sola Patria. «La Gran Patria Latinoamericana» con la que soñaron Bolívar, Che y mi gran amigo y compañero Ricardo... Luchamos por los explotados de nuestra América, del mundo entero...<sup>171</sup>.

Esta nueva militancia buscaba en el pasado las tesis argumentativas para su propósito revolucionario. Era la verdadera independencia la que estaba en la mira, esa por la cual lucharon los primeros próceres de la patria, una emancipación inconclusa que anhelaba la concreción en el siglo XX. Era una forma de devolverles a los socialistas el rumbo y el espacio de acción donde se pudieran mover con comodidad, era el sustento que los conectaba con una esencia perdida, era el camino de la reorientación. La mirada no sólo era compartida por la militancia del ELN, sino que, también, permeó a la alta dirigencia del PS. El Comité Central lo manifiesta de este modo:

Por eso, siguiendo el hilo conductor de la historia, el pueblo chileno, al unísono con los demás pueblos latinoamericanos, retoma el camino de la revolución de 1810 y plantea ahora, con urgencia dramática, la lucha por sacudir definitivamente la dominación imperialista... Para eso, es necesario que América Latina deje de ser una expresión geográfica y se convierta en una realidad política. Consciente de ello, el Partido Socialista lucha por la unidad continental, dirigida a lograr la emancipación de las masas obreras y campesinas y a garantizar la independencia del conjunto de las naciones latinoamericanas. La Revolución Socialista será, por esto, continental<sup>172</sup>.

Aún cuando los elenos actuaron como una organización paralela dentro del PS, era este mismo el que se ponía en sintonía con las tesis revolucionarias. Esta ruptura histórica no podía separarse en etapas o niveles, como sustentaban los comunistas, la revolución tenía características indisolubles y los elenos se hicieron parte de un sentir que la misma colectividad estaba promoviendo. A diferencia de inicios de los sesenta y mediados de la década, en esta ocasión diversos militantes socialistas dispusieron de sus energías para adentrarse en un proceso de lucha continental: iniciar el camino de la lucha armada. Se hacía más común encontrar publicaciones emitidas por militantes socialistas con nombre y apellido, u otros que optaban por usar nombres políticos, en donde se llamara abiertamente a unirse a la lucha que se estaba planificando, en donde se criticaba el inmovilismo del partido y de sus dirigentes reformistas. Un combatiente eleno lo plantea de la siguiente manera:

Nuevamente la historia hace de implacable definidora de hombres: son sus actos los que definen a un individuo y no sus meras palabras. Digo esto porque en Chile la revolución se ha hecho mil veces... detrás de una máquina de escribir, pero muy pocos los actos revolucionarios por parte de los supuestos miembros de la vanguardia del proletariado... ¿Acaso no ha llegado el momento de tomar la revolución en serio? ¿Puede haber intelectuales revolucionarios fuera de la revolución?... La hora de la lucha armada sonó hace rato en América Latina, y nuestro país no ha participado aun en ella y es una necesidad imperiosa que lo haga ya. Que no se interprete mal lo que digo. No se trata de salir a disparar a las calles hoy mismo, más bien, si existe una estrategia, de lo que se trata es de trabajar en función de ella, lo que corresponde a una verdadera vanguardia<sup>173</sup>.

Recordemos que el PS de fines de los sesenta se batía en una clara identificación entre sectores socialdemócratas, trotskistas y cercanos a la línea guevarista. Si bien es cierto que las definiciones del Congreso de Chillán y las sucesivas declaraciones de la dirigencia en torno a las líneas a seguir por el partido ahondaban los postulados rupturistas, tanto los sectores convergentes como disidentes de la línea oficial del partido se mantuvieron en la colectividad buscando llevar e inclinar al partido hacia sus posiciones. Como señala Carlos Altamirano, Allende: «Comenzó siendo, sobre todo, socialdemócrata y legalista, pero durante la década se radicalizó, se hizo revolucionario»<sup>174</sup>. Poco a poco comenzaba a establecerse con quiénes se podía contar y para qué fines. Había confianzas ratificadas y lazos que estrechar. La concepción de romper con la quietud y hacer la revolución fue asimilada por el ELN chileno, que tomó la bandera del guevarismo con ciertos matices de sus compañeros bolivianos.

## **La autonomía del ELN: identidad propia**

En primer término, a diferencia de lo que sucedió en Bolivia, los elenos no rompieron su militancia con el PS chileno: actuaron como un grupo organizado al interior del partido y desempeñaron diversas labores, tanto para la

implementación del foco boliviano como para la formación de un contingente preparado, que manejó y desarrolló la defensa militar del partido cuando la ocasión lo requirió. Estas tareas siempre las cumplieron como socialistas. Tuvieron problemas con esa doble militancia, pero operaron en ambos frentes, intentando movilizar al partido hacia posiciones más revolucionarias. En este punto radica la particularidad del ELN chileno, inserto en una realidad política nacional donde escaseaban las organizaciones militares de corte guevarista. De ahí que parte de los esfuerzos del grupo apuntaban a cooptar los espacios de decisión del partido y desde allí manejar distintos tipos de recursos que fortalecieran la línea revolucionaria. En este punto, la visión de la juventud socialista giró en observar los puntos débiles del partido y cómo esto entorpecía el real avance del partido como la vanguardia del movimiento. Carlos Lorca, miembro de la red del ELN, como secretario general de la Juventud, expresó la necesidad de la importante transformación que requería la colectividad:

...nuestro Partido está muy lejos de ser el Partido Bolchevique que dirigió al pueblo ruso en la Revolución de Octubre, muy lejos de ser una auténtica vanguardia revolucionaria. Por el contrario podríamos caracterizarlo por el bajo nivel político, por su heterogeneidad e indisciplina, por la proliferación de caudillos a todos los niveles, por su falta de ligazón a las masas, primando en los militantes socialistas un espíritu introvertido, de trabajar exclusivamente para dentro del Partido<sup>175</sup>.

En Bolivia, la militancia del ELN en su mayoría había roto con el PCB, lo que implicaba la total adhesión al Estado Mayor del ELN, dirigiendo éste las decisiones de quienes estaban a sus órdenes. Esta distinción permite dividir lo que fue la preparación ideológica de los elenos chilenos, quienes recibieron su formación política al alero del PS, lo que implicó una variada gama de visiones dentro del espectro del socialismo, sin ortodoxias ni censuras teóricas. Como hemos señalado, el socialismo chileno, se nutrió y convivió con una serie de trayectorias políticas de izquierda, apuntando fuertemente a la cercanía con las corrientes del pensamiento latinoamericano y buscando la diferencia con el PC chileno.

En segunda instancia, la mayoría de los elenos chilenos que fueron a entrenarse a

Cuba adhirió a los postulados guevaristas, y luego del fracaso de la guerrilla, un buen número participó en Chile en el proyecto de Salvador Allende, en lo que se conoce como la vía chilena al socialismo. Es por esto que la adscripción militarista foquista no fue absorbida íntegramente por la mayoría de la militancia, rápidamente se adoptó una política de defensa del proceso de construcción que se estaba desarrollando, depositando las energías en idear una estructura partidaria que estuviera a la altura de las nuevas exigencias. Así, para el ELN, no sólo el guevarismo adoptado por sus compañeros bolivianos fue parte de su visión del proceso revolucionario, sino que también la compleja fusión de principios teóricos del fenómeno que condujo Allende. Félix Huerta recuerda: «La revolución podía adoptar distintas formas, en Bolivia era la lucha armada, pero en Chile había un proceso distinto, en el cual nosotros estábamos involucrados»<sup>176</sup>. En ese sentido, había una secuencia de pertenencia a un espacio de sociabilidad importante, como fue el PS chileno; a diferencia de sus camaradas bolivianos, mantuvieron su filiación política y las costumbres de ligazón institucional. En el caso del ELN boliviano, como comenta Gustavo Rodríguez Ostria, la situación fue diferente. La lógica de funcionamiento en torno a la discusión de la izquierda boliviana iba hacia la lectura, análisis e interpretación de los referentes más significativos del socialismo. En cambio, «la palabra en el ELN se hallaba suprimida»<sup>177</sup>.

Y como tercer elemento, cabe mencionar que fue siempre una línea difusa identitaria la autodenominación con que los miembros de la organización se reconciliaron. En ellos estuvo presente el concepto de fracción, organización, elenos o ELN. Era una orgánica interna dentro del PS, sin que fuese necesario romper con la tradición partidaria. Como había menos presencia del militarismo boliviano, podía convivir esa doble identidad, siendo parte de la habitual conducta sistémica. «...fuimos como socialistas a Bolivia», nos recalcó Carlos Gómez en su testimonio<sup>178</sup>. Podríamos entender este rasgo como parte fundante de la idiosincrasia de la militancia socialista chilena, que convivió en el seno de su colectividad con las tradiciones revolucionarias y socialdemócratas como parte de su hábitat político habitual, relacionándose en un partido de amplio espectro social, ajeno a la experiencia de un quiebre institucional. Como recuerda Altamirano: «Nosotros al aludir a los trabajadores en un sentido general, incluíamos allí también a los intelectuales, a los profesionales, a los empleados de clase media y no sólo al proletariado industrial... nosotros operábamos con un concepto bien ancho de clase trabajadora»<sup>179</sup>. Había, entonces, una brecha identitaria emanada de la composición del ser militante que la alejaba de las vivencias políticas de las orgánicas revolucionarias de otros

países, en donde se vivía entre la fricción partidaria, la expulsión por desviaciones de todo tipo o la censura amplia a la disidencia<sup>180</sup>.

## **Hacia el crecimiento de la organización: desde la preparación del nuevo foco hasta las acciones armadas rurales**

Entre mediados de 1968 y fines de 1970, los elenos vivieron el período de mayor notoriedad para el resto del mundo político. Se sumaron nuevos militantes al grupo y ejecutaron una serie de tareas tendientes a preparar la nueva guerrilla, siempre manteniendo el sigilo y el secretismo.

El período comprende el momento en que Inti se refugia en Chile y el final de la guerrilla de Teoponte, momento que coincide con la asunción de Salvador Allende a la presidencia, fenómenos que sumados comprenden la adaptación del ELN al nuevo escenario político.

Como hemos observado, luego de conocida la muerte del Che y de producido el rescate de los sobrevivientes cubanos y bolivianos, el régimen de Castro colaboró directamente, y con bastante entusiasmo, aunque en menor medida si lo comparamos con el inicio de la década, en lo que puede conocerse como la continuidad de la guerrilla boliviana guevarista. Estos no solamente facilitaron las bases de entrenamiento, entregaron apoyo económico y en armas, y posibilitaron los contactos con otras fuerzas insurgentes del continente, sino que, además, se dispusieron bajo la dirección de Inti Peredo como jefe de la guerrilla. Detrás de él se encontraban Pombo como jefe de operaciones y Benigno como jefe de la vanguardia. Como analiza el historiador boliviano Gustavo Rodríguez Ostria: «...era desde Cuba y no a partir de los integrantes del ELN de Bolivia, por lo demás alejados, raleados y perseguidos, desde donde se decidía la agenda, los plazos y a qué grupo se prefería tener como aliado en la nueva fase guerrillera»<sup>181</sup>. A diferencia de la preparación en Ñancahuazú, este proceso fue menos críptico y oculto que el anterior. En la medida de lo posible, se establecieron comunicaciones con otras organizaciones políticas y enlaces a nivel latinoamericano que intentaron convertir esta nueva empresa en una lucha continental. Así, por ejemplo, la izquierda trotskista boliviana tomó contactos con la dirigencia del ELN en Cuba para integrarse a la guerrilla<sup>182</sup>.

Bajo esta óptica, el conocimiento más detallado, el involucramiento, la acción directa y entrenamiento de chilenos en esta segunda fase fue evidente y significativa. Por ejemplo, Francisco Gómez se encargó de coordinar los contactos entre La Habana y La Paz. En Bolivia, Raúl Rigoberto Zamora, Dago o Mauricio, se ocupó de establecer vínculos con las organizaciones trotskistas bolivianas, focalizando su acción en la ciudad de Cochabamba. Beatriz Allende tuvo la misión de recibir a los integrantes elenos que venían desde Cuba e iban hacia Bolivia. Sus antiguos compañeros de ruta la recuerdan así: «Ella se encargaba de despedir a cada compañero que partía desde Chile hacia el altiplano, revisar la ruta, pasarlo por distintas casas de seguridad, recordar las claves, darle el último abrazo antes de partir»<sup>183</sup>. Para esos efectos, se comunicaba con la isla a través de una radio con la cual transmitía los mensajes. En esta tarea también colaboró Carmen Castillo, quien señala;

Recuerdo que durante un tiempo tuve que permanecer junto a un teléfono... A una hora precisa, cada semana, tomando un té, esperaba las llamadas y anotaba los mensajes junto a ella (Tati). Incluso me tocó viajar a La Paz a entregar un barretín. Se requería disciplina y rigor, pero no era más que eso, cosas pequeñas. Era más bien periferia de los elenos<sup>184</sup>.

En el norte, en la preparación de refugios de seguridad y pasos fronterizos para la internación de armas, colaboraron Jaime Sotelo y Alejandro Rodríguez, también dirigente de la Confederación de Trabajadores del Cobre. En los momentos en que la dirigencia boliviana estuvo en Chile, se encargaron de su seguridad Arnoldo Camú, Exequiel Ponce y Carlos Brain, entre otros. Manuel Cortés, por su parte, acondicionó diferentes camionetas para el traslado de armas hacia el norte. Cortés recuerda: «...empecé a fabricar explosivos. Teníamos otro taller dentro del taller principal... La fachada era un taller mecánico, de pintura y mecánica general. Adentro había unas doce habitaciones que usábamos como talleres»<sup>185</sup>. En definitiva, entre 1968 y 1969, Chile y los chilenos se insertaron de manera directa en la última fase de la guerrilla guevarista del continente, sellando con esto el vínculo más cercano entre la militancia chilena y la expansión de la Revolución Cubana.

Esta militancia se preparó en las bases militares cubanas, bajo la jefatura de

Pombo, quien daba clases sobre guerrilla y compartía cercanamente con los combatientes. En distintas oleadas, junto con un centenar de bolivianos, una veintena de argentinos, algunos peruanos, brasileños, uruguayos, guatemaltecos, venezolanos, hondureños, los cerca de treinta chilenos se prepararon para la nueva misión internacionalista, entre los cuales se encontraban Alfredo Lyon. Años más tarde recordará esta importante decisión:

Elmo no me dijo más y yo tampoco pregunté. Anhelaba una oportunidad de esa naturaleza. Vino la documentación falsa o el pasaporte a la vida clandestina y, más adelante, después de viajar en uno de aquellos aviones del tipo sólo Dios sabe si vuelvo, partí al entrenamiento para graduarme de guerrillero. Del frío pasé al trópico, de la brisa a un feroz ciclón, a pasarme por una vegetación exuberante, plagada de bichos que ni siquiera había imaginado. No fue duro... Es que estaba el idealismo que mueve montañas; cuando no hay idealismo, se pide la baja<sup>186</sup>.

Junto con Lyon partieron también, entre otros, en distintos momentos, Elmo Catalán, Beatriz Allende, Arnoldo Camú, Francisco Gómez, Carlos Gómez, Carlos Brain, Félix Vargas, Tirso Montiel, Raúl Rigoberto Zamora, Julio Zambrano, Félix Huerta, Jaime Sotelo, Danilo-Carlos Álamos, Jorge y Gonzalo, quienes desarrollaron distintos tipos de entrenamiento, donde se privilegió el adoctrinamiento físico y militar por sobre el político<sup>187</sup>. Aunque también, como señala Félix Huerta, se realizó una intensa preparación formativa en distintos ámbitos: lecturas políticas, geográficas; en el caso de Huerta, como médico del grupo, conocimiento sobre enfermedades tropicales. Inicialmente, en menor medida, se intentó continuar con la lógica guevarista. Huerta señala: «Entre las mochilas no sólo llevábamos armas, sino también libros»<sup>188</sup>.

De entre la tropa invisible cubierta por nombres políticos, cobró notoriedad y liderazgo Elmo Catalán. Este asumió como comisario político dentro del primer Estado Mayor, que estuvo conformado además por Inti, como jefe de guerrilla; los cubanos Pombo y Benigno, Estanislao Vilca Colque (Alejandro), Rodolfo Saldaña (Saúl), Jorge Ruiz Paz (Omar) y Adhemar, bolivianos, cubanos y un chileno, quien resaltó por sus cualidades políticas, manejo grupal, compromiso social, preparación en la formación de cuadros. Carlos Gómez recuerda así a su



compañero Elmo: «Tenía un planteamiento progresista; era avanzado entre los suyos, valiente, irradiaba confianza. Le hacía los discursos a Altamirano»<sup>189</sup>. No sólo fueron sus cualidades como revolucionario comprometido, sino que existió una trayectoria reconocida por el resto lo que avaló la posición de relevancia que adquirió Ricardo. Se menciona que:

Fue un grande, leal y servicial amigo de los trabajadores del cobre y de sus dirigentes. Con perdón de ellos y sin desmerecer sus extraordinarias condiciones, se puede decir que Elmo Catalán fue alma, motor, nervio impulsor de la Confederación de Trabajadores el Cobre... Y con el mismo fervor asesoró y ayudó a otros gremios, como los trabajadores del fierro, los del cuero y calzado, los empleados bancarios, etc., participando activamente en sus movimientos<sup>190</sup>.

Mientras se realizaba el entrenamiento de los internacionalistas chilenos en Cuba, en nuestro país, a una escala menor, se disponían de casas de seguridad y lugares retirados para realizar una preparación básica. Hernán Medina comenta: «Se controlaba la basura para no dejar cabos sueltos en manos del enemigo, y cada viernes en la tarde se realizaba una sesión de crítica y autocrítica»<sup>191</sup>. Esta sigilosa, selectiva y cuidadosa preparación fue parte del movido año 1968, fecha crucial en el quiebre entre las viejas estructuras tradicionales de poder y la irrupción de los nuevos actores juveniles, en su mayoría estudiantes universitarios. Junto con el desplazamiento de recursos con miras a la implantación del segundo foco, en Chile algunos socialistas comenzaron a concentrar fuerzas y acelerar el proceso de construcción del poder popular: una serie de acciones directas e implementación de escuelas de guerrillas fueron la muestra de que se vivía una etapa de aceleración latente. Esta convergencia entre los elenos ya preparados para la misión al mando de Inti y un conjunto de militantes socialistas rebeldes condujo al crecimiento del ELN chileno, en una segunda generación de militantes, entre 1968 y 1971.

Junto con generar una mayor decisión por parte de la joven militancia chilena, la noticia de la muerte del Che vino a coronar una serie de acciones directas en las que se hizo cuerpo la disposición de la Segunda Declaración de La Habana, donde el deber de todo revolucionario es hacer la revolución. A mediados de julio de 1968, en la localidad rural de San Esteban, cercana a la comuna de Los

Andes, en el fundo San Miguel, se produjo la toma de la propiedad por parte de distintos militantes de organizaciones campesinas, orgánicas que en su mayoría habían sido impulsadas por la política del gobierno de Frei Montalva de estimular la sindicalización del campo. Así, campesinos de San Esteban afiliados al Sindicato Comunal Alianza, a la Federación Campesina Liberación de Aconcagua y a la Confederación Campesina e Indígena Ranquil, más militantes socialistas que tenían algún tipo de preparación militar, coordinados en la CONAS, Comisión Nacional Agraria Socialista, participaron en la primera huelga legal campesina, que derivó en la toma armada del fundo de esa localidad.

No solamente esta acción de reivindicación campesina estuvo caracterizada por la irrupción armada: en un comienzo, los campesinos fueron apoyados y asesorados por dirigentes socialistas, en pos de garantizar el derecho legal a huelga. La por ese entonces senadora María Elena Carrera, recuerda la disparidad de fuerzas que se enfrentaron en dicha toma:

Yo estaba a cargo de la CONAS. Era muy importante ese departamento. Yo era la presidenta, en donde también participaba Rolando Calderón. Cuando se produce la huelga, yo voy a colaborar, organizando la olla común con las mujeres de San Esteban, con las mujeres del pueblo y ahí veo pasar seiscientos carabineros, doscientos a caballo y dos o tres tanquetas: era un ejército... Después de todo el enfrentamiento llegaron Altamirano, Adonis (Sepúlveda) y Salvador (Allende)<sup>192</sup>.

Junto a la senadora Carrera, también acudieron a prestar asesoría otros dirigentes socialistas, como Luis Muñoz, Arturo Zuleta y Julio Contreras. Pero los que tuvieron una participación más radical fue un grupo de jóvenes militantes del partido, la mayoría miembros de la Brigada Universitaria Socialista, jóvenes que arriesgaron sus vidas en la defensa de los derechos de los campesinos. Renato Moreau había tenido una inicial militancia en las JJCC, y producto de la muerte del Che, él junto con otros jóvenes rebeldes se declararon seguidores del mítico comandante. Esta condición les impidió seguir militando en el PC. Fue así que se acercaron al PS. En ese entonces, el partido era, como relata: «una bolsa de gatos y está dirigido por los guatones, reformistas. Pero existen revolucionarios

al interior del PS y queremos pelear porque el PS se convierta en un partido revolucionario»<sup>193</sup>. Junto a él, Hernán Coloma, estudiante de Periodismo y secretario sindical de la BUS, quien recuerda que uno de los debates al interior de la Universidad tenía que ver con la inserción real, la militancia política activa en los principales puntos de lucha, una Universidad abierta al pueblo. Coloma señala: «De ahí que pensáramos que nuestro deber como universitarios con real conciencia social era ir directamente a participar en las luchas del pueblo, en los sectores donde se expresa más vivamente»<sup>194</sup>.

Fue precisamente por este anhelo de hacer la revolución que fueron contactados por la CONAS, para ir a colaborar con los campesinos en la defensa armada del fundo San Miguel. Hernán Coloma recuerda:

Ramón Silva me comenta que «gente del CONAS te quiere hacer una propuesta». Nos reunimos al atardecer con Rolando Calderón, Pedro Cornejo, Gerardo Vidaurre y Héctor Martínez, y ahí me plantearon que había una huelga campesina... que estaba evolucionando, que se necesitaba apoyo para la huelga. Fue un tiempo muy bonito, porque me integré a vivir con los campesinos. En ese tiempo, otoño, llegó el tata (Renato Moreau)<sup>195</sup>.

La defensa del fundo se convirtió en un enfrentamiento con fuerzas del Grupo Móvil de Carabineros. El resultado final fue decenas de heridos y más de un centenar de detenidos. Los activistas fueron trasladados a la cárcel de Valparaíso en agosto de 1968. Es en este recinto penitenciario donde los rebeldes socialistas, dirigentes campesinos y universitarios deciden crear la ORGANA, grupo vinculado a la CONAS que trabajó con el objetivo de desarrollar la lucha armada rural en Chile. El ímpetu, el manejo de armas, la convocatoria y la organización que se había desarrollado en San Esteban no podían quedar truncados. Rolando Caderón comentaba por esos años que los campesinos:

...mantienen los mismos puntos de vista sobre la justicia de su lucha, pero con una diferencia: la cárcel endureció sus posiciones hasta un grado que no ha logrado la influencia de la teoría política. En el interior del penal, los 99 campesinos forman un grupo unido fraternalmente, al cual se han asimilado los

dos estudiantes (Coloma y Moreau) que cayeron a su lado en el ataque de los carabineros al fundo San Miguel<sup>196</sup>.

Y en ese sentido, la ORGANA estaba en condiciones de realizar un trabajo de acumulación de fuerzas, ya con un trabajo en las zonas campesinas, tendiente a desarrollar la lucha armada. Se vincularon con los sindicatos campesinos que comenzaron a aflorar por la Reforma Agraria, encontrando nuevos adeptos en las federaciones universitarias y utilizando los contactos de Rolando Calderón como dirigente nacional miembro del Comité Central del partido. Para los propósitos antes descritos y a diferencia de cómo operaba el ELN, la ORGANA decidió implementar escuelas guerrilleras básicas como parte de la preparación militar, supeditadas al trabajo de organización social en los frentes rurales. Es por esto que Renato Moreau y Jaime Sotelo iniciaron la formación de cuadros en una incipiente escuela guerrillera urbana en la zona del cajón del Maipo, en la localidad de Guayacán. Este lugar ya había sido terreno de una básica preparación física por Inti en su paso por Chile, siendo acompañado por Arnoldo Camú en largas subidas por la precordillera metropolitana.

En esta «escuela guerrillera» participaron pobladores, obreros y estudiantes de la BUS, la mayoría contactados por la ORGANA, en su intención de crear un referente de masas que se preparara para implementar la lucha armada en Chile; solamente seguían los postulados de su partido tras el último Congreso en Chillán. No obstante, la Policía de Investigaciones descubrió el lugar y realizó un allanamiento, revelando diversos tipos de materiales e indumentaria que podrían ser utilizados en la fabricación de armamentos. El subdirector de Investigaciones de ese entonces, Eduardo Zúñiga, enarboló la tesis inmediata de la participación socialista en dicha situación. La relación entre estas acciones y el proceso preeleccionario le trajo enormes complicaciones al PS. Según Zúñiga: «No sería nada de raro que esta escuela de guerrilleros la hayan formado elementos del Partido Socialista, que han corrido con colores propios. Los informes que tenemos nos señalan a la legua que aquí está la mano de socialistas y en ningún caso de miristas»<sup>197</sup>. En las semanas siguientes al descubrimiento de este incipiente centro de entrenamiento, fueron detenidos distintos militantes socialistas; Fernando González Calquín, Marco Antonio Valenzuela Cofré, Adrián Vásquez Cerda, Patricio Corbalán Carrera, (hijo de la senadora socialista María Elena Carrera) Fernando Valenzuela Solari y Domingo Blanco Tarrés.

Sin embargo, la detención y persecución de ciertos socialistas no apaciguó el anhelo de involucrarse en lo que por ese entonces implicaba el ascenso social de masas y la necesidad de la militancia revolucionaria por incorporarse a la lucha. A fines de 1969 y tras permanecer clandestino en San Antonio cerca de dos meses, Renato Moreau viajó por segunda vez a la zona de Valdivia a retomar el trabajo de movilización campesina que había comenzado a gestionar Rolando Calderón a través de la confederación sindical Ranquil. Aquí, junto con Hernán Coloma y un grupo de socialistas de la ORGANA, comenzaron a instalar una escuela guerrillera rural y un futuro campamento en la zona de Valdivia, en la localidad de Chaihuín. Aprovechando los trabajos de verano impulsados por la FECH, la zona se llenaba de estudiantes que trabajaban en la alfabetización de los habitantes del lugar. Otro grupo subió a la montaña emulando al Che, con el fin de aprender el oficio de combatiente. A primeras luces, la iniciativa revolucionaria iba en directa concomitancia con los nuevos aires del partido. No obstante, aún cuando existían ciertas afinidades entre compañeros de partido, hubo miradas críticas hacia este osado actuar. María Elena Carrera recuerda la situación;

Hicieron una escuela de guerrilla cerca de Valdivia, en Chaihuín. Yo no tenía idea; era gente de CONAS. Entonces después apareció un dirigente comunista, Jorge Insunza, que vino a decirme que cómo era posible que yo organizara una guerrilla en Chaihuín... Yo me habría opuesto a eso: eran aventuras sin mucho sentido político<sup>198</sup>.

Entre enero y mayo de 1970, se montó un pequeño campamento equipado con rudimentarios insumos guerrilleros: armamento básico, manuales, propaganda, alimentos, refugios, herramientas y otros. Más que un proceso de formación guerrillera, el objetivo de la ORGANA y del trabajo en Chaihuín era la conformación de un contingente que estuviera dispuesto a resguardar el posible triunfo de Allende en las elecciones de septiembre de ese año. Renato Moreau recuerda: «...estábamos preparándonos no para atacar al Estado, sino que para defenderlo»<sup>199</sup>. Lo complejo es que el partido estaba abocado a la campaña presidencial de Salvador Allende y sus energías formales puestas en el proceso institucional. En mayo de 1970 el campamento fue detectado por Carabineros y el Ejército, y fueron detenidos, Renato Moreau, Rigoberto Quezada, Jaime

Briones, Luis Alberto López, Víctor Muñoz y Sergio Torres. La complicación vino cuando todos se declararon socialistas. Se generó una enorme y bullada fricción entre la dirigencia de la UP y aquellos sectores que deseaban acelerar el proceso, siendo blanco de la prensa de izquierda menos radical que buscaba denostar las acciones armadas directas<sup>200</sup>.

Todas estas tareas emprendidas por sectores del socialismo, mayoritariamente jóvenes, buscaban demostrar que luego de las declaraciones del Congreso de Chillán y de conocida la muerte del Che, existían militantes decididos a emprender el camino de la lucha armada vinculada al trabajo campesino. Eran, además, una expresión, junto con el ELN, de una izquierda que se fogueaba en la experiencia revolucionaria, que tenían objetivos claros, pero que, también, se sentían parte de la identidad del PS, teniendo nexos con la alta dirigencia, buscando inclinarlo hacia posiciones más radicales<sup>201</sup>. En agosto de 1970, la ORGANA y el ELN comenzaron a trabajar bajo una sola dirigencia y un solo norte<sup>202</sup>. Hernán Coloma recuerda: «Ricardo Pincheira nos cita a un grupo y nos dice que ahora formamos parte del glorioso ejército del Che Guevara. Yo me mantuve en el PS y no integré el grupo»<sup>203</sup>. Ahora el ELN no solamente estaba constituido por militantes con vínculos en el sector minero o universitario, sino que también se involucraban en el grupo compañeros que tenían un trabajo campesino en zonas rurales. Se abría el abanico, se expandían los contactos y se comenzaba a hablar de los elenos<sup>204</sup>.

## **Los chilenos en la montaña: la guerrilla de Teoponte**

Entre 1969 hasta inicios de 1971, la organización alcanzó su momento de mayor desarrollo. El escenario interno y la discusión dirigencial del PS les daba a los elenos la posibilidad de accionar y disponer de los medios necesarios para emprender la tarea que se habían encomendado. Como hemos observado, los socialistas chilenos edificaron un discurso rupturista que mantuvo un tono revolucionario hasta poco antes de la proclamación de Salvador Allende como candidato de la UP. El Pleno del Partido, celebrado entre el 11 y 13 de julio de 1969, ratificaba la necesidad de fortalecer una organización rupturista que condujera a los sectores más decididos en pos de instaurar un Estado Revolucionario. Todas las formas de lucha eran válidas, tanto las que se libraban

al interior de la institucionalidad como aquellas que se preparaban para el enfrentamiento directo con la burguesía y el imperialismo norteamericano. Señalaban que era vital: «...impulsar la lucha social y política basándose en la estrategia del Frente de Trabajadores, concepción revolucionaria que se ha ido materializando en la acción directa y permanente de obreros, campesinos, pobladores y estudiantes»<sup>205</sup>. Las fuerzas internas del PS volvían a posicionar con energía una antigua estrategia política de clase que no cediera espacios a los sectores reformistas, y que había sido ya encumbrada por los viejos cuadros trotskistas de fines de la década de los cincuenta.

No obstante, las definiciones internas, las alianzas con otros sectores de la izquierda, el realismo político, dirían algunos, terminaron por decantar en una línea de colaboración más amplia conocida como la Unidad Popular. Lo importante de recalcar es que, pese al fracaso de la guerrilla del Che y a la aparente disminución de las acciones de las diferentes organizaciones político-militares que emergieron en la larga década de los sesenta, todavía existían, al interior de los sectores dirigentes del PS, posiciones, colaboraciones y amplias simpatías por una línea más radical, en donde se estructuraba como espina dorsal la urgencia de preparar a un contingente de militantes en materias propiamente militares. Esto no hubiese sido posible, en la magnitud que este proyecto abarcó, sin la venia y apoyo verbal de influyentes personajes que desde dentro del partido colaboraron con este plan.

El camino conducente hacia un nuevo foco guerrillero comenzó en Cuba. Un contingente cercano a la treintena de militantes se mantiene en distintas oleadas viajando a la isla para entrenarse militarmente y preparar, al mando de Inti Peredo, la segunda fase de la guerrilla guevarista. Otros realizan diversas tareas con miras a acondicionar el terreno propicio para el inicio de la lucha armada, trasladándose a Bolivia a cumplir distintas tareas: implementación de la red urbana, recolección de dinero, inspección de los pasos fronterizos en el altiplano, búsqueda de casas de seguridad, preparación de los pertrechos, envío secreto de material e implementación de la infraestructura de comunicación. Inti Peredo recuerda el amplio despliegue en condiciones extremas del norte chileno:

Por Chile, justamente, ingresamos al país cruzando la frontera, la cordillera y, bueno, habían compañeros que ya tenían la experiencia de todo el sur del país... ahí tuvimos que sobrevivir durante un buen tiempo para cruzar a los compañeros

que venían a reforzar la columna guerrillera, entonces ahí hacíamos sobrevivencia; increíble, a ese nivel de altura –más de cuatro mil metros– teníamos toda una infraestructura<sup>206</sup>.

Su hermano Chato Peredo comenta la importancia de la zona y del apoyo de chilenos en esta campaña. Su soporte no representó una señal solamente de internacionalismo, sino que fue una pieza fundamental del entramado logístico del proyecto continental. Chato señala: «Siempre teníamos compañeros chilenos porque por ahí era, digamos, el punto de convergencia, de tránsito, tanto para salir como para entrar al país; había toda una red urbana cuya principal fortaleza era un equipo que teníamos en Chile»<sup>207</sup>. Comparativamente, fue una edificación que superó a la anterior etapa de preparación de Ñancahuazú. Las medidas de seguridad se ampliaron para evitar, en lo posible, la delación y detección. Los combatientes en preparación no debían escribir diarios ni testimonios de su cotidianidad. Se utilizaron manuales de los partisanos franceses de la Segunda Guerra Mundial y se establecieron contactos entre mineros, campesinos, militares, estudiantes, docentes, labores en las cuales los elenos chilenos tuvieron un rol decisivo.

Entre 1969 y 1971, entre el círculo más cercano que tomaba las decisiones, el círculo aledaño que colaboraba y se involucraba en las tareas, y los colaboradores del círculo más periférico, los elenos componían cerca de cien militantes, repartidos entre Santiago, Valparaíso, Concepción, Valdivia y el norte de Chile. Entre el primer contacto de Jaime Barrios Meza con Elmo Catalán para conformar este grupo, a fines de 1966, y la decisión, en el otoño de 1971, de disolver el ELN, los elenos, en distintos grados de participación, fueron los siguientes: Elmo Catalán, Arnoldo Camú, Beatriz Allende, Exequiel Ponce, Félix Huerta, Carlos Lorca, Francisco Gómez, Carlos Gómez, Eduardo Long Alessandri, Jaime Sotelo, Rolando Calderón, Celsa Parrau, Walterio Fierro, Félix Vargas, Eduardo Paredes, Renato Moreau, Néstor Figueroa, Raúl Rigoberto Zamora, Domingo Blanco Tarrés, Francisco Cattani, Juan José Montiglio, Ricardo Pincheira, Manuel Cortés, Enrique Ramos, Enrique Huerta, Hernán Medina, Nieves Ayress, Rina Valvederessi, Daniel Gutiérrez, Miguel Álvarez, Patricio Quiroga, Fernando Quiroga, Ernesto Gutiérrez, Osvaldo Arteaga, Paulina Weber, Eduardo Carvallo, Gaspar Gómez, Pedro Plaza, Sergio Pineda, Alfredo Lyon, Roberto Sancho, Carmen Castillo, José Miguel Celis, Julio Olivares, Guillermo Véliz, Tirso Montiel, Carlos Brain, Julio Zambrano, Hilario



Ampuero, Calixto Pacheco y una serie de nombres de políticos cuya identidad y comprobación el autor no pudo constatar<sup>208</sup>.

La preponderancia de los chilenos internacionalistas quedó evidenciada al asumir Elmo Catalán funciones dentro del estado mayor del ELN. El resto de la dirección del contingente lo componían Inti como jefe de la guerrilla, Pombo como jefe de operaciones, Benigno como jefe de vanguardia, Alejandro como segundo jefe, Saúl como jefe de retaguardia, Omar como segundo jefe de la retaguardia, Caimán como jefe médico, y Ricardo, como comisario político. La conocida guerrilla de Inti tuvo un comienzo y despegue más auspicioso que su predecesora del foco de Ñancahuazú. Había elenos circulando en Cuba, Bolivia, Chile y la frontera argentina. Fue, como afirma el historiador Gustavo Rodríguez Ostria, una guerrilla mejor preparada que la del Che: hubo un mayor conocimiento de los involucrados en la preparación, se dejó atrás el hermetismo característico de la experiencia conducida por el Che, se realizó un mayor tiempo de instrucción militar, había un mejor apoyo urbano, se trabajó de mejor forma en la vinculación con otros frentes políticos, incluidos el PC boliviano y el PS chileno. Sin embargo, todas estas fortalezas fueron convirtiéndose en debilidades a medida que el año 1969 comenzaba a avanzar. Fue el año decisivo en el futuro de esta empresa.

En primer término, el gobernante de Bolivia, René Barrientos, militar que derrotó a la guerrilla del Che, murió cuando el helicóptero en que viajaba cayó a tierra accidentalmente. La sucesión en el mando pasó de manos de Luis Adolfo Siles al general Alfredo Ovando y luego a Juan José Torres. La situación de Bolivia no era clara ni previsible. Los cambios en la política de los militares bolivianos fluctuaban desde la represión al movimiento obrero hasta, inclusive, una cercanía con la URSS y un plan de nacionalización de determinadas empresas. Este ambiente, percibido rápidamente por los cubanos, replanteó la decisión de La Habana de involucrarse directamente en el proyecto revolucionario en construcción, dudando de las reales opciones del foco. Esto se tradujo en un retardo en la salida de los combatientes desde la isla y, finalmente, la ausencia de cubanos en la columna guerrillera<sup>209</sup>.

En segundo lugar, a partir de julio del año decisivo, diversas casas de seguridad comenzaron a ser descubiertas por los servicios secretos bolivianos. Es en Cochabamba cuando el ejército boliviano encuentra el escondite de un grupo del ELN, donde estaban, Rita Valdivia, Maya, militante a cargo de la red urbana de la ciudad, y Rigoberto Zamora Sasso, Dago, con quien tenía una relación

amorosa. En el enfrentamiento muere Maya y Dago es detenido. Un mes más tarde aparece muerto de un disparo en la nuca. Zamora Sasso había iniciado su militancia en las juventudes socialistas; de ahí pasó a integrar la Vanguardia Revolucionaria Marxista y el MIR, realizando instrucción militar en la República Popular China y en Cuba<sup>210</sup>.

La muerte de Dago representó la primera caída de un chileno internacionalista en Bolivia, heredero directo del proyecto continental del Che. No obstante, este golpe no fue el primero ni el más relevante. Producto de la infiltración del grupo, quizás de la masividad del reclutamiento, es que en septiembre del mismo año, en La Paz, fue descubierta la casa donde se encontraba Inti Peredo. Luego de un enfrentamiento con el ejército, fue abatido mortalmente. Más allá de la desaparición del promotor del relanzamiento de la guerrilla, los apoyos, las fuerzas y la dirección comenzaron a debilitarse.

La dirección de la guerrilla quedó en manos de Osvaldo Chato Peredo, hermano de Inti. Esta sucesión no se produjo por condiciones políticas o militares, fue más bien una movida influenciada por los cubanos. Había una suerte de herencia revolucionaria que debía prevalecer y resguardarse. Rodolfo Saldaña era el segundo hombre en la dirección. Saúl planteó como medida de seguridad el repliegue de las fuerzas y la retirada hacia Chile. Los cubanos, todavía presentes, desecharon esa posibilidad y desplazaron de la dirección a Saldaña. Otra alternativa para la jefatura era Ricardo, Elmo Catalán, quien poseía altas condiciones de líder. Edison Segade Jurado recuerda: «La disciplina y energía de Catalán le podría haber servido para ser el jefe del ELN»<sup>211</sup>. Uno de los combatientes bolivianos muertos en la guerrilla, Néstor Paz Zamora, Francisco, relata en su diario de campaña la falta que le hacía al grupo la presencia de un líder capaz de cohesionar y potenciar la actitud de los combatientes, para ese entonces en franca debilidad. Ese cabecilla habría sido Ricardo. No obstante, la posibilidad de que un chileno condujera la guerrilla boliviana hizo dudar a los altos mandos.

La asunción de Chato llenó el vacío en la conducción, pero generó enormes dudas en torno al futuro de la empresa. El nuevo mando carecía de los contactos con posibles fuerzas revolucionarias en Bolivia y no contaba con la total confianza de los cubanos, a esas alturas distantes del proceso, pero nunca ausentes. El mismo Edison Segade Jurado rememora: «Nunca hubo una charla política del Chato, jamás. El Estado Mayor era hermético, hacían y deshacían»<sup>212</sup>. Este rasgo hizo que el reclutamiento fuera menos selectivo y

precario a la vez. El nuevo ELN podía decidir sin la intervención directa de los cubanos, para lo cual reclutó a un grupo de combatientes sin la preparación militar del primer contingente que estuvo en Cuba. Entre ellos, militantes del PS chileno como Calixto Pacheco, que con una pequeña instrucción en manejo de armamentos llegó hasta Bolivia gracias a los contactos de Carlos Gómez en la zona minera. Carlos Brain trajo a su hermano Hernán, quien trabajó en la red urbana boliviana. Junto con ellos, un conjunto de simpatizantes de izquierda vinculados a organizaciones cristianas: José Miguel Celis, que perteneció a la Juventud Obrera Católica, y Julio Olivares Romero. La mayoría de estos nuevos combatientes se estableció en Bolivia entre febrero y marzo de 1970 como una muestra más de que la operación Teoponte no retrocedería. Pese a los deslices y caídas, estaba en juego la liberación del continente.

No obstante, el cúmulo de tropezones finalizó en junio de 1970, cuando se conoció la muerte Elmo Catalán y su pareja, la estudiante Jenny Koller. Uno de sus biógrafos comenta: «Ricardo, con su compañera Victoria, habitaba desde marzo de 1970 una casa de seguridad del ELN en Cochabamba. Ya estaba previsto que ella quedaría de responsable de la organización en la ciudad cuando él partiese a la guerrilla»<sup>213</sup>. El incidente no sólo fue un fuerte golpe para la fortaleza de la organización, sino que además fue una de las noticias más renombradas por el carácter público de Ricardo. La información apareció primeramente como una acción más de los coletazos de la Guerra Fría: la mano de la CIA tras los pasos de los revolucionarios latinoamericanos cobraba dos nuevas víctimas. Estos crímenes, a los ojos de la izquierda chilena, eran una acción más del manejo oculto de la oficina de inteligencia norteamericana. La Revista Punto Final analizó la situación de esta forma: «La CIA maneja el aparato represivo de la dictadura boliviana. Sus agentes, los asesinos del Che y de Inti Peredo, son los mismos que han cometido este nuevo crimen»<sup>214</sup>.

Este duro revés para la organización coincidió con una compleja situación que ponía nuevamente en disyuntiva las decisiones: el nombramiento por cuarta vez consecutiva de Salvador Allende como candidato del PS para las próximas elecciones. Pese a la incredulidad y al rechazo por parte de ciertos socialistas de la real posibilidad de triunfo, había elementos contextuales que hacían pensar en la obtención del triunfo: el gobierno de la DC había sufrido un desgaste evidente en los últimos años, sobre todo en el manejo de las altas expectativas de los sectores medios empobrecidos. Por otra parte, se evidenciaba una creciente debilidad en la derecha chilena, lo que sumado a las señales de mayor unidad programática en los conglomerados de la izquierda, hacía presumir que esta era

la ocasión del triunfo popular.

Este contexto, la muerte de Elmo Catalán y la cercanía de las elecciones presidenciales en Chile, fueron las razones para que un grupo de militantes decidiera replantearse el éxito de la sublevación. Un grupo de elenos que estaba en Bolivia y otros en Cuba optaron por abandonar la misión guerrillera y volver a nuestro país a ocuparse de otras misiones: el nuevo candidato necesitaba de un contingente que le brindara la seguridad necesaria. Retornaban a Chile Francisco Gómez, Carlos Gómez, Félix Vargas y Félix Huerta<sup>215</sup>.

El resto subió al monte en julio de 1970. El grupo lo conformaban 67 combatientes, entre los cuales se contaban los chilenos: Julio Olivares, Cristián; Tirso Montiel, Pablo; Carlos Brain, Peruchín; Julio Zambrano, Pepechá; Hilario Ampuero, Poropopó; Guillermo Véliz, Gastón; José Miguel Celis, Alberto; y Calixto Pacheco, Rogelio. Era el mayor número de extranjeros del contingente. En tanto, en las ciudades bolivianas, permaneció una veintena de elenos chilenos colaborando en la red urbana. Sin embargo, el destino de esta segunda fase de la guerrilla guevarista fue rápidamente sellado por el ejército boliviano.

Entre mediados de julio y fines de octubre de 1970, la columna comandada por Chato Peredo libró diversos combates con el ejército enemigo. La historia de Teoponte estuvo marcada por la debacle, la penumbra y la desolación en la que operó el ELN. La decisión de entrar rápidamente en contacto con el ejército boliviano, denotando así tempranamente su presencia, fue uno de los primeros errores en la dirección del hermano de Inti Peredo. Hubo problemas de comunicación y contacto con el exterior: no hubo enlaces con la red urbana al no contar con una radio. No existió colaboración del campesinado del sector: fue un grupo de soñadores armados y aislados que deambuló por la zona. A esto se sumó la carente preparación de los combatientes. Estos debían conseguir su propio armamento y suplir con la improvisación la precaria instrucción militar. De los 67 combatientes, sólo un tercio estuvo en Cuba, lo que develó la falta no sólo de efectividad militar, sino, además, la débil preparación política. Se hizo constante la indisciplina, robo de alimentos y desertiones del grupo.

La participación de los chilenos en las montañas bolivianas también tuvo elementos de esta tragedia. Así lo recuerda en su diario Néstor Paz Zamora, Francisco, uno de los combatientes bolivianos del contingente internacionalista:

Hemos tenido una serie de peripecias, división de la columna en dos grupos, dos choques con el Ejército, compañeros caídos y resultado halagüeño y difícil a la vez. Doloroso porque hemos perdido contacto con parte de nuestra columna y que tiene gente valiosísima. Y por último, la pérdida de compañeros valorables como Gregorio, Condorito, Pablito y no sé si alguno más. Es cierto que nos estamos fogueando, pero el precio es alto<sup>216</sup>.

En una emboscada del ejército, el 29 de agosto en la localidad de Chocopani, cayó Tirso Montiel. Pablo había sido integrante de Carabineros de Chile. Como oficial, conoció las contradicciones de una sociedad cada vez más empoderada de sus derechos. A fines de 1962 dejó las filas de la institución para comenzar a trabajar en el laboratorio Farmoquímica del Pacífico en Santiago. Oriundo de Castro, Chiloé, comenzó en Santiago a acercarse al PS gracias a la influencia de su hermano Aldo. Su hermano recuerda: «Al final tuvimos diferencias ideológicas con Yayo (Tirso), y no capté el momento en que sus ideas socialistas fueron más de avanzada... Nunca Yayo me comentó que ingresó a los elenos, lo supe posteriormente cuando regresó de Cuba»<sup>217</sup>. Su viaje a la isla, fue parte del proceso de reclutamiento que dirigía Elmo Catalán. Este vio excelentes condiciones en Pablo, no sólo de liderazgo, sino que también en el aspecto militar debido a su formación como carabinero. Esto lo utilizó para adiestrar a sus compañeros en la nueva fase guerrillera.

Más adelante, en los primeros días de septiembre, morían combatiendo Julio Zambrano e Hilario Ampuero. Pepechá había estado en Cuba ya desde diciembre de 1960, donde llegó con su familia debido a que su padre se trasladó a la isla a colaborar con la revolución. Hilario Ampuero, Poropopó, militó originalmente en el MIR, para luego integrarse al PS. Se involucró tempranamente con el proyecto revolucionario continental, participando en el rescate de los bolivianos Inti y Darío. Fue tomado prisionero por el ejército a fines de septiembre y fusilado más tarde. Pero no solamente el enemigo fue el encargado de eliminar a los revolucionarios. Transcurrido más de un mes desde el inicio de las acciones y ante la seguidilla de fracasos de toda índole, la desesperación y el desánimo empezaron a desbandar a la tropa. Carlos Brain, uno de los antiguos militantes elenos que se había involucrado desde temprano en la empresa revolucionaria, robó dinero y alimento junto con un compañero. Chato, utilizando las normas del código revolucionario, lo fusiló en medio de la montaña boliviana. Peruchín era militante socialista y se había unido al grupo también a través de Elmo Catalán.

Por intermedio de este había colaborado en Chile estrechamente con Inti, y en el foco de Teoponte actuaba como ayudante de Chato, antecedentes que no bastaron para salvarlo de la ética revolucionaria. Un mes antes del fin de las acciones, en un enfrentamiento con el ejército, cae Cristián, Julio Olivares, estudiante de filosofía sin filiación militante, pero de inclinación cristiana. Tenía veinte años al momento de morir. La debacle no sólo fue una acción propiciada por la fuerza del enemigo, del ejército boliviano y con el apoyo de EE.UU., como comenta el historiador Patricio Quiroga, los derrotó además: «...la dureza de la selva, la falta de recursos, la indiferencia de los campesinos y la falta de una estrategia que subordinara la guerra a la política. La derrota fue total sin apelación»<sup>218</sup>.

En tanto, en las ciudades bolivianas, la red de solidaridad con la guerrilla comenzó a operar para auxiliar al grupo. Diversas manifestaciones estudiantiles y huelgas obreras configuraron el panorama de adhesión al escuálido contingente revolucionario que para fines de octubre aún sobrevivía. La situación nacional boliviana se inclinó a favor de los guerrilleros cuando el militar nacionalista Juan José Torres tomó el mando de la nación en medio de una intensa agitación popular. El nuevo gobierno intentó negociar con la guerrilla, permitiendo la protección de los integrantes del ELN. Una comisión pacificadora prestó auxilio en colaboración con los mineros del sector. De los nueve sobrevivientes, entre los cuales se encontraba el jefe de la columna, Chato, también lograron sobrevivir al hambre, a las condiciones del tiempo y al acoso del ejército tres chilenos: Guillermo Véliz González, Gastón, militante socialista y dirigente sindical. Luego de la guerrilla de Teoponte, regresó a Bolivia, y como militante del ELN combatió a la dictadura de Hugo Banzer. Murió en La Paz en 1972. Por su parte, José Miguel Celis, Alberto, al regresar a Chile murió supuestamente ajusticiado por otros miembros del ELN sin identificación. El único chileno que sobrevive al día de hoy es Calixto Pacheco, Rogelio. Néstor Paz Zamora, Francisco, los recuerda en su diario de campaña en un tono muy afectuoso y cercano: «Es un grupo de amigos invalorable...creo que de aquí saldrá algo bueno»<sup>219</sup>. Pacheco fue dirigente socialista de la mina de cobre de El Salvador, en el norte de Chile, y llegó a involucrarse con los elenos a través de Carlos Gómez y Elmo Catalán.

La densidad histórica de estos episodios hace aparecer en los sujetos revolucionarios una carga mayor de adrenalina, y la sobredimensión de la realidad se encarga de agudizar determinados elementos: emocionalidad latente, valor humano, resignificación de la lealtad, exaltación del compañerismo,

enaltecimiento del sacrificio, ingredientes que escapan de la lógica cotidiana y que se enmarcan dentro de lo excepcional que representa la construcción del nuevo orden social bajo el filo constante de la muerte. Los chilenos son recordados con estos parámetros por Francisco, combatiente boliviano:

Yo voy en el Estado Mayor como político, y hemos hecho con Chato, Omar, Dante (campesino) y Gastón (Guillermo Véliz) un grupo homogéneo y nos llevamos perfectamente bien. En el centro como grupo humano, hemos llegado a un cierto grado de intimidad, aparte de lo que nos queremos con el Negro Omar. Hay otros dos tarijenos, Jesús y el Chapaco Adrián, y el grupo de amigos ya viejo: Quirito, Rogelio (Calixto Pacheco), Omar, etc. etc. que son invalorable. Creo que de aquí saldrá algo bueno, bueno de veras, que cambiará la Historia de este país<sup>220</sup>.

Al otro lado de la cordillera, entre los meses de julio y noviembre de 1970 en Chile se producía un hecho que remecería a la izquierda mundial y con seguridad también a la derecha: el doctor Salvador Allende había obtenido la primera magistratura y asumía el mando de la nación los primeros días de noviembre. Coincidente con este gran salto del mundo popular, los sobrevivientes de la guerrilla de Teoponte arribaban a suelo chileno. Provenientes de La Paz, llegaron a Arica los cinco bolivianos junto a los tres chilenos. Los acompañó una comisión de garantes compuesta por un médico de la Cruz Roja, el rector de la Universidad San Andrés de La Paz y el párroco de Tipuani<sup>221</sup>. Pero no sólo ellos protegían al grupo, también se organizaron los estudiantes y profesores de la Universidad del Norte, que proveyeron de ropa y alimentación a los combatientes. Quien se responsabilizó por velar por su situación legal de asilados políticos y del traslado a Santiago, que se produjo el 10 de noviembre, fue el abogado del Ministerio del Interior Arnoldo Camú, por ese entonces número uno del ELN chileno<sup>222</sup>.

No sólo Camú tenía una nueva tarea, el resto de los militantes socialistas que en diferentes etapas y con distintas intensidades había colaborado de alguna u otra forma en estructurar un proyecto de revolución continental, para fines de 1970 comenzó a desempeñar nuevos quehaceres en la consolidación del gobierno popular, los que contemplaban, entre otras cosas, la defensa del poder. Para estos

cauces, dentro del PS existía un número importante de militantes que poseía no sólo preparación de inteligencia, seguridad y defensa, sino que, además, tenía la convicción de que había que volcar las fuerzas en la nueva situación chilena. Aquí comenzaba una nueva tarea para los elenos y finalizaba la fase de preparación y participación en la guerrilla. Félix Huerta comenta: «Nosotros pensábamos en la lucha armada para Bolivia. Para el caso chileno, otras eran las tareas»<sup>223</sup>.

La asunción de Allende significó no sólo la esperanza para los sectores más desposeídos, sino que implicó un refugio para los revolucionarios del Cono Sur: tupamaros, montoneros, ELN de Perú, ERP argentino, entre otros, encontraron abrigo contra la persecución y además una oportunidad de establecer nuevos nexos con los grupos de la izquierda revolucionaria chilena. Este fue el caso de los resabios del foco de Teoponte. Chato Peredo se refugió en Chile tras la derrota militar, y junto con el resto de la familia Peredo, gozó de la hospitalidad del ELN chileno.

Una vez repuesto del cansancio luego del combate, Chato le plantea a la dirección chilena la posibilidad de relanzar nuevamente la guerrilla en Bolivia. Con Agustín a la cabeza, el ELN chileno decide no involucrarse directamente en las acciones. Renato Moreau recuerda:

Al poco tiempo de esto (triunfo de Allende), llega Chato, Omar y Debray a Chile, buscando la mantención de los lazos. No obstante, la dirección nacional (ELN chileno) plantea que las tareas prioritarias ahora están en el proceso chileno, y que deben tener una dirección nacional, y desde acá, como parte del Estado, apoyar la continuidad del proyecto boliviano<sup>224</sup>.

La colaboración de los elenos chilenos con el nuevo proyecto revolucionario en Bolivia fue disímil. Por una parte, la dirección de Arnoldo Camú no entorpeció las tareas que se desarrollaron en Chile: resguardo de material, entrenamiento y reclutamiento, entrega de recursos financieros, etc. Félix Huerta señala: «Nunca nos desvinculamos del todo con Bolivia, siempre se mantuvo una colaboración con el grupo de Chato»<sup>225</sup>. Pero, por otro lado, no deseaban, en su mayoría, una participación directa en la lucha armada. Había un presidente socialista en La



Moneda y esto podía traer tensiones contraproducentes para el proceso en marcha. Bajo la misma línea de argumentación, Hernán Coloma recuerda: «Entre diciembre y enero, antes del congreso de La Serena, ellos deciden integrarse al PS y seguir la línea de Allende y no continuar con lo de Bolivia»<sup>226</sup>.

## **Un nuevo proceso en marcha: inteligencia y seguridad. El GAP y el aparato militar del partido**

Como hemos expuesto, el ELN chileno utilizó los medios de que disponía para inclinar al PS hacia definiciones más claras en torno a la construcción revolucionaria. Este movimiento interno del partido osciló en la medida que la concepción revolucionaria fue cambiando de norte. Hubo un giro desde la debilitación de la guerrilla de Teoponte hacia el fortalecimiento del fenómeno del allendismo. El bagaje de los elenos se requería ahora en las nuevas tareas del gobierno popular, sobre todo en aspectos de seguridad e inteligencia.

Al igual que el ELN, la formación del GAP, el grupo de seguridad e inteligencia de Allende, estaba fuera de la institucionalidad del partido y, por ende, debían actuar inicialmente en forma secreta y sigilosa, y guardar extrema cautela para poder cumplir con los objetivos. Esta misma condición dificulta la claridad en la indagación histórica, existiendo diversas versiones sobre la conformación del grupo.

Lo que sí podemos afirmar es que el origen del GAP está en una propuesta de un círculo cercano a Allende que se fraguó con años de anticipación. Entre estos, estuvo el también doctor Eduardo Paredes, Coco, miembro de la red del ELN, integrante del Comité Central del partido desde 1968, que acompañó al entonces senador, a mediados de 1969, a una gira por países de la órbita comunista: Corea del Norte, Vietnam y la URSS<sup>227</sup>. Al retornar a Chile, la campaña ya estaba en marcha y el candidato Salvador Allende requirió de un dispositivo de seguridad acorde a la tensión que provocaba el alza en el movimiento revolucionario y lo que su candidatura representaba entre ciertos sectores. Dada la preparación de los socialistas en materia de inteligencia y seguridad, se formó un pequeño grupo de colaboradores. Eduardo Coco Paredes junto a Osvaldo Puccio, Jaime Suárez, Augusto Olivares y Rodolfo Ortega comienzan a diseñar y contactar a aquellos

integrantes del primer GAP. Los elenos escogidos fueron Francisco Gómez, Fernando; Enrique Huerta, Kike; Félix Vargas, Luisito y los miristas, Max Joel Marambio, Mario Melo, Mario Superby, Humberto Sotomayor, Sergio Pérez Molina y Arnoldo Ríos<sup>228</sup>.

El GAP tuvo un rápido crecimiento. Para fines de 1970 ya estaba compuesto por una veintena de elenos, entre los que se contaban Domingo Blanco, Manuel Cortés, Miguel Fuentes, Osvaldo Arteaga, Jaime Sotelo, Enrique Ramos y Juan José Montiglio, entre otros. La organización se comienza a estructurar de forma compartimentada, con secciones y grupos con tareas específicas. Estaba la escolta, cuya misión era rodear los anillos de seguridad del presidente, a cargo de Domingo Blanco, Bruno, quien asumió la dirección después de la salida del MIR en 1972. Otro grupo se encargaba de planificar las salidas de Allende, coordinándose con los otros organismos de gobierno. Un tercer equipo a cargo de Juan José Montiglio, Aníbal, se responsabilizaba de la seguridad, preocupado de las casas oficiales y lugares que frecuentaba el candidato y futuro presidente. El cuarto grupo se encargaba de servicios y abastecimientos. Finalmente, estaba el quinto grupo de inteligencia, que recolectaba información sobre supuestos atentados, por lo que permanecía en constante contacto con Carabineros y Policía de Investigaciones.

El fenómeno del GAP y la participación de los elenos en este dispositivo abren ciertas interrogantes en el proceso de formación que nos hemos planteado. Existe un evidente giro del ELN chileno en torno a las acciones y energías puestas. Antes de 1969, estaban abocados a la colaboración y participación en la formación del foco guerrillero en Bolivia, y un año más tarde eran parte de la escolta del nuevo presidente socialista. El historiador Cristián Pérez ha planteado que se trata de una mutación radical de sus concepciones teóricas y de sus actividades revolucionarias. Se adecuan a la realidad chilena, desechando la teoría del foco guerrillero, para adherirse a la estrategia allendista de conquista pacífica del poder<sup>229</sup>.

En primer término, tanto la composición del ELN chileno como la formación del GAP presentaron características similares. Ambas eran organizaciones secretas, compartimentadas y que se crearon en función de un objetivo mayor: involucrarse directamente en un proceso revolucionario. Así, el ELN nació como red de apoyo a una lucha que se libró en suelo boliviano y que adquirió particularidades continentales. En este marco, estuvo adscrito en primera instancia a la jefatura cubana y luego a la boliviana, presentando marcos de

acción acotados a los objetivos estructurales. En el caso del dispositivo de seguridad de Allende, prestaba un servicio de protección e inteligencia para resguardar el proyecto político de la UP. Ambas organizaciones utilizaron estructura e infraestructura que debía responder a las lógicas de inteligencia y fuera de los marcos legales. Nombres, documentos, recursos, vínculos, reuniones, debían estar bajo el más estricto cuidado. Fueron los elenos primero y el GAP como continuación los depositarios de una concepción de construcción organizativa donde el aspecto militar forma parte de una estrategia, tanto para hacer la revolución como para defenderla. Así, ambas estructuras ponían en la médula de su noción política el llamado de la Segunda Declaración de La Habana: «el deber de todo revolucionario es hacer la revolución». Y esta revolución se hacía dentro del Partido Socialista.

Habría que preguntarse si solamente era la concepción de foco revolucionario lo que agrupaba a los elenos. Sobre la base del cuestionamiento que realiza el historiador Cristián Pérez, creemos que el elenismo chileno tomó particularidades propias de la realidad chilena que se fusionaron con la experiencia de la UP, fenómeno hasta hoy debatido y analizado. Era en suelo nacional donde se jugaba el socialismo; ya no se identificaban sólo con Bolivia, era Chile el eslabón más débil y en donde el imperialismo iba a poner sus fuerzas para impedir el avance revolucionario. En ese escenario, los elenos pusieron sus energías en el GAP y en la estructura interna del PS, para desde allí defender la conquista del poder. Félix Huerta comenta: «No conozco la reunión ni el momento en que se decide la disolución del grupo. Nosotros seguimos funcionando y ejecutando labores de inteligencia al interior del partido»<sup>230</sup>. Observaban el avance del movimiento social como un proceso revolucionario que había que resguardar.

Si bien la Revolución Cubana ayudó a colocar dentro de la primera línea de discusión la temática de la implementación de una estrategia militar en las organizaciones políticas, era una idea con una larga data de aparición. Una de las concepciones de las orgánicas marxistas en relación a la lucha de clases y a la construcción del proceso histórico toma en cuenta la violencia como mecanismo de ajuste y transformación social. Por eso, en distintos niveles, los partidos políticos que se adhieren al amplio espectro de tradiciones revolucionarias, en alguna medida han considerado la problemática militar. Como señala Pilar Calveiro para el caso argentino:

La idea de considerar a la política básicamente como una cuestión de fuerza, aunque reforzada por el foquismo, no era una «novedad» aportada por la joven generación de guerrilleros, ya fueran de origen peronista o guevarista, sino que habían formado parte de la vida política argentina por lo menos desde 1930<sup>231</sup>.

En el caso del PS, la conformación de un dispositivo que se ocupó de contar con cierto grado de preparación y que resolvió problemas de inteligencia, de agitación, abastecimiento y logística, entre otros, ya había sido parte de la historia del partido. A fines de la década del treinta irrumpieron las Milicias Socialistas, coordinadas por un departamento de defensa, preocupadas fundamentalmente de la ofensiva fascista en contra del gobierno del Frente Popular<sup>232</sup>. Por cierto que la irrupción del castrismo generó la urgencia en la implementación de aparatos armados, no sólo para la defensa del partido, sino que ahora para la preparación de la toma del poder. Los diversos congresos del partido y las conferencias de organización en la década del sesenta pusieron como uno de los temas centrales la violencia revolucionaria como mecanismo para la toma del poder. Estas discusiones, que tuvieron numerosos damnificados en el camino, maduraron a fines de la década del sesenta. Para el XXIII Congreso de La Serena, celebrado a fines de enero de 1971, el PS se dio la tarea de formalizar e instituir orgánicamente lo que ya venía operando en la informalidad: un aparato militar. La celebración del Congreso y sus resoluciones, para esta materia, solamente vinieron a constituir lo que en ciertos círculos internos ya operaba como núcleos de inteligencia y seguridad.

La estructuración de dicho departamento dentro del partido, dedicado a coordinar las acciones vinculadas a la defensa armada, recayó en la subsecretaría del Frente Interno. Esta fue creada formalmente en el Congreso de La Serena y estuvo a cargo de Exequiel Ponce. De esta estructura se desprendieron tres oficinas: Organización, a cargo de Ariel Ulloa; Inteligencia, bajo el mando de Ricardo Pincheira; y el Aparato Militar, conducido por Arnoldo Camú. A este grupo se le agregó más tarde, como miembro de la directiva juvenil socialista, Carlos Lorca. Se observa una influencia notoria de los elenos en las estructuras de defensa armada del partido<sup>233</sup>.

El ELN jugó todas sus cartas en la colaboración de la vía chilena al socialismo, observando que el proceso de acumulación de fuerzas revolucionarias podía también conducir a la toma total del poder. No se enfrascó en la guerrilla como

única estrategia política. Los elenos chilenos concibieron un marco más holgado de lo que implicaba el hacer la revolución. En este sentido, Renato Moreau plantea que:

El Aparato Militar fue absolutamente obediente a las órdenes del Partido y de Allende. Era una unidad secreta y compartimentada, sólo actuó para la defensa del local del CC en la primera jornada de las ollas vacías y en el Paro de Octubre. Nunca realizó proselitismo político al interior ni al exterior del Partido ni actuó sin órdenes directas de este. Estaba creado para la defensa de Allende, el Partido y ser un actor más en la defensa del Proceso<sup>234</sup>.

En paralelo a toda la nueva implementación, se estructuró una oficina de análisis de medios de prensa, confección de encuestas de opinión y examen de la coyuntura nacional. Esta dependencia se llamó CENOP, Centro de Estudios Nacionales de Opinión Pública. La CENOP le entregaba a Allende, y también a Carlos Prats, semanalmente, una completa y detallada información del devenir nacional y las proyecciones del escenario político. Era una inédita experiencia de análisis de inteligencia protagonizada por un número de elenos. Félix Huerta recuerda: «En el CENOP estaban dirigiendo tres comunistas, Jorge Klein, médico; Manuel Contreras, sociólogo, y Guillermo Cumsille, estadístico. De los socialistas, estábamos: Claudio Jimeno, sociólogo; René Bendit, sicólogo, y yo. Más abajo trabajaba una serie de gente que hacía encuestas, analizaba los diarios y revistas, toda gente de nosotros (elenos)»<sup>235</sup>.

Todas estas evidencias de poder de influencia y de toma de decisiones que adquirió el grupo en un breve lapso debían reafirmarse en las instancias partidistas más relevantes. El Congreso de La Serena fue el último capítulo de este largo y complejo engranaje.

## **La dirección del partido y el XXIII Congreso General de La Serena de 1971**

El deseado pero inesperado triunfo de Allende en septiembre de 1970, transformó radicalmente la vida interna del partido. La celebración del nuevo congreso de la colectividad se desarrolló en un contexto inédito para los herederos de aquel 19 de abril de 1933. Los nuevos delegados, 152 con derecho a voz y voto, eran parte de un gobierno que había obtenido la presidencia y la delicada situación requería de nuevas decisiones.

Sumadas a las tareas menos visibles, los elenos comenzaron a ganar en influencia y peso. El triunfo de Allende provocó una fuerte eclosión social, lo que significó más jóvenes dispuestos involucrarse en los procesos revolucionarios. A esto se sumaba la idea del PS como la colectividad que estaba inserta en la causa, apareciendo como el partido revolucionario. Los planteamientos, resoluciones y declaraciones emanadas de dicho Congreso ameritarían una detención más profunda y compleja. Sin embargo, cabe señalar que el sector que aglutinó al nuevo secretario general Carlos Altamirano, entre los que se contaban los elenos, se sentían cercanos a transformar al partido como la vanguardia del proceso revolucionario en marcha, próximo a los sectores obreros del conglomerado pluriclasista que representaba la UP, lo que implicaba transitar desde el carácter capitalista hacia la transformación en un régimen socialista.

Este panorama era consecuente con las luchas revolucionarias que se libraban todavía en el mundo entero y en particular en América Latina. Bajo este ambiente, el grupo nucleado por Arnoldo Camú pudo moverse en un espacio de abierta concomitancia con el contexto partidario. Sumaban así más contactos, adeptos y colaboradores.

Una muestra de la visibilidad que ya a esa altura asumió el grupo fue el homenaje que realizó el partido en dicho congreso. La guerrilla había concluido pocos meses antes. Numerosos miembros del ELN boliviano se habían refugiado en Chile, entre ellos el Chato Peredo, y el territorio nacional comenzaba a convertirse en un imán para las orgánicas revolucionarias del continente. Bajo este espectro, los socialistas en La Serena decidieron explicitar su discurso y evidenciar sus posiciones frente a todos los delegados presentes. El elenismo podía salir de las sombras del partido y asomarse como un sector con una voz clara y fuerte. El enunciado señalaba lo siguiente:

El ejemplo más enaltecedor del revolucionario que comprende que su patria está donde quiera que exista explotación y miseria, y que por esa Patria vale la pena luchar y morir. En estos momentos en que el socialismo chileno se encuentra alegre y vigilante ante las victorias alcanzadas, no podemos dejar de hacer un alto para rendir un cálido y público homenaje a los revolucionarios que, convencidos de que la Patria es América, siguieron el camino abierto por el comandante inmortal<sup>236</sup>.

Cabe mencionar que la realización de los congresos partidarios son instancias en que se definen las líneas que la organización va a adoptar por los próximos años. En esa lógica se elige la nueva directiva que encarna oficialmente esta política. Para enero de 1971, los elenos venían precedidos, como se ha visto, de un accionar y peso ya conocidos. Renato Moreau recuerda: «Nosotros pusimos la seguridad del congreso de La Serena... montamos una infraestructura de inteligencia, análisis económico, sindical y campesino, para discutir los temas del congreso y dominar el debate»<sup>237</sup>. Eran cercanos a Allende, tenían participación en puestos claves del partido, poseían vínculos con organizaciones internacionales, gozaban de la confianza del régimen cubano, manejaban recursos de distinta índole y estaban dispuestos, así como los combatientes de Teoponte, a involucrarse directamente en el proceso chileno. Estos ingredientes jugaron un papel clave en la elección del nuevo Comité Central.

Para La Serena, se ingresaron algunas modificaciones en relación a la composición del Comité Central (CC) y la elección del secretario general. En el congreso anterior, Chillán, el CC quedó conformado por veintisiete miembros, quienes elegían al Comité Ejecutivo y a la Comisión Política (CP). El líder de la colectividad era designado por los delegados asistentes al congreso. En cambio, para el XXIII Congreso de La Serena, se aplicaron nuevas disposiciones, partiendo por la extensión de los miembros del CC, quienes ahora sumaban cuarenta y cinco y modificando la elección del secretario general, cargo que ahora era decidido por el CC.

Existía en el ambiente una fuerte crítica al manejo del timonel socialista. El senador Aniceto Rodríguez representaba, para sectores más radicales, la imagen de la vieja política, la presencia de un partido dubitativo y ambiguo, donde no se observaban líneas claras de acción revolucionaria. Prueba de ello es que la cuenta pública de Rodríguez fue aprobada por un bajo porcentaje de las

votaciones, concentrándose los votos mayoritariamente en la abstención de dicha rendición. 53 a favor y 85 abstenciones en la votación del segundo día. El Congreso y las nuevas fuerzas internas del partido, buscaban marcar presencia y acceder a los puestos dirigenciales, junto con mostrar críticamente el sentir hacia la vieja política. En otro ámbito, debía aparecer como una muestra visible el rechazo a la política de alianza electoral concretada en la Unidad Popular, tomando en consideración la apuesta revolucionaria que había planteado el partido, apostando firmemente hacia la creación de un Frente de Trabajadores cuatro años antes en Chillán, lo que implicaba, entre otras cosas, avanzar hacia el camino de la revolución armada. Era urgente y debía ser coherente el cambio de timón.

El Comité Central quedó conformado por las siguientes personas: Carlos Altamirano Orrego, Adonis Sepúlveda Acuña, Rolando Calderón Aránguiz, Exequiel Ponce Vicencio, Alejandro Jiliberto Zepeda, Hernán Coloma Andrews, Luis Urtubia Henríquez, Nicolás García Moreno, Edmundo Serani Pradenas, Gustavo Ruz Zañartu, Héctor Martínez Molina, Hernán del Canto Riquelme, Eric Schnake Silva, Ricardo Lagos Salinas, Néstor Figueroa Casanueva, Iván Núñez Prieto, Luis Lobos Palma, Belarmino Elgueta Becker, Pedro Adrián Mebolo, Clodomiro Almeyda Medina, Julio Benítez Castillo, María Elena Carrera Villavicencio, Carlos Lazo Frías, Jorge Mac-Ginty Dinator, Jaime Suárez Bastidas, Laura Allende Gossens, Héctor Olivares Solís, Eduardo Paredes Barrientos, Claudio Contreras Torres, Luis Norambuena Fernandois, Adolfo Lara Bustamante, Gabriel Parada Palavecino, Rafael Merino Mercado, Carlos Gómez Cerda, Arnoldo Camú Veloso, Leonardo Hagel Arredondo, Juan Rojas Jara, Chela del Canto, Antonio Tavolari Vásquez, Enrique Rubilar, Víctor Barberis Yori, Esteban Bucat Oviedo, Dagoberto Aguirre Rivera, Ariel Ulloa Azócar, Fidelia Herrera Herrera, Juan Ávila Saavedra, Eduardo Mella Lagos, Luis Madariaga Céspedes, y los representantes de la Federación Juvenil Socialista, Carlos Lorca, la Federación de Mujeres Socialistas y de la Brigada Parlamentaria. Fueron elegidos como suplentes: Uldaricio Figueroa Valdivia, Víctor Zerega Ponce, Guaraní Pereda Da Rosa, Juan Valenzuela, Ernesto Jiménez, Eduardo Gutiérrez Vásquez, Arsenio Poupin Oissel, Andrés García Urrea, Carlos Clemente Leiva y Marcelo Zenteno Trevisany<sup>238</sup>. El resultado de esta nueva dirigencia fue visto como una renovación de las nuevas fuerzas emergentes y revolucionarias del partido, que llegaban a darle coherencia al discurso y al partido mismo, un partido que necesitaba estrechar sus lazos con las masas trabajadoras y que anhelaba cumplir realmente su rol de vanguardia revolucionaria.



Diversas fuentes han dibujado la elección de este Comité Central como el momento de máxima influencia del ELN en el PS<sup>239</sup>. Se señala que los elenos obtuvieron la mayoría de los delegados, que controlaban puestos claves y que existió una alianza con los sectores trotskistas para desplazar a los guatones (en referencia a los seguidores de Aniceto Rodríguez). Contrastar estas versiones con una metodología científica resulta infructuoso por varias razones. En primer lugar, como hemos señalado, no existió una adscripción oficial de quienes eran elenos y quienes no. Hubo círculos de confianza, y alrededor de estos, un grupo indeterminado de colaboradores que para el resto también eran elenos. En contacto con el autor, Esteban Bucat, miembro del Comité Central de 1971, nos comenta sobre el tema:

...una publicación en Francia habló acerca de lo que llama el ELN como la fuerza vencedora en el Congreso de La Serena y que este grupo había elegido una cantidad de miembros... la nómina que se publica como miembros de lo que llama el ELN no es exacta, figuran en ella compañeros que ni sabían que existía el ELN, por ejemplo. Hay algo de mito en todo esto<sup>240</sup>.

En segundo lugar, las fuentes orales en su gran mayoría han fallecido, ya sea por el paso del tiempo o porque pasaron a engrosar las filas de las víctimas de la dictadura militar de Pinochet. En tercer lugar, los testigos que quedan de esa experiencia son reacios a hablar sobre el tema, ya sea porque este período causó mucho dolor y sufrimiento a los protagonistas, o porque el paso del tiempo ha borrado sus recuerdos. Por ende, lo que presentamos es una reconstrucción sobre la base de los testimonios recogidos y por el análisis que el autor ha elaborado.

Ignacio Walker, en una investigación en donde compara la trayectoria del PS y los elementos vinculantes y disonantes con el socialismo europeo, enfatiza, además, en la transformación del socialismo chileno desde un conglomerado dominado por el caudillismo y populismo inicial, hacia la conversión en un partido alineado con la identidad leninista, rupturista y militarista. El autor intenta demostrar el peso significativo de estas tendencias, las que lentamente fueron cooptando espacios de poder al interior de la colectividad, siendo su momento cúlmine la elección del nuevo Comité Central de 1971. El autor encuadra la influencia de este grupo y su alianza con sectores trotskistas, al

establecer cuatro niveles de dominio. En un primer plano observamos la presencia en la discusión ideológica, en donde, según Walker, estuvo el predominio de la tradición trotskista, encabezada por Iván Núñez, Jorge Mac-Ginty, Adonis Sepúlveda, Julio Benítez y Belarmino Elgueta. En un segundo nivel, estos sectores aparecen en la dirigencia de los regionales, destacando el Regional Cordillera, con Jorge Mac-Ginty e Iván Núñez; el Regional Santiago Centro, con la presencia de Arnoldo Camú, y el Regional Chañaral, integrado por Carlos Gómez, eleno que participó en el rescate de Inti Peredo. En un tercer nivel de preponderancia, el autor señala el dominio eleno en la jefatura del Departamento Sindical, Exequiel Ponce, y del Departamento Nacional Agrario a cargo de Rolando Calderón. Pero más allá de la inclusión de este sector en estos espacios de poder, ha existido, como hemos venido refrendando, una imagen trastrocada de la presencia real del ELN en el mentado Congreso de La Serena. El cuarto nivel de influencia, lo dibuja Ignacio Walker en la cooptación de la estructura partidaria del Comité Central: «Los Elenos fueron planeando cuidadosamente la toma del poder interno en el Partido Socialista, objetivo que fue alcanzado en el Congreso de La Serena, cuando 16 de sus miembros se incorporaron a un Comité Central de 45»<sup>241</sup>. El autor incluye en esta lista, entre otros, a Hernán Coloma y Esteban Bucat. Ambos, en conversaciones con el autor, mencionan que no eran parte de la organización, pero que, sin embargo, en el caso de Coloma, sí colaboraba con la organización. Coloma recuerda: «Ricardo Pincheira me señala que ahora éramos parte del Glorioso Ejército de Liberación Nacional. Yo me mantuve en el PS y no integré el grupo»<sup>242</sup>. La edificación de Ignacio Walker, junto con otros investigadores y cientistas que han dedicado espacio al estudio del fenómeno de la fuerte radicalización del período en cuestión, tienen como línea de argumentación la edificación de un poder sobredimensionado de sectores rupturistas y cuestionadores del orden social. En este sentido Walker subraya este argumento:

Ello nos muestra la ausencia total de los socialistas de tendencia más bien moderada, identificados con Aniceto Rodríguez, la casi nula gravitación de los allendistas, la presencia desequilibrante de las concepciones militaristas y la mayoría aplastante de las tesis insurreccionales. Hay que considerar que esta conformación inicial del Comité Central experimentó una radicalización aún mayor en los años siguientes.<sup>243</sup>

De hecho, Walker señala en el mismo estudio que: «Algunos de sus integrantes, habían luchado con el Che Guevara en Bolivia»<sup>244</sup>. Esto, creemos, no quita ni desmerece la importancia de su rol; más bien los enmarca dentro de la justa medida histórica. La relevancia de estos sectores no estuvo en el número, sino más bien en la capacidad que tuvieron, dadas sus características políticas y habilidades como militantes, de integrar espacios de decisión y de poder al interior del PS, y más adelante, como veremos, en la resistencia armada al golpe militar.

Es posible delinear el panorama de las fuerzas políticas al interior del comentado congreso acercándonos al estudio realizado por Edison Ortiz, quien reconstruye las redes de alianzas y las identidades de los miembros del Comité Central de 1971. En su estudio, señala que si bien el líder electo, Carlos Altamirano, no figuraba dentro de los sectores más rupturistas y más bien era un líder cercano y conciliador con Allende, los sectores más radicales, entre los cuales se formó una sintonía entre trotskistas, juveniles y elenos, mostraron su peso y poder al rechazar la cuenta del secretario anterior, Aniceto Rodríguez; y en segundo lugar lograron colocar como segundo hombre del partido a un dirigente de su inclinación política, Adonis Sepúlveda. Los sectores más radicales, comenta Ortiz, declinaron postular a Rolando Calderón para evitar una polarización mayor, sobre todo comenzando el gobierno de Allende<sup>245</sup>.

Podemos concluir que de los miembros del CC, que pueden ser considerados elenos están Rolando Calderón, Eduardo Paredes, Exequiel Ponce, Arnoldo Camú, Carlos Gómez, Ricardo Lagos, Carlos Lorca, Héctor Martínez, Luis Urtubia, Uldaricio Figueroa y Víctor Zerega. Junto con ellos, una serie de militantes que colaboraron, trabajaron y se vincularon en distintos grados con el ELN: Hernán Coloma, Leonardo Hagel, Juan Ávila, Néstor Figueroa y Dagoberto Aguirre, entre otros. María Elena Carrera, elegida miembro de ese Comité Central, recuerda: «Yo no me incluía en ningún grupo del partido, yo me incluía en la CONAS... ahora en la CONAS pudo haber habido elenos, era gente que tenía cierta experiencia militar... yo no me habría atrevido a estar organizando cosas militares cuando yo no sé ciencia militar, no se puede improvisar eso»<sup>246</sup>. Tal como hemos venido reiterando, la filiación política de este tipo de grupos y organizaciones, tomó un carácter difuso, informal, diferente a las militancias desarrolladas en orgánicas políticas oficiales. Junto con esto, toma un carácter también atípico la cultura que se edifica al interior de estas, cobrando más vida y relevancia el compañerismo, la lealtad, la integridad moral, más que a veces la discusión teórica o la identificación explícita del grupo en

cuestión. Así, cobra más sentido hablar de círculos de pertenencia al ELN.

Más allá del número, las redes de confianza establecidas y el influjo patente logrado por el ELN permitieron que dentro de la Comisión Política quedaran con cinco integrantes; Rolando Calderón, Exequiel Ponce, Luis Urtubia, Héctor Martínez y Ricardo Lagos Salinas. Pero, además, dentro de esta comisión, muy cercanos y facilitadores de estos estaban, Hernán Coloma, Hernán del Canto, Gustavo Ruz, Néstor Figueroa y Nicolás García Moreno. Este último comenta su relación con el grupo;

El PS tenía muchas corrientes internas; en ese momento venía surgiendo una corriente muy fuerte de los llamados elenos, que tenían relaciones con los cubanos... entonces yo milité un tiempo con ellos, fui cercano a ellos, y de ahí fui incorporado a la Comisión Política, en el Congreso de La Serena... Los elenos no eran mayoría en la CP, eran cuatro o cinco... Altamirano tenía que jugar con los distintos grupos que había ahí... él trabajaba mucho con ellos<sup>247</sup>.

La relación de Carlos Altamirano, secretario general del partido, y parte de la CP con los elenos fue cercana y de cooperación, aunque a veces primó la praxis política, intentando no evidenciar apoyos explícitos a la organización. Años más, en conversación con Gabriel Salazar, el dirigente socialista recordará:

...había una tendencia, planteada por los jóvenes que siguieron la Revolución Cubana: los elenos, que más que apoyar una revolución en Chile, apoyaron la revolución del Che en Bolivia. En un determinado minuto ese grupo también llegó a tener bastante influencia en el partido<sup>248</sup>.

Una evidencia de este peso militante en las esferas dirigenciales puede seguirse en la confirmación de la continentalidad de la revolución socialista, como afirmación de las tesis sobre política internacional, línea argumentativa que los socialistas chilenos comenzaron ya a esbozar a fines de los años cincuenta y que en el actual contexto recobró aún más sentido. Lo paradójico de este panorama

de peso político a es que este soporte no fue utilizado por el grupo para revitalizar nuevos proyectos internacionalistas. Tres meses después de esta congregación, y ya con los vínculos debilitados entre el ELN chileno y el boliviano, la red de apoyo nacional disminuye su vínculo con el ELN de Bolivia para centrarse en el panorama local. Esta suerte de reconversión significó el abandono de las tareas antes desempeñadas, la reutilización de los recursos que poseían, y el manejo de las redes ya instaladas para otros fines: la defensa del gobierno de Salvador Allende. Renato Moreau recuerda:

Termina el congreso de La Serena y parto a Cuba. Me voy en el avión cubano de los que vinieron al congreso... A los meses, en Cuba, Ponce y Camú me notifican que el ELN se había disuelto... Cuando se institucionalizan los revolucionarios, entran en conflicto con los espacios de poder gubernamental, deben entrar a negociar ciertas decisiones... Calderón, al ser ministro, entra en conflicto con nosotros (aparato militar), mucha gente se separa, se aísla de las funciones del ELN. Quedan pocos, Ponce, Camú...<sup>249</sup>.

Dentro de estas tareas, cobraba una relevancia central la consolidación de un partido revolucionario que estuviera a la altura del camino que se comenzaba a delinear. El CC del PS dispuso la conformación de un Frente Interno, estructura diseñada para revertir las amplias falencias que imperaban como prácticas identitarias al interior del partido: disciplina, liberalismo, el accionar grupuscular. Como lo señala un documento del partido, estas prácticas al interior de la organización constituían: «...vicios y desviaciones que deben ser extirpados de raíz, cueste lo que cueste. La disciplina interna, el respeto a los dirigentes y mandatarios, la lealtad, son normas de vida que de aquí en adelante deberán imperar en el partido; de lo contrario nos espera el fracaso político más estruendoso...»<sup>250</sup>.

Cabe destacar de dicho informe, en primer término, la adhesión irrestricta a los nuevos liderazgos del partido: Salvador Allende y Carlos Altamirano. Puede comprenderse esta declaración en la lucha por terminar con los caudillos y personalismos de la entidad, costumbres, como hemos observado, arraigadas en las estructuras nacientes del partido, y que generaron enormes fricciones entre la década de los cuarenta y cincuenta. En segundo lugar, se recalca la relevancia de

asumir las tareas partidarias desde una férrea disciplina militante como mecanismo para terminar, entre otros vicios, con la doble militancia política. Más adelante el documento hace referencia puntualmente a la situación entre el MIR y el PS, como debilidad y muestra de desviación. Hay que entender esta muestra de rectitud y obediencia, con el sello impregnado en las altas esferas de decisión que logró un grupo del ELN chileno. Como hemos mencionado, el aprendizaje político y la trayectoria de sus militantes fueron puestos a la disposición del partido en esta nueva fase: el entrenamiento militar en Cuba, la adopción de una línea cercana a Salvador Allende y la configuración de una rectitud moral guevarista aparecen como vestigios de continuidad del leninismo al interior del partido. Exequiel Ponce, uno de los líderes del grupo y quien fuera uno de los reorganizadores del PS en la clandestinidad luego del golpe, fue el encargado de darle vida a esta modificación partidaria a través de la Subsecretaría General del Frente Interno.

En esta misión de reforzar la estructura partidaria de la organización, también se embarcaron los estamentos juveniles del partido, liderados por Carlos Lorca. A través de la Secretaría General de la Juventud Socialista, se pretendía acompañar el diseño emanado desde el CC que buscaba terminar con la imagen de un partido caracterizado por la informalidad y la ambigüedad militante. Para eso se implementó el Plan Santiago, que comprendió, entre otros elementos, reforzar la estructura partidaria de la Juventud de Santiago, regularizar la militancia a través de la entrega de un carnet de la Juventud y fortalecer y elevar el nivel ideológico de los integrantes del partido. La celebración del primer año de gobierno no sólo iba acompañado de festejos y regocijo, también cundía, entre quienes formaron parte del ELN, la necesidad de estar a la altura de las circunstancias, tomando las tareas a seguir con el máximo rigor que emana del ideal revolucionario.

Como comenta Renato Moreau, la nueva situación presentó nuevos desafíos y distintos problemas. No sólo Rolando Calderón asumió funciones gubernamentales. Arnoldo Camú comenzó a trabajar como abogado en el Ministerio del Interior, Eduardo Paredes se hizo cargo de la dirección de la Policía de Investigaciones, Carlos Gómez asumió como gobernador en el norte y Félix Huerta participó en la estructuración de la CENOP. Esta tensión entre la actividad clandestina y la colaboración con el gobierno de Allende formaba parte también del legado recogido por los socialistas, el debate entre dos líneas de acción antagónicas pero complementarias, un ingrediente identitario que los acompañó más allá de la existencia de la UP y que asumieron como una debilidad luego de la derrota política del 11 de septiembre.

Finalmente, los nexos ya establecidos con la figura de Allende pesaron más a la hora de decidir el camino a seguir. No dejaron la concepción de la lucha armada como mecanismo de defensa del proceso revolucionario, pero actuaron con la mirada en la consolidación del nuevo gobierno, que bajo la visión de los elenos constituía un peldaño más en el proceso de acumulación de fuerzas. El PS debía liderar esa senda y los elenos eran uno de los mejores aliados en esta nueva fase. La decisión de no volver a empuñar las armas y tomarlas solamente para consolidar el proceso chileno generó fuertes críticas por parte de sectores que pensaban todavía en la factibilidad de un nuevo foco revolucionario en Bolivia o en acciones de guerrillas urbanas en Chile. Y la historia se repite.

---

<sup>102</sup> [Es justo mencionar que en el proceso de formación de la segunda parte de la guerrilla boliviana, y todavía bajo la dirección y coordinación de los cubanos, el componente formativo en el plano político estuvo siempre presente. Este declinó considerablemente luego de la retirada de los cubanos del proyecto boliviano, lo que coincide con la muerte de Inti Peredo y la asunción de Chato Peredo como jefe del ELN.](#)

<sup>103</sup> [El sacrificio guerrillero está ligado al valor de la muerte en combate y al renacimiento cultural de los caídos. Un interesante análisis de este engranaje puede observarse en «La dialéctica cultural del combate: morir, matar y renacer en la cultura guerrillera latinoamericana». Ricardo Melgar Bao. Revista Lucha Armada, N° 4, 2005, Buenos Aires.](#)

<sup>104</sup> [Manuel Cabieses Donoso, Prólogo al Diario en Bolivia de Ernesto Che Guevara \(Santiago: LOM ediciones, 1997\), 10.](#)

<sup>105</sup> [Ibíd.](#)

<sup>106</sup> [Luis Vitale, El proyecto andino del Che, la transición al socialismo y cronología comentada de su vida. Anexo, \(Santiago: Pineda Libros, 1997\), 87.](#)

<sup>107</sup> [Manuel Cabieses Donoso, Punto Final, Autobiografía de un Rebelde \(Santiago de Chile: OCEAN SUR, 2015\), 51.](#)

<sup>108</sup> [Ibíd.](#)

<sup>109</sup> [Paco Ignacio Taibo II, Ernesto Guevara..., 682.](#)

<sup>110</sup> Según información aparecida en algunas fuentes ([sitio web <www.museodelamemoria.cl>](http://www.museodelamemoria.cl) o Eduardo Gutiérrez González, *Ciudades en las sombras, una historia no oficial del PS de Chile*, Colección memoria histórica, Santiago de Chile, 2003), Barrios habría tenido militancia en el PS; no obstante, según lo que nos afirmó su hijo, Enrique O’Farrill, su padre había militado en el PC durante un tiempo para luego alejarse paulatinamente de la colectividad, sin iniciar una segunda militancia como socialista. Enrique O’Farrill, en contacto vía correo electrónico con el autor. Mismo argumento lo señala Hernán del Canto, un destacado dirigente socialista, «Jaime Barrios nunca fue socialista». En *Memorias militantes*. Hernán del Canto, un hombre de Allende, Cristian Pérez (Santiago: Editorial Ventana Abierta, 2016), 92. Creemos, sin embargo, que por los motivos que lo movían, Jaime Barrios comenzó a sentir más empatía con los socialistas, trabajando con ellos, sin necesariamente militar formalmente en la colectividad. Ya alejado de sus responsabilidades en Cuba, Barrios regresó a Chile, comenzando a trabajar cercanamente con Salvador Allende en su candidatura presidencial. En el gobierno de la UP fue nombrado gerente del Banco Central, cargo que desempeñó hasta el momento del golpe militar. Barrios es hoy uno de los detenidos desaparecidos en La Moneda durante ese 11 de septiembre.

<sup>111</sup> *Revista Punto Final*, N° 107, año IV, 23 de junio de 1970, Santiago de Chile. José Bodes Gómez, *En la senda del Che*. Santiago de Chile: Ocean Sur, 2015.

<sup>112</sup> *Rodríguez Ostria, Sin tiempo...; Bodes Gómez, En la senda...*

<sup>113</sup> Cristián Pérez «El ejército del Che y los chilenos que continuaron su lucha», *Revista Estudios Públicos*, N° 89, Verano 2003, 231.

<sup>114</sup> Arnoldo Camú, «Las huelgas: escuela de guerra del proletariado», *Revista Punto Final*, N° 21, Año I, última semana de enero de 1967, p. 13.

<sup>115</sup> Arnoldo Camú Veloso, «Unidad sí, confusión no», *Revista Punto Final*, N° 56, Año II, martes 4 de junio de 1968, p. 24.

<sup>116</sup> Marco Álvarez Vergara, *Tati Allende. Una revolucionaria olvidada* (Santiago: Pehuén Editores, 2017).

<sup>117</sup> Una vez Salvador Allende en el gobierno, la relación entre Beatriz y Luis se estrechó aún más cuando Fernández Oña asumió tareas en la embajada de Cuba en Santiago. Hernán Soto, «El yerno cubano de Salvador Allende», *Revista*



Punto Final, N° 647, Año 42, septiembre de 2007. Marco Álvarez Vergara, Tati Allende. Una revolucionaria olvidada (Santiago: Pehuén Editores, 2017).

<sup>118</sup> Andrés Pascal Allende, en: Mario Amorós, Miguel Enríquez. Un nombre en las estrellas. Biografía de un revolucionario (Santiago: Ediciones B, 2014), 141.

<sup>119</sup> Como veremos más adelante, es posible detectar distintas experiencias previas de colaboración de chilenos en conflictos armados en otros suelos. Sin embargo, es interesante conectar nuestro trabajo, circunscrito a fines de los sesenta y comienzos de los setenta, con otras experiencias internacionalistas de chilenos que vinieron con posterioridad a esa fecha. Los pocos trabajos que hay sobre este tema están enfocados en la labor de los comunistas en la lucha sandinista nicaragüense, u otros ejemplos guerrilleros en otros países. Sobre el tema, Pedro Valdés, «Memoria de internacionalistas chilenos. Entramado conceptual y recuperación histórica. Apuntes para el debate». Revista Izquierdas, N° 38, IDEA-USACH, febrero de 2018. Cristián Pérez, «Compañeros a las armas: combatientes chilenos en Centroamérica (1979-1989)», Revista Estudios Públicos, N° 123, verano 2013, Santiago de Chile. Viviana Bravo Vargas y Rolando Álvarez Vallejos, «La Memoria de las Armas: Para una historia de los combatientes internacionalistas chilenos en Nicaragua», publicado en <www.cedema.org>. Claudio Pérez Silva, «De la guerra contra Somoza a la guerra contra Pinochet. La experiencia internacionalista revolucionaria en Nicaragua y la construcción de la Fuerza Militar Propia del Partido Comunista de Chile», en Pablo Pozzi y Claudio Pérez, (ed.) Historia oral... op. cit. Manuel Cortés y Arnaldo Pérez, Yo Patán, memorias de un combatiente. Santiago: Ceibo Ediciones, 2015. José Miguel Carrera Carmona, Misión Internacionalista, de una población chilena a la revolución sandinista. Santiago de Chile: Editorial Latinoamericana, 2010. Javiera Olivares Mardones, Guerrilla. Combatientes chilenos en Colombia, El Salvador y Nicaragua. Santiago de Chile: Ceibo Ediciones, 2017.

<sup>120</sup> Nelson Aramburú, entrevista con el autor, Valparaíso, 19 de julio de 2013. Aramburú formó parte de grupos operativos que continuaron trabajando en sectores poblacionales, campamentos y en algunas acciones armadas, reivindicando una política revolucionaria bajo el nombre del ELN luego de 1971.

<sup>121</sup> Para esta aclaración, tomamos el artículo de Ricardo Gamboa y Rodrigo Salcedo, «El faccionalismo en el Partido Socialista de Chile (1990-2016):

características y efectos políticos en sus procesos de toma de decisión», Revista de Ciencia Política, N° 3, 2009. Santiago de Chile. Es interesante observar que en la ciencia política, el apelativo de facción es utilizado como un elemento negativo para la convivencia del partido; sin embargo, como señalan algunos autores (Françoise Boucek), la existencia de estos grupos organizados a veces no representa un rasgo disruptivo para el desarrollo del colectivo.

<sup>122</sup> Una situación que puede graficar este rasgo es la identificación de un grupo de militantes que realizará ciertas acciones armadas y al que la prensa de la época identificará como elenos. La explicación que entrega la revista Qué Pasa es que estos revolucionarios están vinculados con la senadora socialista María Elena Carrera, de ahí el nombre de elenos. Ver revista Qué Pasa, N° 67, julio de 1972.

<sup>123</sup> Dariel Alarcón Ramírez, Benigno, Memorias de un soldado cubano. Vida y muerte de la revolución (Barcelona: Tusquets, 2003), 119.

<sup>124</sup> Paco Ignacio Taibo II, Ernesto Guevara... op. cit., p. 720.

<sup>125</sup> Guido Inti Peredo, Mi campaña junto al Che, Edición digital a cargo de la FUL (Federación Universitaria Local), Cochabamba, diciembre de 1970, 31.

<sup>126</sup> Ernesto Che Guevara, Diario en Bolivia, Al pueblo Boliviano, comunicado N°1 (Santiago: LOM ediciones, 1997), 116.

<sup>127</sup> Luis, un joven militante socialista de la época, quien prefirió reservar su identidad, nos comentó que le dieron la misión de llevar un paquete con medicamentos desde Valparaíso hacia La Calera, trayecto que hizo en tren, donde entregaría el encargo a un contacto que lo despacharía hacia el norte. Luis, conversación con el autor, Viña del Mar, 7 de septiembre de 2013.

<sup>128</sup> Félix Huerta, entrevista con el autor, Santiago, 12 de enero de 2016.

<sup>129</sup> Cristián Pérez, El ejército del Che..., 231.

<sup>130</sup> Diego Cano, «¿Estrategia foquista? La estructura política argentina en la estrategia de revolución de Ernesto Guevara. Notas preliminares». Revista Izquierdas N° 11, diciembre de 2011.

<sup>131</sup> Una de las repercusiones más inmediatas, por ejemplo, fue el cambio en la

dirección del PC boliviano: Mario Monje inició un exilio hacia la URSS y fue reemplazado en la dirección del Partido, en diciembre de 1967, por Jorge Kolle Cueto, quien reconoció la falta de apoyo de la organización hacia la guerrilla.

<sup>132</sup> Los cuatro combatientes caídos en la localidad de Cajones fueron: Moro (Octavio de la Concepción de la Pedraja), Luis-Chapaco (Jaime Arana Campero), Eustaquio (Lucio Garván Hidalgo) y Pablo (Francisco Huanca Flores).

<sup>133</sup> Guido Inti Peredo, Mi campaña..., 72.

<sup>134</sup> María del Carmen Garcés, Conversaciones con Pombo, combatiente de la guerrilla del Che en Bolivia (Buenos Aires: Colihue, 2011), 134.

<sup>135</sup> Dariel Alarcón Ramírez, Benigno, Memorias de un..., 166.

<sup>136</sup> Harry Villegas Tamayo, Pombo, un hombre de la guerrilla del Che. Con el Che Guevara en Bolivia 1966-1968, (La Habana: Editora Política, 2008), 247.

<sup>137</sup> Los sobrevivientes salieron de la zona de combate en dirección hacia Cochabamba, La Paz y de ahí a Oruro. Detalles de la organización de esta misión en el documental de Liván y Leandro González Cupull: El Rescate.

<sup>138</sup> Efraín Quicañez Aguilar, Pan comido, memoria de la operación de rescate de los guerrilleros sobrevivientes del Che (La Paz, Bolivia: Mava producciones, 2011), p. 45.

<sup>139</sup> Ibíd., 56. Arturo Carvajal Acuña era diputado por el PC en la zona de Arica, Iquique y Pisagua.

<sup>140</sup> Luis Corvalán Lepe, De lo vivido y lo... op. cit., p. 84. En un anexo a la edición boliviana de Mi campaña junto al Che, de Inti Peredo, aparece un testimonio de un comunista nortino que también participó en la búsqueda de los sobrevivientes, Epifanio Flores. En él se detallan los contactos entre los PC de Chile y Cuba para solicitar la cooperación en la mentada misión. Ver Mi campaña junto al Ché, Anexo «El cruce de los guerrilleros sobrevivientes del Che a Chile, por Tarapacá»; edición digital de <www.eloritiba.org>

<sup>141</sup> «Aquí tengo a los guerrilleros, capitán». Las Últimas Noticias, 23 de febrero de 1968. En Efraín Quicañez Aguilar, Pan comido, memoria..., 206.

<sup>142</sup> En el prólogo al Diario en Bolivia del Che, Manuel Cabieses comenta que: «Fueron dos miembros del ELN de Bolivia los que en enero de 1968 llegaron una noche a la casa del director de Punto Final buscando ayuda para rescatar a los tres combatientes cubanos que sobrevivieron a la emboscada del 8 de octubre de 1967 en la Quebrada del Yuro... Pusimos en contacto a los dos mensajeros del ELN con Elmo Catalán, quien entonces era secretario privado del senador Carlos Altamirano». p 11. Efectivamente la Revista Punto Final representaba un espacio de crítica y compromiso en la época, lo que le daba cierto nivel de discrecionalidad y confianza. No obstante, en base a lo investigado, creemos que Catalán ya estaba al tanto de las operaciones de rescate en Bolivia y en contacto con Chile.

<sup>143</sup> Pérez, El ejército del Che...

<sup>144</sup> Huerta, entrevista con el autor...

<sup>145</sup> Mónica González, «Félix Huerta, sobreviviente de la guerrilla del Che en Bolivia», Revista Cosas, N° 534, Santiago de Chile (marzo de 1997), 54.

<sup>146</sup> Margarita Espuña menciona que además participó Beatriz Allende en la misión de rescate a los cubanos, así como también Patricio Quiroga señala que Francisco Cattani se habría involucrado. No obstante, Félix Huerta, en entrevista con el autor, señala que ambos no participaron en dicha acción. Margarita Espuña, Tati Allende, la hija revolucionaria del presidente chileno (Barcelona: RBA libros, 2010). Patricio Quiroga, Compañeros, el GAP: La escolta de Allende (Santiago de Chile: Aguilar, 2001).

<sup>147</sup> Carlos Gómez Cerda, entrevista con el autor, Calle Larga, 2 de octubre de 2013.

<sup>148</sup> Ibíd.

<sup>149</sup> Francisco Gómez Cerda, citado en Rodríguez, Sin tiempo..., 83.

<sup>150</sup> Ernesto Carmona, «Chilenos en la guerrilla boliviana», Revista Punto Final N° 404, octubre de 1997, Santiago de Chile.

<sup>151</sup> La configuración de una primera generación de elenos ha sido confeccionada en base a: Patricio Quiroga, Compañeros...; Rodríguez Ostria, Sin tiempo...; Patricio Quiroga en conversación con el autor, Valparaíso, noviembre de 2012.

<sup>152</sup> Carlos Gómez Cerda, entrevista con...

<sup>153</sup> Félix Huerta, entrevista con...

<sup>154</sup> Piero Gleijeses, Misiones en conflicto. La Habana, Washington y África. 1959-1976 (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2007), 346.

<sup>155</sup> Prueba muy comentada y fundamentada del actuar de los guerrilleros eran las constantes atenciones médicas del grupo a campesinos y soldados y la compra a los lugareños de los alimentos requeridos, sin llegar al robo de estos.

<sup>156</sup> Ejército de Liberación Nacional de Bolivia, Al pueblo boliviano, comunicado N° 1. Frente a la mentira reaccionaria, la verdad revolucionaria. Diario del Che en Bolivia (Santiago: LOM ediciones, 1997), 115.

<sup>157</sup> Inti Peredo, «Volveremos a las montañas», Revista Cristianismo y revolución, N° 9, septiembre de 1968, Buenos Aires, Argentina, 18.

<sup>158</sup> Rodríguez Ostría, Sin tiempo..., 179.

<sup>159</sup> Inti Peredo, «Volveremos a las...», 20.

<sup>160</sup> Ibíd.

<sup>161</sup> Junto con el documento antes citado, «Volveremos a las montañas» y los comunicados del Che en Ñancahuazú, circuló el «Ideario político del Ejército de Liberación Nacional» redactado por Elmo Catalán, Ricardo, y puesto a disposición de los combatientes que se entrenaron entre abril y septiembre de 1969. En Rodríguez Ostría, Sin tiempo...

<sup>162</sup> Carlos San Martín, Carlos Brain y Pedro Soto. «Chile, ¿una excepción?». Revista Punto Final N° 35, segunda quincena, agosto de 1967, 28.

<sup>163</sup> Ibíd.

<sup>164</sup> En este sentido, puede considerarse el internacionalismo como una práctica política revolucionaria que se sustenta en un cuerpo de ideas cuya base está en el marxismo como estructura del pensamiento y que observa la realidad social como parte de una estructura planetaria, y en donde la lucha de clases es una dialéctica continental que subyace, por ende, a las lógicas territoriales. Bajo ese

[panorama, actuó como internacionalista toda una serie de militantes que aportaron a la misión desde sus experticias y saberes; médicos, enfermeras, periodistas, militares en servicio y retirados, conductores, abogados, escritores, músicos, poetas, geógrafos, mecánicos, torneros, mensajeros, lugareños, fotógrafos, diseñadores y una gran variedad de gente con conocimientos y dedicaciones personales que optaron por colaborar en determinadas ocasiones y en diferentes grados.](#)

<sup>165</sup> [Flora Tristán, Unión Obrera, Colección Socialismo y Libertad, Edición digital, El Sudamericano, 2016, pp. 25, 63.](#)

<sup>166</sup> [Carlos Marx y Federico Engels, Manifiesto Comunista \(Santiago: Editorial Universitaria de Chile, 1970\), 69. Marx, y posiblemente también Engels, venía ya elaborando esta idea, estimulada por la fuerte presencia de las luchas nacionalistas de la época. En su carta a Proudhon, fechada en mayo de 1846, le señala: «De esta manera, las diferencias de opinión se podrán manifestar; se llegará a un cambio de ideas y a una crítica imparcial. He aquí un paso que había dado el movimiento social en su expresión “literaria”, a fin de liberarse de los límites de la “nacionalidad”. Y, en el momento de la acción, es ciertamente de un gran interés para cada uno estar informado del estado de cosas en el extranjero como en su casa». Ernst Mandel, Karl Marx a Proudhon, Sobre la historia del movimiento obrero \(Barcelona: Editorial Fontamara, 1978\), 21.](#)

<sup>167</sup> [Gabriel Salazar, Conversaciones con..., 168.](#)

<sup>168</sup> [Manuel Requena Gallego, «Las Brigadas Internacionales: una aproximación historiográfica». Revista Ayer N° 56, Universidad Autónoma de Madrid, 2004, 12.](#)

<sup>169</sup> [Olga Ulianova. «A sesenta años de la guerra civil española. Combatientes chilenos en las brigadas internacionales», Revista de Estudios Avanzados, Volumen 5, N°7, IDEA-USACH, Santiago, 2006, 3. Olga Ulianova comenta que junto con las investigaciones de Gerold Gino Baumann, es posible encontrar a cerca de sesenta chilenos, o hijos de chilenos, que pelaron en la Guerra Civil Española, siendo un número considerable dentro del contingente latinoamericano. Para el caso del general Pedro Vargas Sotomayor, ver Raúl Mesa García. «El general chileno Pedro Vargas Sotomayor: maestro de mambises», Revista Sudhistoria, N° 3, julio-diciembre, Valdivia, Universidad Austral de Chile, 2011.](#)

<sup>170</sup> Elmo Catalán, «Carta de Elmo Catalán», Revista Punto Final, N° 107, año IV, martes 23 de junio de 1970, Santiago de Chile, 2. La carta está fechada el 19 de abril de 1970.

<sup>171</sup> Tirso Montiel, Revista Punto Final, N° 111, año IV, martes 18 de agosto de 1970, Santiago de Chile, 25. La carta está fechada en La Paz el 17 de junio de 1970.

<sup>172</sup> «El Partido Socialista llama al pueblo de Chile», Boletín del Comité Central PS, N°9, enero-febrero de 1971, Santiago de Chile, s/i, 20. En <[www.socialismo-chileno.org](http://www.socialismo-chileno.org)>.

<sup>173</sup> Un futuro combatiente del Ejército de Liberación Nacional de Chile, «El anti artículo», Revista Punto Final, N° 79, año III, martes 20 de mayo de 1969, Santiago de Chile, 23.

<sup>174</sup> Gabriel Salazar, Conversaciones con... op. cit., p.175.

<sup>175</sup> Carlos Lorca Tobar, «Carta a la Comisión Política del PS», Boletín Juventud Socialista, N° 28, año I, marzo 1972, Santiago de Chile, 8.

<sup>176</sup> Félix Huerta, entrevista con...

<sup>177</sup> Rodríguez Ostría, Sin tiempo..., 165.

<sup>178</sup> Carlos Gómez, entrevista con...

<sup>179</sup> Gabriel Salazar, Conversaciones con..., 186.

<sup>180</sup> Si bien existieron, como se ha visto, distintas expulsiones de militantes socialistas en diferentes momentos, estos no fueron un rasgo constante dentro del PS. Es común encontrar socialistas que tenían una doble militancia en el MIR, o que se salieron de las filas del PS y se integraron a otra colectividad, para luego de un tiempo volver al PS. Todo este peregrinaje, por ejemplo, fue mucho menos constante en el PC chileno.

<sup>181</sup> Rodríguez Ostría, Sin tiempo..., 98.

<sup>182</sup> Cabe señalar que bajo el marco de la Guerra Fría y las diferencias entre las izquierdas revolucionarias a nivel mundial, esta unión del trotskismo en una

empresa guerrillera bajo el auspicio del gobierno castrista no parece muy factible en teoría. Lo cierto es que Hugo González Moscoso y Juan Lechín Oquendo se incorporaron en Cuba a la fase preparatoria de la guerrilla que estaba germinando. Más antecedentes en Gustavo Rodríguez Ostría, Sin tiempo... op. cit., y Trotskismo y lucha armada en Bolivia, entrevista a Hugo González Moscoso, realizada por Diego Cano, 22 de noviembre de 2009, Cochabamba, Bolivia.

<sup>183</sup> «Imagen de Beatriz Allende», entrevista a Beatriz Allende por Luis Ignacio Lopez, revista Primera Plana, octubre de 1977. Citado en Marco Álvarez Vergara, Tati Allende..., 115.

<sup>184</sup> Ibíd.

<sup>185</sup> Manuel Cortés y Arnaldo Pérez, Yo, Patán, memorias de un combatiente. (Santiago de Chile: Ceibo ediciones, 2015), 34.

<sup>186</sup> Relato de Alfredo Lyon, en Patricio Quiroga, Compañeros... op. cit., 22.

<sup>187</sup> Gustavo Rodríguez Ostría, Sin tiempo...; Dariel Alarcón Ramírez, Benigno, Memorias de... El autor también menciona a Augusto Olivares como parte del contingente en entrenamiento.

<sup>188</sup> Félix Huerta, entrevista con...

<sup>189</sup> Carlos Gómez, entrevista con...

<sup>190</sup> Jaime Faivovich, «Homenaje a un revolucionario», Revista Punto Final N° 107, año IV, martes 23 de junio de 1970, Santiago de Chile, 5.

<sup>191</sup> Gustavo Rodríguez Ostría, Sin tiempo..., 145, testimonio de Hernán Medina.

<sup>192</sup> María Elena Carrera, entrevista con... Más detalles sobre los acontecimientos detallados sobre este episodio, Cristián Pérez, «Guerrilla rural en Chile: la batalla del fundo San Miguel», Estudios Públicos, N° 78, otoño, año 2000, Santiago de Chile.

<sup>193</sup> Renato Moreau, entrevista con el autor, Santiago de Chile, 22 de febrero de 2013.



<sup>194</sup> [Testimonio de Hernán Coloma. En: Augusto Carmona, «Estudiantes en la lucha», Revista Punto Final, N° 63, año III, martes 10 de septiembre de 1968, 25.](#)

<sup>195</sup> [Hernán Coloma, entrevista con el autor, Santiago, 19 de enero de 2016.](#)

<sup>196</sup> [Entrevista realizada en la cárcel a Rolando Calderón, «Nuevos métodos en la lucha campesina», Revista Punto Final, N° 62, Año III, martes 27 de agosto de 1968, Santiago de Chile, 6.](#)

<sup>197</sup> [«La PP descubrió una escuela guerrillera», El Clarín, 20 de junio de 1969, 4.](#)

<sup>198</sup> [María Elena Carrera, entrevista con...](#)

<sup>199</sup> [Renato Moreau, entrevista con...](#)

<sup>200</sup> [Los titulares de la prensa sobre el descubrimiento del campamento guerrillero observaron el episodio en un tono despectivo y minimizador; «Gran concurso: el que ubique a un guerrillero puede llevárselo para su casa», «Parece que campo guerrillero era de Pedro de Valdivia», «Clausurado kínder de Chaihuín: ¿foco guerrillero o guardería infantil?», Clarín, mayo de 1970.](#)

<sup>201</sup> [El 11 de junio de ese año, un comando integrado por gente nuestra, más ex miristas, que luego formarán el grupo Movimiento Revolucionario Manuel Rodríguez, MR2, que dirigía Rafael Ruiz Moscatelli, asaltaron la Armería Italiana, ubicada en el centro de Santiago. La operación, denominada «Chaihuín», buscaba recuperar las armas incautadas en Valdivia. El comando denominado Pedro Lenin Valenzuela, en honor al militante socialista muerto tras intentar secuestrar un avión LAN y desviarlo a Cuba, se atribuyó la acción. Información de prensa, El Mercurio y Clarín, 11 y 12 de junio de 1970, y Renato Moreau, entrevista con...](#)

<sup>202</sup> [Renato Moreau, entrevista con...](#)

<sup>203</sup> [Hernán Coloma, entrevista con...](#)

<sup>204</sup> [Al salir de la cárcel, y ya con Allende en La Moneda, Moreau comienza a militar activamente en el ELN junto con Néstor Figueroa, socialista también participante de Chaihuín.](#)

<sup>205</sup> [«Conclusiones del Pleno Nacional del Partido Socialista», documento. Julio](#)

de 1969, 1.

<sup>206</sup> Revista Punto Final, N° 88, año IV, martes 30 de septiembre de 1969, Santiago de Chile, 32.

<sup>207</sup> Entrevista A Osvaldo Chato Peredo, en Ejército de Liberación Nacional. Documentos y escritos (1966-1990). Boris Ríos, Héctor Urdaeta y Javier Larraín (editores), (La Paz: CIS-Vicepresidencia, 2017), 19.

<sup>208</sup> La lista ha sido elaborada en base a las fuentes secundarias, la contrastación con las entrevistas y conversaciones. Más adelante se mencionan a aquellos que tuvieron participación en el Congreso de La Serena de 1971. Es muy probable que la exactitud en estos casos no se consiga, debido a la compartimentación del grupo y al secretismo con el cual operaron; no había listas oficiales o reuniones ampliadas. No obstante, en base al criterio de identidad que hemos elaborado, creemos que estos eran parte del grupo, tanto del círculo más interno como del periférico, y es muy probable que falten nombres en vez de que sobren.

<sup>209</sup> Según plantea Gustavo Rodríguez Ostría, la insistencia de Inti posibilitó la salida de los últimos soldados rebeldes de las bases cubanas en agosto de 1969, luego de múltiples trabas puestas por los isleños. Rodríguez Ostría, Sin tiempo...

<sup>210</sup> José Carrasco, «Rigoberto Zamora, un revolucionario chileno», Revista Punto Final N° 100, año IV, martes 17 de marzo de 1970, Santiago de Chile.

<sup>211</sup> Edison Segade Jurado, Jesús, Documental Teoponte, volveremos a las montañas, Roberto Alem Rojo, con la colaboración de Gustavo Rodríguez Ostría.

<sup>212</sup> Ibíd.

<sup>213</sup> Bodes Gómez, En la senda..., 68.

<sup>214</sup> «El compañero caído», Revista Punto Final N° 107, martes 23 de junio de 1970, año IV, Santiago de Chile, 1. Al rechazo emitido por la citada revista, se sumaron cartas de denuncia de diversas organizaciones sindicales y gremiales de Chile y Bolivia. Más adelante se conoció el verdadero responsable de la muerte de Ricardo. Aníbal Crespo, miembro del ELN. Este había tenido rencillas con Catalán, producto de actos de indisciplina que Elmo, como comisario político, debía corregir. Esta situación, sumada al clima de tensión por la seguidilla de

redadas, delaciones y apresamientos de los militantes del ELN, provocó el escenario para los asesinatos. El Estado Mayor del ELN, dos meses más tarde, reconoció al verdadero responsable en un comunicado aparecido en la Revista Punto Final, N° 111, martes 18 de agosto de 1970.

<sup>215</sup> Cabe mencionar que Félix Huerta había recibido un impacto de bala en la columna vertebral estando en Cuba en un confuso incidente nocturno. Estando en proceso de rehabilitación en los hospitales cubanos, decide volver a Chile para incorporarse a las nuevas tareas que el PS requería. Félix Huerta, entrevista con el autor, Santiago, 12 de enero de 2016.

<sup>216</sup> Néstor Paz Zamora, «Diario de Francisco», revista Los Libros, Argentina, N°19, mayo de 1971, Ediciones Signos, 8.

<sup>217</sup> Dante Montiel Vera, Un chilote en la guerrilla guevarista. Tirso Montiel «Pablo», Castro, Chiloé. 2015, 101.

<sup>218</sup> Patricio Quiroga, Compañeros... op. cit., p. 39.

<sup>219</sup> Néstor Paz Zamora, «Diario de...», op. cit., p. 9.

<sup>220</sup> Néstor Paz Zamora, «Diario de..., 9.

<sup>221</sup> Clarín, Santiago de Chile, sábado 7 de noviembre de 1970.

<sup>222</sup> La Defensa, Arica, sábado 7 de noviembre de 1970.

<sup>223</sup> Félix Huerta, entrevista con...

<sup>224</sup> Renato Moreau, entrevista con...

<sup>225</sup> Félix Huerta, entrevista con...

<sup>226</sup> Hernán Coloma, entrevista con...

<sup>227</sup> Porque fuimos médicos del pueblo, los médicos asesinados durante la dictadura militar en Chile, Comisión de solidaridad con médicos objeto de represión (Santiago de Chile: Ediciones Chile América, Cesoc, 1993).

<sup>228</sup> Patricio Quiroga, Compañeros... op. cit. Cristián Pérez, «Salvador Allende,

Apuntes sobre su dispositivo de seguridad: El Grupo de Amigos Personales (GAP)» Estudios Públicos, N° 79, invierno 2000; María Eugenia Camus, «La historia del GAP», Revista Análisis, 8 al 14 de Junio de 1987, Santiago de Chile. Es muy probable que pese a que las fuentes no lo señalan, también estuvieran al tanto de la estructura Arnoldo Camú y Beatriz Allende.

<sup>229</sup> Cristián Pérez, «La metamorfosis del ELN chileno: un caso de realismo político». Ponencia presentada en el seminario «Chile y la guerra fría: más allá de Moscú y Washington», organizado por el Instituto de Historia de la PUC en abril de 2009, Santiago de Chile. Publicado en <www.cedema.org>, 10 de junio de 2009.

<sup>230</sup> Félix Huerta, entrevista con...

<sup>231</sup> Pilar Calveiro, Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años sesenta (Buenos Aires: Siglo XXI editores, 2013), 96.

<sup>232</sup> «Boletín Bimensual», Departamento de Defensa, N°1, Partido Socialista, Santiago de Chile, 1939.

<sup>233</sup> Patricio Quiroga, Compañeros... Ver, además, Edison Ortiz, El socialismo chileno: de Allende a Bachelet, Santiago de Chile: Fiadelso-Pla, 2007. Como se entendió, estos no fueron los únicos involucrados en la participación y diseño de una política de defensa armada dentro del PS, sobre todo en el trabajo previo de la ORGANA y Rolando Calderón.

<sup>234</sup> Renato Moreau, «El ELN el 11», <en www.socialismo-chileno.org>. Estas instancias de defensa fueron las que cobraron protagonismo en la lucha contra el golpe militar del 11 de septiembre de 1973.

<sup>235</sup> Félix Huerta, entrevista con...

<sup>236</sup> «Homenaje al ELN», Revista Punto Final, N° 124, martes 16 de febrero de 1971, año V, 6.

<sup>237</sup> Renato Moreau, entrevista con...

<sup>238</sup> Jobet, El Partido Socialista..., 171.

<sup>239</sup> Nos referimos a Patricio Quiroga, Compañeros... op. cit. Cristián Pérez, La

metamorfosis del ELN... op. cit. Ignacio Walker, Socialismo y democracia, Chile y Europa en perspectiva comparada (Santiago de Chile: CIEPLAN-HACHETTE, 1990).

<sup>240</sup> Esteban Bucat, contacto vía correo electrónico con el autor.

<sup>241</sup> Walker, Socialismo y democracia..., 150. El análisis de Patricio Quiroga también señala la supuesta mayoría de los elenos en dicho congreso. Quiroga, Compañeros...

<sup>242</sup> Hernán Coloma, entrevista con...

<sup>243</sup> Walker, Socialismo y democracia...,152.

<sup>244</sup> Ignacio Walker, Socialismo y democracia... op. cit., p. 150. Sabemos hoy, tomando la extensa bibliografía sobre la guerrilla del Che en Ñancahuazú, que ningún chileno formó parte de la columna guerrillera. Como hemos relatado, sí existieron colaboraciones periféricas hacia ese proyecto, mayoritariamente en la entrega de suministros desde Chile hacia la frontera boliviana.

<sup>245</sup> Ortiz, El socialismo...

<sup>246</sup> María Elena Carrera, entrevista con...

<sup>247</sup> Nicolás García Moreno, entrevista con el autor, El Tabo, 9 de enero de 2018.

<sup>248</sup> Salazar, Conversaciones con..., 160.

<sup>249</sup> Renato Moreau, entrevista con... Félix Huerta menciona que no conoció la existencia de una disolución formal del ELN chileno. Su grupo más cercano siguió trabajando en labores de inteligencia y análisis, tal como se mencionó anteriormente.

<sup>250</sup> «Informe de Organización. Aprobado en el Pleno Nacional de abril y presentado al Pleno Nacional del Frente Interno», 2. Subsecretaría General de Frente Interno, Depto. de Organización. Santiago, abril de 1971.

## Epílogo

*Cuando atravesaron la frontera,*

*me avisaron que me rindiera.*

*No pude hacerlo.*

*Cogí mi pistola y me escapé.*

*He cambiado mi nombre tantas veces,*

*he perdido mujer e hijos,*

*pero tengo muchos amigos,*

*y algunos de ellos están conmigo.*

Leonard Cohen, El Partisano

El año 1972 fue un año complejo. Por una parte, las fuerzas opositoras al gobierno de Salvador Allende comenzaron a cohesionarse de manera más visible, demostrando su fuerza y rechazo a las políticas de la UP. La DC, el Partido Nacional, los gremios más poderosos, la crítica de los sectores más acomodados, empezaron a coordinarse y entorpecer las labores del proyecto socialista. En la otra vereda, los partidos de gobierno intentaban mantener los límites del discurso rupturista por debajo de la política de concesiones, alcanzando el PC mayores éxitos con esta lógica. Si bien el MIR pretendía colaborar de manera crítica al avance del proceso, de entre sus filas surgieron sectores que cuestionaban duramente el ritmo de los cambios, convirtiendo el contexto político en un espacio de violencia social ascendente.

Al interior del PS, partido de gobierno, la situación de tensión no era menor. El año en cuestión se transformó en un punto de quiebre para una militancia

socialista que analizó el momento como el indicado para agudizar aún más el álgido contexto social. Fue así que ciertos sectores protagonizaron un número no menor de operaciones de agitación pública, que pusieron en jaque la iniciativa del gobierno de Allende, que buscaba además dar ciertas garantías de seguridad y estabilidad al proceso. Entre marzo y septiembre de 1972, las acciones armadas más renombradas fueron reconocidas por distintos grupos que se autodenominaban Ejército de Liberación Nacional o Comando 16 de julio. Entre las maniobras se cuentan el asalto a una camioneta pagadora de Vialidad, asalto a la Posta Central de Santiago, el laboratorio Abbott, y el secuestro al industrial Calem Allel, entre otros. Lo complejo de la situación era la adhesión socialista de algunos de los detenidos, lo cual ocasionaba serios problemas al interior de la UP, tomando en cuenta que, a la fecha, el encargado de la Policía de Investigaciones era Eduardo Paredes.

La tensión llegó hasta las altas esferas del gobierno. Salvador Allende llamó «al orden a los elementos desordenados de la UP», y el PS le dio plenos poderes a su secretario general, Carlos Altamirano, para que tomara cartas en el asunto. En un hecho poco común en la historia del PS, la dirección determinó, en julio de 1972, la expulsión de más de treinta militantes de la organización, agrupados en los comités regionales desde Arica hasta Osorno<sup>251</sup>. Esta aparente mano dura del gobierno no amilanó la crítica de un sector de la izquierda radical. En nombre del ELN, algunos socialistas mantuvieron acciones encaminadas a recopilar dinero, repartir medicamentos en poblaciones periféricas y cuestionar el camino que muchos socialistas estaban protagonizando bajo la sombra del gobierno de Allende. Esto demuestra que el legado del guevarismo presente en un sector del socialismo chileno le permitió operar más allá de las directrices de la coalición de gobierno, poniendo en tela de juicio la autenticidad del proceso en marcha. Para algunos socialistas, no sólo bastaba poner su experiencia de años de trabajo en seguridad e inteligencia al servicio de la defensa del gobierno, había que ir más allá de los límites del proceso en marcha y continuar, por ejemplo, colaborando con las acciones bolivianas. Nelson Aramburú recuerda:

Teníamos acopiado un buen montón de fierros, AK, municiones, que no era para nosotros, era para Bolivia, era la tesis del Che. Nuestro comandante en ese tiempo era el Chato Peredo, y mi jefe acá en Chile era Antonio Peredo... cuando salgo de prisión, vivo un tiempo en la casa de Antonio... a ellos obedecíamos nosotros<sup>252</sup>.

Para estos sectores, la conducción de la UP era un camino reformista, revisionista y entreguista, y que con sus directrices se acercaba a los intereses imperialistas del capital norteamericano, y además usaban la imagen del glorioso comandante Che Guevara para sumar adeptos a sus filas aburguesadas. Un documento publicado en agosto de 1972, señalaba: «Los reformistas de la revolución con sueldo de gerente unen sus voces a las de sus patrones burgueses para condenar a los auténticos revolucionarios»<sup>253</sup>. El fenómeno de la aparición de sectores críticos de izquierda durante el proceso de construcción del socialismo y la acción aplacadora del gobierno de la UP son un complejo problema que tuvo que enfrentar la coalición de izquierda. Los ataques y las denuncias aparecidas en los periódicos y diarios de la época, desde un sector a otro, fueron uno de los tantos desajustes del enmarañado escenario. Había que demostrar, a través de la acción y el discurso, la cercanía reveladora con el ser revolucionario.

No obstante, muchos de estos imprecisos grupos que operaron en Chile, y que firmaban sus acciones bajo el alero del ELN heredero del Che, no contaban con el auspicio de la jefatura boliviana al mando del Chato Peredo. Es más, se produjeron aclaraciones a la opinión pública para desmarcarse de las acciones cometidas en territorio nacional. Un inserto publicado en 1972, da cuenta de la situación:

De una vez por todas y para siempre. Hay un solo Ejército de Liberación Nacional y es el ELN de Bolivia, que siempre actuó en Bolivia y a cuyo llamado acudieron combatientes internacionalistas como Elmo Catalán, Ricardo, y muchos otros chilenos, cubanos, argentinos, peruanos, brasileños... El no calificar algunos hechos en Chile no significa que estemos ausentes. Y sin intervenir en ellos, sentimos sus fracasos y palpitamos con sus éxitos. Simplemente deseamos que todos los revolucionarios chilenos estén férreamente unidos en beneficio de Chile y de América Latina<sup>254</sup>.

Este fenómeno es relativamente común en las orgánicas revolucionarias del continente. Luego de contar con una importante adhesión y éxitos políticos y



militares, cuando vienen los fracasos surge la división y fragmentación. Complejo escenario, ya que el legado del ELN, el elenismo, permitió que otras banderas emprendieran las acciones destinadas a luchar en contra del imperialismo, esta vez en suelo chileno. El fenómeno político fue más allá de las organizaciones políticas, y los colores del ELN fueron un símbolo más que un Estado Mayor por el cual había que obedecer.

En tanto en Bolivia, Chato Peredo emprendió la tarea de reorganizar el ELN y encaminar un nuevo proceso revolucionario. Como plantean estudios recientes en torno al balance que el ELN realizó sobre los fracasos militares de Ñancahuazú y Teoponte<sup>255</sup>, estos en realidad se convirtieron en futuros catalizadores de una militancia que veía en estos ejemplos un aliciente para continuar la lucha, una especie de «Moncada boliviano». Diversas eran las tareas que el convencido ejército debía realizar. En primer lugar, era primordial mostrarse todavía como una organización presente y con la fuerza suficiente como para acometer planes a gran escala. Bajo la misma lógica, el ELN planeó el secuestro de diversos empresarios bolivianos con el objetivo de recaudar recursos económicos para la organización, pero la acción más recordada y compleja fue la ejecución del cónsul boliviano en Alemania, el coronel Roberto Quintanilla, ocurrida en abril de 1971. Quintanilla había sido sindicado como uno de los responsables de la muerte del Che Guevara, de Inti Peredo y de la represión al ELN. La misión de ajusticiamiento la llevó a cabo Mónica Ertl, Imilla, en colaboración con el italiano Giangiacomo Feltrinelli, Osvaldo. La red de accionar del ELN tenía la capacidad de operar en distintos espacios geográficos y con una elevada coordinación. Para la década de los setenta, le precedía una alta imagen revolucionaria.

De esta época, son las primeras reuniones formales, celebradas en Chile en el año 1972, que llevaron a la creación de la Junta de Coordinación Revolucionaria. En esta congregación participaron el MIR chileno, el PRT-ERP argentino, el ELN boliviano y el MLN Tupamaro. Este proceso de articulación fue el corolario de un camino iniciado a fines de los sesenta. La ayuda prestada por miembros del MIR en el rescate de los sobrevivientes cubanos, los contactos de Inti con Mario Santucho en La Paz, la ayuda económica de los tupamaros uruguayos con el MIR chileno, fueron el crisol de un engranaje que tuvo como premisa la lógica internacionalista<sup>256</sup>.

En otro plano, la cúpula de la organización boliviana debía revertir las debilidades del foco de Teoponte. Hubo flaqueza en lo que se refiere al vínculo

con las organizaciones de base y el apoyo popular. Es por eso que Chile seguía representando, y con mayor razón bajo el gobierno de la UP, un espacio de reclutamiento importante de militantes, deseosos de insertarse con la gran historia. Ahora eran otros jóvenes rebeldes quienes se conectaron con un nuevo proyecto internacionalista en suelo boliviano.

En agosto de 1971, el general boliviano Hugo Banzer dio un golpe de Estado al militar J.J. Torres. La instauración del poder de Banzer implicó una respuesta por parte del ELN boliviano, que veía en la nueva dictadura un giro hacia la derecha y un retroceso en los avances del movimiento social. Dariel Alarcón señala: «En aquellos momentos la represión contra el ELN en Bolivia se hizo muy severa y eso obligó a una gran cantidad de jóvenes a marcharse a Chile, Argentina o Perú. Entonces el Chato Peredo empezó a reclutarlos en estos distintos países y mandarlos a Cuba»<sup>257</sup>. Este fue el contexto que encontraron diversos militantes del PS y algunos del MIR que partieron desde Chile hacia Bolivia con la intención de reorganizar el fracasado proyecto revolucionario. Entre ellos, Fermín Montes, quien recuerda: «Entre quedarse acá y partir a Bolivia, que era una concepción latinoamericanista concreta, optamos por esa posibilidad de ir a Bolivia... acá en Chile estaba el Chato, Nila Heredia, gran parte del ELN boliviano estaba acá en Chile. Con otros compañeros nos fuimos adentrando en esta visión de lucha latinoamericana»<sup>258</sup>. Junto a Fermín, partieron, también, entre otros: Arnaldo Meyer, Ramón Molinet, Julio Ulloa y Agustín Carrillo. Este último, Negro, encontró la muerte en manos de la represión de la dictadura de Hugo Banzer, cuando en julio de 1972 fue capturado en Oruro, torturado y ejecutado. Sus restos mortales fueron repatriados recién en el año 2008. Al igual que los anteriores militantes, en la mente de algunos sobrevivientes del foco de Teoponte estaba la intención de continuar la lucha. Ese fue el caso de Guillermo Véliz, uno de los chilenos que salieron con vida de la última guerrilla guevarista. Gastón cayó en mayo de 1972 en Bolivia, bajo la ofensiva militar que asoló a los últimos vestigios del compromiso internacionalista.

El fenómeno tuvo una extensión temporal aún mayor si consideramos que la mayoría de los protagonistas de la defensa armada del gobierno de Allende, una vez ejecutado el golpe militar de Pinochet, eran miembros o cercanos colaboradores del ELN. Esa mañana partió a las 07:05 horas una comitiva que resguardó al presidente Allende desde su hogar en Tomás Moro hasta La Moneda. En el cuarto auto, un fiat 125 blanco, en donde viajaba Allende, lo acompañaron como conductor, Jaime Sotelo, Carlos Álamos, Juan José Montiglio, Aníbal Salcedo, armados con fusiles AK, además de Renato

González, Eladio<sup>259</sup>. En el mismo sitio, partió horas más tarde, y luego de iniciado el enfrentamiento con el ejército sublevado, otro grupo de la escolta que también había sido miembro del ELN; entre ellos, Félix Vargas, Luisito. Elena Araneda recuerda el episodio de la siguiente manera: «Yo me voy con Luisito en el auto: manejaba el Moscatelli (Rafael Ruiz) iba la Lila. Luisito llevaba un arma; nosotras íbamos desarmadas. Mi compadre era el que sabía todo. Pasamos a unos cordones industriales a buscar armas. A la SUMAR llegamos como a las tres o cuatro de la tarde»<sup>260</sup>.

Domingo Blanco Tarrés, junto con otros integrantes del GAP, se dirigieron esa mañana del once desde el Cañaveral en dirección a La Moneda. Cerca de las 9 horas, Bruno, junto con otros trece GAP, son detenidos por efectivos de Carabineros en las cercanías de la Intendencia de Santiago. Bruno, junto a sus compañeros, forma parte de los detenidos desaparecidos de ese día; en tanto que en el Palacio de La Moneda y junto a Allende, un grupo de elenos, asesores cercanos del presidente, se mantiene defendiendo el proceso revolucionario: Enrique Huerta Corvalán, Claudio Jimeno Grendi, Eduardo Paredes Barrientos, Ricardo Pincheira Núñez, Juan José Montiglio Murúa, Jaime Sotelo Ojeda y Jaime Barrios Meza, entre otros. Luego del fin de los enfrentamientos, son detenidos y conducidos a la Escuela de Paracaidistas de Peldehue, en la zona norte de Santiago, donde testigos aseguraron que habían sido ejecutados.

Suerte dispar corrieron otros elenos ese día en las inmediaciones de palacio. Manuel Cortés, Patán, que había colaborado en la logística de la guerrilla boliviana, decidió subir al Ministerio de Obras Públicas junto con un grupo de militantes. Patán recuerda:

Di con un tragaluz pequeñito, como de sesenta centímetros y por ahí pasamos a Obras Públicas. Subimos al tercer piso, y dejé a uno de los choferes, el chofer del auto 1, Julio Soto Céspedes, Joaquín, para que quedara a cargo del citófono... Quedamos como francotiradores, a lo largo de casi todo el piso. Ahí estuvimos prácticamente hasta que se produjo el primer alto al fuego, tipo diez u once de la mañana... vino un alto al fuego y, después, comenzó de nuevo el fuego graneado. Nos dedicamos a detener las ofensivas que venían desde la Alameda hacia La Moneda<sup>261</sup>.

La posición que adoptó un grupo de eilenos en los intentos de defensa del gobierno socialista se relaciona no sólo con la fuerte adhesión a la figura de Allende o con la concordancia con la militancia dentro del PS, sino que también juega un rol decidor la preparación de este grupo organizado, en el manejo, planificación y conocimiento referido a temáticas militares. Prueba de ello es el detalle marcado que relata Joaquín, quien acompañó a Patán al MOP esa mañana decisiva:

De inmediato nos fuimos arriba con las armas, con todas las que teníamos en los autos. Subimos todos los conductores, o sea, un total de seis, además de otro que había sido chofer: Patán –Manuel Cortés–, que estaba en Santiago porque había llegado desde Chuquicamata con un amigo; Carlos Álamos lo había autorizado a integrarse... Cuando llegamos a ubicarnos, pregunté quién sabía manejar la punto 30, y el único era Patán<sup>262</sup>.

En otro sector de Santiago, el desmembrado PS buscaba coordinarse con las restantes fuerzas de izquierda que mantenían el propósito de defender al gobierno popular. Fue así como, desde muy temprano en la mañana, el Aparato Militar del PS recibe la información en torno al alzamiento de la Marina en Valparaíso. Esa fue la señal para que los dispositivos de inteligencia, seguridad y comunicaciones del partido comenzaran a actuar. Los historiadores Mario Garcés y Sebastián Leiva comentan la situación:

Paralelamente a la reunión del Aparato Militar, también se daba la coordinación de la Comisión Política en la industria FESA de Maipú. A ese lugar llegarían, a partir de las siete de la mañana, Jorge Mac-Ginty, Ricardo Lagos Salinas, Rolando Calderón, Exequiel Ponce y Arnoldo Camú, entre otros altos dirigentes<sup>263</sup>.

Ya con el alzamiento en marcha, los dispositivos de defensa del partido emprenden la tarea de coordinación general con otras fuerzas leales al gobierno. Esta reunión se concretó en el sector sur de Santiago, hacia donde llegaron los

principales dirigentes del MIR, del PC, del PS y otros dirigentes sociales. La reagrupación de las fuerzas y coordinaciones se dieron en las industrias de INDUMET y SUMAR, donde se desarrollaron también los primeros enfrentamientos con el ejército sublevado. En estas tentativas de organización y contrarrespuesta a lo que estaba sucediendo, los miembros de la red del ELN chileno tuvieron un rol protagónico y decisivo. Cobraron sentido la capacidad política de sus integrantes y su decisiva convicción de defensa del proceso. Luego del repliegue y de evidenciar la poca capacidad de las fuerzas leales, Arnoldo Camú ha logrado mantenerse con vida. Está junto a su cuñado Sergio Parrau y le preocupa el paradero de Celsa. Comienza a anochecer en ese largo 11 de septiembre. El periodista Ignacio Vidaurrázaga comenta: «Agustín ha sido un comandante en terreno. Individualmente ha demostrado ser el jefe político con mayor destreza para reunir, conducir y aun replegar al destacamento armado más numeroso de la jornada»<sup>264</sup>.

Es necesario plantear que esta capacidad militar fue un componente instalado desde el PS e implementado desde la organización del mismo. Es donde cobra relevancia la visibilización de este grupo a partir del Congreso de La Serena, cuando, si bien la estrategia guerrillera viene en retroceso, el triunfo de Salvador Allende en 1970, el mismo año de la derrota de Teoponte, obligó al partido a tomar ciertas decisiones. El contexto internacional, la correlación de fuerzas políticas en el país, el ánimo de ciertos sectores reaccionarios de la derecha, puso sobre el tapete la discusión en torno a la edificación de una red de militantes que manejara ciertos aspectos de inteligencia, coordinación y preparación militar. Muchos compañeros socialistas, en distintos grados de preparación, viajaron a la isla de Fidel a aprender artes para ellos desconocidas. Nicolás García Moreno, miembro de la CP del PS, recuerda: «Yo había hecho un curso en Cuba de chequeo y contra chequeo que se llama... durante el gobierno de Allende, estuve como una semana o diez días»<sup>265</sup>. Este adiestramiento, esta capacidad instalada al interior del PS, sirvió para que los elenos, en la medida de sus capacidades, fueran el mejor contingente preparado para asumir estas complejas tareas. Así lo recuerda Renato Moreau:

Las tres instancias de la Comisión de Defensa del PS, creada por mandato del Congreso de La Serena y cuyo jefe era Arnoldo Camú, el GAP, la contrainteligencia y el GEO, son los únicos estamentos regulares de la izquierda chilena que combatieron organizadamente el 11 de Septiembre en la defensa de

Allende y el proceso de la Unidad Popular. Sus hombres, en la gran mayoría, fueron formados por la Organa y el ELN en el Partido Socialista<sup>266</sup>.

Esta continuidad puede ser peritada incluso más allá del 11 de septiembre. De acuerdo a la información obtenida por la CIA, el ELN chileno, para enero de 1975, todavía contaba con grupos operativos en Chile y planeaba acciones en América y en Europa, fundamentalmente con la intención de recuperar dinero y encontrar auspicio a nivel internacional. En detalle, los escasos miembros de la organización intentaron conectarse con la jefatura de la IV Internacional para recibir apoyo logístico. El encargado era el trotskista belga Ernest Mandel. En una investigación de Carlos Basso se relata: «Según la CIA, a esas fechas el ELN poseía 12 militantes en Chile, un arsenal y aproximadamente 14 millones de escudos; es decir unos 7 mil dólares»<sup>267</sup>. Aún cuando los datos estén apegados a la realidad, la infiltración de la Agencia Central de Inteligencia de EE.UU. en los grupos de la izquierda revolucionaria da cuenta de la existencia y permanencia de un fenómeno germinado casi diez años antes en las montañas bolivianas por el comandante Che Guevara. Hubo un sector de la militancia socialista, o cercana a ella, que mantuvo redes operativas, con el detalle cierto o no que describe la CIA, enarbolando el nombre de la organización en contextos de dura represión política.

Si pretendemos concluir nuestra revisión de este inusual fenómeno político, es factible tomar en consideración, como eje de movimiento, la crisis estructural que significó el golpe militar. Los sucesos del 11 de septiembre de 1973 han sido revitalizados últimamente con ocasión de las recientes conmemoraciones en torno al mismo. Se ha encumbrado no solamente una memoria más compleja y completa, sino que además el debate permite deambular desde la esfera de la discusión político-partidista hacia el espacio del análisis historiográfico. En ese sentido, la visión tradicional sobre la excepcionalidad de la historia política chilena de gran parte del siglo XX empezó a ser rebatida por una óptica y posición historiográfica reciente que cuestionó esa quietud como señal de aprobación del modelo imperante. La vieja tesis de la estabilidad institucional, que generaba amplios consensos, empezó a ser matizada y enfrentada a un relato histórico que hablaba de orgánicas militares, militantes revolucionarios y experiencias internacionalistas.

Esta línea de argumentación puede entrelazarse con los fenómenos de

radicalización política de mediados del siglo XX y con la receptividad que tuvieron en un importante actor político de las últimas décadas: el Partido Socialista Chileno.

Es posible concluir como primer elemento que existió un grupo organizado al interior de dicha colectividad que comenzó a operar con el fin de colaborar y participar en el proyecto revolucionario del Che. Este sector, conocido dentro del PS como los elenos, fue el vínculo más estrecho entre la proyección de la Revolución Cubana y nuestro país. Podrán existir organizaciones, personas e instancias de colaboración y cooperación mutua entre La Habana de Fidel y Chile, pero ninguna situación o fenómeno tiene la concordancia de lo que pretendió Cuba en los primeros años y el estímulo que significó la creación del ELN. En ese sentido, este fenómeno vino a acrecentar la incursión en el sistema mundial de bloques que representó la Guerra Fría, donde los chilenos militantes tuvieron un rol más que secundario.

En segundo término, esta germinación fue posible en un espacio determinado, que permitió su existencia y crecimiento: el Partido Socialista de Chile. Esta colectividad sufrió una profunda crisis en las décadas del cuarenta y cincuenta. El salvavidas fue revivir un espíritu latinoamericanista, una colectividad revolucionaria y antiimperialista, y que se identificara con las luchas de los trabajadores. Esto se adaptó a las nuevas tesis y planteamientos que dentro del marxismo comenzaron a aflorar después de la Segunda Guerra Mundial. Este nuevo partido vivirá un lento pero constante proceso de radicalización discursiva que alentará la aparición de fenómenos revolucionarios, aun cuando no estuviesen dentro de la política oficial de la organización. Lo singular es que este partido albergará también a sectores más gradualistas, que en ocasiones tuvieron que dirigir a una colectividad que avanzaba a pasos agigantados hacia la revolución socialista. Esta convivencia generará roces, ambigüedades y tensiones propios de la identidad del partido. Este partido radicalizado fue el que facilitó el espacio para la maduración de militantes que comenzaban a observar la necesidad de avanzar hacia la concreción de un modelo social que permitiese el bienestar de los sectores más desposeídos, y que además comenzaron a denunciar los abusos de un sistema que reprimía y favorecía los intereses foráneos. Estos militantes serán el núcleo fundador del ELN chileno.

En tercer lugar, el nivel de influencia que logró la organización, en su corta vida operativa, permite suponer dos opciones: la masividad de su militancia y de ahí el poder de acción, o las cualidades políticas de sus integrantes. Como hemos

observado, el ELN bordeó el centenar de integrantes, repartidos en algunas ciudades, en el norte y fundamentalmente en Santiago. No fue una organización con amplia cobertura. Sus militantes se movieron en secreto. No comunicaron sus acciones ni su pensamiento abiertamente. El poder de decisión sobre el entorno radicaba en la capacidad de sus dirigentes de cooptar los espacios de poder, influenciar y estimular al resto, y edificar la imagen de una organización de peso. Esto cobra mayor sentido si tomamos en cuenta que, a partir de la celebración del Congreso de La Serena en 1971, al interior del partido comienzan a surgir con mayor notoriedad sectores que diferían de la política monolítica de la dirección nacional y que se evidenciaban, una vez más, como tendencias visibles y cohesionadas, con un alto sentido de pertenencia y reconociendo una tradición revolucionaria dentro de su ser militante. Precisamente, luego de la derrota de 1973, el PS identifica como uno de los elementos claves de la debacle política, y como muestra de la debilidad del partido en su objetivo de liderar el proceso en marcha, la existencia de estos grupos que desconocían la legitimidad de la dirección y levantaban falsas alternativas de liderazgo<sup>268</sup>. Dentro de esas posiciones militantes, los elenos fueron los más reconocidos, logrando una transversalidad de apoyo y respeto dentro de la colectividad: eran cercanos a Carlos Altamirano y Salvador Allende; tenían parlamentarios «amigos»; lograron puestos en la nueva dirigencia popular, y edificaron el aparato de seguridad del presidente y del partido, buscando convertir al PS en la vanguardia de lucha del movimiento de trabajadores.

Un cuarto elemento puede ceñirse en torno a la reconversión o redirección que sufrieron tras la asunción de Salvador Allende y la UP. Su adaptación al sistema institucional abrió un nuevo foco de debate en torno a la concepción de revolución. Tras el estallido de la Revolución Cubana y el florecimiento de nuevas tesis políticas en relación al problema de la revolución, uno de los cuestionamientos o afirmaciones era que no existía un solo tipo de revolución. Tampoco había una sola forma de prepararla y organizarla. En este sentido, el ELN chileno no tuvo una concepción monolítica de los procesos revolucionarios. Si bien recogieron el legado directo del guevarismo (se reconocían abiertamente como cheístas, como nos comentó Renato Moreau) y su motor inicial estaba en la colaboración con el foco guerrillero boliviano, no fue la única manera de enfocar la ruptura. Si bien concibieron que el problema social se solucionaba a través de la organización política, el trabajo partidista podía asumir múltiples formas. El convencimiento de la necesidad de defender el proceso revolucionario en marcha, el socialismo a la chilena de Allende, no contrastó con la misión de rescatar a los sobrevivientes del Che y de



implementar un nuevo foco. Ambos fenómenos, en los elenos chilenos, eran parte de una lucha por defender los valores humanos innegociables que sustentaba el socialismo. Y era precisamente el proyecto de la UP el que encarnaba ese proyecto de transformación social, la revolución del pensamiento y de los cánones valóricos, la transformación humana que recogiera el comandante Guevara, que estaban asumiéndose como principios del ideal colectivo que dirigía Allende.

Aún cuando los elenos se hicieron parte de un proyecto revolucionario que para ellos plasmaba de mejor forma las luchas de los sectores populares y, por ende, era la genuina herencia del marxismo-leninismo, esta adhesión llegó a aumentar las tensiones y las diferencias que ya se encontraban al interior del conglomerado de partidos que representaba la UP. Como plantean los historiadores Luis Corvalán y Julio Pinto, la fricción generada entre los sectores rupturistas y gradualistas ayudó a configurar un escenario catastrófico de indecisión y división entre las izquierdas, lo que cimentó con mayor solidez el camino del quiebre institucional de 1973<sup>269</sup>. Los elenos chilenos estuvieron precisamente en medio de esta discusión, en el límite complejo de defender el legado de Allende, trabajar codo a codo en la construcción de la Vía chilena al Socialismo, y reivindicar la esencia que permitió que se nuclearan como orgánica política: el guevarismo en su máxima expresión. Esta compleja edificación identitaria –entre la lealtad hacia una vía no armada representada en la cercanía con el presidente electo por el pueblo y el discurso militarista desde el cual provenía la matriz del ELN–, fue la réplica en menor escala de la conflictiva cohabitación que operó al interior del PS. Los intentos, como hemos visto en las páginas anteriores, internos del PS, una vez iniciado el gobierno de Allende, de darle una estructuración más orgánica al partido apuntaban en la dirección de consolidar una organización que diera soporte real, un respaldo sólido, al proyecto allendista, más que darle cuerpo a la militarización de los socialistas chilenos.

La intencionalidad, los esfuerzos, la utopía política, ciertamente se encontraron con una realidad amurallada que buscaba la defensa de otros propósitos. Más allá del análisis político e historiográfico, no podemos dejar de reconocer la convicción, la certeza moral, de un pequeño grupo de militantes que desde dentro del Partido Socialista conformaron una estructura inédita en la historia partidaria, con una personalidad reconocible y mitologizada hasta la actualidad, y que hicieron suya la herencia del guevarismo, formando parte de la etapa final del proyecto de transformación social anhelado por el Che, y a través de esta

empresa, formaron parte de la gran historia.

Encontrar las huellas de los elenos en el actual acontecer del Partido Socialista chileno quizás sea una tarea de mayor alcance reflexivo. No obstante, cada 19 de abril, cuando el partido celebra un año más de vida, se entonan las frases de un himno que pareciera recoger los ropajes de un grupo de combatientes que creyó en el compromiso internacionalista... Sellaremos con sangre la historia, nuestra huella pujante y triunfante. El Partido dará, a los que luchan, digno ejemplo de acción contra el mal...

---

<sup>251</sup> [Las Noticias de Última Hora, sábado 5 de agosto de 1972.](#)

<sup>252</sup> [Nelson Aramburú, entrevista con...](#)

<sup>253</sup> [«Versión del ELN», Revista Punto Final N° 163, martes 1 de agosto de 1972, año VII, 26. Santiago de Chile.](#)

<sup>254</sup> [«Aclaración del ELN», Revista Punto Final N° 165, martes 29 de agosto de 1972, año VII, 21. Santiago de Chile.](#)

<sup>255</sup> [Nos referimos al estudio de Boris Ríos, Héctor Urdaeta y Javier Larraín: Ejército de Liberación Nacional. Documentos...](#)

<sup>256</sup> [Para más información, Aldo Marchesi, «Geografías de la protesta armada, guerra fría, nueva izquierda y activismo transnacional en el cono sur. El ejemplo de la Junta de Coordinación Revolucionaria \(1972-1977\)», en Revista Sociohistórica 25 \(2009\) 41-72. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de la Plata, 2009.](#)

<sup>257</sup> [Dariel Alarcón Ramírez, Benigno, Memorias de..., 211.](#)

<sup>258</sup> [Fermín Montes, entrevista con el autor, Santiago de Chile, 16 de enero de 2016.](#)

<sup>259</sup> [Ignacio Vidaurrázaga Manríquez, Martes once. La primera resistencia \(Santiago de Chile: LOM ediciones, 2013\), 47.](#)

<sup>260</sup> [Ibíd., p. 125.](#)

<sup>261</sup> [Manuel Cortés y Arnaldo Pérez, Yo Patán, memorias..., 102.](#)

<sup>262</sup> [Relato de Joaquín, Julio Soto Céspedes. En Ignacio Vidaurrázaga Manríquez, Martes once..., 61.](#)

<sup>263</sup> [Mario Garcés y Sebastián Leiva, El golpe en La Legua \(Santiago: LOM ediciones, 2005\), 38.](#)

<sup>264</sup> [Ignacio Vidaurrázaga Manríquez, Martes once..., 209.](#)

<sup>265</sup> [Nicolás García Moreno, entrevista con...](#)

<sup>266</sup> [Renato Moreau, entrevista con...](#)

<sup>267</sup> [Carlos Basso Prieto, La CIA en Chile. 1970-1973 \(Santiago: Ediciones Aguilar, 2013\), 250.](#)

<sup>268</sup> [El documento en cuestión se denomina; «Resolución Política de la Secretaría Exterior de la Juventud Socialista de Chile», fechado en junio de 1977. Sofía, Bulgaria.](#)

<sup>269</sup> [Nos referimos a los trabajos de Luis Corvalán Márquez, Los partidos políticos y el golpe del 11 de Septiembre \(Santiago: CESOC, 2000\); y Julio Pinto Vallejos, «Hacer la revolución en Chile», en Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular, varios autores \(Santiago: LOM ediciones, 2005\).](#)

## **Anexos**

**Nº 1.**

### **Carta de Elmo Catalán**

**Bolivia, 19 de abril de 1970.**

A MI MADRE, HIJOS, HERMANOS, TÍOS Y DEMÁS FAMILIARES

ESTOY en Bolivia. La noticia no será para ustedes una sorpresa. Esta carta, sí. Siempre hubo entre nosotros una tremenda incomunicación, especialmente política. Hoy, después de casi dos años de silencio, vale la pena escribir unas cuantas líneas para que conozcan nuestras motivaciones y sepan el porqué de mi decisión.

Sufrí en carne propia –como ustedes la siguen sufriendo– la pobreza y la explotación. El trabajo como peón en la pampa salitrera, en el cobre o en la construcción cuando recién egresé de secundaria, me impactó y sensibilizó profundamente. Aprendí a conocer y querer a la clase obrera, la cual es, sin duda, lo mejor que tiene cada pueblo. Obtuve un título profesional (¡qué ironía, el único profesional de la familia!) y ustedes cifraron –equivocadamente– sus esperanzas en mí porque el profesional tiene, en este sistema, un vasto horizonte económico, especialmente si su corrupción es más acelerada. Pero esto ustedes no lo comprendían y será difícil que lo entiendan.

Creo firmemente que el profesional ha llegado a ser tal sobre la base de la explotación, el dolor y el sacrificio de muchos otros seres. El profesional es un parásito que comercia con la pobreza de sus semejantes o es un aliado de los ricos explotadores. Por mucho que hable de revolución, de liberación o de amor

por el pueblo no pasará de ser esclavo consciente del sistema, cómplice de la opresión o, en muchos casos, gendarme de sus propios hermanos si no toma el único camino honesto que existe para independizar nuestros países: el de la lucha armada hasta las últimas consecuencias.

Por eso rompí definitivamente con el pasado. Nunca tuve aspiración de ninguna clase dentro del sistema contra el cual luchamos. No lo lamento. En cambio, aspiro a todo dentro de la revolución. Y me siento orgulloso.

Soy soldado del Ejército de Liberación Nacional, el Ejército que el Che y un puñado de valientes fundaron en Ñancahuazú. Muchos sueñan con tan grande honor sin alcanzarlo. Por eso, me considero un privilegiado.

Ustedes saben que mi decisión no es reciente. Busqué la oportunidad a veces hasta con desesperación –durante varios años. Me dolió profundamente no combatir al lado del Che en Bolivia. Seguramente no merecía este honor. También me llagó la cobardía de los que lo abandonaron, la desvergüenza de tantos seres repugnantes que hasta hoy juegan a la revolución, comerciando con el ejemplo y la memoria de uno de los héroes más esclarecidos de nuestro continente.

Pero es necesario explicarles algo más para que nos conozcan mejor. No somos buscadores de gloria. Simplemente combatimos para destruir esta sociedad corrompida y opresora y para construir un mundo nuevo, sin explotadores ni explotados. Un mundo donde no existan injusticias ni humillaciones, donde todos tengan iguales oportunidades, donde el hombre, como dice Che, «no sea lobo del hombre».

Estamos peleando para que nuestros hijos, o los hijos de nuestros hijos sean Hombres Nuevos, es decir, seres humanos puros, con profundo amor por la sociedad, generosos, dispuestos a dar la vida por sus semejantes, hombres con inmenso coraje, decididos a combatir la injusticia en cualquier parte del mundo. Estos Hombres Nuevos –con los que soñó Che– sólo pueden formarse dentro de nuestros principios, en el fragor del combate, o sea en el socialismo distinto que construiremos nosotros.

Para alcanzar tan hermoso objetivo tenemos que pasar por una etapa dolorosa y larga porque nuestro enemigo es el más poderoso y el más cruel de todos los que existen en la tierra: el imperialismo norteamericano.

Ustedes se preguntarán por qué no peleo en Chile por estos ideales. Muy simple. La revolución es una sola. No se pueden liberar todos los países al mismo tiempo. Hay que concentrar todos los esfuerzos en el que reúna mejores condiciones. Bolivia está en pleno corazón del cono sur, es el que más ha sentido la explotación y el hambre y su pueblo tiene una tradición de lucha que lo convierte en uno de los más aguerridos del continente. Es también, por derecho propio y por la semilla que sembró Che, el escenario histórico natural e indiscutido.

Creo honestamente que no habrá revolución chilena sin que triunfe la revolución boliviana. La libertad de todos los países del cono sur depende de la libertad de Bolivia. Doloroso sería que los chilenos no comprendieran esta realidad y permanecieran estáticos, esperando que su libertad le llegue «de gratis» aunque todo el mundo estaría consciente de que tal libertad estaría cimentada en el sacrificio exclusivo del pueblo boliviano.

Pensarán que estoy equivocado al combatir en un lugar que –como alguna vez me dijeron en Chile– no es mi Patria. Discrepo profundamente con los que hacen tal planteamiento.

Patria tiene para mí un sentido real y profundo. Es ciertamente el territorio geográfico donde el individuo nace. Pero Patria es también en toda su dimensión el suelo oprimido donde un revolucionario combate por la libertad de su pueblo o muere en defensa de sus ideales.

Patria es el cobre, el estaño, el fierro, el zinc, el petróleo, el oro, la plata, las materias primas que en poder de toda la comunidad crean la riqueza y la prosperidad de la nación que las posee.

Patria es el minero silicoso.

Patria es el campesino explotado.

Patria es la mujer humillada.

Patria es el niño desnutrido y analfabeto.

Patria es la revolución libertaria.

Patria es la Nueva Sociedad y el Hombre Nuevo que nosotros crearemos.

Para nosotros «la Patria es América», como lo proclamara Bolívar en los campos de batalla.

No soy extranjero en Bolivia ni seré extranjero en ningún lugar de América latina. Extranjeros son los imperialistas y sus sirvientes nativos. Me siento tan patriota como el más patriota de los patriotas bolivianos. He aceptado todas las obligaciones y exigido un solo derecho: el de combatir.

Estoy orgulloso de pelear en esta tierra –que ya es mía– por este pueblo que amo.

Mis compañeros son los mejores entre los mejores y estamos hermanados hasta la victoria o la muerte, por los mismos ideales.

Hago grandes esfuerzos para realizarme como ser humano y convertirme en hombre libre.

La libertad brota cuando rompemos definitivamente con el pasado, destruimos implacablemente sus mitos, despreciamos sus normas inmorales elevadas a la categoría de supremos códigos rectores de la humanidad para mantener una esclavitud oprobiosa.

La libertad es el derecho de los pueblos a levantarse en armas, a matar a los que han asesinado a nuestros antecesores, a los que han destruido nuestra cultura, robado nuestras riquezas, castrado a muchas generaciones para convertirlas en sirvientes resignados de sus captores.

Libertad es la obligación sagrada de combatir hasta lograr la victoria definitiva, contra el opresor extranjero que pisotea nuestra Patria.

Libertad es el derecho a gobernarnos nosotros mismos.

Y el hombre libre surge cuando su acción lo ha comprometido a tal extremo que se convierte en enemigo mortal de la vieja sociedad; cuando ya no le queda más perspectiva que destruir esa criatura corrompida nacida de las entrañas de los colonizadores o morir en la tentativa de colocar los cimientos de un nuevo orden.

Entonces, aun muerto, el hombre libre vive.

He sintetizado nuestros principios. Espero que los comprendan. Mi mayor

esperanza es que un día algunos de mis hermanos o de mis hijos se conviertan en combatientes del Ejército del Che.

Sólo me resta decirles que he sentido por todos ustedes, especialmente por mi madre y mis hijos, un amor infinito. Por problemas de carácter, nunca pude expresarlo suficientemente. Es una desgracia.

Tengo fe absoluta en nuestro triunfo. Creo que sobreviviré y entonces, en el breve lapso que estaremos aquí antes de seguir nuestra aventura liberadora por otros países, trataré de darles toda la ternura que no supe expresar. Pero si alguna bala –es el riesgo de la profesión– termina con mi existencia en Bolivia, sepan que hasta el último momento traté de cumplir honradamente con nuestros principios que son los del Che.

Me despido con mi nombre de guerra porque el antiguo también quedó sepultado en el pasado.

Besos a todos.

¡Volveremos a las montañas!

¡Victoria o Muerte!

RICARDO

P. D. Hay algo más –y bastante grande– que me une profundamente a esta tierra. Amo a una combatiente del ELN y tendré un hijo boliviano. Soy feliz.

Nº2.

**Carta de Tirso Montiel**



**La Paz, 17 de junio de 1970.**

Queridos padres.

Queridos hermanos,

Queridos hijos,

Familiares y amigos:

Cuando reciban estas líneas seguramente yo estaré caminando por las selvas bolivianas, iniciando o mejor dicho reiniciando la lucha comenzada un día por nuestro CHE.

Los que ahora seguimos su ejemplo empuñamos las armas, lo hacemos con alegría, con plena convicción y decisión de llevar esta guerra hasta sus últimas consecuencias. Cargamos en nuestros hombros la responsabilidad del porvenir de la revolución latinoamericana. Sabemos que esta guerra será a muerte, larga y llena de sacrificios. Nosotros no queremos la guerra, pero no nos queda otro camino que entrar en ella, pues vemos que el único camino para conseguir nuestra libertad, en la mayoría de los países, es la guerra. Pero esta guerra sea la tumba de nuestros enemigos: el imperialismo yanqui. Crearemos los Vietnam soñados por el Che.

Como miembros del Ejército de Liberación Nacional de Bolivia, siento una alegría infinita de compartir todo esto. Tengo el privilegio de sentirme tan boliviano como cualquiera que haya nacido en estas tierras. El cariño y compañerismo es algo maravilloso: tengo muy buenos e incomparables compañeros; somos una gran familia los «ELENOS», parte de la gran familia latinoamericana. Algún día alcanzaremos nuestros objetivos para así formar una sola Patria. «La Gran Patria Latinoamericana» con la que soñaron Bolívar, Che y mi gran amigo y compañero Ricardo, cuyo recuerdo permanecerá imborrable. Luchamos por los explotados de nuestra América, del mundo entero, por el recuerdo de los compañeros chilenos, cubanos, argentinos, peruanos, etc., caídos en la lucha. Seguiremos la historia cuyo curso no lo van a interrumpir nuestros

enemigos. Luchamos para que vivamos con dignidad.

Si es posible mantendré comunicación con ustedes. Creo que no va a ser fácil hacerlo, pues hay que tomar en cuenta las probabilidades de sobrevivir en una guerra, y otros inconvenientes.

Me despido de Uds. con un fuerte abrazo y con un saludo.

Victoria o Muerte.

¡Volvimos a las montañas!

PABLO

**N° 3.**

**Aviso de apoyo a la guerrilla.**

**Revista Punto Final N° 96, enero de 1970**

## **COMITE DE APOYO A LA LUCHA DEL PUEBLO BOLIVIANO**

En reunión consultiva, a la que asistieron personas vinculadas por ideales a la lucha revolucionaria latinoamericana, se acordó constituir un Comité de Apoyo a la Lucha del Pueblo Boliviano que tendrá como objetivos fundamentales:

1º) Traducir en hechos concretos la solidaridad y el apoyo efectivo de los hombres y mujeres progresistas de Chile a la Vanguardia combativa de Bolivia; el **EJERCITO DE LIBERACION NACIONAL** que organizó el Comandante Ernesto Che Guevara.

2º) Difundir el proceso político que vive Bolivia y aclarar la proyección falsa que sobre éste ha dado la prensa internacional.

Quienes han organizado este Comité creen en la necesidad de una militancia solidaria con el proceso de cambios fundamentales que exigen los pueblos de América Latina. Están seguros que el apoyo al E. L. N. boliviano, que ahora concretamos en este núcleo, será la expresión de un largo anhelo de unión revolucionaria en América Latina.

Esta reunión consultiva, efectuada el lunes 12 de enero de 1970, acordó organizar el Directorio del Comité —que podrá ampliarse posteriormente—, con las siguientes personas:

Presidente: Sr. Carlos Altamirano;

Vicepresidentes: Srs. Hernán del Canto y Jorge Fuentes;

Directores, señor Salvador Allende; Sra. Carmen Lazo; señores José Gómez López, Edison Otero, Ramón Silva y Nissim Charim.

Secretario General: Sr. Jorge Wong;

Secretaría de Finanzas: Sra. Inés Moreno;

Secretario de Propaganda: Sr. Manuel Cablese;

Secretario de Cultura: Sr. Fernando Quiroga.

El Comité —que dará a conocer un documento constitutivo— quedará oficialmente instalado el jueves 22 de enero de 1970, en una sala del Senado, oportunidad en que se ofrecerá una conferencia de prensa.

**N° 4.**

**Afiche de apoyo a la guerrilla boliviana.**

**Revista Punto Final N° 98, febrero de 1970**

**COMITE DE APOYO A LA  
LUCHA DEL PUEBLO BOLIVIANO**



**"¡VOLVEREMOS  
A LAS  
MONTAÑAS!"**

- UN GRITO REBELDE
- UNA CANCION LIBERTARIA

Música y poemas con NICOLAS GUILLEN,  
CARLOS FUEBLA y otros más.

★ ESTE DISCO SIGNIFICA UN APOORTE  
A LA LUCHA POPULAR BOLIVIANA

★ CONTRIBUYA EN: UNION CENTRAL 1010 - OF. 1108

**N° 5.**

**Apoyo a la guerrilla boliviana.**

**Revista Punto Final N° 111, agosto de 1970**



ESTO ES el Bono Guerrillero que se ha puesto a la venta en Chile a un precio de 5 escudos. Los fondos están destinados a ayudar a los revolucionarios bolivianos.

**N° 6.**

**Carta del ELN de Bolivia.**

**Revista Punto Final N° 101, marzo de 1970**



# CARTA DEL ELN DE BOLIVIA

La Paz, marzo de 1970.

Señor  
Presidente  
Comité de Apoyo a la Lucha del Pueblo  
Boliviano,  
Santiago, Chile,

Apreciado compañero:

El movimiento revolucionario de nuestra América está rompiendo viejos esquemas que limitaron enormemente su desarrollo en el pasado. Uno de ellos y el que quizás más nefastamente haya influido en el rumbo de la lucha de nuestros pueblos está constituido por el aislacionismo y desconexión con que cada movimiento liberador o partido ha abordado la difícil tarea de liberar a nuestros pueblos de la explotación oligárquica e imperialista. Tuvimos que sufrir el doloroso impacto del holocausto del Guerrillero Heroico —producido en una lucha aislada— para que las conciencias de muchos revolucionarios advirtieran el sentido profundo de orden estratégico de consignas como la creación de dos, tres, muchos Vietnam.

Ustedes, en el trabajo que han emprendido, están demostrando significativamente cómo la continentalidad en la

lucha antimperialista está dejando de ser un concepto de uso político-académico, y que emerge cada día más como una necesidad vital en la acción revolucionaria presente. Vuestra tarea pudiera ser subestimada por quienes tengan una actitud contemplativa de dicha acción, pero jamás por aquellos revolucionarios verdaderos que a través de la acción misma han aprendido que no hay tareas sin importancia. Con menor razón por el Ejército fundado por el Che, que aprecia en esas tareas un crecimiento progresivo de la indispensable solidaridad que debe rodear su lucha, pues es la lucha de todos los americanos contra su enemigo común: el imperialismo norteamericano, enemigo número uno de la especie humana.

Vuestro aporte es invaluable si pensamos en perspectiva y constituye un estímulo y un compromiso en nuestra acción cotidiana. Estos son los primeros pasos en un camino largo que exigirá de ustedes y de nosotros mayores e ingentes esfuerzos. Esperamos de ellos los mejores y más productivos resultados.

¡Volveremos a las montañas!

¡Victoria o Muerte!

EJERCITO DE LIBERACION NACIONAL DE BOLIVIA

# **Bibliografía**

## **Documentos**

«Boletín Bimensual», Departamento de Defensa, N°1, Partido Socialista, Santiago de Chile, 1939.

«Segunda Declaración de La Habana», febrero de 1962, en<  
[www.segundadeclaracion.net](http://www.segundadeclaracion.net)>.

«A los militantes del partido y a la Juventud Socialista», Regional Santiago Norte y Regional Santiago Sur de la FJS, 21 de octubre de 1964.

«Tesis aprobada en el Congreso Regional Santiago Sur» y ratificada en el Congreso General de Chillán como base de su Resolución Política. 1967.

«Conclusiones del Pleno Nacional del Partido Socialista», documento. Julio de 1969.

«El Partido Socialista llama al pueblo de Chile», Boletín del Comité Central PS, N°9, enero-febrero de 1971.

«Carta a la Comisión Política del PS», Carlos Lorca Tobar, Boletín Juventud Socialista, N° 28, año I, marzo 1972.

«Informe de Organización. Aprobado en el Pleno Nacional de abril y presentado al Pleno Nacional del Frente Interno». Subsecretaría General de Frente Interno, Depto. de Organización. Santiago, abril de 1971.

## **Revistas y Diarios**

Altamirano, Carlos. «El Parlamento, tigre de papel», Revista Punto Final, N° 55, año II, Documentos, martes 21 de mayo de 1968.

Camú, Arnoldo. «Las huelgas: escuela de guerra del proletariado», Revista Punto Final, N°21, año I, última semana de enero de 1967.

\_\_\_\_\_. «Unidad sí, confusión no», Revista Punto Final, N°56, Año II, martes 4 de junio de 1968.

\_\_\_\_\_. «Nuevos métodos en la lucha campesina», Revista Punto Final, N° 62, Año III, martes 27 de agosto de 1968.

Carmona, Augusto. «Estudiantes en la lucha», Revista Punto Final, N° 63, año III, martes 10 de septiembre de 1968.

Carrasco, José. «Rigoberto Zamora, un revolucionario chileno», Revista Punto Final, N° 100, año IV, martes 17 de marzo de 1970.

*Che Guevara, Ernesto. «Táctica y estrategia de la revolución latinoamericana», Revista Punto Final, N° 66, año III, martes 22 de octubre de 1968.*

\_\_\_\_\_. «El anti artículo», Revista Punto Final, N° 79, año III, martes 20 de mayo de 1969.

Corbalán, Salomón. «Las bases teóricas de la revolución chilena en la política del Frente de Trabajadores», Revista Arauco, año III, N° 22, noviembre de 1961.

Debray, Régis. «¿Revolución en la revolución?», Revista Punto Final, N° 25, año I, marzo de 1967.

Espinoza Orellana, Manuel. «¿Cuál es el camino a seguir?», Revista Arauco, año V, N° 57, octubre de 1964.

Faivovich, Jaime. «Homenaje a un revolucionario», Revista Punto Final, N° 107, año IV, martes 23 de junio de 1970.

\_\_\_\_\_. «Carta de Elmo Catalán», Revista Punto Final, N° 107, año IV, martes 23 de junio de 1970.

\_\_\_\_\_. «El compañero

caído», Revista Punto Final, N° 107, año IV, martes 23 de junio de 1970.

Montiel, Tirso. «Carta», Revista Punto Final, N° 111, año IV, martes 18 de agosto de 1970.

\_\_\_\_\_. «Homenaje al ELN», Revista Punto Final, N° 124, año V, martes 16 de febrero 1971.

\_\_\_\_\_. «Versión del ELN», Revista Punto Final, N° 163, martes 1 de agosto de 1972.

\_\_\_\_\_. «Aclaración del ELN», Revista Punto Final, N° 165, año VII, martes 29 de agosto de 1972.

Moreno Sánchez, Pedro. «En torno a la elección presidencial», Revista Arauco, año V, N° 58, noviembre de 1964.

Olivares, Augusto. «La única entrevista que concedió Inti», Revista Punto Final, N°88, año IV, martes 30 de septiembre de 1969.

Paz Zamora, Néstor. «Diario de Francisco». Revista Los Libros, N°19, mayo de 1971, Ediciones Signos. Argentina.

Peredo, Inti. «Volveremos a las montañas», Revista Cristianismo y revolución, N° 9, septiembre de 1968, Buenos Aires, Argentina.

\_\_\_\_\_. «La PP descubrió una escuela guerrillera», El Clarín 20 de junio de 1969.

\_\_\_\_\_. «Siguen incommunicados los niños de la guardería guerrillera de Valdivia», El Clarín, 28 mayo de 1970

\_\_\_\_\_. «Miristas desvalijaron armería», El Mercurio, 12 de junio de 1970.

\_\_\_\_\_. «Sucursal del MIR le puso ruedas a una armería», El Clarín, 12 de junio de 1970.

\_\_\_\_\_. «Llegaron guerrilleros a Arica», El Clarín, 7 de noviembre de 1970.

\_\_\_\_\_. «Solidaridad universitaria se vuelca hacia los guerrilleros», La Defensa de Arica, 7 de noviembre de 1970.

Pleno Nacional del PS, Revista Arauco, año II, N° 19, agosto de 1961.

San Martín, Carlos, Carlos Brain y Pedro Soto. «Chile, ¿una excepción?». Revista Punto Final, N° 35, año I, segunda quincena, agosto de 1967.

Soto, Hernán. «El yerno cubano de Salvador Allende», Revista Punto Final, N° 647, Año 42, septiembre de 2007.

## **Libros**

Alarcón Ramírez, Dariel. 2003. Benigno, Memorias de un soldado cubano. Vida y muerte de la revolución. Barcelona: Tusquets.

Álvarez Vergara, Marco. 2017. Tati Allende. Una revolucionaria olvidada. Santiago: Pehuén Editores.

Amorós, Mario. 2014. Miguel Enríquez. Un nombre en las estrellas. Biografía de un revolucionario, Santiago: Ediciones B.

Angell, Alan. 1974. Partidos Políticos y Movimiento Obrero en Chile. México: Ediciones ERA.

. 1997. «La Izquierda en América Latina desde comienzos de 1920. En, Leslie Bethell (ed), Historia de América Latina. Política y sociedad desde 1930, Tomo 12. Barcelona: Crítica.

Arrate, Jorge y Eduardo Rojas. 2003. Memoria de la Izquierda Chilena. Tomo 1. Santiago: Ediciones B.

Basso Prieto, Carlos. 2013. La CIA en Chile. 1970-1973. Santiago: Ediciones Aguilar.

Bonet, Luciano. 2002. «Definición de Castrismo». En, Norberto Bobbio, et al. Diccionario de Política. México: Siglo XXI.

Bourd , Guy y Hervé Martin. 1992. Las Escuelas Históricas. España: Akal.

Cabieses Donoso, Manuel. 2015. Punto Final, Autobiografía de un Rebelde. Santiago: OCEAN SUR.

Calveiro, Pilar. 2013. Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años sesenta. Buenos Aires: Siglo XXI editores, p. 96.

Casals Araya, Marcelo. 2012. El alba de una revolución. La izquierda y el proceso de construcción estratégica de la «vía chilena al socialismo» 1956-1970. Santiago: LOM ediciones.

Casanueva, Fernando y Manuel Fernández. 1973. El Partido Socialista y la lucha de clases en Chile. Santiago: Quimantú.

Castañeda, Jorge. 1993. La utopía desarmada. México: Editorial Joaquín Mortiz.



. 1997. La vida en Rojo. Una biografía del Che Guevara. Argentina: Editora Espasa Calpe.

Castro, Fidel. 2007. Revolución socialista y democrática en Cuba. En, Michael Löwy, El Marxismo en América Latina. Santiago: LOM ediciones.

Collier, Simon y William Sater. 1999. Historia de Chile, 1808-1994. Madrid: Cambridge University Press.

Correa, Sofía, Consuelo Figueroa, Alfredo Jocelyn-Holt y Manuel Vicuña. 2001. Historia del siglo XX chileno. Santiago: Editorial Sudamericana.

Corvalán Lepe, Luis. 1997. De lo vivido y lo peleado. Memorias. Santiago: LOM ediciones.

*Che Guevara, Ernesto. 1969. Pasajes de la guerra revolucionaria, en Obra Revolucionaria. México: Editorial ERA.*

\_\_\_\_\_. 1997. Diario en Bolivia. Santiago: LOM ediciones.

\_\_\_\_\_. 1999. El socialismo y el hombre en Cuba, Escritos revolucionarios. Madrid: Los libros de la catarata.

\_\_\_\_\_. 1999. Mensaje a la Tricontinental, Escritos revolucionarios. Madrid: Los libros de la catarata.

\_\_\_\_\_. 2003. La guerra de guerrillas. Argentina: Editorial 21.

\_\_\_\_\_. 2003. Guerra de guerrillas: un método. En artículos; La guerra de guerrillas. Argentina: Editorial 21.

Daire, Alonso. 1988. «La política del Partido Comunista. Desde la post-guerra a la Unidad Popular». En, Augusto Varas (comp.) El Partido Comunista en Chile, estudio multidisciplinario. Santiago: CESOC-FLACSO.

Del Pozo, José. 2002. Historia de América Latina y el Caribe 1825-2001. Santiago: LOM ediciones.

Drake, Paul. 1992. Socialismo y Populismo. Chile 1936-1973, Serie Monografías Históricas. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso, Universidad Católica de Valparaíso.

Espuña, Margarita. 2010. Tati Allende, la hija revolucionaria del presidente chileno. Barcelona: RBA libros.

Furci, Carmelo. 2008. El Partido Comunista de Chile y la vía al Socialismo. Santiago: Ariadna Ediciones.

Gadea, Hilda. 1972. Che Guevara: los años decisivos. México: Aguilar Editor.

Garcés, María del Carmen. 2011. Conversaciones con Pombo. Combatiente de la guerrilla del Che en Bolivia. Argentina, Buenos Aires: Colihue.

Garcés, Mario y Sebastián Leiva. 2005. El golpe en La Legua. Santiago: LOM ediciones.

Gaspar, Gabriel. 1997. Guerrillas en América Latina. Santiago: FLACSO-Chile.

Gilman, Claudia. 2003. Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina. Argentina: Siglo XXI.

Gleijeses, Piero. 2007. Misiones en conflicto. La Habana, Washington y África. 1959-1976. Cuba: Editorial de Ciencias Sociales.

Gutiérrez González, Eduardo. 2003. Ciudades en las sombras, una historia no oficial del PS de Chile. Santiago: Colección memoria histórica.

Halperin Donghi, Tulio. 2005. Historia contemporánea de América Latina. Buenos Aires: Alianza Editorial.

Hobsbawm, Eric. 2000. Revolucionarios. Barcelona: Crítica.

---

\_\_\_\_\_. 2006. Historia del siglo XX. Buenos Aires: Crítica.

Jobet, Julio César. 1971. El Partido Socialista de Chile. Tomo II. Santiago: EPLA.

Löwy, Michael. 2007. El pensamiento del Che Guevara. México: Siglo XXI editores.

Marx, Carlos y Federico Engels. 1970. Manifiesto Comunista. Santiago: Editorial Universitaria de Chile.

Massari, Roberto. 2004. Che Guevara, pensamiento y política de la utopía. España: Editorial Txalaparta.

Moulian, Tomás. 1983. Democracia y socialismo en Chile. Santiago: FLACSO.

Montiel Vera, Dante. 2015. Un chilote en la guerrilla guevarista. Tirso Montiel «Pablo». Chiloé, Castro.

Olivares Mardones, Javiera. 2017. Guerrilla. Combatientes chilenos en Colombia, El Salvador y Nicaragua. Santiago: Ceibo ediciones.

Ortiz, Edison. 2007. El socialismo chileno: de Allende a Bachelet, Santiago.

Peredo, Guido Inti. 1970. Mi campaña junto al Che. Cochabamba: Edición digital a cargo de la FUL (Federación Universitaria Local).

Pereyra, Daniel. 2000. Del Moncada a Chiapas. Argentina: Editorial Canguro.

Pérez, Cristián. 2016. Memorias militantes. Hernán del Canto, un hombre de Allende. Santiago: Editorial Ventana Abierta.

Ponce, Aníbal. 1972. Humanismo burgués y humanismo proletario. Santiago: Editorial Nacimiento.

Pozzi, Pablo y Claudio Pérez (ed.). 2012. Historia oral e Historia política. Izquierda y lucha armada en América Latina, 1960-1990. Santiago: LOM ediciones.

Quicañez Aguilar, Efraín. 2011. Pan comido, memoria de la operación de rescate de los guerrilleros sobrevivientes del Che. La Paz, Bolivia: Mava producciones.

Quiroga, Patricio. 2001. Compañeros, el GAP: La escolta de Allende. Santiago: Aguilar.

Rodríguez Ostría, Gustavo. 2006. Sin tiempo para las palabras. Teoponte, la otra guerrilla guevarista en Bolivia. Bolivia: Kipus.

Salazar, Gabriel y Julio Pinto. 1999. Historia contemporánea de Chile II. Actores, identidad y movimiento. Santiago: LOM ediciones.

Salazar, Gabriel. 2006. La violencia política popular en las Grandes Alamedas. Santiago: LOM ediciones.

. 2010. Conversaciones con Carlos Altamirano. Memorias críticas. Santiago: Random House Mondadori.

Santucho, Julio. 2011. Los últimos guevaristas. La guerrilla marxista en la Argentina. Argentina: Ediciones B.

Taibo II, Paco Ignacio. 2010. Ernesto Guevara, también conocido como el Che. Argentina: Planeta.

Tristán, Flora. 2016. Unión Obrera, Colección Socialismo y Libertad. El Sudamericano: Edición Digital.

Valdés Navarro, Pedro. «La construcción rebelde del imaginario socialista. Enfoques teóricos y experiencias políticas durante la década de los sesenta». En: Actores sociales y conflicto político, Chile siglo XX, tomo II, Rolando Álvarez y Hernán Venegas (eds.), Santiago, Departamento de Historia, Colección digital, 2018.

---

\_\_\_\_\_ . «Terrorismo,

delincuencia y omisión. La aparición pública de la violencia política en la mirada de la prensa conservadora. El MIR y el FPMR a través de El Mercurio de Santiago». En: América Latina. Violencias en la Historia. Igor Goicovic y Jaqueline Vassallo (compiladores). Editorial América en Movimiento, Valparaíso, 2018 (en prensa).

Varios. 1993. Porque fuimos médicos del pueblo, los médicos asesinados durante la dictadura militar en Chile, Comisión de solidaridad con médicos objeto de represión. Santiago: Ediciones ChileAmérica, Cesoc.

Vergara, Jorge. 1988. «El pensamiento de la izquierda chilena en los sesenta. Notas de investigación». En, Augusto Varas (comp.) El Partido Comunista en Chile, estudio multidisciplinario. Santiago: CESOC-FLACSO.

Villegas Tamayo, Harry, Pombo. 2008. Un hombre de la guerrilla del Che. Con el Che Guevara en Bolivia 1966-1968. Cuba La Habana: Editora Política.

Vitale, Luis. 1995. De Martí a Chiapas. Santiago: Ed. Síntesis-CELA.

---

\_\_\_\_\_. 1997. El proyecto andino del Che, la transición al socialismo y cronología comentada de su vida. Santiago: Pineda Libros.

Walker, Ignacio. 1990. Socialismo y democracia. Chile y Europa en perspectiva comparada. Santiago: CIEPLAN-HACHETTE.

## **Entrevistas y conversaciones**

Carlos Gómez Cerda, entrevista con el autor, Calle Larga, 2 de octubre de 2013.

Patricio Quiroga, conversación con el autor, Valparaíso, noviembre de 2012.

Renato Moreau, entrevista con el autor, Santiago de Chile, 22 de febrero de 2013.

Nelson Aramburú, entrevista con el autor, Valparaíso, 19 de julio de 2013.

Celsa Parrau, entrevista con el autor, Santiago de Chile, 21 de agosto de 2013.

Luis, conversación con el autor, Viña del Mar, 7 de septiembre de 2013.

Félix Huerta, entrevista con el autor, Santiago, 12 de enero de 2016.

Hernán Coloma, entrevista con el autor, Santiago, 19 de enero de 2016.

Fermín Montes, entrevista con el autor, Santiago de Chile, 16 de enero de 2016.



María Elena Carrera, entrevista con el autor, Santiago, 10 de enero de 2018.

Nicolás García Moreno, entrevista con el autor, El Tabo, 9 de enero de 2018.

Esteban Bucat, en contacto vía correo electrónico con el autor.

Charles Romeo, en contacto vía correo electrónico con el autor.

Enrique O’Farrill, en contacto vía correo electrónico con el autor.

## **Artículos**

Bravo Vargas, Viviana y Rolando Álvarez Vallejos, La Memoria de las Armas: Para una historia de los combatientes internacionalistas chilenos en Nicaragua. En Centro de Documentación de los Movimientos Armados, en <[www.cedema.org](http://www.cedema.org)>.

Camus, María Eugenia. «La historia del GAP». En, Revista Análisis, 8 al 14 de Junio de 1987, Santiago de Chile.

Cano, Diego. Trotskismo y lucha armada en Bolivia, entrevista a Hugo González Moscoso, 22 de noviembre de 2009, Cochabamba, Bolivia. En Centro de Documentación de los Movimientos Armados, en <[www.cedema.org](http://www.cedema.org)>.

Carmona, Ernesto. «Chilenos en la guerrilla boliviana». En, Revista Punto Final, N° 404, octubre de 1997, Santiago de Chile.

Corvalán Márquez, Luis. «Surgimiento de nuevas identidades en la historia política reciente. El caso del Partido Socialista de Chile». En, Revista Mapocho N° 38, segundo semestre 1995, Dibam, Santiago de Chile.

Gamboa, Ricardo y Rodrigo Salcedo. «El faccionalismo en el Partido Socialista de Chile (1990-2016): características y efectos políticos en sus procesos de toma de decisión», Revista de Ciencia Política, N° 3, 2009. Santiago de Chile.

Gómez Leyton, Juan Carlos. «La rebeldía socialista. El PS en la década de los sesenta 1959-1970». En Documentos de Trabajo, FLACSO, N° 82, marzo 1993, Santiago de Chile.

González, Mónica. «Félix Huerta Sobreviviente de la guerrilla del Che en Bolivia». En Revista Cosas, N° 534, marzo de 1997, Santiago de Chile.

Huerta, Joaquín Fernando. «Chile y la “cuestión cubana” 1959-1964». En, Revista Historia, N° 17, 1982, Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile.

Melgar Bao, Ricardo. «La dialéctica cultural del combate: morir, matar y renacer en la cultura guerrillera latinoamericana». Revista Lucha Armada, N° 4, 2005, Buenos Aires.

Moulian, Tomás. «Líneas estratégicas de la izquierda: frentismo, populismo, anti-reformismo. 1933-1973». En, Documentos de Trabajo, FLACSO, N° 142, mayo de 1982, Santiago de Chile.

Moreau, Renato. «El ELN el 11». En <[www.socialismo-chileno.org](http://www.socialismo-chileno.org)>.

Ortega Martínez, Luis. «La radicalización de los socialistas de Chile en la década de 1960». En, Revista Universum, N° 23, Vol. 2, 2008, Universidad de Talca.

Peña, Cristóbal. «La misteriosa desaparición de un ex cadete naval en un campo guerrillero a meses de la elección de Allende», Reportajes de investigación, publicado 12 de noviembre de 2007. En <[www.ciperchile.cl](http://www.ciperchile.cl)>.

Pérez, Cristián. «Guerrilla rural en Chile: la batalla del fundo San Miguel». En Revista Estudios Públicos, N° 78, otoño, año 2000, Santiago de Chile.

\_\_\_\_\_. «Salvador Allende, Apuntes sobre su dispositivo de seguridad: El grupo de Amigos personales (GAP)». En Revista Estudios Públicos, N° 79, invierno, 2000, Santiago de Chile.

\_\_\_\_\_. «El ejército del Che y los chilenos que continuaron su lucha». En Revista Estudios Públicos, N° 89, verano, año 2003. Santiago de Chile.

---

. «Compañeros a las armas; combatientes chilenos en Centroamérica (1979-1989)». En, Revista Estudios Públicos, N° 123, verano, 2013, Santiago de Chile.

Requena Gallego, Manuel. «Las Brigadas Internacionales: una aproximación historiográfica». Revista Ayer N° 56, Universidad Autónoma de Madrid, 2004.

Sirinelli, Jean-Francois. «El retorno de lo político», Revista de Historia Contemporánea, N° 9, Universidad del País Vasco. En <[www.historiacontemporanea.ehu.es](http://www.historiacontemporanea.ehu.es)>.

Valdés Navarro, Pedro. «Memoria de internacionalistas chilenos. Entramado conceptual y recuperación histórica. Apuntes para el debate». Revista Izquierdas, N° 38, IDEA-USACH, febrero de 2018, (Revista indexada: Scopus, Scielo, Latindex Catálogo).

## **Tesis**

Díaz, Lucila Andrea y María de los Ángeles Vargas, Del golpe a la división: Historia del PS 1973-1979, Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad ARCIS, Santiago de Chile, 2007.

Ortiz Lazo, Claudio. Al encuentro de la ilusión, aspectos de la influencia de la revolución cubana en el PS chileno, 1959-1964, Tesis de Licenciatura en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1996.

Valdés Navarro, Pedro. Elementos teóricos en la formación y desarrollo del MIR durante el período 1965-1970, Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad de Valparaíso, 2006.

## **Páginas electrónicas**

[www.museodelamemoria.cl](http://www.museodelamemoria.cl)

[www.socialismo-chileno.org](http://www.socialismo-chileno.org)

## **Documentales**

Documental de Liván y Leandro González Cupull, El Rescate.

Documental de Roberto Alem Rojo, Teoponte, volveremos a las montañas.



## COLECCIÓN HISTORIA

Algunos títulos de la colección



Este libro ha sido posible por el trabajo de

**Comité Editorial Silvia Aguilera, Mario Garcés, Ramón Díaz Eterovic, Tomás Moulian, Naín Nómez, Jorge Guzmán, Julio Pinto, Paulo Slachevsky, José Leandro Urbina, Verónica Zondek, Ximena Valdés, Santiago Santa Cruz, María Emilia Tijoux secretaria editorial Marcela Vergara edición Braulio Olavarría, Héctor Hidalgo Producción Editorial Guillermo Bustamante prensa Tania Toledo, Isabel Machado Proyectos Ignacio Aguilera Diseño y Diagramación Editorial Leonardo Flores, Max Salinas, Gabriela Ávalos Corrección de Pruebas Raúl Cáceres Comunidad de Lectores Francisco Miranda Ventas Elba Blamey, Olga Herrera, Daniela Núñez Bodega Francisco Cerda, Hugo Jiménez, Lionel Díaz, Juan Huenuman Librería lom Ernesto Córdova Comercial Gráfica LOM Juan Aguilera, Elizardo Aguilera, Danilo Ramírez, Eduardo Yáñez, Camila Morales Servicio al Cliente Ingrid Rivas Diseño y Diagramación Luis Ugalde Producción Imprenta Carlos Aguilera, Gabriel Muñoz Edición electrónica Sergio Cruz Secretaria Imprenta Jasmín Alfaro pre prensa Daniel Alfaro Impresión Digital William Tobar Impresión Offset Rodrigo Véliz, Francisco Villaseca Encuadernación Rosa Abarca, Andrés Rivera, Edith Zapata, Pedro Villagra, Romina Salamanca, Fernanda Acuña, Iván Peralta, Angie Alvarado mensajería Cristóbal Ferrada Mantención Jaime Arel Administración Mirtha Ávila, Alejandra Bustos, César Delgado, Matías Muñoz.**

LOM ediciones